
un romance oscuro
Bratva de protección
con madre soltera
LA
Viuda del
SICARIO
SCARLETT SHELTON

LA VIUDA DEL SICARIO

SCARLETT SHELTON

ÍNDICE

Sinopsis

1. Sergei
2. Natalie
3. Sergei
4. Natalie
5. Sergei
6. Natalie
7. Sergei
8. Natalie
9. Sergei
10. Natalie
11. Sergei
12. Natalie
13. Sergei
14. Natalie
15. Sergei
16. Natalie
17. Sergei
18. Natalie
19. Sergei
20. Natalie
21. Sergei
22. Natalie
23. Sergei
24. Natalie
25. Sergei
26. Natalie
27. Sergei
28. Natalie
29. Sergei
30. Natalie

31. Sergei
32. Natalie
33. Sergei
34. Natalie
35. Sergei
36. Natalie
37. Sergei
38. Natalie
39. Sergei
40. Natalie

También por Scarlett Shelton

Copyright © 2026 por Scarlett Shelton

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas en reseñas de libros.

Formateado con Vellum

SINOPSIS

Soy viuda, pongo copas para sobrevivir y corro a casa para estar con mi pequeña.

Cada turno es un peligro.

Cada propina compra seguridad.

Cada noche le roba tiempo a mi hija.

Entonces aparece él: silencioso, letal, observándome como si ya fuera suya.

Unos hombres me acorralan.

Dice que soy su novia.

Lo beso para seguir viva.

Sus manos son violencia y, sin embargo, sostienen a mi hija como si ella importara.

Me prometo a mí misma que esto es temporal.

Falso.

Necesario.

Pero la seguridad se convierte en anhelo.

La protección se convierte en posesión.

Nos arrastra a su mundo... y se niega a dejarnos marchar.

Debería huir.

Debería odiarlo.

Porque amarlo es como traicionar a mi difunto marido.

La verdad es que...

El hombre del que me estoy enamorando...

es quien lo mató.

Nota de la autora: *Un* romance de mafia oscuro y emotivo protagonizado por una madre soltera, un protector letal y un amor forjado a través de mentiras, violencia y un perdón imposible. Sin continuación. Final feliz garantizado.

1

SERGEI

Frágiles huesos crujieron bajo mis pies. Un paso más atrás hizo que mi zapato resbalara sobre la sangre resbaladiza de la mano de la prostituta. Inestable por la humedad, corregí mi inclinación hacia un lado, evitando caerme mientras retrocedía de la espantosa escena de una muerte inesperada.

La muerte estaba garantizada en cualquier ciclo vital.

Pero era algo que yo repartía con frecuencia—con precisión y contundencia—sin importar las circunstancias que lo exigieran.

—¿Se encuentra bien? —preguntó uno de los soldados, observándome atentamente mientras me alejaba de las vísceras y las salpicaduras de sangre.

No me molesté en responder, con cuidado de no cometer nunca el estúpido error de darle la espalda a mi enemigo. O mejor dicho, nunca repetiría ese error. Hace meses, me había confiado demasiado y creí que estaba a salvo tras una pelea con los Popov. Un hijoputa con suerte me había alcanzado bien en el costado, rozando mis costillas. Desde entonces, un punzante dolor sordo volvía a molestarme.

Como ahora. Conteniendo una mueca que amenazaba con cruzarse en mi rostro por el esfuerzo de esta pelea espontánea en la que no esperaba verme involucrado esta noche, deseché el dolor que surgió en la zona donde me habían operado.

—Estoy bien ahora que—

Mientras hablaba, me estremecí y me giré hacia el leve movimiento proveniente del pavimento. La puta sobre la que había caminado no se quejaría. Estaba muerta por mi disparo en la cabeza. Parecía que su proxeneta aún no se daba por vencido. Ensangrentado, destrozado y con las costillas rotas por la última patada que le había propinado en el costado, se incorporó lo suficiente para apuntarme con su pistola.

De pie, aunque inestable, mientras buscaba el lado despejado del callejón oscuro, fui más rápido. Un giro de muñeca bastó para que mi arma le apuntara, y añadí otro certero disparo en su cabeza para igualar la enorme herida de salida de la otra bala en su cuello.

—ahora que estos idiotas no nos molestarán más —terminé mi comentario con un deje de impaciencia, ya harto de lidiar con desastres como este. Aunque literalmente era mi trabajo. Mi "carrera" era oscura y morbosa, actuando como el brazo ejecutor de mayor rango de mi tío, Mikhail Orlov, el jefe de la Familia Orlov. Últimamente, sin embargo, esta mierda parecía interminable.

El soldado, uno nuevo que mi primo Andre había reclutado recientemente, palideció y me lanzó una mueca tímida. Mantuve los labios apretados en señal de desaprobación por el leve susto.

—Yo, eh... Creí que estaba muerto.

Obviamente.

—Fue culpa mía —añadió con una mueca aún mayor.

Obviamente. En lugar de estallar y perder los estribos con él, respiré hondo y seguí retrocediendo sobre la carnicería que realmente no

pensaba dejar a mi paso esta noche. Habíamos venido a este club solo para investigar a un espía de la organización de Niko Popov, pero terminamos en el punto de mira de un par de proxenetas colados y sus igualmente drogadas prostitutas.

Empezaron la pelea, pensando que éramos policías encubiertos que iban a por ellos cuando salimos del club. Atacaron primero, viniendo hacia nosotros con las armas disparando y las actitudes altivas por lo que hubieran usado para intoxicarse. Apenas importaba quiénes fueran o qué quisieran. Si alguien atacaba a cualquier miembro de la Familia Orlov, nos defenderíamos hasta la muerte.

Pero no podía ser siempre yo quien manejara esta violencia en primera línea. Tampoco podía ser siempre mi hermano Roman, ni mi primo Andre. Ni podía ser siempre nuestro jefe, Mikhail, quien estuviera al mando. Nuestra fuerza residía en el número, con todos los soldados y espías leales y entrenados que formaban nuestro equipo.

La necesidad de ayudar a forjar otra generación y línea de soldados y espías era lo que me hacía encontrar una pequeña pizca de paciencia para este tipo nuevo que habían asignado para ayudarme y acompañarme como refuerzo.

—La próxima vez, asegúrate de que tus blancos estén realmente muertos —aconsejé mientras me alejaba del desastre y les hacía un gesto a él y a los otros dos hombres de los Orlov para que empezaran a limpiarlo.

Asintieron, acercándose a los cuatro cadáveres que tendríamos que retirar antes de que algún policía incompetente interfiriera. Operábamos con nuestro propio sistema de ley y orden, y sería una temeridad permitir cualquier investigación sobre una muerte que habíamos causado.

Aunque les estamos haciendo un puto favor, eliminando a estos imbéciles de la ciudad por ustedes.

Retrocedí más, sin importarme lo lejos que había salpicado la sangre de los proxenetas y prostitutas que cometieron el error de siquiera hablarnos. No tenía tiempo para solicitantes ni idiotas que quisieran hacerse los duros. La escoria de la sociedad estaba demasiado por debajo de alguien de mi posición como para merecer mi atención.

Lo que me fastidiaba era lo persistente que era este dolor en mi costado. Los demás se dieron cuenta mientras empezaban a llamar a coches para llevarse los cadáveres.

—Oye, Sergei —dijo un soldado veterano, George, mientras levantaba la barbilla para llamar mi atención—. ¿Estás bien?

Asentí, molesto por parecer débil en absoluto. —Sí, estoy bien. Simplemente no esperaba estar en una pelea tan física esta noche. Mi recuperación de la operación no iba tan bien cuando nunca me permitía descansar completamente y estar quieto. La inactividad me molestaba a un nivel fundamental. Estaba demasiado acostumbrado a estar en las calles, manejando cada pedazo de infierno que conllevaba ser el brazo ejecutor de mi tío.

Pero demonios. Esto aún no estaba sanando lo suficientemente rápido.

—Quizá Claire pueda echarle un vistazo cuando volvamos —añadió George mientras señalaba el otro pie del hombre muerto, indicando al recluta novato que se manchara las manos y arrastrara el cadáver fuera del centro del callejón donde nos habían atacado.

—No —puse los ojos en blanco, rotando el brazo para flexionar el hombro, que también estaba tenso—. Claire no tiene que revisar nada. La prometida de mi tío era una antigua médico de urgencias, pero eso no significaba que debiera molestarla por cualquier tontería. Estaba más que dispuesta a ayudarnos a cualquiera, pero odiaba la culpa de apartarla de Mijaíl y de su hija, mi prima, Anya. Todos habíamos visto cómo Claire luchaba por encajar en la familia, y lo último que quería era complicarlo más haciéndome cuidar por ella.

George se encogió de hombros, conociéndome lo suficiente como para no insistir en el tema. La mayoría de los hombres de la familia evitaban discutir conmigo, pues era el que menos paciencia tenía con los tontos. Pero, aun así, agradecía la preocupación. Supervisando la limpieza, suspiré e intenté estirarme para aliviar la molestia.

—Quizá solo necesite hacer más ejercicio —bromeé con retraso.

George soltó una risa débil. —Sí, claro. Como si no pasaras ya suficiente tiempo en el puto gimnasio.

—Parece que tiene cierta sensibilidad en el costado —comentó el nuevo soldado, señalando donde seguía frotándome cerca de la zona de la operación. Al darme cuenta de que estaba masajeando la piel tensa, me detuve y fruncí el ceño.

—Le dispararon hace un par de meses —dijo George mientras los coches entraban en el callejón. Los faros destellaron, cegándonos, cuando llegaron más hombres de los Orlov para deshacerse del cadáver.

—Estoy *bien* —repetí, más que harto del tema. No necesitaba recordatorios de lo vulnerable que era. De lo vulnerables que éramos todos. No era habitual que perdiéramos a tantos hombres, pero dado que caminábamos peligrosamente por la delgada línea entre la vida y la muerte, era una lección aleccionadora saber que ninguno de nosotros era inmortal ni intocable.

Una vez que la limpieza estaba en marcha y más soldados trasladaban eficientemente los cuerpos a los maleteros, suspiré e intenté imaginar cómo transcurriría el resto de la noche. Tras la breve ráfaga de adrenalina de la pelea y el subidón retorcido que venía con saber que había matado a otros, nada más llenaría el tiempo de inactividad.

Mijaíl no tenía nada urgente para que yo hiciera seguimiento. André no había pedido ayuda con lo que estaba trabajando. Román

probablemente estaba fuera con algunas mujeres, añadiendo más conquistas a su larga lista como nuestro infame playboy.

No era frecuente que me sintiera tan inquieto y sin propósito, pero no podía quitarme la persistente sensación de no tener un lugar. De echar de menos un sentido de dirección.

O alguien con quien volver a casa.

Terminada la limpieza y sabiendo que el espía de Pópov ya estaba lejos, despedí a George con la orden de supervisar a los dos nuevos reclutas durante el resto de la noche.

Fruncí el ceño mientras seguía caminando alejándome del callejón donde había ocurrido la pelea. Adentrándome en la parte de la ciudad que considerábamos sin dueño —ni territorio de los Orlov, ni tierra de ninguna otra familia criminal—, intenté deshacerme de esta estúpida sensación de soledad. De estar apático y desarraigado.

Porque George tenía razón, una que no estaba preparado para confesar en voz alta.

Sí que *sería* agradable que alguien se preocupara por mí. No Claire. Ella era de Mijaíl. Ni siquiera una enfermera o alguien del ámbito médico. No deseaba un seguimiento médico real de mi operación. Simplemente no podía ignorar este deseo de tener... a alguien.

Por el amor de Dios.

Reacciona.

Sacudiendo la cabeza mientras caminaba hacia las luces de neón brillantes y parpadeantes que anunciaban un bar más adelante, intenté apagar todos los pensamientos estúpidos que atascaban mi cabeza. Estar de mal humor por no tener a nadie especial en mi vida era una pérdida de tiempo. Quejarme de lo solo que siempre estaría —comprometido solo con mi trabajo para mi tío— era un uso patético de mi energía.

Tomarme un par de copas no resolvería nada. Estaría igual de apático, taciturno y solo al entrar en este bar que cuando saliera para irme a casa.

Pero, demonios, no haría daño pasar el tiempo en un sitio diferente durante una hora más o menos.

Entré en el bar, burlándome del nombre cursi. ¿El Espejismo de Diamante? Ni un destello de opulencia brillaba aquí para parecerse a una gema rara. No había nada exótico ni especial en este agujero de pared que indujera la sensación de un espejismo.

Suspiré ante el ambiente tenue y soso del bar lleno de humo y gente, y me senté al fondo. El vinilo chirriante rozó mis pantalones al acomodarme en el taburete y miré el espejo sucio. Al levantar los brazos para apoyarlos en la barra de madera, puse cara de asco ante la pegajosidad que brillaba sobre el barniz.

No había planeado beber aquí ni en ningún otro sitio, pero viendo lo cutre que parecía este lugar, me pregunté si sería mejor encontrar otro antro para tomarme un par de copas y pasar el rato.

La música alta ahogaba el parloteo, las risas y las discusiones que surgían en un choque de cacofonía. Las pantallas de televisión retumbaban en lo alto, proyectando diferentes partidos y programas de entrevistas.

Entre todas las distracciones, sin embargo, la vista de la camarera angustiada captó mi atención.

Se detuvo cerca de mí, moviendo los labios como si repitiera varias órdenes para sí misma para recordarlas todas.

—¡Eh! Mueve el culo —gritó otro camarero desde el otro extremo. Quizá no era su compañero, sino su jefe. Porque ella se estremeció al oír su voz y encogió los hombros como si la hubieran pillado con las manos en la masa haciendo menos de lo debido.

—Lo hago. Lo hago —respondió, frunciendo el ceño mientras alcanzaba las jarras que acababa de llenar. Movió la mano demasiado rápido y volcó una. La cerveza se derramó. Sus cejas se alzaron y murmuró *joder* mientras se apresuraba a limpiarlo.

Alzando la vista hacia mí con el ceño fruncido y la ansiedad clara en sus ojos verdes, me dio una fuente de compasión inesperada.

Sí, la vida es una mierda, ¿eh?

Sus ojos desprotegidos mostraban una fuerte pista de miseria. Nerviosa y moviendo un trapo con dedos temblorosos, bajó la mirada.

—Natalie, deja de hacer el gilipollas —gritó el hombre.

No volvió a mirar hacia arriba, concentrándose en limpiar el desastre y evitando a su jefe. Como una don nadie asustadiza, se apresuraba y parecía estar al borde del colapso bajo la presión, como si necesitara que alguien se preocupara por ella, no que la regañara.

Exhalé un largo suspiro, extrañamente compasivo con esta desconocida. Porque en su expresión acosada, sentí un anhelo afín.

El deseo de poder tener a alguien especial que se preocupara por mí.

2

NATALIE

Otra copa alta se me escapó de la mano. Un líquido ámbar se derramó y me cubrió la mano.

¡Maldita sea!

Me giré para ocultar mi último error a la vista de Peter. Si mi nuevo jefe de este cutre bar tenía un motivo más para gritarme o ponerme las cosas difíciles, estaba segura de que iba a romperme.

Ser camarera no era mi primera opción de trabajo. Era más bien lo *último* que quería hacer para ganar dinero.

—Venga *ya*, zorra —se quejó un cliente al final de la barra. Una mirada preocupada hacia ellos me irritó.

Vale. Olvídalo.

Lo *absolutamente* último que querría hacer para ganar dinero sería lucir mi cuerpo y bailar en un poste como hacía ese grupo de artistas con poca ropa. Algo de dignidad sí que tenía. Con esa dignidad, sin embargo, venía un montón de nerviosismo solo por estar en un bar ruidoso y cutre como este. Y una buena dosis de desesperación la acompañaba.

En resumen, después de que mataran a mi marido, Fitz, tenía que ganar dinero de alguna manera. No muchos empleadores estaban interesados en una ama de casa/viuda. Ninguno parecía muy loco por darme una oportunidad cuando apenas tenía experiencia laboral que ofrecer.

Me apresuré a deslizar estas nuevas copas sobre la barra, aunque mi entrega no fue tan suave como esperaba. La puntualidad era otra cosa para la que necesitaba una curva de aprendizaje. Estas copas no se volcaron ni se vaciaron a pesar de mis manos temblorosas. El alcohol estaba intacto cuando se las di a los clientes que las habían pedido.

—¡Oye! ¡Dije que lo quería con hielo! —protestó uno después de que le sirviera un whisky sour.

Joder.

Poniéndome mi mejor sonrisa —que probablemente pareció una mueca—, asentí y extendí el brazo para cogerla.

El viejo sonrió mientras levantaba la mano y se bebía el trago de un golpe. —Uy. Supongo que ahora me debes el correcto.

Se me cayó la mandíbula. ¿Iba en serio? —No puedo…

—Date prisa, cariño —gruñó, golpeando el vaso pequeño sobre la mesa.

Me estremecí, no por el ruido, porque aquí el estruendo era ensordecedor hasta el punto de que ahora entendía el verdadero significado de estar sobreestimulada. Su movimiento rápido del recipiente lo dejó sobre un charco de vodka que había derramado. Unas gotas saltaron y me salpicaron la mejilla, sobresaltándome.

Todo me sobresaltaba.

—Tranquila, Nat —dijo Rosa, la otra camarera, la que me había entrenado, mientras me daba un golpecito con su cadera—. Parece que vas a llorar o a perder los nervios. Alzando sus gruesas cejas

negras mientras inclinaba la cabeza hacia donde Pete estaba sentado en un taburete bebiendo su copa detrás de la barra, indicó que ninguna opción sería prudente. No necesitaba que me señalara que estaba mirando. Tenía una de esas personalidades microgestoras que me volvían loca. Esperaba que no estuviera mucho por aquí, pero hasta ahora, en mi primera semana, solo había aparecido en las noches más ajetreadas y salvajes. Las noches en las que me agobiaba y actuaba como una novata sin idea de cómo servir nada.

Asentí temblorosamente, tan aturdida y perdida, deseando que esta locura se calmara de una vez.

Me dolían los pies, pero quizás esa fascitis plantar se debía más a lo a menudo que resbalaba y perdía el equilibrio aquí detrás de la barra.

La espalda de mi camiseta estaba húmeda y tiesa del sudor que me corría por la columna del nerviosismo. Pero eso quizás se debía al calor infernal que hacía aquí dentro, con tantos cuerpos apiñados en esta noche de otoño.

Me dolía la cabeza con un dolor sordo, palpitante y pulsátil del cansancio, el estrés y los nervios que me daba solo estar en este bar. El Diamond Mirage era ruidoso, sin pausa. Bullicioso en el mal sentido.

Pero es un trabajo. Aguántate y sigue adelante.

No podía defraudar a mi hija. Fitz falleció demasiado pronto. Ahora solo quedaba yo, uniéndome a las legiones de madres solteras que tenían que economizar y matarse trabajando para ganarse la vida, todo para asegurar el futuro. Maisie solo tenía cuatro años, y yo era todo lo que tenía. Los salarios y propinas que pudiera ganar aquí serían todo lo que tendríamos para las necesidades básicas.

—¿Puedo ofrecer una copa gratis? —le pregunté a Rosa antes de volver a la refriega, esforzándome por recordar todos los pedidos y

empezar a servir con rapidez.

Ella hizo una mueca, haciendo mil cosas a la vez como si ni siquiera necesitara mirar lo que hacía, sirviendo por el tacto de la botella y alcanzando el vaso del tamaño adecuado para otra bebida. —¿Como una consumición invitada? —Puso mala cara—. No. Normalmente no. Pete es un tacaño y lo controla todo.

Suspiré, preocupada porque aquel borracho se pondría agresivo si no le servía el pedido "correcto" después de haberlo estropeado, a pesar de que se había bebido el primero de todos modos.

No era momento para poner a prueba la valentía que quizá quisiera adquirir y de la que depender. No estaba segura de cómo las normas de atención al cliente moldearían esta situación, y no tenía tiempo de sobra para pedirle permiso a Peter para ofrecerle a este arrogante su segunda copa de cortesía porque me había equivocado. Tampoco quería admitir siquiera que había cometido un error. Peter había visto con sus propios ojos cómo luchaba por mantener un mínimo de gracia y precisión.

Me apresuré a servirle un whisky con hielo y se lo deslicé, rezando para que Peter solo estuviera mirándome el trasero y no prestando atención a lo que hacía.

El imbécil soltó una risita al coger la copa, pero no me quedé esperando agradecimiento ni más palabras de él. Demasiados pedidos me esperaban. Había que coger, servir o agitar muchas más bebidas.

Y no había aire suficiente para que pudiera frenar y respirar hondo. Temblando por el ritmo acelerado, seguí adelante como pude mientras deseaba estar en cualquier otro sitio.

No, eso no era cierto.

Tenía *un* lugar donde fantaseaba con estar.

Un destino.

Casa.

Dondequiera que estuviera Maisie.

Tras el funeral de Fitz, quedó muy claro que tendría que mudar a Maisie del ático que Fitz y yo compramos al casarnos. Era demasiado caro, y aunque lamentaba tener que trasladar a mi hija de cuatro años a un piso más pequeño en una zona no muy buena de la ciudad, era nuestro hogar. El hogar estaba dondequiera que ella estuviera.

Desconectando de los gritos, quejas, pedidos e incluso los groseros piropos e insultos mal articulados de los hombres más borrachos y calientes del bar, me sumí en mis pensamientos. Dejé que las imágenes de mi adorable hija me dieran la motivación para superar esta dura noche.

Por muy duro que fuera, lo hacía por ella.

Las horas tardías. El trato grosero. Incluso las míseras propinas al final de la noche porque Peter era un gilipollas y se quedaba más de lo que le correspondía como su llamado "porcentaje del dueño".

Todo por ti, cariño.

Solo por ti.

Esquivar borrachos y rechazar comentarios groseros se hizo más fácil con la práctica. Era constante, toda esta atención no deseada sobre *mí* mientras simplemente hacía mi trabajo de atender la barra con Rosa. No podía ser demasiado fría y distante si quería propinas, pero tenía que lidiar con mi incomodidad por estar aquí y la necesidad de mantener a mi hija.

Pero esto tampoco puede estar bien.

Maisie todavía se está adaptando a no tener a su padre.

Me necesita.

No solo como única fuente de ingresos para tener un techo sobre nuestras cabezas y comida en la nevera. Era tan pequeña, tímida y crecía tan rápido que necesitaba que yo estuviera presente.

Con toda mi alma, detestaba estar lejos de ella. Acababa de cumplir cuatro años, y algunas noches, como esta larga que estaba soportando, parecía que estaría ausente y, al pestañear, la encontraría ya adulta y echándome de menos.

Ya es bastante duro que ella le eche de menos a él*.*

Tragando saliva al derramar otra cerveza porque resbalé en la alfombrilla pegajosa de mis derrames anteriores, hice una mueca y limpié rápidamente el desastre sobre la barra de madera.

Cada vez que me distraía y pensaba en mi difunto marido, perdía el hilo de lo que debía atender. Recordar al hombre de buen corazón que había perdido era el desencadenante más rápido para volverme torpe. Distraída.

Deprimida y odiando estar aquí.

—¡Eh! ¡Mueve el culo!

Fruncí el ceño ante el grito cruel de Peter. No necesitaba volverme para saber que se dirigía a mí. Había sentido su mirada lasciva. —Lo estoy haciendo. Lo estoy haciendo —respondí. Intentaba moverlo y seguir el ritmo.

Pasé la mano más rápido sobre el charco de cerveza y alcé la vista ante la intensidad de una mirada ajena clavada en mí. Al otro lado de la barra pegajosa, un hombre estaba sentado observándome.

A diferencia de mi jefe, no me estaba juzgando. Más bien, un vacío absoluto brillaba en sus ojos azules. Como si él también estuviera harto de esta noche, existiendo sin saber por qué. Al apartar la mirada de él y comprobar que estaba limpiando todo el desastre que había hecho, me vi impulsada a volver a mirar al hombre rudo de pelo rubio corto. La barba corta de su rostro suavizaba el efecto de

su expresión de labios apretados, pero ahora detecté algo parecido a una compasión reticente en su mirada. Como si entendiera lo poco que yo quería estar aquí.

¿También has tenido un día de trabajo largo y duro?

No lo pregunté. No podía. No me atrevía. Iniciar conversaciones o incluso intentar alguna charla trivial probablemente ayudaría a mi objetivo de conseguir propinas.

Pero esa no era yo.

Así no actuaba.

Fitz había muerto, pero aún no sabía verme como otra cosa que no fuera su esposa.

Demonios, si supiera que trabajo en un antro como este, sirviendo de camarera a borrachos asquerosos y mujeres exigentes…

Me concentré en tomar y servir pedidos, apartando los pensamientos sobre qué habrían opinado mi difunto marido.

No importaba, de todos modos. Que Fitz aprobara o no que trabajara aquí no era relevante. Estaba haciendo lo mejor que podía, aceptando cualquier trabajo disponible e intentando desempeñarlo bien.

Al girar para coger un vaso de la estantería, me detuve en seco ante el obstáculo en mi camino. Se me cortó la respiración al ver a los dos hombres que se habían colado hasta el extremo de la barra. El otro lado estaba cerrado por la curva de la barra hacia la pared. Ahí era donde Peter estaba sentado como un espectador inútil. Pero una rápida mirada atrás confirmó que ya no estaba en su taburete. Se había retirado a su despacho, cuya puerta, que estaba justo allí, ahora estaba cerrada.

Rosa estaba ocupada agitando dos copas, de espaldas a mí y demasiado lejos para que pudiera tirarle de la camisa y llamar su atención.

Un hombre se acercó más, poniéndome la mano en la cadera para atraerme hacia él.

Se habían colado aquí tan rápido, tan de repente, que tardé en reaccionar. En pedir ayuda a Rosa. Incluso en reprenderlos. Lamiéndome los labios y odiando cómo el miedo me arañaba la garganta ante la idea del peligro que tenía delante, parpadeé y retrocedí para poner distancia entre nosotros.

Ambos eran altos, desgarbados y apestaban a marihuana y alcohol. Conteniendo la respiración mientras invadían mi espacio y me obligaban a retroceder hasta la pared, estiré el cuello para alejar mi rostro de ellos.

—No pueden estar aquí atrás —dije, por fin recuperando la voz. Sonaba demasiado débil, temblorosa, transmitiendo claramente todo el miedo que no podía ocultar—. No pueden estar detrás de la barra —repetí, satisfecha de haber sido tan firme como podía para llevar solo una semana en el trabajo.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —dijo el calvo, sonriendo con desdén mientras volvía a intentar ponerme la mano en la cadera.

—No. Necesitan apartarse—

Hizo lo contrario. Cerniéndose sobre mí e intentando agarrarme para tenerme cerca, sonrió como si su idea de diversión acabara de empezar.

—No puedes decirnos qué hacer, señorita —dijo su amigo mientras cogía una botella de cerveza de la estantería baja de la barra. Acababa de ponerla allí para dársela a un cliente que la había pedido, pero ahora él se la estaba apropiando, levantando la botella hacia su boca.

Me encogí, agachándome mientras el calvo intentaba otra vez manosearme, prácticamente empujándome contra la pared y acorralándome para impedir que lo esquivara.

Ya estaba estresada por haber tenido que darle una bebida gratis a ese primer borracho beligerante que no se la merecía, y ahora tenía que temer que Peter descubriera que estaba permitiendo que un desconocido se colara aquí y se sirviera más alcohol gratis.

—¡Basta! —grité, desesperada por escapar de esta locura.

El hombre soltó una risita, levantando más la botella.

Antes de que pudiera llevársela a los labios, alguien extendió la mano y se la arrebató.

Mirando al desconocido con una mirada azul gélida, el hombre rubio sentado frente a mí cogió la botella y la dejó fuera del alcance del tipo. —¿Es que no la han oído? —gruñó.

El calvo y su compañero se volvieron hacia él, frunciendo el ceño e inmediatamente furiosos.

—Les ha dicho que paren —afirmó, con toda seriedad y con un tono que nadie ignoraría.

Oh, mierda.

Parecía homicida, de pie y revelando la envergadura de su fuerza con los músculos que tensaban su traje.

Dios mío.

Me pegué a la pared, aterrorizada de quedar atrapada en medio de una pelea de bar solo por intentar hacer mi trabajo.

3

SERGEI

Aquella pobre mujer aterrorizada. Su largo cabello castaño enmarcaba su rostro mientras se encogía contra la pared como si quisiera aplanarse y ponerse lejos del peligro.

Me sacó de quicio que estuviera en la línea directa de fuego con aquellos dos idiotas saltando la barra y tratando de meterse con ella. En cuanto aquel hombre tras la barra bostezó y se retiró tras una puerta que ponía *Oficina*, se rieron y tramaron acosar aún más a la camarera.

—¿Qué cojones has dicho? —preguntó el calvo con arrogancia.

—Ella te dijo que pararas —repetí, hablando por la mujer bajita que parecía haber vuelto a perder la voz.

El más enclenque sonrió con sorna, alargando la mano para empujarme, pero yo fui más rápido. Le agarré la muñeca y tiré hacia un lado, retorciéndole el brazo hasta hacerle gritar con fuerza—. Ella te dijo que te apartaras.

—¿Qué demonios? —Al ver cómo su amigo hacía muecas de dolor y respiraba con dificultad mientras yo le sujetaba el brazo en un ángulo antinatural, el otro hombre intentó apartar mi mano. Pero su

grito surtió efecto. La otra camarera, más alta y con más soltura tras la barra, se acercó corriendo.

—¿Qué diablos? —Apartó a los hombres a empujones, echándolos de detrás de la barra—. ¡Fuera! ¡Largo de aquí! No podéis estar aquí detrás. ¡Pete! —lo gritó con una letanía enérgica y firme, soltando algunos tacos en español.

Mientras la mujer asustadiza seguía pegada a la pared, con el pecho palpitando por la respiración superficial, el jefe panzudo y la camarera deslenguada echaron a los hombres por traspasar la barra. Me senté de nuevo, incapaz de apartar la mirada de la morena de curvas. Ella me miraba una y otra vez, entre comprobar adónde habían ido esos dos hombres y su jefe, que la regañaba por holgazanear y permitir que eso ocurriera.

Si tuvieran una puta seguridad aquí, eso no habría pasado.

No era culpa de esta mujer tímida, que intentaba hacer el trabajo de al menos tres camareros para la clientela que tenían. Debía de ser una principiante, pero no había excusa para esperar que se mantuviera al ritmo ni siquiera con su compañera más experimentada.

Mi decisión precipitada de poner un pie en este bar de mierda no incluía quedarme mucho tiempo. Pero ahora no podía apartarme de vigilar a esta mujer. Esta camarera, que reanudó su trabajo y repetía sus pedidos en voz baja como si necesitara la repetición mecánica para no olvidar nada. Esta dulce empleada que intentaba sonreír lo mejor que podía cuando algún cliente raro le daba las gracias por las bebidas.

¿Qué hace una cosita como tú aquí?

Di un sorbo a mi primera cerveza, manteniendo a esos dos hombres que la habían acosado en mi visión periférica. Merodeaban a un lado, furiosos. No necesitaba mirar hacia ellos para saber que me fulminaban con la mirada.

¿Por qué trabajas en un sitio de mierda y sin clase como este?

Observar a la camarera llenaba el vacío en el que mi ociosidad me habría dejado atascado. No sabía nada de ella, pero simplemente presenciar su nerviosismo y su determinación aguerrida para no rendirse me dejó curioso. Convencido de que debía de ser nueva en el trabajo o una de esas introvertidas con ansiedad social, no podía apartar la mirada.

Ahora estaba bien, con la mitad del bar yéndose porque el partido importante había terminado. Menos pedidos se acumulaban para ella. No llegaban tantas quejas. No podía ocultar el nerviosismo en sus ojos ni la rigidez espasmódica de sus movimientos, pero al menos podía exhalar profundamente cuando el bar se vació un poco.

Esa era mi señal para irme también. Cuando la pareja de imbéciles se marchó, hablando mierda sobre mí mientras se dirigían a la salida, le hice un gesto a la camarera.

Ella alzó las cejas con una pregunta silenciosa al acercarse—. ¿Otra cerveza? —supuso.

Sacudí la cabeza y sostuve un billete entre los dedos—. He terminado. Una propina para ti.

Ella sonrió tímidamente y señaló un bote.

Puse el billete de cien en el bote, pero saqué dos más de mi cartera —. Para ti —aclaré.

Sin detenerme para ver que reconocía mi propina personal, me di la vuelta y seguí rápidamente a esos dos hombres hacia el exterior. Resultó que ellos tenían la misma idea. Una reunión era inminente. En cuanto doblé la esquina fuera del Diamond Mirage, caminando por otro callejón oscuro y estrecho, intentaron saltar sobre mí.

—¿Crees que puedes ser un puto chulo y... —El hombre cambió su burla por gorgoteos cuando me di la vuelta y lo pillé por sorpresa.

Mis dedos se cerraron alrededor de su cuello mientras lo estampaba contra la pared.

Sabía que no lo dejarían pasar. Avergonzados por haber sido puestos en su sitio o simplemente enfadados porque alguien les había desafiado al defender a esa camarera, era evidente que eran el tipo de imbéciles que "me pagarían con la misma moneda".

Lástima para ellos, yo *era* un hijo de puta de cuidado. Apretando el cuello del hombre con la eficiencia y memoria muscular de tantas otras víctimas anteriores, lo mantuve suspendido. Su pelo se adhería al ladrillo mientras lo empujaba contra la rugosa superficie exterior del muro. Con los pies colgando, las piernas pateando inútilmente y las manos forcejeando contra mis dedos que lo estrangulaban, lo miré a los ojos y saboreé la certeza.

Estaba muerto.

Tendría el honor de rematarlo.

Y ambos lo sabíamos.

Mientras esperaba a que se ralentizara y volviera más torpe, debilitándose sin aire, no perdí el ritmo para matar a su compañero.

Tras los escasos segundos que necesité para alcanzar mi pistola con la mano libre, levanté el brazo y disparé un único tiro al otro hombre mientras intentaba abalanzarse sobre mí.

Primero cayó un cuchillo al pavimento. Rebotó una vez y quedó inmóvil en un charco.

Luego él se desplomó, muerto con la bala incrustada entre los ojos.

Varios segundos después, justo cuando ese dolor empezó a agudizarse en mi costado por sostener al gilipollas con una mano, el otro hombre dejó de forcejear.

También se desplomó sobre el pavimento sucio y cubierto de basura. Sin querer dejar nada al azar, me agaché para colocar las manos

sobre su cabeza y girarlas. Romperle el cuello sería la garantía de que no sobreviviría a esto.

—Ella os dijo que pararais —murmuré en voz alta con sarcasmo.

Aquélla mujer no era más que una desconocida para mí, pero algo en el miedo que ardía con tanta intensidad en sus ojos verdes me perseguía. Me cautivaba, tan claramente fuera de su zona de confort trabajando allí pero esforzándose tanto.

Más que nada, mientras miraba a los dos hombres que había matado solo por haberla acosado, no podía borrar el recuerdo de cómo me había mirado.

Con leve gratitud, como si fuera su héroe al intervenir.

Con cierta curiosidad, como si no pudiera creer que a alguien le importara ayudarla.

Con algo de alivio, como si le complaciera que aquellos hombres probaran su propio karma.

Karma y muerte.

Solo había pretendido darles una paliza y enseñarles una lección por molestarla, pero ahora que me quedaba con sus cadáveres, suspiré profundamente y sabía que no podía irme sin limpiar el desastre. No podían ser nadie importante, dos perdedores cualquiera que esta noche habían acosado a la camarera equivocada. Aun así, sabía que no debía restarle importancia. Por si acaso estaban relacionados con los enemigos de los Orlov, o si tenían conexión con alguien que pudiera importar, debía hacer la debida diligencia de identificar mis últimas víctimas.

Registrar sus carteras no dio nada extraordinario. Un poco de efectivo y un par de tarjetas de crédito probablemente robadas, ya que los nombres no coincidían con sus identificaciones, y eso era todo.

Un par de don nadie.

Nadie os echará de menos.

Buen viaje, y os veré en el infierno, cabrones.

Antes de levantarme e irme, seguí buscando. Había algo más en el bolsillo del calvo.

Lo extraje y me incliné hacia un lado para que entrara más luz de la calle al final del callejón.

Una única bolsita con cremallera. Era de esas desechables que se usan para tantas cosas, incluido el embalaje ordenado de drogas. Frunciendo el ceño, la inspeccioné más de cerca preguntándome de dónde habrían sacado *esto* aquellos hombres.

—¿Qué os parece esto? —me susurré a mí mismo.

Habíamos enfrentado muchas complicaciones con la Familia Giovanni intentando usurpar nuestras operaciones de drogas. Si no saboteaban nuestras rutas, intentaban eliminar a nuestros camellos. Cuando no nos traicionaban intentando que la DEA nos pillara, interferían con nuestros cargamentos.

Ver a estos don nadie cualquiera con una bolsa de sus drogas, marcadas con la impresión única de las pastillas, resultaba interesante.

¿Cómo diablos consiguieron esto?

¿Quién se las vendió?

Mikhail nos ordenó confiscar y/o destruir este lote de pastillas durante una misión hace más de un año. Las probabilidades de que estos hombres las tuvieran tenían que significar algo.

Quizá Roberto Giovanni tenía otro alijo en algún lugar e intentaba interferir en la competencia estratificada del narcotráfico en la ciudad. O tal vez hubo un percance con la destrucción de lo que asumimos que eran todas sus nuevas drogas mezcladas con químicos potentes.

Mmm.

Guardé la bolsillo en el bolsillo mientras me levantaba y retrocedía.

Lo que empezó como un intento improvisado de evadir mi ociosidad se había convertido en algo mucho más complejo.

Me había topado con una posible pista sobre interferencias en el narcotráfico.

Pero mientras caminaba por el callejón hacia la acera, sabía que recibir aquella mirada de la camarera —llena de miedo y agradecimiento— sería lo que me mantendría despierto toda la noche.

4

NATALIE

—¿Estás bien? —preguntó Rosa mientras terminábamos de limpiar la barra.

Suspiré, sabiendo que tenía que mentir.

No, definitivamente no estaba bien. Estaba agotada. Desconcertada. Asqueada por la cantidad de hombres que comentaban sobre mi culo, mis tetas, mis curvas, mi boca, mi pelo.

—Sí.

Puso los ojos en blanco ante mi respuesta cortante, demasiado lista para tomársela al pie de la letra. Con un suspiro profundo, se acercó para abrazarme con un brazo rodeándome la espalda. —Qué pregunta más tonta. Eres todo lo contrario a estar bien ahora mismo.

Bajé la cabeza y quise gemir al ver lo bien que me leía. Diez años mayor que yo y con la experiencia de haber sido camarera durante el mismo tiempo, se había convertido en una especie de madre osa conmigo. Tomándome bajo su protección, era paciente y comprensiva. Hasta cierto punto.

—Mira, me gustaría decirte que se vuelve más fácil.

No te creería.

—Pero ya sabes —dijo apartándose y encogiéndose de hombros—, hay gente que vale para ciertos trabajos y otra que no.

Me estremecí y apoyé el culo en el borde del fregadero. —Al menos eres sincera. —Me recogí el pelo en una coleta y bostecé—. Sé que no soy el tipo habitual de chica de bar, extrovertida y enérgica, que encajaría en un sitio como este, pero—

—No, no. No es eso. —Me sonrió radiante mientras retomaba el barrido—. Yo era una ingenua e inocente como tú en mis tiempos. —Un guiño pícaro acompañó su confesión—. Todos tenemos que empezar por algún lado. Quería decir que todavía necesitas desarrollar carácter, chica. Un poco de agallas.

Y yo que pensaba que *tenía* agallas solo por trabajar aquí.

—¿Nunca has tenido que lidiar con gilipollas así antes? —Me lanzó una mirada escéptica de reojo—. Con lo maja que eres, con lo buenorra que estás, no me digas que ningún imbécil ha intentado molestarte antes.

—¿Me estás insultando o tirándome los tejos? —bromeé.

—¡Ja! En serio, Nat. No eres una adolescente que acaba de salir al mundo real. —Una vez más, demostró no ser insistente, bajando la vista mientras barría y casi bailaba al ritmo de la música que sonaba mientras cerraban el bar—. ¿De verdad no tienes experiencia echando a los tíos a la mierda o defendiéndote de los pringados como los de antes?

Sinceramente, no. No tenía ni idea de cómo explicárselo sin parecer aún más patética. Fitz y yo fuimos novios en el instituto, crecimos juntos en el pueblo cercano a la Gran Manzana antes de que él quisiera venir aquí a la universidad. Seguimos juntos, en exclusiva. Cuando empezó sus estudios y ganó un premio de ingeniería en un

concurso, compramos nuestro piso y nos casamos. Nuestra boda fue días antes de cumplir los veinte, y aunque había probado algunas asignaturas aquí y allá, intentando decidir qué carrera seguir, Fitz finalmente me convenció para dejarlo en pausa. Inmediatamente intentamos formar una familia. El piso necesitaba muchas reformas, y yo me encargaba del bricolaje mientras él estudiaba. Trabajar en unos cuantos empleos a tiempo parcial, como auxiliar en la biblioteca y asistente virtual para un pequeño empresario, también me mantenía ocupada. Cuando nació Maisie, todos los pensamientos sobre trabajar o estudiar se desvanecieron. Ser esposa y madre era lo que me iba. El premio de Fitz y su trabajo duro significaban que podíamos ser una de esas raras familias con un solo sueldo, siempre que fuésemos frugales y conservadores con nuestros gastos.

Y había funcionado. Felizmente. Perfectamente. Hasta que él se fue.

Como siempre había estado con él y nunca había sido una mujer soltera en un bar, no tenía experiencia tratando con cretinos así. Nunca tuve que sufrir ningún capullo acosándome porque siempre había estado con mi novio o marido. Protegida y comprometida.

—La verdad es que no —le admití a Rosa, bajando la cabeza y suspirando al darme cuenta de lo terriblemente protegida que había estado todo este tiempo. Nunca había criticado lo sumisa que había sido con Fitz actuando como nuestro único sostén, pero ahora, en retrospectiva y con él desaparecido, tenía que admitir lo poco que confiaba en mí misma. Lo mucho que me quedaba por aprender para ser más fuerte y estar más cómoda en la sociedad sin un hombre en quien apoyarme.

—Bueno, eso es el efecto pueblo pequeño, ¿eh? —dijo Rosa, riéndose un poco para que no sonara demasiado cruel.

—Sí. Supongo.

Me dio unas palmaditas en la espalda mientras colocaba los últimos vasos limpios en la rejilla. —Vete a casa, chica.

—¿En serio? —Sonreí al mirarla—. Puedo darte parte de mis propinas para que termines de cerrar. Otra vez.

Negó con la cabeza. —Nah. Vete. Sé que tienes que llegar a tu niña.

—Lo sé. Pero no quiero aprovecharme de ti.

Soltó una carcajada. —¡Chica, tú no eres de las que se aprovechan de nadie ni de nada!

Eso sí que sonaba a cumplido, y era uno que me gustaba. Aunque tuviera que aprender a ser más dura y luchadora sin que Fitz me mantuviera o defendiera, prefería conservar algo de ternura en mi corazón.

—Daria puede cuidar de Maisie otra hora más —le recordé, refiriéndome a la universitaria que tuve la suerte de encontrar en nuestro edificio. Era una chica inteligente y paciente, y apreciaba lo bien que Maisie se llevaba con su canguro.

—Vete. —Rosa me echó haciendo gestos con las manos—. Vete. Yo me encargo.

La abracé y acepté su oferta de encargarse del resto de la noche.

Fuera, en la acera, miré a mi alrededor. Examinar el entorno era un hábito que adquirí en cuanto supe que estaba embarazada de Maisie. La ciudad podía convertirse en un escenario peligroso en un abrir y cerrar de ojos. Ser responsable de su vida, incluso antes de que naciera, fue lo que me impulsó a estar siempre alerta ante cualquier amenaza o preocupación. Porque su seguridad dependía de *mí*, no de Fitz.

Suspiré desconsolada al comprobar lo a menudo que se colaba en mis pensamientos esta noche. Llevaba un año desaparecido, y aún así, el tiempo no curaba "todas" las heridas.

Abrigándome mejor con el abrigo, segura de que nadie saldría a molestarme en mi camino a casa, me pregunté cuándo se desvanecería la pérdida de mi marido para poder ser feliz de nuevo.

Cuándo adquiriría suficiente astucia callejera para no estar siempre tan tensa.

Solo es por esos dos hombres esta noche. Nada más.

Ver a esos borrachos entrometidos sirviéndose detrás de la barra me había dejado intranquila. Por eso estaba tan nerviosa ahora, con esa inquietud persistente.

Si ese hombre no hubiera estado sentado allí…

Sacudí la cabeza mientras caminaba, lamentando cómo me quedé paralizada y enmudecí. Rosa se habría dado la vuelta al final y los habría alejado de mí. Habría llamado a Peter para que echara a esos idiotas.

Pero ese hombre…

Me salvó.

No tenía ni idea de quién era, pero la mirada atormentada de ira y frustración que me había dirigido cuando estaba acorralada se me quedó grabada.

Incluso ahora, al recordar cómo se había levantado y hecho que aquellos hombres retrocedieran, me estremecía ante la violencia de la que claramente era capaz. La facilidad y el atletismo fluido que demostró al torcer el brazo de aquel hombre en la dirección equivocada. La indiferencia al tener que recurrir al dolor para transmitir su mensaje.

Y todo por mí.

Solté una risita débil de asombro incrédulo al pensar que le había importado lo suficiente como para intervenir.

Con la mirada un poco baja, casi reaccioné demasiado tarde cuando apareció frente a mí.

Aquí, en la acera.

Di un grito ahogado, retrocediendo antes de chocar contra él en ese tramo del camino. —¡Uy!—

Él no se sobresaltó como yo, pero la sorpresa también se reflejó en su rostro al levantar la vista, casi como si no hubiera estado mirando por dónde caminaba cerca del callejón de la esquina. —Oh—.

Recuperando el equilibrio para no tambalearme demasiado, me aparté el pelo de la cara y lo miré fijamente. Sin la penumbra del bar y el hedor a alcohol, sudor, perfume y marihuana, parecía mucho más nítido ahora. Podía oler la especia de su colonia, limpia y distintiva. Podía ver los detalles de las sombras en su rostro anguloso. Y sin retroceder de nuevo, podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo corpulento.

Uy, desde luego. Retrocedí otro paso, perturbada por lo mucho que notaba tantos detalles sobre él. Bajando la vista, fruncí el ceño ante las manchas húmedas en sus zapatos oscuros. *¿Sangre?*

—Lamento haberla asustado— dijo con ese barítono aterciopelado. Algo más que me impactó con nitidez. A diferencia del bullicio del bar, esta noche apacible me permitía oírlo con claridad.

—No, no— negué con la cabeza. —Está bien. Yo estoy bien—. Subiéndome la correa del bolso al hombro, odié sentir ese impulso de inquietarme bajo su mirada intensa. —Si alguien debería disculparse, soy yo. Siento que esos hombres la molestaran en el bar y—

Él esbozó una sonrisa burlona, riendo una vez. —La estaban molestando a usted— corrigió. —Y odio que haya tenido que aguantar eso—.

Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro. —En ese caso, gracias—.

Inclinó la cabeza en un leve gesto de reconocimiento.

—Pero… ¿por qué?

Sus cejas se alzaron. —¿Por qué? No me gusta que acosen a las mujeres—.

—No, no me refiero a eso. Quiero decir…— Romper el contacto visual parecía obligatorio. Era la conversación más larga que mantenía con un hombre en mucho tiempo. —Quiero decir, ¿por qué se molestó en ayudarme? Somos extraños—.

Extendió su mano. Bajé la vista hacia ella, intrigada por el atisbo de tatuajes justo en el borde de su puño. Ese traje gritaba "ejecutivo", pero el agarre calloso de su mano grande y cálida, junto con la tinta en su piel, sugerían que también podía ser un chico malo.

—Soy Sergei— dijo, envolviendo mi mano con la suya.

—Natalie— respondí.

—Vaya. Después de todo, no somos extraños— bromeó con voz ronca.

Le estreché la mano, asintiendo tontamente. El simple contacto de nuestras manos no debería haber enviado esa descarga de conciencia a través de mí. Estábamos dándonos la mano. Un gesto común entre dos personas al presentarse. Ningún motivo oculto se escondía tras este contacto, y sin embargo, cuanto más tardaba en soltar su fuerza cálida, más cautelosa me sentía.

Perder a Fitz fue una lección dura de independencia que aún intentaba navegar. Con lo que Rosa me había pedido, era muy consciente de cómo esta presentación y apretón de manos aparentemente inocentes podía torcerse hacia algo no intencionado.

No esperaba volver a ver a este hombre para tener la oportunidad de agradecérselo. Me alegré de hacerlo. Y lo hice. Le dije gracias. Ese asunto estaba zanjado.

Pero nada más iba a suceder, ¿verdad?

No me pediría que demostrara mi agradecimiento ni nada por el estilo, ¿no?

Su buena acción me permitió tener una noche agotadora en lugar de una aterradora y angustiosa. Pero casi me estremecí ante la posibilidad de quedar en deuda con él.

Tras la muerte de Fitz, comprendí lo restrictiva que era mi vida al estar endeudada con él y depender de él para todo.

—Gracias de nuevo— dije, deseando sonar más firme y sincera. Lo era. Pero bajo su mirada azul, me sentía intimidada.

—De nada, Natalie—. Soltó mi mano, metiendo la suya en el bolsillo como si no estuviera molesto ni nervioso en absoluto. —Que pase buena noche—.

Sonreí, pasando a su lado. —Igualmente, Sergei—.

Sin volver la vista atrás, continué mi camino a casa, impaciente por ver a mi hija. Cuanto más me alejaba del hombre fuerte que había demostrado que aún existía gente buena en este mundo, más ganas tenía de volverme para comprobar si seguía allí, observándome marchar.

La idea de que estuviera vigilándome, incluso a distancia, encendió un pequeño estremecimiento dentro de mí.

Cuando eché un vistazo furtivo, ya se había ido.

Bueno, qué más da.

Mejor así.

No estaba preparada para dejar entrar a ningún hombre en mi vida. Ni siquiera a uno lo suficientemente valiente como para interponerse por mí cuando me quedé bloqueada y paralizada ante una amenaza.

5

SERGEI

Cuatro noches después, me encontré entrando de nuevo en el vestíbulo del Diamond Mirage. Estaba tan abarrotado como la otra noche. La misma música de discoteca cutre competía con los televisores que retransmitían noticias y partidos a todo volumen.

Y la misma expresión cautelosa y nerviosa aparecía en el rostro de Natalie.

Me senté frente a ella, con suerte de encontrar libre este taburete, y esperé a que se fijara en mí. Supuse que nadie se sentaba aquí justo delante de donde trabajaba debido a los frecuentes derrames y al riesgo de salpicaduras.

Fue entonces cuando finalmente levantó la vista y me vio. Al fallar al apoyar el fondo de una copa en el borde interior de la barra, hizo una mueca y abrió los ojos con alarma. La cerveza se derramó, casi empapando la manga de mi traje por cómo tenía apoyados los antebrazos en la barra. Con reflejos más rápidos que los suyos, aparté las manos justo a tiempo.

—Lo siento mucho... —Interrumpió su frenética disculpa al alzar su mirada preocupada hacia mí. Un destello de reconocimiento

ahuyentó su pánico—. Sergei. —Se lamió los labios y se relajó un instante, casi sonriendo.

Maldición. Sonó bien. Que susurrara mi nombre. En parte con una agradable curiosidad, como si no esperara volver a verme, pero sobre todo con sorpresa. Oír mi nombre salir de sus labios rosados hizo que esta segunda decisión "impulsiva" de venir aquí valiera la pena.

Cuatro días fue todo lo que pude aguantar para mantenerme alejado de ella. La imagen atormentada de ella encogiéndose ante esos dos idiotas que maté en el callejón no me abandonaba. Recordar su naturaleza tímida que contradecía su valor para no rendirse me mantenía enganchado.

Me preguntaba por ella en momentos aleatorios.

La imaginaba cuando me acostaba y no podía dormir.

Y fantaseaba con cómo reaccionaría si volvíamos a cruzarnos.

Oírla susurrar mi nombre así, con esa dulce calma, era mejor que cualquier cosa que hubiera podido imaginar. A pesar del ruido del bar lleno de gente, las luces y los olores que saturaban el ambiente con demasiadas distracciones, estaba cautivado por ella. Por el sonido de ella diciendo mi nombre. Mientras la miraba y cogía unas servilletas, me vi absorbido por este truco de magia que hacía parecer que el resto del mundo dejaba de existir. Como si solo importáramos ella y yo.

—Hola, Natalie —respondí, manteniendo mi voz neutra y calmada.

—Has vuelto —comentó rápidamente, intentando hacer varias cosas a la vez mientras servía otra cerveza—. Quiero decir... estás aquí. —Ruborizada, bajó la mirada y sacudió la cabeza, haciendo que su largo cabello castaño se moviera en la coleta que llevaba—. Yo... no sé quiénes son clientes habituales para adivinar si vuelves a menudo o con algún horario. No estoy...

Me reí, divertido por lo incómoda que se sentía al verme de nuevo. O porque temía que malinterpretara sus simples palabras. *Ella* estaba equivocada. Había vuelto por ella. Y apuesto a que si mantenía esa dulce inocencia que me atraía, no podría afirmar que venía aquí por una idea pasajera de beber porque estaba aburrido y ocioso.

Mientras limpiaba el derrame que había causado, ella hizo una mueca y volvió a mirarme. Su vacilación para mantener contacto visual conmigo durante mucho tiempo me convenció de que no estaba acostumbrada a recibir mi atención. La forma en que parecía reacia a mantener contacto visual directo con *ningún* hombre del bar me hizo preguntarme si era demasiado introvertida y tímida o si había estado tan protegida que carecía de habilidades sociales básicas.

Le pedí una cerveza, la misma que pedí la última vez, y me instalé para simplemente observarla. Hablarle parecía demasiado pedir, pero solo estar aquí y verla me reconfortaba. Casi como asegurarme de que *estaba* aquí, esta desconocida que había captado mi atención, era suficiente para apaciguarme.

La próxima vez que entré, no reaccionó con tanto sobresalto al verme de nuevo.

—Hola, Sergei —me saludó tímidamente cuando me senté frente a ella dos noches después.

—Hola, Natalie —respondí, conteniendo el gruñido de deseo que provocaba solo oír mi nombre en sus labios.

Eso fue todo. Un intercambio de saludos. Un largo momento de mirarnos con demasiadas emociones indescifrables pasando entre nosotros, cargando el aire con el inicio de una conexión adictiva.

Luego una sola cerveza como pedido antes de irme.

Sin más comunicación. Sin otras expectativas. Cuidando de no mirarla fijamente y hacer obvio que la observaba, para evitar ponerla

nerviosa, era un acosador pasivo. Cada vez que venía, solo para verla, me nombraba su guardián. Como el desconocido que la protegería por si alguien le causaba problemas.

Aunque el Diamond Mirage era un antro cutre, nunca le faltaban clientes. Muchos la apremiaban para que se diera prisa y la reprendían por equivocarse en los pedidos, pero nadie más se atrevía a invadir su espacio e intimidarla físicamente como aquellos dos hombres aquella primera noche.

Durante las siguientes tres semanas, me convencí de que no era más que curiosidad lo que me hacía volver cada dos noches. Pasamos de intercambiar saludos a preguntarnos cómo estaba el otro. Esa evolución de la charla trivial fue a más cuando ambos comentamos que el tiempo se estaba volviendo más fresco. Lo cual derivó en una conversación general sobre lo ajetreada que podría ser la próxima temporada navideña.

No surgieron detalles. Ninguno de los dos parecía dispuesto a indagar sobre nada personal. Ambos nos mantuvimos en una charla trivial sencilla y ordinaria. Sin embargo, cada uno de esos momentos en los que simplemente nos abríamos más allá de ser extraños en un bar me llevaba a querer más y más de cualquier cosa que ella me diera.

Aparecí otra noche ajetreada, preguntándome cómo podría preguntarle por qué trabajaba en un bar cuando parecía no encajar en una mujer bajita y dulce como ella. Apenas podía alcanzar todos los vasos, pero cada vez que lo intentaba y su camiseta se levantaba mostrando una franja de su vientre, era una tentación que no me arrepentía de ver. Y cada vez que un cliente se ponía grosero con ella y ella reaccionaba con demasiada docilidad y timidez, demostraba que creía en poner la otra mejilla y nunca replicar, como hacía su compañera Rosa.

Había venido una despedida de soltera esta noche. Rosa ya les había pedido tres veces a las mujeres muy borrachas que dejaran de intentar subirse a la barra para bailar. También había una despedida

de soltero—sin relación con la de soltera—. Parecían estar tan borrachos que estaban a punto de desplomarse y desmayarse, pero eso no les impedía ser ruidosos y maleducados. Además de ellos, el bar estaba abarrotado de mucha más gente. Más de lo que las dos mujeres podían manejar detrás de la barra. Me hizo preguntarme por qué el perdedor panzudo que se sentaba en el taburete y miraba a Natalie no contrataba a otro camarero para satisfacer la demanda de su negocio.

No podía culpar al baboso por mirarla. Con aquella camiseta tirantes azul oscuro que mostraba su escote y esos pantalones negros ajustados que parecían pintados sobre sus sensuales curvas, era la tentación personificada. Hombres y mujeres no podían evitar mirarla. Llegó a tal punto que tuve que lidiar con esta ridícula y posesiva celosía que surgió en mi interior.

Natalie no era mía. Pero tampoco me gustaba que nadie más pudiera mirarla y tener la idea de que pudiera ser suya.

Distraído por verla agacharse, no prestaba atención a lo cerca que estaban los demás de mí mientras estaba sentado en mi taburete. Un borracho chocó contra mi codo, volcando su bebida. El líquido frío empapó mi manga al instante.

—¡Oh, no! —Natalie no se perdió el alboroto. Aunque estaba haciendo tres cosas a la vez, se percató al instante de este derrame. Por lo rápido que reaccionó con alarma, tuve que interpretar su atención como una señal de que tampoco ella era capaz de apartar la mirada de mí.

Conteniendo mi enfado hacia el hombre que me había derramado su bebida encima, respiré para controlar el impulso instantáneo de darle un puñetazo o decirle que se apartara de mí de una puta vez. Probablemente ni siquiera fue culpa suya. Estábamos apretujados aquí, metidos en el bar por la cantidad de gente que había elegido el Diamond Mirage como su lugar de copas esa noche. Culpar a este gilipollas por su torpeza dejó de importar después de que me centré

en cómo Natalie se apresuró a presionar servilletas contra mi manga.

Sus dedos sobre mí se sentían bien. La tela mojada y las servilletas empapadas presentaban demasiadas capas entre nosotros, pero incluso este simple contacto me excitaba.

No podía ignorar la fantasía instantánea de cómo sería si me tocara más. Si ella me quitara la ropa, mostrando una sonrisa tímida en sus labios mientras lo hacía. Si trazara con sus delicadas yemas de los dedos sobre mi piel y explorara.

Joder.

Me dolía la polla, endureciéndose ya por las visiones en mi mente. Apreté los molares por el fogonazo de lujuria que me asaltó.

—Sergei —dijo, frunciendo el ceño—. Lo siento mucho.

Me contuve una sonrisa.

—Esto parece tan caro y—

Puse mi mano sobre la suya, impidiendo que se preocupara mientras intentaba limpiar el desastre. Era demasiado dulce para mí. Demasiado considerada y atenta.

—Es solo un traje —le dije.

—Aún así… —Se encogió—. Parece tan caro y—

Negué con la cabeza y me levanté, retirando el brazo para quitarme la chaqueta. Era algo tan insignificante por lo que estar disgustada—que alguien me derramara una bebida accidentalmente—. Pero me impactó profundamente. Su preocupación general por mí descongeló mi corazón.

Ella se preocupaba.

No tenía baja autoestima. No tenía que preguntarme si tenía gente en mi vida a la que le importara una mierda. La tenía. Toda mi

familia se preocupaba. Pero saber que *ella* se preocupaba por mí se sentía diferente.

Ella levantó la mirada hacia mí y sonrió un poco más mientras me quitaba la chaqueta. Mi ira y enfado se desvanecieron al verla apaciguada. —Me sorprende que no fuera yo quien lo derramara —bromeó.

—¡Natalie!

Ella se sobresaltó por el grito de su jefe. Yo entrecerré los ojos hacia el perdedor mientras me arremangaba para evitar la humedad de mi camisa en el antebrazo.

Él frunció el ceño y le hizo un gesto para que se moviera. —¡Limpia ese puto desastre antes de que alguien resbale y se caiga!

Ella se volvió hacia mí, luego observó cómo una mujer borracha pasaba bailando con los ojos cerrados mientras sorbía su copa. Aunque hubiera tenido los ojos abiertos y el suelo estuviera seco, habría resbalado. ¿Con esos tacones y con tanto alcohol en el cuerpo?

Me aparté antes de que pudiera apoyarse en mí. El hombre que había derramado su copa sobre mí la ayudó en mi lugar.

Natalie asintió, lanzándome una mirada preocupada y disculpatoria mientras se apresuraba a buscar una fregona y abrirse paso entre la multitud.

Como aquella noche en la acera, recordé lo menuda y menudita que era. Con curvas pero pequeña, apenas me llegaba a la barbilla mientras arrastraba la fregona por el suelo. Con lo lleno que estaba, apenas podía acceder a la zona mojada para limpiarla.

—Te has dejado un sitio sin fregar —bromeó un hombre, riéndose con sus amigos mientras invadía su espacio.

Ella dio un paso hacia mí, casi por instinto. —Oh. Lo siento.

No te has dejado ni una puta cosa. Contuve las ganas de posar mi mano en su espalda baja. Estaba tomándole el pelo.

—Sí, aquí también te has dejado un sitio —bromeó otro, agarrándose la entrepierna y acercándose—. ¿Quieres frotarlo para secarlo?

Retrocedió hacia mí otra vez, agarrando el palo de la fregona como si deseara que fuera un escudo.

—Ay, no te hagas la remolona ahora —se burló otro borracho, alargando la mano como para atraerla en un abrazo lateral—. Solo estamos bromeando.

—Lo siento. Yo… —Natalie negó con la cabeza y bajó la barbilla, como si evitar mirarlos los disuadiera mientras seguía fregando lo mejor que podía.

—Está jugando a hacerse la difícil, tío —dijo el primero, dándole una palmada en el culo.

Ella se encogió, retrocediendo otra vez hacia mí. Una rabia instantánea encendió un fuego dentro de mí cuando su espalda chocó contra mí.

—Ah, ¿quieres jugar? —bromeó el segundo, alargando la mano para manosearla.

Bajé el brazo, impidiendo que se acercara siquiera a tocarla. La ira me recorrió mientras sopesaba hasta dónde enseñaría una lección a este cretino.

Él me miró con los ojos entrecerrados, furioso al instante por haberle bloqueado el acceso a ella.

Natalie jadeó, inclinándose hacia atrás contra mí mientras estiraba el cuello para mirarme.

—Oye, lárgate, tío —dijo el tercero—. Nosotros la vimos primero.

Puse mi mano en el costado de Natalie, sintiendo cómo sus costillas se elevaban con una inhalación brusca de aire.

—No —negó con la cabeza. La preocupación cruzó su rostro, similar a la expresión de shock que tuvo cuando retorcí el brazo de ese gamberro la primera noche. La violencia la asustaba. Solo eso debería haberme disuadido de actuar como su salvador. Yo vivía y respiraba nada más que violencia, dictando sentencias de muerte a tantos que no merecían ocupar espacio en este mundo.

Pero por ella, no podía apagar esta necesidad de protegerla, esta urgencia apremiante de defenderla y borrar esas líneas de preocupación de su dulce rostro.

—No, él lo hizo —aclaró su garganta—. Este tío, eh…

El trío de hombres sonrió con suficiencia e intentó agarrarla otra vez, dudando de su capacidad para ordenarles que la dejaran en paz.

—Estoy con él —dijo temblorosa.

—¿Él? —El más bajito se burló, lanzándome una mirada desafiante —. ¿Estás con *él*?

Ella asintió, acercándose a mí como si su mentira la pusiera más nerviosa. —Sí.

Podía seguirle el juego. Enlazando mi brazo alrededor de ella, ciñéndolo sobre su estómago, fulminé a los hombres con la mirada.

—Mentira —discutió uno—. Alguien como él no va a estar interesado en una ratoncilla como tú.

—Estoy con él —Natalie frunció el ceño—. Él es… es mi novio.

Dos se rieron y pusieron los ojos en blanco. El tercero negó con la cabeza. —Mientes. Solo te haces la difícil y—

Bajando mi mano libre, usé dos dedos para levantarle el rostro. Con un toque firme pero cuidadoso bajo su barbilla, la guié para que me

mirara. Justo a tiempo para que me inclinara y presionara mis labios contra los suyos.

Esa descarga de lujuria se espesó y volvió a recorrer mis venas. Ni un cable de alta tensión habría podido electrocutarme más con el pulso instantáneo de necesidad ardiente que ella me hizo sentir.

Por solo esto. Un beso. Un simple roce de sus labios suaves y carnosos bajo los míos.

Me robó el aliento. Hizo que el tiempo se detuviera. Y al separarme, mirando las profundidades del verde centelleante de sus iris mientras abría los ojos sorprendida, me tentó robar otro.

No es suficiente.

Me incliné para besarla de nuevo, deslizando mi mano por la base de su cráneo para sostenerla en su sitio mientras prolongaba la presión de mi boca sobre la suya, manteniéndola justo donde quería para pasar mi lengua por la comisura de sus labios.

Su jadeo de respuesta me provocó. El leve apretón de sus dedos aferrándose a un puñado de mi camisa me electrizó.

Sí. Agárrate fuerte.

Porque si estos idiotas necesitaban otra demostración de cuánto deseaba ser suyo, cuánto me enganchaba la idea de que fuera mía, la inclinaría sobre la barra y la devoraría hasta memorizar su sabor.

Ahogado bajo el deseo atrevido que no podía disimular mientras me miraba, luché contra las ganas de besarla otra vez.

6

NATALIE

P*ero qué…*

¿Qué?

¿Qué acaba de—?

Tragué saliva, paralizada por la intensidad de la mirada de Sergei clavada en mí.

¿Qué…?

¿Qué es *esto?*

¿Qué está pasando?

¿Por qué—?

Parpadeando rápidamente mientras esperaba que me volviera el sentido común, bajé la mirada e intenté ocultar lo alterada que estaba.

Me había besado. De verdad se había lanzado así de repente y *me había besado*. La idea de mentir diciendo que Sergei era mi novio me vino tan rápido que no tuve tiempo de reconsiderarlo. Ni de pensarlo siquiera. El sentido común y la lógica no aplicaban. Solté

que estaba con ese hombre fuerte y de aspecto temible porque no podía negar lo seguro que me hacía sentir.

Tras la muerte de Fitz, había renunciado a los hombres. Sin embargo, ante el peligro, me sentí atraída por Sergei. Sin saber nada concreto sobre él, había llegado a verlo como mi aliado.

¿Un amigo?

¿Algo más?

Temiendo que fuera a agredir a aquellos hombres, había dicho lo primero que me vino a la mente. Que no estaba disponible. Que estaba ocupada.

Dios mío.

Era la cosa más estúpida que podía haber dicho. No solía mentir, pero las palabras salieron de mi boca demasiado rápido antes de poder retirarlas. Solo esperaba que Sergei no me corrigiera o se enfadara. Que siguiera el juego y no se riera de mí.

Pero ¿qué ha sido eso*?*

Inclinándose para besarme así, dejándome sin palabras con la presión suave pero hambrienta de su boca sobre la mía, me confundió.

No podía pensar. No podía racionalizar lo mal que estaba esto cuando se sentía tan bien. La oleada de deseo que provocó en mí me despertó. Me sobresaltó. La cálida presión de su mano en mi cara me reconfortó, engañándome para que quisiera más.

Me habían besado antes. Pero nunca había sentido una reivindicación tan visceral.

¿Y qué es esto*?*

Todos los sonidos y el caos del bar pasaron a un segundo plano en mi mente. Aturdida y como drogada bajo la ardiente mirada que

Sergei aún no había apartado de mí, a centímetros de distancia, intenté volver a la realidad.

¿Por qué me mira así?

¿Como si quisiera besarme de nuevo?

¿Qué significa esto?

¿Cómo puede estar mirándome como si quisiera otra excusa para estrecharme más?

Ese beso fue mucho más que seguir el juego en mi mentira. En ninguna de mis fantasías lo había imaginado besándome así. Ni que sentiría su potencia hasta la médula de mis huesos. Hasta la creciente excitación entre mis piernas.

¡Dios mío!

¿Qué he hecho?

¿Qué me ha hecho? No fue un simple beso. Mi estúpida mentira ya se estaba complicando tanto.

Retrocedí, aturdida, y dejé que el ruido del bar me devolviera a la realidad. Estaba aquí para trabajar y ganar un sueldo, no para mentir sobre que ese apuesto y fuerte empresario fuera mi novio. Estaba aquí para fregar ese charco y volver a servir copas, no para preguntarme si ese hombre sexy podría realmente quererme.

—Lo que sea —se quejó uno de los hombres, alejándose. Sus dos amigos se fueron con él, y aún así, no podía enfrentarme a Sergei como debía. Me ardían las mejillas como si estuvieran en llamas. Mi corazón latía como si hubiera corrido una maratón. Mis rodillas temblaban como si quisiera que Sergei me sostuviera durante mucho más tiempo.

—Yo…

Negó con la cabeza, volviendo a su asiento. Actuando como si nada hubiera pasado, tan tranquilo como siempre, Sergei se aclaró la

garganta. —No pasa nada.

Abrí y cerré la boca, mirándolo mientras se sentaba como si esta fuera una noche cualquiera para él. Tal vez iba por ahí besando a toda clase de mujeres extrañas. Era lo suficientemente atractivo para atraerlas. Sin embargo, nunca había intentado nada con nadie aquí, nunca había mirado a Rosa como me miraba a mí.

Vuelve al trabajo.

Deja de decir tonterías.

Cogiendo la fregona, volví detrás de la barra.

—Natalie, no pasa nada —dijo momentos después, cuando dejé caer la tercera copa en apenas unos minutos.

Fruncí el ceño hacia él, maldiciendo ese rubor que no se iba. O cómo me sentía atraída a mirar sus labios. —¿Eh?

—No me importa fingir que soy tu novio —dijo.

Hice una mueca, preocupada de que todos lo oyeran. —Siento mucho haberte puesto en ese aprieto.

Lanzó la mano para atrapar la copa que casi tiro. Con la otra mano, la puso sobre la mía. Mis dedos temblorosos se sintieron seguros bajo el calor de su palma grande.

—No pasa nada —repitió con calma.

¿Por qué su voz me afecta así?

Tan rica y profunda. Autoritaria. Como si todo iría bien con él al mando para que no estuviera tan agobiada por mi vida.

—Me alegro de seguir el juego si así esos idiotas dejan de acosarte.

Observándolo mientras llenaba otra copa, escudriñé su rostro buscando la contrapartida. Si le interesaba hacerse pasar por un novio falso, ¿esperaría algo a cambio?

—¿Cuál es la contrapartida? —pregunté nerviosa.

Se encogió de hombros y se frotó la mandíbula. —No hay ninguna.

¿Cómo?

¿Por qué?

No entendía cómo un hombre tan sexy como él podía estar disponible para fingir por mí, sin ninguna obligación de agradecerle su ayuda. Mis luchas con la independencia y la falta de un hombre en quien apoyarme entorpecían mis pensamientos.

—Si te pongo nerviosa, puedo irme —dijo mientras se giraba para coger su chaqueta del respaldo bajo del taburete. Al moverse, hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —Alargué la mano y la posé en su antebrazo.

Él miró hacia atrás, observando cómo le había tocado, y yo retiré la mano rápidamente—. Solo es un músculo dolorido.

—Tú… No tienes que irte —me aclaré la garganta y me enganché el pelo detrás de la oreja—. No estoy nerviosa.

Arqueó una ceja, cuestionando mi afirmación.

—Solo estoy sorprendida. Lo solté así sin más y no pensé que tú…

No sabía que me besarías.

Que podría ser tan… ardiente.

—¡Nat! —Rosa silbó para llamar mi atención. Gritó pidiendo más botellas de cerveza de la cámara frigorífica. Asentí, casi agradecida por tener un momento para alejarme. Entrar en la habitación fría me enfrió un poco, pero el recuerdo de Sergei besándome —y de que quisiera besarme de nuevo— mantuvo mis mejillas sonrosadas al regresar.

Sigue aquí.

Permaneció el resto de la noche. Fue más tiempo del que solía quedarse —no es que llevara un registro oficial de ese detalle. No volvimos a hablar. Mientras me esforzaba por mantener el ritmo exigente de pedidos, no tuve tiempo para hablar con él.

A la noche siguiente, no me sorprendió del todo que apareciera otra vez.

—Hola, Sergei —lo saludé mientras se sentaba frente a mí como de costumbre.

—Hola, novia Natalie —respondió.

Y al instante me sonrojé.

La noche siguiente fue igual. Y también dos noches después.

Acepté el acuerdo no oficial que habíamos forjado. Él fingiría ser mi novio, actuando como mi protector cada vez que un cliente se pusiera demasiado agresivo o grosero conmigo. Una sola mirada letal solía bastar para que los demás retrocedieran.

Mentir sobre tener un hombre en mi vida me parecía incorrecto, pero tras la primera semana viviendo esta mentira, me convencí de que era mejor que soportar a los eternos depredadores que me molestaban.

Acostumbrándome a ver a Sergei aparecer casi cada noche, intenté no preocuparme por el *porqué* de todo aquello. Cómo un desconocido podía implicarse tanto solo por ayudarme.

Rosa también se lo preguntaba, porque una noche me apartó y me preguntó directamente por qué él siempre parecía venir con el único propósito de velar por mí.

—Sin tonterías, Nat. Dime la verdad. ¿Ese grandullón te está acosando o algo así? —Su ceño se frunció.

De nuevo, agradecí sus instintos maternales hacia mí, como si fuera mi hermana mayor no oficial durante el trabajo.

—No. No me está acosando —dije, casi riéndome. Miré hacia arriba y lo pillé observándome con esa esbozada sonrisa que dudaba que me dejara ver.

—¿Quién es?

Fruncí el ceño, debatiendo qué decir. No se me ocurrió ninguna respuesta. Ni siquiera sabía su apellido, a qué se dedicaba, de dónde venía.

Maldita sea.

¿Y si realmente me está acosando o algo loco así?

—¿Nat? —Arqueó las cejas mientras yo buscaba una respuesta a toda prisa.

No. Qué estupidez. No me está acosando*. Simplemente está… solo. Y debe gustarle protegerme. Quizás está aburrido.* Si Sergei me estuviera acosando, no limitaría a verme durante los momentos aleatorios que pasaba aquí en el bar.

—Vale, es solo un cliente habitual.

Cruzó los brazos, sin convencerse.

—El otro día, cuando unos tipos me acosaban, me puse un poco nerviosa y asustada y…

—Deberías habérmelo dicho, chica. Te dije el primer día que siempre intentaría cuidar de ti.

Me entristeció parecer tan indefensa como para necesitarla a ella como respaldo. O a cualquier otro. Tener el respaldo de Sergei se sentía… diferente.

—Lo sé. Pero, eh… solté que él era mi novio, solo para que esos tipos dejaran de molestarme. Y él siguió el juego —me encogí de hombros, sonrojándome por todo aquello—. No significa nada. Solo una broma tonta. O una buena acción. No sé.

Sonrió, moviendo la cabeza lentamente mientras reía—. Ay, chica.

—No me juzgues…

—No lo hago. Cielos, yo recuerdo haber hecho algo así cuando también era una mamacita —miró hacia él y suspiró al volver a mirarme—. Pero típico de ti elegir al hombre más sexy y de peor cara de aquí.

Mi rubor se intensificó.

—Solo asegúrate de no dejarte llevar demasiado por la actuación —guiñó un ojo, de nuevo con esa mirada pícara.

Solté una risa irónica. ¿Dejarme llevar? Negué con la cabeza y retomé el guardado de vasos en ese raro momento de calma—. No te preocupes, Rosa. No tendré ningún problema para contenerme.

Me dio un codazo al pasar. Se detuvo para acercarse y susurrar, evitando que Sergei lo oyera mientras él bebía su cerveza y miraba la televisión—: No estoy tan segura de que ninguna mujer sea lo bastante fuerte para resistirse a *él*.

Puse los ojos en blanco mientras ella continuaba hacia el otro extremo de la barra—. Ja, ja —murmuré con sequedad.

Tenía razón. Sergei era un ejemplar de hombre muy atractivo. Y aquel beso que me había dado despertó en mí algo más que un poco de excitación y deseo.

Pero esos hechos no importaban. Podía —y lo haría— ignorarlos ambos.

Era simplemente demasiado pronto para siquiera plantearme dejar entrar a un hombre en mi vida. Para mirar a alguien con interés romántico o algo parecido. Maisie era tan pequeña, y todavía estaba sufriendo. No podía cargarla con más cambios en su vida incorporando un novio de verdad a la ecuación. Me necesitaba —a mí entera— como su única familia.

En el fondo, sabía que yo también seguía sufriendo, todavía agobiada por la pesada realización de que necesitaba ser más independiente y no depender de nadie nunca más.

—No estoy ni cerca de estar preparada para tener un hombre otra vez —me susurré a mí misma.

Porque cuanto más clavaba la mirada en la intensa mirada azul de Sergei y sentía esas ahora familiares mariposas en el estómago, sufría la culpa de olvidar a mi marido, deshonrando de algún modo el amor que una vez tuvimos.

Un amor verdadero. El tipo que siempre había soñado. Uno que duraría para siempre.

7

SERGEI

Andre frunció el ceño mientras yo miraba mi reloj. Otra vez.

No pretendía ser tan obvio, pero estaba deseando irme.

—¿Tienes planes? —preguntó mi primo con sarcasmo.

Mi hermano pequeño, Roman, ya se había largado de esta reunión familiar. Antes nunca celebrábamos los cumpleaños con fiestas oficiales. Antes de que mi prima Anya, de diecisiete años, la hermana de Andre, viniera a vivir aquí, recibíamos los cumpleaños con muchos tragos o vacaciones exóticas. Ricos y sin mujeres en nuestras vidas, éramos libres de gastar y de fiesta como nos parecía bien. Ahora que Anya estaba aquí, Mikhail era más una figura paterna «tradicional». Y ahora que estaba comprometido con Claire y ella estaba embarazada, las cosas eran aún más tranquilas.

No para Roman. Se había ido para encontrar algunas mujeres con las que terminar la noche. Si tuviera que adivinar, estaría en uno de sus clubes favoritos con al menos dos o tres bailarinas compitiendo por su atención.

—Solo estoy cansado —mentí.

Estaba deseando ir a ver a Natalie. Volver al Diamond Mirage se había convertido en un hábito, una rutina que no podía dejar. No podría dejar de verla aunque lo intentara, y no tenía ningún interés en apagar esta intriga con ella. Especialmente después de que soltara esa frase sobre que yo era su novio cuando la acorralaron de nuevo.

—¿Sí? —preguntó Andre, arqueando una ceja, claramente escéptico y sin creerme.

Asentí.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

No. Nada que ver aquí. Solo mi fascinación por una mujer de la que no sabía nada. Una asustada camarera hacia la que me sentía atraído.

Al principio, descarté mi obsesión por necesitar verla como una comodidad. Ella me ayudaba a disipar este aburrimiento. Ir a verla al trabajo no era un deber ni una tarea, sino un escape de mi aburrimiento.

Ah, al diablo. Es más que eso. El segundo después de haber probado levemente sus labios, estaba hambriento de cualquier otra cosa que ella me diera. Sin embargo, seguí siendo paciente, simplemente saliendo de la periferia de su órbita, presente por si decidía que quería algo más. No necesitaba ser un genio para darme cuenta de lo asustadiza y nerviosa que estaba. Si la persiguiera como realmente quería, garantizaría que saldría corriendo aterrorizada.

A veces, la persecución y la caza eran las mejores partes de una conquista. Pero Natalie era otra cosa. Alguien a quien apreciar y respetar. Sin necesidad de saber nada más sobre ella, podía intuir eso.

Andre era mi primo, sin embargo, el tipo con el que había crecido. No estaba bien mentirle así. —Podría echar un vistazo a este bar.

Asintió lentamente, todo oídos. Sabía que era mejor no pedirme detalles. Su presencia exigía que se lo contara.

—Es un lugar de mierda en el que tropecé una noche. Volví otra vez, solo porque tuve un presentimiento sobre él —me encogí de hombros, fingiendo indiferencia—. No fue un jodido «presentimiento» lo que me llevó de vuelta. Era una mujer preciosa que no podía sacarme de la cabeza.

—Vi a uno de los traficantes de bajo rango de los Giovanni allí —admití—. Eso era cierto. No recordaba en qué visita fue que vi a alguien afiliado a nuestro enemigo, pero lo había notado. No era lo suficientemente importante como para eliminarlo, pero sentía curiosidad por su aparición allí en tierra de nadie no sancionada. El Diamond Mirage no formaba parte del territorio de los Orlov, como tampoco lo era del territorio de Roberto Giovanni. Pero cualquier movimiento que estuvieran haciendo podría ser importante.

Añadí la mención de esas drogas que había encontrado en los cuerpos del callejón. De nuevo, era una verdad a medias. No le dije que había matado a esos hombres porque molestaron a Natalie. Pero contarle sobre esas drogas marcadas específicas era información, supuse.

—¿Quieres refuerzos? —se incorporó, como preguntándose si podía dejar el final de esta cena familiar para celebrar el cumpleaños de Anya—. Puedo acompañarte.

Puse mi mano en su hombro mientras me levantaba. —No. No hay necesidad.

—No me importa.

Pero a mí sí me importa, joder. Abrochándome la chaqueta del traje, le di una leve sonrisa. —¿Por qué perder el tiempo en algo que no terminará con ninguna acción?

Joder. Debería preguntarme lo mismo.

Nunca pasaría nada entre Natalie y yo si uno de nosotros no daba un paso.

Me fui y me apresuré para llegar al bar, encontrándola tan ocupada como siempre. No importaba lo agitado que estuviera aquí, casi siempre conseguía un asiento directamente frente a ella.

—Hola —me saludó tímidamente, burlándose de mí con esa sonrisa inocente.

Resistí un gruñido de deseo. Sus miradas tímidas. Su naturaleza despreocupada respecto a cuánto me estaba conteniendo. Dudo que fuera un juego de hacerse la difícil o de engatusarme. Su dulce aire de ignorancia ingenua eliminaba eso. Ella era simplemente así... buena. Pura. Negarme la oportunidad de ir tras ella estaba desgastándome.

—Hola, Natalie.

Durante los siguientes minutos, mientras bebía lentamente mi cerveza —que era más un accesorio que una bebida que quisiera terminar—, la observé moverse ajetreada detrás de la barra. Estaba ocupada, no era ninguna sorpresa, pero no tan asustadiza y nerviosa.

—Hola —saludó Rosa alegremente, como de costumbre.

Asentí hacia ella. —¿Noche ajetreada? —pregunté.

—Bah. Apuesto a que pronto animará. —Se alejó hacia su zona, y no pude evitar preguntarme si se daba cuenta de que yo sabía lo que estaba haciendo. Vigilándome. Dejándome claro que me tenía en su punto de mira. No me importaba. De hecho, me gustaba saber que Natalie tenía a alguien velando por ella. Aparte de mí, claro.

Sin embargo, no era factible que yo estuviera aquí toda la noche, ni siquiera cada noche. Aunque deseaba poder hacerlo. Quería que

Natalie fuera una presencia más duradera y permanente en mi vida, tanto como pensaba en ella y me preocupaba.

Cuando André se ofreció a acompañarme, quise evitar cualquier posibilidad de que descubriera lo de ella. Por ahora era mi "secreto". Pero si en algún momento pudiera formar parte real de mi vida, tendría que salvar esa distancia.

Recordaba demasiado bien lo difícil que le había resultado a Anya adaptarse a los elementos sanguinarios y violentos de la organización Orlov. Claire también había luchado para pasar de la sociedad normal a vivir bajo nuestras normas y nuestro modo de ejercer el poder.

Natalie también sufriría un choque cultural, y esa era una razón más para abordar mi fascinación por ella con lentitud y cuidado.

Por ahora.

Dejé mi cerveza y observé a unos hombres que empezaban a mirar fijamente a las dos camareras. Parecían problemáticos, y yo estaba alerta.

Por ahora, mantener a Natalie como mi secreto funcionaba. Con el tiempo, cuando encontrara el momento y el lugar adecuados —y ojalá las palabras correctas—, podría intentar presentarle quién era realmente y a qué me dedicaba. Porque si yo estaba tan empeñado en venir a verla, ella era igual de culpable de esperar mis apariciones. No lo llamaría amistad, sino algo más tangible y exigente por derecho propio.

Ella seguía tan nerviosa, siempre tensa con miradas cautelosas hacia mí y hacia los demás. Sin embargo, su fragilidad estaba oculta y estratificada tras su fortaleza, porque por muy horribles que fueran los clientes y por muy agobiadas que estuvieran ella y Rosa, no abandonaba.

—Basta —le dijo Rosa al trío de hombres borrachos. Parecían culturistas pero sin saber usar realmente el volumen que les daban

los esteroides. Apoyó la mano en la barra y les lanzó una mirada severa, siguiendo con su sermón para que se comportaran. Alternando entre inglés y español, les regañó para que tuvieran cuidado o les echarían.

Captó mi atención y bajé la barbilla una vez.

—Ah, ¿vas a ser el gorila no oficial de por aquí o qué? —bromeó mientras Natalie traía más cosas de la cámara frigorífica.

Negué con la cabeza. —No. —No dejaría que nadie pensara que estaba aquí para proteger oficialmente este local. Eso no sería una simple buena acción. Sería político. Poner el sello de seguridad de los Orlov en el bar de mierda de Peter se percibiría como si Mijáil reclamara este territorio, y no era una jugada que pretendiera hacer. Una que no tenía poder para hacer como su brazo ejecutor.

Natalie, sin embargo, era mía para proteger. Quisiera o no. Velar por ella se había convertido menos en un juego y más en una responsabilidad honoraria. Como un instinto.

—De verdad te importa ella, ¿eh? —supuso Rosa, mirando por encima del hombro para localizar a Natalie y comprobar que seguía sin poder oírnos.

No respondí, usando mi botella de cerveza como excusa para no contestarle mientras bebía un poco.

—Ella necesita que alguien la proteja —dijo en tono conspiratorio—. Pero no logro descifrarte bien para saber si tus intenciones son sólidas. —Entrecerrando aún más los ojos mientras mantenía las manos ocupadas con vasos y botellas, me dio una orden expectante para que le diera alguna pista.

No lo haría. No le daba cuentas a ella. No iba a revelarme como miembro de la familia Orlov interesado en su compañera de trabajo. En el momento en que lo hiciera, Natalie correría el riesgo de convertirse en un objetivo por asociación.

—¿Por qué necesita que alguien la proteja? —pregunté tras bajar la botella.

Meneó el dedo de un lado a otro. —Ah-ah.

—¿Qué?

—No te vas a salir con la tuya. Responder a mi pregunta con una tuya.

—No estoy seguro de cuáles son mis intenciones con ella. Todavía.

Sonrió ante cómo añadí esa última palabra para enfatizar al final. Como si eso implicara esperanza en algo bueno.

—No sé suficiente sobre ella para determinar qué opciones tengo con ella. —Esa también era la verdad.

Se encogió de hombros. —No me mires a mí. No vas a conseguir su historia por mi parte.

—¿Porque tú tampoco la conoces? —Supuse que quizá no. Lo que fuera que hacía que Natalie se comportara con tanto miedo y timidez no podía ser un momento trivial sin importancia. No era reservada solo conmigo.

—Porque no cotilleo —declaró Rosa sin rodeos, esbozando una sonrisa burlona antes de volver a su zona de la barra.

Una hora después, me pregunté si necesitaría demostrarle a Rosa y a Natalie lo bien que podía asumir el papel autoproclamado de gorila de este estúpido bar. Los hombres a los que Rosa había regañado se estaban comportando aún peor. Más borrachos. Más atrevidos. Más engreídos.

Apenas pude contenerme de darles una paliza cuando evaluaron el cuerpo de Natalie, detallando cómo la violarían en grupo. Mi presión arterial se disparó y temblaba con la necesidad de infligirles dolor solo por pensar esas cosas sobre esa dulce inocente.

Pero no hice un carajo, salvo quedarme en mi sitio y asegurarle que estaba allí si necesitaba mi ayuda. Fui testigo de cómo empezaba a desarrollar un poco de carácter. Sus discretas reprimendas se volvieron más fuertes y firmes. Les dijo que se callaran y la dejaran en paz, quizá envalentonada por mi presencia y vigilancia.

Una y otra vez, los rechazó y les dijo que se fueran a tomar por culo. Ignorarlos no fue productivo, pero al final, Rosa y Peter los echaron por provocar el comienzo de una pequeña trifulca.

Van a estar esperando justo afuera.

Me daba cuenta. Aunque no lo dijeran, prometiendo que no dejarían que Natalie se escapara después de su turno, podía predecir que eran de esa clase de imbéciles estúpidos que nunca saben cuándo parar. Estaban demasiado decididos, borrachos y tontos para reconsiderar esperarla para tenderle una emboscada.

Por eso, cuando Natalie terminó por la noche y empezó a ponerse el abrigo, me acerqué a la barra.

—¿Cómo es que sigues aquí? —preguntó, con un aspecto tan cansado y agotado.

Deseé poder cargarla y masajearle las molestias de las plantas de los pies. Arroparla y disfrutar del orgullo de cuidarla.

—Porque esos tipos probablemente estarán esperando para molestarte justo fuera de esa puerta —dije, haciendo un gesto con el pulgar para señalarla.

Ella hizo una mueca. —¿Crees?

Negué con la cabeza. —Lo sé.

—¿Debería…? —Se mordió el labio, pareciendo más asustada—. ¿Debería llamar a la policía o algo así?

¿Policía? No pude evitar soltar una risa ruda. —No.

No necesitaba a ningún maldito policía mientras yo estuviera cerca. George y los nuevos soldados que estábamos entrenando no estaban demasiado lejos si necesitaba ayuda. Aunque, tan borrachos como estaban esos hombres, no serían capaces de luchar ni un comino.

—Te acompañaré a casa —ofrecí, extendiéndole la mano. Esperé a que se tragara el miedo que surgía.

—Va… vale —respondió en voz baja, como si confiar en mí fuera del bar fuera un gran salto de fe. Tal vez lo era para ella. Eso solo puso más presión en mí para asegurarme de que no la molestaran en absoluto.

Salimos cogidos de la mano. Tal como predije, los estúpidos borrachos estaban rondando en la esquina más cercana, esperándola.

Rodé sus hombros con mi brazo, acercándola a mi costado. Encontrándome con la mirada del primer hombre que me sonrió burlonamente, besé la parte superior de su cabeza. Al mismo tiempo, abrí mi chaqueta lo suficiente para que vieran el arma en mi funda.

—¿Qué demonios? —se quejó uno.

Natalie tembló, casi tropezando con sus propios pies ante el hombre que se quejaba de que estaba acompañada.

—¿Tienes algún problema? —gruñí mientras pasábamos junto a ellos.

Un par de ellos parecían querer saltar sobre mí, pero el otro negó con la cabeza, advirtiéndoles que lo olvidaran. Tal vez me reconoció como miembro de la Familia Orlov. Quizás se dio cuenta de que yo era alguien con quien no sobrevivirían si se metían.

Fuera cual fuera la razón, me complació que todos retrocedieran.

—No nos siguen, ¿verdad? —preguntó Natalie cuando ya habíamos caminado una manzana.

—Por si acaso lo hacen —la guié hacia la pared exterior de un edificio hasta que su espalda quedó pegada a la superficie de ladrillo —, podemos darles un espectáculo para disuadirlos de interferir.

Antes de que pudiera hacer algo más que jadear de sorpresa y mirarme, bajé la cabeza para robarle un beso. Luego otro. Uno más. Y otro. Sus suaves labios se separaron bajo los míos al instante, sometiéndose al hambre contra la que estaba perdiendo una batalla. Sus manos agarraron mi chaqueta de traje mientras se aferraba a mí. Pero fue el suave gemido de necesidad que me dio lo que me hizo gruñir y ladear la cabeza para profundizar el beso. Fue la urgencia y la impaciencia que me mostró cuando alzó el brazo para rodear mi cuello lo que me tentó a tomarla aquí y ahora.

El tiempo dejó de importar. La ciudad que seguía moviéndose a nuestro alrededor se desvaneció.

Atesorando su dulce sumisión y su cautelosa rendición, la besé hasta que me dolió la polla y mis pulmones gritaron por aire.

—¿Un espectáculo? —preguntó, todavía agarrando mi chaqueta mientras apoyaba mi frente en la suya—. ¿Llamas… a eso un *espectáculo*? —Jadeó mientras se desplomaba contra mí.

Casi sonreí, adicto a esta recompensa de relajarla lo suficiente como para que fuera juguetona.

—Eso fue solo un avance —respondí.

Retroceder fue la decisión más heroica y difícil que había tomado en mucho tiempo. Heroica porque la estaba salvando de la necesidad salvaje que me dominaría si la besaba de nuevo. Y difícil porque estaba desesperado por más.

Era imposible no notar lo desconcertada que estaba, y cuando ambos miramos en dirección al bar, vimos que los hombres ya se

habían ido hacía rato.

Diablos, tal vez no fue un «espectáculo» para nadie más que para nosotros. A mí me parecía bien.

También me parecía bien que volviera a cogerme de la mano mientras la acompañaba más lejos en dirección a su apartamento.

—Esto es lo suficientemente lejos —dijo, sonrojándose mientras me miraba.

Le acaricié la cara y le besé la frente, consciente de que mantenía distancia. Deseé que me dejara acompañarla hasta la puerta de su casa para saber que estaba a salvo, pero estaba orgulloso de ella por no ser demasiado confiada. Quería que confiara en mí, pero todavía no me conocía. No estaba preparado para dejar que supiera quién era realmente. Su insistencia en la privacidad era sabia.

—Que pases una buena noche, Natalie —dije antes de soltarla y retroceder.

Sonrió, deslumbrándome con su dulzura. Su delicada bondad. Con un pequeño gesto de la mano, giró y siguió caminando.

Me quedé atrás, esperando hasta que no se diera cuenta de que la seguía. Luego, porque estaría condenado si algo le pasaba a esta mujer que se había convertido en un rayo de luz en mi oscura vida, la seguí hasta su casa y me aseguré de que entrara en un edificio de apartamentos sin que nadie la molestara.

Buenas noches.

Quedándome en el lado opuesto de la calle, esperé unos momentos más para tantear la zona. Por si acaso alguien estaba al acecho con la intención de hacerle daño. Alguien tuvo que haberla asustado del mundo. Pero, ¿seguían cerca? ¿Seguían siendo una amenaza?

Me fui cuando nada parecía sospechoso. Mientras me dirigía a casa, me pregunté hasta dónde dejaría que llegara este juego. Cuánto tiempo pasaría antes de que tuviera que intervenir y protegerla de

verdad de los demonios que tuviera y que aún la mantenían tan asustadiza y nerviosa.

8

NATALIE

Subí los escalones de mi apartamento esperando que Maisie estuviera dormida. Mi hija no era muy exigente con las horas de acostarse. A pesar de todos los cambios en su vida, como la muerte de su padre y que yo tuviera que trabajar tanto sin ser su única compañía, era una niña que dormía bien. Le estaba agradecida por eso, pero a veces, cuando me sentía sola y la echaba de menos mientras trabajaba—convencida de que era una pésima madre por no estar tanto en casa—a veces deseaba que se despertara un momento cuando llegaba tan tarde. Si no lo estaba, solía quedarme en la puerta de su habitación pequeña y observarla dormir, tranquila y contenta. Bueno, esperaba que estuviera tranquila y que no le faltara de nada.

Esta noche, después de que Sergei casi me acompañara hasta casa, subí los escalones arrastrando los pies y rogué que estuviera profundamente dormida y no se moviera en absoluto. Que no quisiera mi atención. Porque si me veía ahora, tendría tantas preguntas sobre la expresión de mi cara.

Preguntas que no podía contestar.

Preguntas que me daban vueltas en la cabeza.

—¿Por qué se siente tan bien besarlo?

—¿Cómo puede un hombre tan peligroso hacerme sentir tan segura? ¿Tan querida?

No había duda de que Sergei era un hombre peligroso. Desprendía una seguridad que Fitz jamás podría haber fingido. El poder y la fuerza emanaban de aquel extraño al que había llamado mi novio falso. Con una sola mirada podía ahuyentar a cualquiera. Su aura intimidatoria convencería a cualquiera de pensárselo dos veces antes de meterse con él.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Quién es?

No quería detenerme en su procedencia, en cómo podía ser tan siniestro y a la vez tan tierno conmigo. Ni una sola vez me amenazó con hacerme daño. Lo que hubiera vivido en la vida lo había preparado para ser un tipo duro. Un chico malo, tan opuesto a mi difunto marido que me preocupaba no estar preparada para saber cómo manejar a un chico malo. Un hombre sexy que me besaba como Sergei. No podía mentir y admitir que no me gustaba. No podía negar el hambre que él no intentaba ocultar cuando me ponía las manos encima. La protección que me ofrecía tan libremente.

—¿Por qué—

Solté un resoplido de frustración al llegar a mi puerta. Bajé la cabeza, esperando que aquella culpa se disipara. Culpable y avergonzada por lo mucho que me había gustado su beso, dudé en abrir la puerta.

Lo más sensato sería ir directamente a la cama. Pero cuando entré y Daria levantó la vista sonriendo desde su sitio en el sofá, donde estaba leyendo, supe que tendría que disimular lo alterada que me sentía por el último beso de Sergei.

La vergüenza y la culpa me corroían por cómo le había devuelto el beso.

Por cómo no podía evitar la repetición mental de querer más.

—¿Larga noche? —supuso Daria mientras se levantaba. Haciendo una mueca fruncida, demostró que era una experta captando señales. La estudiante universitaria lo haría bien con su carrera de psicología, aunque estuviera luchando con las deudas y la inminente cuestión de cómo pagaría sus estudios sin la beca que había esperado conseguir.

—Sí —aclaré mi garganta, sabiendo que podría confiar en ella si me arriesgaba. Le estaba tan agradecida que se me había acercado cuando me mudé con Maisie. Se había dado cuenta de que era madre soltera. Esperaba ganar dinero extra cuidando niños, y fue una simbiosis perfecta entre nosotras—. Una noche rara —confesé, dejando lo que decía abierto para poder echarme atrás si lo necesitaba. Si hablar de mi novio "falso" fuera demasiado.

—¿Rara? —Me miró mientras guardaba sus libros y sus rotuladores fluorescentes en la bolsa, preparándose para marcharse—. ¿Rara en qué sentido?

—Adelante.

—Arriésgate.

—Cuéntaselo.

Estaba llegando al punto en que me volvería loca si no hablaba de Sergei con alguien. Después de que Fitz muriera, quedó tan claro lo sola que estaba. Él era todo mi mundo, creando demasiada dependencia de él por defecto.

Fitz fue mi primer amor. El único hombre en mi vida. Me había centrado en nuestra relación como si fuera la única que importaba, y ahora, con él desaparecido, veía lo estúpido que había sido aquel error. Necesitaba amigas. Conocidas. Algún tipo de red de apoyo.

—Solo díselo.

—Bueno, hay un chico.

Su sonrisa instantánea demostró que esto era un error. Yo gemí.

—No, no —agitó las manos de un lado a otro—. No te juzgo ni pienso nada malo. —Sonrió más ampliamente, con simpatía—. No me burlo. Estoy... contenta.

—¿Content? —Resoplé con una risa y me senté en el sofá. Ella se unió a mí, dejando su bolsa junto a los pies.

—Sí. Si una mujer luce tan sombría y confundida como tú, espero que sea un hombre quien la esté haciendo cuestionarse así.

—Es *todo* un desafío —admití—. No estoy preparada para conocer hombres, hablar con ellos, desearlos ni besar a extraños y... —Contuve la respiración y me callé. Confiarme a ella con un parloteo imparable no era el objetivo.

—¿Besar? —Sonrió—. ¡Vaya!

Solté un suspiro. —Simplemente ocurrió. Él es... es...

Alzó las cejas. —¿Es de esperar que sea un buen besador? —preguntó con tono juguetón.

—Sí. El mejor —me cubrí la cara.

¿Cómo podía siquiera decir eso?

Comparar ese nudo de tensión agradable en mi estómago tras el beso de Sergei me parecía una falta de respeto hacia Fitz.

—Natalie... —Daria me frotó la espalda—. Está bien.

—No me parece que esté bien —respondí, alzando la vista hacia la mujer más joven.

—Me imagino que no. Es distinto. Es un cambio. Todavía estás de duelo por tu marido.

¿Cómo podía estar llorando a mi marido, asesinado hacía más de un año, si me sentía tan emocionada por haber besado a Sergei?

¿Puedo ser más hipócrita?

—La muerte de Fitz destrozó mi vida. Todavía lo hace —dije—. Y este hombre, este extraño del bar, es tan distinto a Fitz que no entiendo por qué siento tanta curiosidad por él. Tanta gratitud.

—¿Cómo es? —preguntó sin juicios ni burlas.

—Alto. Fuerte. Musculoso. Tiene tatuajes por todas partes.

Alzó las cejas, nuevamente sorprendida. —¿Lo has visto entero?

—¡No! —Me encogí al notar lo alto que había respondido—. No. No lo he visto. Aparece por ahí y como que vela por mí. Me ayudó con unos borrachos insistentes y simplemente... está ahí. Oscuro, taciturno y... —hice una mueca— peligroso.

—¿Peligroso *para ti*? —preguntó preocupada—. Porque lo pintas como una especie de chico malo rebelde.

—Conmigo solo ha sido paciente y dulce. Amable. Generoso —me relajé un poco, tan contenta de haberme arriesgado a hablar con ella—. Ni siquiera hablamos mucho. Charlas triviales, en realidad, y quizá alguna pregunta sobre el otro. Me encogí de hombros—. Seguimos siendo más que nada desconocidos.

—¿Y que no lo sepas todo de él te intimida?

—No sé. Esto es tan distinto y nuevo para mí. No sé si *quiero* llegar a conocerlo. No me imagino saliendo con alguien ahora que Maisie y yo estamos solas. No puedo decidir si voy a exponerme deliberadamente... alguna vez.

Sacó el móvil de su bolso. —Bueno, por mi tranquilidad, ¿cómo se llama? Lo buscaré y lo investigaré por ti.

Negué con la cabeza. —Ni... ni siquiera sé su apellido. Siento que traiciono la memoria de Fitz con solo querer saber algo de otro

hombre.

Y ni hablar de lo bien que me sentí después de besarlo.

Daria frunció el ceño, frotándome la espalda comprensivamente. —Eso no puede ser cierto. Querías a Fitz. Todavía lo quieres. Y eso es normal.

No estaba preparada para opinar sobre qué debía ser normal cuando mi vida había sido sacudida así. —Ya no sé qué es normal. Algo sobre cómo Sergei puede parecer tan oscuro y amenazante con tanta facilidad tampoco debe ser "normal". —Antes de preocuparla, añadí—: Para mí no. Conmigo solo ha sido protector y considerado, sin presionarme ni esperar nada a cambio. —Eso también me importaba. No quería entrar en otra situación donde pudiera ser dependiente u obligada a compensar a nadie. Perder a Fitz me hizo ver lo mucho que necesitaba ser independiente y fuerte por mí misma.

—No estoy preparada para estar con un hombre —admití—. No estoy segura de que lo esté nunca, y si llego a estarlo, no sé si Sergei podría ser el tipo adecuado para mí. Para Maisie. Tengo que pensar en ella también en todo esto.

Daria me dio palmaditas suaves en la espalda. —Paso a paso. Paso a paso. Si no estás preparada para abrir tu corazón a nadie, está bien. Sé tú misma. Pero quizá sea buena idea aceptar la posibilidad de algo nuevo. ¿Verdad? Algo distinto. Fitz no querría que lo lloraras eternamente, que estuvieras sola y triste el resto de tu vida.

Me soné la nariz, golpeada por la repentina tristeza de sentirme tan perdida y sola. Porque, claro, tenía razón. Fitz querría lo mejor para mí. Querría lo mejor para Maisie también, y le entristecería verme sin avanzar.

Mientras abrazaba a Daria y le agradecía que me hubiera escuchado, lo aparté todo para que pudiera marcharse sin preocuparse por mí toda la noche.

—Serás una terapeuta maravillosa —le dije en la puerta.

Sonrió dulcemente. —En serio, Natalie. Si alguna vez quieres hablar o algo así, estoy aquí para ti. —Me apretó la mano—. No estás sola.

La despedí con la mano y le deseé buenas noches antes de cerrar la puerta.

No estaba sola. Nunca lo estaría con Maisie. Y Daria estaba ahí, como canguro y amiga incondicional.

Pero sobre todo, sabía que no estaba sola porque Sergei había aparecido en mi vida. Era distante y reservado, un extraño ambiguo del que aún debía aprender. Al mismo tiempo, estaba aquí, presente y dispuesto cuando más lo necesitaba.

Me fui a la cama con él en mis pensamientos. No me llegaron respuestas al meterme en la cama. Ninguna claridad despejó mi mente mientras yacía en el colchón mirando al techo.

Solo podía repetirme la pregunta de si podía aceptar este "desafío" de dejar entrar más en mi vida a ese protector sexy, tentador y peligroso de lo que ya estaba.

Porque sin importar lo que me dijera o cómo lo analizara, lo deseaba.

¿Qué me estás haciendo, Sergei?

¿Por qué yo? ¿Por qué tú?

¿Por qué me tientas a amar de nuevo?

9

SERGEI

Desde que descubrí dónde vivía Natalie, redoblé mis esfuerzos por verla. Mantener mi rutina de pasar por el Diamond Mirage no cambió. Ahora, añadí el patrón de acecharla. La seguía a casa —desde cierta distancia— casi todas las noches que la veía.

Si alguien me preguntara qué demonios estaba haciendo, admitir que estaba obsesionado con ella sería la respuesta más rápida y honesta.

Besarla en la acera fue un punto de inflexión. El sabor de sus labios quedó grabado en mi lengua. El sonido de sus suaves gemidos de necesidad quedó grabado en mi cerebro.

Simplemente no era suficiente.

No podía obligarme a renunciar a ella ni dejar de ir a comprobar que estaba allí.

Con la distancia que mantenía entre nosotros, sin intentar presionarla para que hablara más ni para que me diera nada más, parecía una contradicción que no tenía sentido ni se resolvería. La deseaba, pero no la perseguía activamente. La echaba de menos,

pero no sabía cómo dar el primer paso para reclamarla cuando era tan obvio que ella se resistiría.

Estaba asustada por algo. Era nerviosa y socialmente tímida. Una mujer tan dulce y sumisa como ella, pero luchadora y decidida a trabajar duro, no podía estar metida en nada nefasto o malo. Natalie era buena persona. Lo intuí inmediatamente. Y por eso, no se adaptaría a la fealdad y la violencia de lo que yo era.

Las noches en las que me veía obligado a trabajar, demasiado ocupado actuando como el brazo ejecutor de mi tío, lamentaba no poder comprobar cómo estaba ella.

Sin embargo, bastó un desliz para revelar demasiado.

Tras conducir hasta un almacén con Mikhail, algo raro ahora que se había retirado de primera línea y de implicarse personalmente en combates, desvié el camino hacia el Diamond Mirage y el barrio de Natalie. No es que pudiera ver a través de las paredes y localizarla, pero el simple hecho de estar en su zona ayudaba a calmar la añoranza.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mikhail.

—Solo paso por un lugar que he estado vigilando —expliqué—. ¿No te importa, verdad?

Se encogió de hombros y luego negó con la cabeza. Pareciendo cómodo en el asiento del copiloto, observaba el paisaje que pasaba borroso por la ventana. —No, no me importa. ¿Es algo que vigilas para la familia? —Me miró—. ¿Por negocios?

Negué con la cabeza y me arrepentí. ¿Qué coño más iba a estar vigilando si no era por los negocios de la familia? Aclarándome la garganta, asentí rápidamente. —Más o menos.

—Sabes, pensé que Claire estaba diciendo tonterías la otra noche. Todas esas hormonas del embarazo y tal. —Soltó una risita leve—. Después de cenar, me preguntó si estabas saliendo con alguien. Se

le metió en la cabeza que últimamente has estado actuando "diferente".

Maldita sea.

No quería saber cómo podía adivinarlo. No estaba actuando de manera diferente. —¿Cómo se supone que estoy actuando?

—Dijo que parecías distraído.

Eso no era nada preocupante. Y era una observación vaga.

—Y que parecías a punto de sonreír de vez en cuando, como si estuvieras pensando en algo y te acordaras de ser feliz.

Joder. Eso *sí que* era preocupante. Había estado sufriendo pensamientos aleatorios sobre Natalie. Cada vez que dejaba vagar mi mente, iba directo hacia ella. Me preguntaba qué estaría haciendo. Si se sentía sola. Con qué se acostaba. Si me quería en su cama. Cómo se sentiría el resto de su suave piel con el hecho de que sabía lo decadentemente satinada que era su mejilla.

—Bueno, mierda —se rió de nuevo—. *Eso* es de lo que está hablando.

Fruncí el ceño hacia él al detenernos en un cruce.—¿Qué?

—Sí que pareces estar pensando en alguien. En una mujer —arqueó una ceja—. Nunca pensé que serías el siguiente en establecerse.

Puse los ojos en blanco.—¿Establecerme? —bufé—. Ni siquiera sé su apellido. Nada sobre ella. Solo es una extraña que me llamó la atención.

—¿Eso es todo? —preguntó divertido.

—Eso es todo. Solo una camarera que vi una noche.

Señaló el letrero de neón del Diamond Mirage.—¿Ese antro de mierda?

Maldita sea. No podía explicar esta necesidad de mantener a Natalie como mi pequeño secreto. No me avergonzaba de ella. Pero tras ver lo mucho que Mikhail luchó para convencer a Claire de querer formar parte de la familia Orlov, me preocupaba que Natalie fuera aún más difícil de persuadir. Era así de asustadiza y temerosa.

Reafirmó lo mucho que deseaba que estuviera conmigo. Que perteneciera a mí.

—Entré allí una noche —expliqué. No estaba pidiendo una explicación, pero no podía dejar esto pendiente entre nosotros. Cuando mataron a mi padre junto a mi abuelo, mi tío se quedó a cargo de mi crianza. Había sido mi figura paterna, jefe y amigo, más que un simple tío toda mi vida. No me gustaba guardarle secretos—. Después, cuando un par de gamberros armaban jaleo, me ocupé de ellos en el callejón y encontré drogas de los Giovanni encima. La mierda que eliminamos en aquella redada.

Refunfuñó, interesado en saber más.

—Otra vez, vi a un camello allí —cambiar el tema hacia los negocios parecía apartarle de la idea de que yo estuviera interesado en una mujer.

—Esto no es territorio de los Giovanni —dijo.

—Lo sé. Pero me pregunto si estarán tramando algo. Tal vez intentando expandir su distribución.

—Entonces supongo que tu fascinación por estar en esta zona es por trabajo, no por placer.

No necesariamente.

—Sergei, si has encontrado a alguien—

—No la he encontrado —respondí rápidamente, interrumpiéndole. Yo, junto con Andre y Roman, era una de las pocas personas en el mundo que podía permitirse interrumpirle.

—Si y cuando lo hagas —dijo con sequedad, como si no me creyera —, por favor, considera la eficiencia y rapidez con que la pongas bajo nuestra protección. Con expresión severa y seria mientras observaba el paisaje por la ventanilla, probablemente recordaba cómo Claire fue objetivo al ser identificada como alguien asociada a él.

—Lo tendré en cuenta —respondí sinceramente—. Pero ella solo es una extraña, tío.

Una extraña en la que no podía dejar de pensar.

Una extraña a la que quería volver a besar. Tocar. Complacer. Proteger.

Sin embargo, tras llevarle a casa, conduje directamente de vuelta al Diamond Mirage en lugar de ir a mi casa. La sangre aún manchaba mi ropa por el golpe que había dado en el almacén con Mikhail. Estaba sucio, sudado y necesitaba cambiarme y asearme. Aun así, me demostré que era un mentiroso al ir a ver si podía echar un vistazo a Natalie.

—Solo una extraña —murmuré para mí al pasar con el coche por el Diamond Mirage. Debido a la hora tardía, me preguntaba si aún estaría allí. El bar parecía cerrado. No había nadie dentro. Apuesto a que Rosa había vuelto a cerrar y se había ido.

—A la mierda —susurré para mí, necesitando verla.

Me dirigí al edificio de apartamentos donde la vi entrar. Al girar en esa dirección, negué con la cabeza y odié cómo me controlaba así. Lo débil que era con esta necesidad de comprobar que estaba bien. Solo para verla, todo para experimentar ese latido acelerado del corazón y la felicidad que se filtraba al saber que estaba sana y salva.

No quería saber cómo era posible.

No tenía tiempo para averiguar por qué importaba tanto, cómo se había metido bajo mi piel así.

Solo podía temer que empeoraría antes de mejorar.

¿Y si me quedaba tan distraído, necesitando comprobar que ella estaba bien, que me apartara de algo importante para la familia?

¿Y si me volvía descuidado por tenerla ocupando mis pensamientos y cometía un error?

Esto ha durado demasiado.

No era sostenible, mantenerla en la periferia de mi vida e inseguro sobre si encajaría en ella. Irritado por mi obsesión y odiando cómo me había dejado llegar a un punto muerto así con la forma en que me atraía para querer acercarme, supe que esto era el fin.

Ya habían pasado dos meses. Si no daba un paso al frente e iba a por ella, tenía que poner más distancia y tiempo entre nosotros para poder quitarme este interés de encima.

Pero esta noche no.

Ya estaba aquí, aparcando cerca de su edificio de apartamentos.

Si mi suposición era correcta, ya habría llegado a casa después de su turno.

Aun así, tenía que calmar esta atracción hacia ella. Salí del coche y caminé por la acera hacia la entrada de su edificio. Permaneciendo al otro lado de la calle, pegándome a las sombras, adopté por completo el papel de acosador. Un bicho raro en la oscuridad, siempre observando.

¿Estás ahí arriba?

Me apoyé contra la pared, escondido en la oscuridad bajo las escaleras de este edificio, y miré hacia las ventanas que podrían ser las suyas.

¿Estás dormida?

Me la imaginé en la cama, desnuda y relajada.

¿Tú también sueñas conmigo?

Mi polla se pondría dura en cualquier momento mientras me entretenía con una de mis fantasías favoritas: la de colarme en su habitación y despertarla con mi toque.

¿Tú—

El sonido de unos pasos que se acercaban rápidamente me sacó de mis pensamientos prohibidos sobre ella.

Por la acera, una mujer caminaba rápido. Llevaba a un niño pequeño y ocultaba su rostro de mí. Con su cuerpo bajo y curvilíneo, parecía esforzarse por correr. Esa caminata enérgica era probablemente todo lo que podía hacer, cargando con ese niño o niña. Una capucha tapaba el pelo del niño a mi vista. El pijama de rayas marrones y blancas bajo el abrigo negro no me daba pistas.

Pero no necesitaba ninguna.

Reconocería su largo pelo castaño en cualquier parte. La había mirado tantas veces que había memorizado el contorno de su sexy figura.

¿Natalie?

Alarmado por este cambio en su rutina, fruncí el ceño y la observé acercarse. Preocupado en parte de estar imaginándomela, esperé a que me pasara de camino a su edificio.

¿Qué demonios haces aquí fuera?

¿A quién llevas?

¿Por qué no estás a salvo en casa a estas horas?

Debía de haber salido del trabajo no hace mucho, con el bar cerrando. Eso significaba que ya debería haber vuelto a casa andando. No estar en la acera, con cara de miedo, intentando correr con un niño en brazos.

Cuanto más se acercaba, más detalles veía. Sus ojos verdes llenos de miedo. Su chaqueta con un desgarrón cerca del codo. Los zapatos gastados que llevaba todas las noches. Colgando de su hombro, balanceándose con su paso rápido, iba un bolso pequeño y sencillo.

Era ella, sin duda, pero nada tenía sentido sobre su presencia aquí fuera así, con un niño. Tampoco estaba bien lo de los dos hombres enmascarados que la perseguían.

Todos mis instintos protectores se encendieron. Impulsado por la necesidad de mantenerla a salvo, salí de las sombras cuando ella se acercó.

Sin dudar ni un segundo, saqué mi pistola de la funda. Levanté el brazo mientras corría para interceptarlos.

No eran unos hombres cualquiera. Los dos hombres que la perseguían por la acera eran soldados de Popov.

¿Qué cojones?

—Atrapadla —le dijo uno al otro, y ambos aceleraron el paso. Mientras me apresuraba hacia ellos, una furgoneta aceleró por la carretera, con el motor rugiendo al acelerar.

Me parece que no, joder.

No iban a conseguirla.

Nadie lo haría.

No bajo mi vigilancia.

Estaba perdido, confundido y sin respuestas sobre qué demonios estaba pasando. No importaba. Lo que fuera que hubiera pasado para preparar el terreno para este incidente, estaba demasiado cerca para mi gusto. No iba a permitir que ningún peligro perturbara la vida de esta mujer.

Ni en el trabajo.

Ni cerca de su casa.

Especialmente cuando llevaba a un niño pequeño.

—Id a por ella —ordenó el soldado de Popov.

La alcancé, pasando a su lado rápidamente y provocando un grito de sorpresa. Antes de que pudiera girarse o retroceder ante mí, salté a la acera. Colocándome entre ella y los Popov, levanté la pistola y los reté a que siquiera la miraran.

—¿Qué cojones creéis que estáis haciendo? —gruñí mientras los hombres frenaban en seco al verme bloqueándoles el paso para perseguirla.

10

NATALIE

La paranoia me hizo mirar por encima del hombro después de recoger a Maisie en el apartamento de Irene. Daria estaba fuera de la ciudad por un procedimiento y no podía cuidar de Maisie esa noche, así que tuve que llevarla al apartamento de su compañera de clase, a un par de manzanas. Irene era mi único recurso, y el único inconveniente era que no venía a mi casa para cuidar.

Esa era la única razón por la que podían haberme pillado en la calle a las dos de la madrugada, cargando con mi hija medio dormida.

No estaba acostumbrada a estar en esa zona a esas horas, y con razón. Demasiados gánsteres peligrosos parecían merodear por allí.

Dos de ellos parecían demasiado interesados en mis entradas y salidas del edificio de Irene. Cuando ya no pude ignorar esa sensación de sexto sentido de que alguien me observaba, eché miradas por encima del hombro una y otra vez.

Cada vez, se fundían con las sombras, pero se acercaban más, más atrevidos, sin siquiera intentar ocultar que me perseguían.

Llevaban máscaras que cubrían nariz y boca. Pero en sus miradas malvadas y burlonas, supe que sonreían mientras corrían tras mí.

Joder.

¡Joder!

¡Dios, ¿qué hago!

No podía pararme a pedir ayuda.

No había transeúntes en la acera.

En la ciudad que nunca duerme, no había nadie cerca para pedir auxilio.

Después de una larga noche atendiendo la barra e intentando no decepcionarme cuando Sergei no apareció, mi noche tenía que sumergirse en un caos aún más aterrador mientras aquellos hombres me perseguían.

—¡Atrapadla! —ordenó uno de los hombres con un marcado acento ruso—. ¡Vamos!

Abracé a Maisie con más fuerza, sin preocuparme ya de despertarla. Correr con ella ya no era tan fácil con lo grande que se estaba haciendo. Apretando los brazos para no soltarla, esprinté como pude.

El aire no llenaba mis pulmones lo suficientemente rápido. Mi corazón latía desbocado. Un ataque de pánico se fusionó con la descarga de adrenalina ante el peligro, y recé con todas mis fuerzas, para quien pudiera escucharme, para salvar a mi hija de aquellos hombres. Atrapada en la necesidad de huir, no tuve tiempo de imaginar los peores escenarios. No podía pensar. Solo podía correr y gemir de miedo. Frenética y temiendo lo impensable, me atreví a mirar atrás una vez más.

Una mancha oscura y enorme cruzó mi campo de visión. Alguien había aparecido detrás de mí. El obstáculo me ocultaba la vista de

los hombres que me perseguían.

—¿Qué cojones creéis que estáis haciendo?

¿Sergei? Me giré de nuevo, parpadeando contra el mareo que me amenazaba. Estaba tan alterada, tan aterrorizada, que dudaba pensar con claridad. Mis ojos debían estar jugándome una mala pasada.

Sergei no podía estar allí. Solo me conocía del bar. No le había dejado acompañarme hasta casa para que supiera encontrarme cerca de mi edificio.

Pero era su voz. Oscura y letal, seria y aterradora.

Mientras se interponía entre yo y aquellos hombres, levantó el brazo y apuntó con una pistola hacia ellos.

Los hombres frenaron en seco, sacando también sus armas.

Oh, Dios.

¡Oh, joder!

Mi pánico se intensificó, elevándose hasta la estratosfera. ¿Pistolas? Me esforcé por no desmayarme ante la violencia tan cerca de mí, tan cerca de mi preciosa hija. Agachándome en la cuclilla más profunda que pude sin soltar a Maisie, contuve la respiración. Quería cerrar los ojos ante la idea de quedar atrapada en un tiroteo.

Sergei iba armado. Eso ya era impactante. Sospechaba que era un "chico malo". Parecía peligroso. Pero no había imaginado que llevara armas.

Que los otros llevaran armas no me sorprendió. Claramente eran criminales, gánsteres con las peores intenciones hacia mí y mi hija.

Pero Sergei iba armado. Era más peligroso de lo que jamás hubiera imaginado. Y estaba en inferioridad numérica. Solo él contra esos dos no parecía bien. Por muy agradecida que estuviera de no estar sola y de que hubiera aparecido mágicamente cuando más lo

necesitaba, no podía escapar del horrible miedo de que lo mataran protegiéndome. De que nos mataran a todos.

—He preguntado qué cojones creéis que estáis haciendo —dijo con un gruñido siniestro.

Sin miedo.

Valiente y furioso.

No retrocedía.

Pero cuando una furgoneta se detuvo en la acera y dos hombres enmascarados más salieron para unirse a la pelea, di un grito ahogado—: ¡No!

Ahora estábamos claramente en desventaja numérica. No había esperanza. Retrocediendo hacia Sergei, acurruqué a Maisie contra mí e intenté esconderme detrás de aquel extraño grandullón que me había besado.

—¿Mamá? —Su vocecilla pequeña y soñolenta me partió el corazón —. ¿Mamá, qué pasa?

La abracé con más fuerza, incapaz ya de ocultar cómo temblaban mis brazos. Temblaba entera en el enfrentamiento más aterrador en el que jamás me había visto.

—Shhh —intenté calmarla mientras escudriñaba a los hombres que se acercaban.

Sergei extendió su otro brazo, como para protegerme y urgirme a esconderme tras él.

Pero ya estaba todo perdido. No había esperanza. Eran demasiados y solo él.

—Eso es lo que queremos saber —se burló uno de ellos—. ¿Qué hace un Orlov tan lejos, en esta zona?

—Esto no es territorio de los Popov —dijo Sergei.

—Y esa no es tu mujer, ¿verdad? —preguntó otro entre risas crueles —. Así que lárgate y ocúpate de lo tuyo.

—No es tuya —replicó Sergei con un gruñido grave.

Los disparos resonaron todos a la vez.

—¡Mamá! —gritó Maisie. Sus deditos se aferraron a mi pelo mientras enterraba la cara contra mí. Yo también grité, temblando y delirando de miedo. Abrazándola fuerte, me agaché para protegerla con mi cuerpo.

Me zumbaban los oídos. No podía respirar lo suficientemente rápido, hiperventilando ante el mayor roce con la muerte que jamás había experimentado.

Pero no sentí dolor. Ningún impacto de bala, ni sangre brotando de mí. Maisie lloraba, aferrándose a mí mientras el tiempo se asentaba en el microsegundo tras la pelea.

Ella estaba viva. Yo estaba viva. Ninguna parecía herida, al menos no por una bala.

Dios mío. Dios mío.

El instinto de lucha o huida resurgió en mí. Seguía de pie. Sergei también. Milagrosamente, Sergei estaba detrás de mí, no en el suelo desangrándose. Apenas podía pensar con claridad, y mucho menos maravillarme del milagro de que no nos hubieran alcanzado. Parecía imposible, pero al abrir los ojos y levantar un poco la cabeza, acciones que no habrían durado más de un par de segundos, vi que el peligro no había terminado.

—¡Que te jodan! ¡Maldita sea, *que te jodan*! —Un hombre rugió, alzando la voz más que los demás. Gemidos y más maldiciones salieron de los dos hombres que estaban en el suelo. El que estaba cerca de mis pies no se movía. Ni parpadeaba.

La bilis subió por mi garganta al darme cuenta de que estaba muerto. Sergei lo había matado. Le había disparado justo en la cara,

dejando una herida espantosa y sangrienta sobre su nariz.

Joder. ¡Joder!

Tragué saliva con fuerza, sintiéndome sofocada y acalorada, con ganas de vomitar ante aquella visión espeluznante.

—¡Mamá! —Maisie tembló y apretó la cara contra mí.

Un hombre que no había recibido disparos—que no llevaba arma—se abalanzó sobre mí, y grité. Abrazando a Maisie con más fuerza, retrocedí hacia Sergei y sopesé salir corriendo. No podía defenderme. Tenía que huir. ¡Tenía que salir de allí!

—Quédate conmigo —ordenó Sergei, como si adivinara que iba a hacer lo contrario—. Natalie. —Disparó al hombre, que esquivó su puntería. Más hombres corrían por la acera—. Quédate conmigo, Natalie.

No podía. Simplemente no podía quedarme allí cerca de tanto peligro. No podía mantener a mi hija cerca de todo ese riesgo. Mi piso estaba justo allí. La puerta estaba tan cerca. Podía correr y—

Un grito escapó de mi garganta cuando otro hombre se lanzó sobre mí, intentando arrancar a Maisie de mis brazos. Caí con fuerza, golpeando manos y rodilla contra el pavimento mientras el hombre arrebataba a mi hija de mis brazos. No tuve oportunidad de protegerla al rodar durante la caída. Él la arrancó de mí al estrellarme contra el suelo.

—¡No!

Lo grité tan fuerte que me ardía la garganta. —¡No!

Sergei seguía disparando a los hombres. Pero cuando giró y me vio en el suelo, dirigió su mirada furiosa hacia mi hija.

Allí estaba ella, escapando del asimiento brusco del hombre. Llorando con lágrimas en la cara, parecía tan fuera de lugar. Sola.

Aterrorizada. Ningún niño debería estar cerca de disparos, y allí estaba ella, como un blanco al descubierto.

—¡No! —Me levanté a gatas, extendiendo el brazo hacia ella para recuperarla y protegerla.

Antes de que pudiera hacerlo, Sergei se lanzó delante de ella. Chocó con ella, envolviéndola en sus brazos y protegiendo su cabeza contra él mientras la resguardaba con su cuerpo. Rodando lejos del matón más cercano que intentaba agarrarla, no esperó. En medio del giro, alzó el brazo de nuevo y disparó al hombre justo en el centro de la frente.

Me estremecí, retrocediendo ante el disparo tan de cerca en ese rango. Los gritos y llantos de Maisie no cesaban. Pero eso solo me decía que estaba viva. No había sido alcanzada. Estaba *viva*, todo gracias a Sergei.

La gratitud tendría que esperar. El alivio sería una reflexión posterior. La había salvado. Se había arriesgado para salvarla. Y a mí. Pero mientras se levantaba sobre una rodilla, disparando a los hombres con precisión, me indicó que cogiera a Maisie y me pusiera detrás de él.

La levanté, apretándola contra mí mientras me colocaba tras la espalda ancha de Sergei. Luego, mientras retrocedía hacia la puerta de mi piso, siguió disparando a los hombres que intentaban acercarse.

—Métete dentro —me ordenó.

No necesitó decírmelo dos veces.

Un coche se detuvo y aparecieron un par de hombres más, que parecían enfrentarse a los matones que me perseguían.

—Entra. Vete. —Sergei no bajó el brazo, manteniendo el arma en alto para mantener a raya a los hombres. No hasta que entramos en mi edificio me miró.

—Sergei, yo—

Negó con la cabeza. —Ahora no.

—Gracias. Yo... tú... —Las palabras me fallaron. Quería llorar de alivio por habernos salvado, pero él estaba demasiado tenso y aún en modo de protección para escuchar.

Conmocionada y aturdida, ni siquiera podía pensar qué hacer, y mucho menos qué decir.

—Mamá, ¿es un buen hombre? —preguntó Maisie con vocecita temblorosa.

Me humedecí los labios, deseando que mi corazón se calmara mientras Sergei me guiaba por el vestíbulo, alejándonos de la puerta principal como si esperara que alguien irrumpiera.

¿Un buen hombre?

Tenía que serlo. Nos había salvado. Me había protegido antes y arriesgó su vida para hacerlo de nuevo. En el momento más inesperado, cuando menos lo esperaba, estuvo allí como mi héroe.

—Sí —le susurré, apretando su cabeza contra mí mientras la sostenía y cargaba con ella.

Pero al observarlo con ojos recelosos, también me pregunté cuán malo sería él. Cuán peligroso y siniestro para actuar como un militar y guerrero, armado y claramente experto en disparar. Tranquilo y sin preocuparse por haber matado al menos a una persona esa noche.

Escalofríos me recorrieron. Estar tan cerca de la violencia, de una pelea callejera y muertes sin sentido, me aterrorizaba. Maisie ya había perdido a su padre en una pelea callejera.

No podía soportar lo cerca que había estado de perderme a mí, o de perder su propia vida, de la misma manera.

No lo hizo. Yo no lo hice.

Estamos vivas.

Tragando saliva con dificultad, la boca tan seca, miré a Sergei y supe que le debía ese milagro.

Estaba viva porque él me había salvado...

¿Pero a qué precio?

11

SERGEI

La niña pequeña se aferró a Natalie mientras esta retrocedía en el vestíbulo. Era tan pequeña, apenas una criatura frágil y casi imperceptible.

Pero el simple hecho de que estuviera allí me dejó atónito.

—¿Mamá? —preguntó con esa vocecilla temblorosa llena de miedo, volviendo tímidamente la cabeza para mirarme en lugar de hundir la cara en el pecho de Natalie—. ¿Es ese un buen hombre?

No lo era. Nadie jamás me confundiría con un "buen hombre". Era uno de los asesinos más letales de la organización Orlov. Como brazo ejecutor de Mikhail Orlov, era lo opuesto a bueno.

Pero las etiquetas no importaban ahora. Esa niña sin duda me veía como su héroe, evitando que la secuestraran en la calle. Yo había impedido que aquellos hombres se la llevaran. La había protegido con mi cuerpo para evitar que la golpearan.

Natalie probablemente quería decirle que yo era un buen hombre porque las había salvado.

Pero yo no era bueno. Era un villano, dispuesto a matar sin dudar a cualquiera que se interpusiera en mi camino.

—Sí, Maisie —le dijo Natalie en voz baja—. Este hombre es bueno. Mientras estrechaba a Maisie y le acariciaba el pelo, me miraba con tanto miedo y alivio que la combinación parecía imposible. La incredulidad en su expresión lo decía todo, como si no supiera qué pensar.

—Es un buen hombre por traernos a casa, al interior. Ahora podemos estar seguras en casa —le dijo.

Su uso de *nosotras* me impactó. No era una niña cualquiera. Esta asustada niña era *suya*. La hija de Natalie. Jamás se me había pasado por la cabeza que pudiera ser madre. Con lo tímida y reservada que era Natalie, con lo joven que era, pensé que quizás sería virgen. Pero tenía una hija. Pertenecía a ella. No había querido considerar que pudiera pertenecer a alguien porque deseaba que fuera mía. Pero tenía la prueba irrefutable frente a mí.

Natalie abrazó a la niña mientras nuestras miradas se encontraban de nuevo. Aquello no era una farsa. No estaba inventando que la niña fuera su hija, como cuando soltó que yo era su novio falso. La determinación de proteger y consolar a su hija ardía en sus ojos, llameando entre el remolino de terror que permanecía en las profundidades verdes.

—Estaremos seguras aquí —murmuró a la niña que temblaba.

¿Seguras?

No dudaba de que ella era la única que podía mantener a salvo a esa niña. No había ningún hombre en su vida. No podía haberlo si me había devuelto el beso como si anhelara afecto.

No había nadie más aquí para protegerlas.

Solo yo.

Si no hubiera aparecido, se las habrían llevado. Estarían muertas.

La ira me invadió de nuevo al pensar en alguien lastimando a esta dulce mujer.

Aquellos hijos de puta de los Popov en la calle no se equivocaban. Natalie no era mía. *Todavía.* Había estado luchando con cómo encajarla en mi vida, sacándola de la sociedad para que perteneciera a mi mundo junto a mí. Tomarme mi tiempo y dejar que se acostumbrara a mí parecía inteligente. Ahora, no había posibilidad de dejarla ir. Ni de retroceder y permitirle vivir su vida como si nunca nos hubiéramos conocido aquella noche casual en el Diamond Mirage.

El peligro fuera del vestíbulo lo exigía. Podía llamarme buen hombre por haberlas metido adentro y sacado de la acera. Pero no iba a dejarla aquí donde podrían estar en peligro de nuevo, donde esa puerta endeble podrían derribarla fácilmente. Tenía la corazonada de que simplemente había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado cuando aquellos Popov la vieron salir. No importaba.

No me iba a marchar.

Solo había necesitado pulsar un botón de mi móvil para alertar a George y al nuevo recluta de que vinieran a respaldarme. Siempre estaba de guardia bajo mi mando. Le había enviado el mensaje automático antes de salir a proteger a Natalie, por si necesitaba más armas para alejar a esos Popov.

Afuera, los sonidos de los disparos que se apagaban y los gritos nos llegaban en este vestíbulo desnudo y oscuro. Una bombilla parpadeaba sobre nosotros, proyectando sombras tenues y cambiantes en el rostro de Natalie. Era suficiente para que ella me viera mientras le informaba de un cambio de planes.

—Vaya a recoger algunas cosas —le dije, levantando la barbilla para indicarle que debía subir las escaleras—. Coja lo que necesite para esta noche.

Al instante se le frunció el ceño. La confusión reemplazó al shock. —¿Qué?

—Me ha oído.

—Estoy... ¿qué? —Aún no se había movido.

—Coja algunas cosas para esta noche. Cerré la distancia entre nosotros, decidiendo en el acto. Vendría conmigo. Estarían más seguras conmigo, bajo la protección de las fuerzas Orlov.

Se acabó lo de tomarme mi tiempo y darle espacio para acostumbrarse a estar conmigo.

El peligro en esta zona me había forzado la mano.

—¿Qué? —La indignación cortó su expresión, endureciéndose con un destello de atrevimiento que ojalá pudiera admirar. Quería que fuera fuerte. Disfrutaba ese deje de rebeldía en ella. Pero no contra mí, no ahora que tomaba el control por su protección—. Sergei, yo vivo aquí.

—Lo sé —respondí, instándola a subir las escaleras.

—Tú... —Se interrumpió, fulminándome con la mirada—. ¿Lo sabías? ¿Cómo? No te dejé acompañarme a casa. Yo... —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Me has seguido? ¿Me seguiste hasta casa?

—De nada —respondí. Había recuperado el aliento tras la tensión de la pelea, pero me estaba poniendo tenso e irritado con sus protestas mientras demoraba subir los escalones.

—¡No voy a darte las gracias por acosarme! —

Gruñí. —¿Pero me darías las gracias por resolver lo de ahí fuera? —reté, arqueando una ceja.

—Yo… —Volvió a apretar los labios. Ante mi gesto de que avanzara, reanudó la subida por las escaleras—. Sergei, agradezco tu ayuda.

Yo… ni siquiera entiendo por qué ha pasado eso. O cómo. O quiénes eran esos hombres. No sé si siquiera te conozco a ti.

No pasó por alto su mirada preocupada hacia la pistola que sostenía en la mano, que guardé por si había más sorpresas que manejar.

—Pero no puedes tomar el control y decirme qué hacer.

—Sí puedo —repliqué después de que abriera la puerta de un apartamento.

—Ni hablar —replicó ella—. No te conozco. No sé quién eres ni por qué crees que está bien acosarme y… —Negó con la cabeza, esforzándose por expresarse. Precisamente por eso había parecido más prudente darle tiempo y espacio. Claro que se asustaría al saber que pertenezco a la mafia, a una organización que gobierna con violencia y dinero. Éramos de dos mundos distintos. Allí, en su pequeño pero ordenado apartamento, veía aún más claro el choque cultural que sufriría en mi mundo.

—Sergei, ¿quién eres? ¿Quiénes eran esos hombres? —Me frunció el ceño en el reducido salón—. ¿Adónde crees que vamos?

—Te lo explicaré cuando estemos a salvo. Vendrás a mi casa, donde nadie podrá hacerte daño.

Ella se quedó boquiabierta. Maisie se animó. —¿Puedo ir yo?

Natalie parpadeó, llevándose una mano a la nuca. —No. Sí. Quiero decir… —Frunció el ceño y negó con la cabeza—. No vamos a ningún sitio, Maisie.

—Sí vais. Si no haces la maleta para esta noche, la haré yo. —Avancé hacia las puertas que parecían conducir a los dormitorios, demostrando que cumplía mi palabra.

—No te atrevas. —Me interceptó, aún con Maisie en la cadera. Alargó la mano libre e intentó detenerme empujándome el pecho.

Le agarré la mano y la retuve cerca. —Enfádate cuanto quieras, Natalie.

—No estoy enfadada. ¡Estoy furiosa! Estoy atónita y, maldita sea, *sí* me enfada que creas tener derecho a irrumpir en mi casa y mi vida para decirme que me llevas a tu casa.

—Tus protestas no importan —respondí con calma.

Volvió a quedarse boquiabierta.

—Prefiero enfrentarme a tu ira que a tu muerte.

—¡Mami! —Maisie la abrazó con más fuerza—. ¿Mami se muere?

Mierda. Debía medir mis palabras. —No. No mientras yo esté cerca. —No pestañeé, sosteniendo la mirada asustada de la niña—. Os llevaré a ti y a tu madre a mi casa, donde estaréis seguras.

—Ah. —Maisie asintió levemente, aunque aún me miraba con recelo.

—¡No, no lo harás! —Natalie se giró, como protegiendo a Maisie de mí porque ahora estaba de mi parte.

—No hay tiempo para discutir. Hasta que mis hombres controlen la situación ahí fuera, vendréis conmigo. —Sin darle opción a protestar, la rodeé y cogí el primer objeto con aspecto de bolsa que vi colgado en un perchero. Parar aquí para recoger ropa ni siquiera era necesario, pero quería dar tiempo a George y los demás para eliminar amenazas en el edificio antes de movernos.

—¿Tus hombres? —exigió Natalie—. ¿Quién eres, Sergei? ¿Qué está pasando?

—Te llevo a un lugar seguro —repetí.

Ella me arrebató la bolsa. —¿Quién eres? ¿Quiénes eran esos hombres?

—Luego te lo explico.

—Mami —dijo Maisie—. Quiero ir a estar segura.

Ella frunció el ceño a su hija. —Aquí *estamos* seguras. Estamos en casa.

—Pero él es bueno —le recordó—. ¿Tu casa está lejos de esos malos? —me preguntó.

¿Sí y no? —En mi casa estaréis protegidas.

Otro disparo sonó fuera, como subrayando que este barrio no era tan seguro como Natalie creía.

—¿Está tu padre? —le pregunté a la niña.

Negó con la cabeza. —Está muerto.

—¿Hay alguien más aquí? —pregunté, mirando a Natalie.

Ella seguía fulminándome con la mirada, furiosa por cómo tomaba el control. —No. Solo estamos ella y yo. Y gracias por la oferta, pero aquí estaremos bien.

—No es una oferta. —Recuperé la bolsa—. Haz la maleta. Nos vamos.

—No voy—

Le di la bolsa a Maisie antes de que Natalie pudiera cogerla. —¿Puedes preparar lo que necesites para un par de noches?

Natalie gruñó y recuperó la bolsa.

—¿Para dormir hoy fuera? —preguntó Maisie.

Asentí. *No solo una noche…*

—Sergei… —Natalie dejó a Maisie en la cama y negó con la cabeza —. No puedo permitir esto. No entiendo qué pasa y no puedo desarraigarme así porque *tú* lo digas. No puedo seguir el ritmo ni saber qué es seguro y—

—Yo sí. Sé lo que es más seguro para ti.

Me clavó una mirada furiosa. —¡No me conoces!

Quería hacerlo. E iba a hacerlo. —Coge lo que quieras para esta noche y vámonos —ordené de nuevo—. Si no lo haces, lo haré yo.

Hirviendo de rabia y entrecerrando los ojos como si quisiera abofetearme, apretó los dientes y cruzó los brazos. —No voy a ningún sitio hasta que me digas quién eres y adónde piensas llevarnos.

Exhalé profundamente por la nariz.

La terquedad te sienta bien, cariño.

Pero no era lo que quería lidiar ahora.

Me acerqué a ella, dispuesto a cargarla y sacarla de allí si no cedía.

12

NATALIE

Incapaz de aguantar más, bajé la bolsa. No podía presionarme así sin malditas respuestas.

—Mamá, quiero estar a salvo —dijo Maisie desde la cama. No había intentado levantarse, su rostro inocente paralizado por la perplejidad.

—Yo también —le respondí. Toda la conmoción y el miedo de la noche retumbaban en mi mente, dejándome tiesa y dolorida tras la adrenalina. Pero eso no era excusa para permitir que Sergei tomara el control de mi vida.

—Entonces vámonos —ordenó él.

Negué con la cabeza. —No hasta que me explique. Solo sería una tonta si hiciera caso a este desconocido. Demasiadas preguntas giraban en mi mente. Demasiado miedo y confusión se apoderaban de mí.

—Luego —replicó él secamente mientras más hombres entraban en la habitación.

Me invadió el pánico al instante, corriendo para agarrar a Maisie de nuevo. Al moverme, Sergei alzó la mano. Los dos hombres de traje se detuvieron a medio paso.

—Están conmigo. No pasa nada.

Maisie no tembló en mis brazos cuando la levanté de la cama. —¿También son buenos?

El más joven, de cara aniñada, sonrió burlonamente como si le resultara gracioso. El otro hombre tenía sangre en la mejilla y me estremecí al pensar cómo habría podido quedar marcado así.

Por disparar a alguien a quemarropa.

Igual que Sergei.

Los recuerdos vívidos volvieron a mí, provocándome náuseas de nuevo.

¿Por qué luchas contra esto?

Dijo que explicaría.

Vete y estate a salvo y exígele que cumpla.

Parecía tan estúpido luchar y resistirme a su orden de ir a casa con él. Me había salvado. Se había arriesgado para salvar a mi hija. Tenía mucho más sentido acercarme a él y ceder a la sensación de seguridad que tan generosamente me ofrecía.

Sin embargo, sabía que nada en la vida era gratis. Con la vida venía la muerte. Con las recompensas venían las pérdidas.

Si iba con él y depositaba mi confianza en él esta noche, ¿qué se esperaría? ¿Qué pasaría?

—Están conmigo —le dijo Sergei a Maisie, como evitando la etiqueta de buenos o malos. Me fijé, preguntándome si eso significaría que no se consideraba un buen hombre.

—Hay un coche esperando atrás —informó el hombre mayor a Sergei mientras bajaba el brazo.

—Vámonos. —Sergei me miró con los ojos entrecerrados, como esperando que protestara de nuevo. Sería estúpido hacerlo ahora, con tres hombres aquí, superándome en número. Maisie era joven e impresionable. Obedecería y me escucharía cuando le dijera que él era un buen tipo.

Ya lo veía como un héroe por haberla salvado de que se la llevaran en la acera.

Pero ¿estaba realmente mejor si me ordenaba ir a casa con él?

—¿Quiere llevar algo? —preguntó Sergei a Maisie.

—¿Para una pijamada? —preguntó ella, sonando tan joven y dulce comparado con su tono serio y brusco—. ¿Puedo llevar a mi osito?

Asintió. Aunque no dejé de fruncir el ceño hacia él, la llevé fuera de mi habitación a la suya. Sergei nos siguió, pero cuando escudriñó el pequeño espacio, parecía estar buscando una amenaza, no merodeando sobre nosotras.

Maisie cogió su osito de peluche favorito y yo agarré la mantita que le gustaba de su cama. Envolviéndosela mientras la llevaba, le di espacio para abrazar a su osito contra el pecho.

Habría estado bien coger algo de ropa para mí, pero me resistí a protestar o pedir nada. Esto no eran unas vacaciones. Esto no era idea mía.

Pero mientras Sergei y los dos hombres salían con nosotras, bajando hasta la puerta trasera del edificio, me pregunté si aquello era un secuestro.

Salía voluntariamente, pero coaccionada. ¿Había aparecido de la nada esta noche y ahora dictaba que iría a casa con él? Era demasiado surrealista, demasiado repentino para racionalizarlo. Toda esta noche era demasiado para asimilar, pero al ver el coche caro

con ventanillas tintadas en el callejón, sentí como si hubiera caído del mapa y entrado en otro mundo. Un universo alternativo donde conocería a un hombre fuerte y valiente que tenía acceso a un coche con chófer, con hombres como guardaespaldas flanqueándolo.

—Métanse. —Abrió la puerta, con una expresión inescrutable en el rostro. Detrás de él, los guardias tenían las pistolas fuera y listas, como si esperaran que aparecieran más problemas.

¿Quién eres?

¿Qué vida llevas con esta familiaridad hacia las pistolas y la violencia?

¿Qué está pasando?

Agachándome más para entrar en el asiento trasero, descarté las preguntas y preocupaciones que me asaltaban. Dijo que explicaría, y esperaría a ver qué tenía que contarme. Esperando que cerrara la puerta, me relajé en el mullido cojín del asiento y acomodé a Maisie en mi regazo. Se apoyó en mí mientras abrazaba a su osito, sus ojos preocupados y observadores. Perspicaz y callada, demostró lo atenta que era. Introvertida, pero también cuidadosa, como si quisiera observar antes de actuar o hablar.

En lugar de dejarnos el asiento trasero y ponerse delante, Sergei nos siguió. Se sentó frente a mí, mirándonos, en este ambiente de limusina.

—¿Dónde—

Levantó la mano mientras me fulminaba con la mirada, cortándome antes de que pudiera preguntarle nada. Luego alzó la otra mano y respondió una llamada, indicando que estaba al teléfono, incapaz—o no dispuesto—a responderme. Las explicaciones prometidas aún no llegaban.

—Confío en que todo se solucionará rápidamente —le dijo a quien llamaba.

Aunque él me miraba mientras hablaba con otra persona, aquí dentro reinaba el silencio. Íntimo. Tranquilo. Esta serenidad y seguridad eran lo que necesitaba después del peligro en la acera. El trayecto fue suave cuando el conductor arrancó, y con el panel divisorio entre nosotros y la parte delantera del coche, teníamos garantizada la privacidad. Estar en movimiento añadía a esa sensación de seguridad que tanto ansiaba. Aquel momento aleatorio de violencia callejera había quedado atrás. La distancia aumentaba entre mi hija y yo, y el lugar donde aquellos hombres habían intentado atacarnos y capturarnos.

Pero era *él*. Sergei era la razón por la que me sentía tan segura. Simplemente tenerlo cerca me daba estabilidad, pero detestaba esa dependencia. No se suponía que debiera necesitarlo. Ni siquiera *lo* conocía.

¿Por qué yo?

¿Por qué se arriesgaría tanto para salvarme?

Ni siquiera sabía que tenía una hija hasta ahora, pero eso no le impidió intervenir para salvarla a ella también del peligro.

¿Quién es usted? ¿Por qué está pasando todo esto?

Él hablaba con respuestas susurradas hacia quienquiera que estuviese al otro lado de la llamada. Clavándome su mirada sobria y firme, mantenía esos ojos azules fijos en mí mientras escuchaba lo que la otra persona decía.

No podía apartar la vista.

No sabía qué hacer, pero observando a este hombre con cautela y nerviosismo, quería convencerme de que no cometía un error al estar en este coche.

Maisie se quedó quieta en mi regazo, con su pecho subiendo y bajando con regularidad. Le acaricié el pelo hacia atrás mientras el coche avanzaba veloz por la noche con una suavidad que ningún

autobús o metro lograría jamás. A eso estábamos acostumbradas Maisie y yo. Entre mis brazos rodeando su cuerpecito, cómo le acariciaba la cabeza y el balanceo de ir en un coche así, no era de extrañar que se durmiera.

Había estado tan aterrorizada, y tenía que estar derrumbándose después de tantas emociones. Era tarde, en plena madrugada, y demasiado temprano para que estuviera despierta. Alegre de que estuviera dormida y de que no tuviera que preocupar su joven mente con nada de lo que ocurría, me sentí libre para observar a Sergei.

Mirar por la ventana quizá me hubiera dado pistas sobre adónde nos llevaba, pero dudaba que pudiera crear un mapa fiable en mi cabeza para consultarlo después.

En cambio, lo observé a él. Lo miraba fijamente mientras me estudiaba, todo ello mientras hablaba por teléfono.

Mientras el coche atravesaba la ciudad en las primeras horas de la mañana, me convencía cada vez más de que mis instintos sobre él estaban en lo cierto. *Era* un hombre peligroso. No habría tenido una pistola y sabido usarla tan bien si no hubiera enfrentado peligros en su vida.

Era un hombre serio y letal. Esa aura oscura y taciturna cobraba más sentido ahora que recordaba lo fácil y dispuesto que había estado a matar a aquellos hombres.

No debería estar aquí, con un asesino. Aunque fuese en defensa propia, era capaz de matar.

No debería querer estar cerca de más violencia.

Fitz también había sido asesinado por un hombre diestro con un arma.

Como Sergei.

Aquel día que Fitz estaba en una zona conflictiva intentando llegar a casa, quedó atrapado en una pelea callejera. Gángsteres y matones llenaban esta ciudad, y aunque solía ser segura, por desgracia estuvo en el lugar equivocado a la hora equivocada para quedar en la línea de fuego de una pelea que no tenía nada que ver con él.

Superar la muerte de mi difunto marido parecía imposible algunos días, y por esa razón, entre muchas otras, debería haber intentado huir en dirección contraria a cualquier violencia adicional. Mi trabajo era proteger a Maisie de más derramamiento de sangre.

Pero era demasiado tarde.

Estaba en este coche.

Llevada bajo las órdenes de Sergei.

Arrepentirme de haber aceptado sus instrucciones no me serviría de nada ahora. No podía alcanzar el tirador de la puerta y lanzarme con mi hija a la calle. Las puertas probablemente estaban cerradas de todas formas.

Lo único que podría calmarme de esta persistente sensación de peligro sería que Sergei explicara quién diablos era y cómo podría mantenerme a salvo esta noche. Lo poco que sabía de él no era suficiente.

Era peligroso. Estaba armado. Fue capaz de aceptar la sorpresa de que yo tenía una hija y arriesgó su vida para salvarla.

También es rico.

Ir en este coche era una experiencia que nunca imaginé tener. Don nadie como yo no viaja en la parte trasera de limusinas. Don nadie como yo no recibe el trato de guardaespaldas.

Mientras esperaba a que Sergei dejara de hablar por teléfono, con esa persona a la que pidió que se deshiciera de los cuerpos, recordé cómo siempre me daba generosas propinas en el bar.

Claro que era rico.

Nadie daba cien dólares por una cerveza si no estaba forrado. Y eso cada vez que venía. Siempre me daba al menos cien, y a menudo dejaba otro para Rosa aunque ella solo le saludara.

Cuando el coche empezó a reducir la velocidad y giró hacia lo que parecía un garaje privado, Sergei finalmente colgó el teléfono.

—¿Está herida?

Su pregunta me pilló desprevenida por lo rápido que la hizo. Había estado tan absorto escuchando esa llamada durante todo el trayecto que me sentí como una espectadora, no una pasajera con él.

—¿Qué?

—¿Esos hombres la hirieron? —preguntó.

Sin molestar a Maisie mientras dormía en mi regazo, levanté la mano y miré aquel rasguño en la palma. —No, en realidad no. —Me había caído y tenía las rodillas y las manos un poco raspadas, pero no era nada preocupante. Nada permanente, al menos. Lo que perduraría era la extraña sensación de que alguien se preocupara por mí. Nadie me preguntaba si estaba bien, cansada o herida. Como madre soltera, solo estaba yo cuidando de Maisie. Nadie estaba ahí para preguntarme cómo estaba, y el hecho de que él lo hubiera hecho importaba.

Asintió una vez, como si mi respuesta lo hubiera satisfecho.

—He concertado que un médico la examine, por si acaso. A las dos.

—¿Un médico?

Otro gesto de asentimiento.

Lo decía en serio. —¿Un médico privado? ¿Que hace visitas a domicilio?

¿Hasta qué punto era rico?

—La adrenalina a veces puede insensibilizarla —respondió en lugar de contestarme—. Si resultó herida en el incidente fuera de su edificio, quiero asegurarme de que pueda recuperarse.

—Vale, sí, está bien. —Sacudí la cabeza, confundida—. Y gracias. Pero no creo que sea necesario.

—No es nada.

Apreté los dientes. ¿*Él* decidía ahora lo que era necesario? Me privó de profundizar en ese punto porque salió del coche.

Me deslicé con cuidado, saliendo tras él, procurando no despertar a Maisie. Que me condenaran si iba a tener la última palabra así. En cuanto estuve de pie en el garaje climatizado y vi tantos coches aparcados, tuve la oportunidad de huir.

Podría marcharme ahora mismo después de sentirme como si me hubieran secuestrado, coaccionada para venir con él. Sin embargo, bajo su mirada paciente y tensa, sabía que si huía, él me seguiría y me encontraría de nuevo.

—Por aquí —dijo, indicándome que pasara primero.

Tras unos segundos de vacilación para seguirle, me señaló una puerta. Al igual que cuando me sentí en otro mundo dentro de su lujoso coche, me costaba adaptarme a estar aquí. En esta entrada impecable y privada de un edificio de la ciudad. La ausencia de luces rotas. Ni rastro de basura flotando en el bordillo donde la pared se encontraba con la acera. Nadie merodeaba junto a la puerta pidiendo limosna. Este era un edificio privado donde vivían los ricos, los VIP.

Los dos hombres de traje que habían aparecido en mi piso, claramente con él, acudiendo a su llamada, no entraron en el ascensor con nosotros.

Me quedé frente a Sergei mientras las puertas se cerraban, intentando sin éxito entender cómo había llegado a esta situación.

Haciendo una mueca por el esfuerzo de cargar a Maisie tanto tiempo, cambié de postura.

—Déjame ayudarte —extendió los brazos, ofreciéndose a sostener a mi hija.

Habría sido agradable, pero aún no podía confiar en él hasta ese punto. Apretándola contra mí, negué ligeramente con la cabeza y le dirigí una mirada glacial.

Una cosa era que él me ordenara ir a su casa con él. Pero no iba a entregarle a ella.

No insistió. No mostró ninguna expresión que indicara que mi negativa a obedecerle le molestara. Antes de que pudiéramos decir algo más, las puertas se abrieron a lo que parecía ser el ático.

Aunque carecía de color y personalidad, claramente un espacio masculino, supe que entraba en una residencia que jamás podría permitirme. Rodeada de electrodomésticos de última generación, obras de arte y muebles de lujo, me sentí como una intrusa.

Solo con este recibidor elegante, con el suelo flotante bajo mis pies y la lámpara de araña colgando sobre mí, me di cuenta de que este lugar era más grande que todos los metros cuadrados de mi piso.

—Puedes ocupar la habitación de invitados —dijo, hablando en voz baja para no despertar a Maisie.

¿Habitación de invitados?

Me costaba convencerme de que era una invitada. Seguía sintiéndome secuestrada, traída a la fuerza sin que él escuchara mi insistencia en no querer ser desplazada sin opinar.

Me guió hacia una enorme suite con baño incorporado. Manteniendo sigilo y silencio, me mostró la cama grande. —Puedo preparar otra habitación para ella —comenzó a decir.

—No —susurré, negando mientras bajaba lentamente a mi hija sobre el colchón inmenso. No me separaría de ella. —Se asustaría.

Asintió y retrocedió, observándome. —Te dejaré instalarte. Si necesitas— —Se giró ligeramente cuando una mujer entró en la habitación. Muy embarazada y de mi edad, entró como si fuera la dueña del lugar.

—Sergei —lo saludó al entrar. Al pasar junto a él, frunció el ceño. —¿Estás excediéndote otra vez? —preguntó con preocupación familiar.

—Estoy bien —sin más preámbulos, me señaló—. Natalie, esta es la doctora Claire Donovon. Claire, esta es Natalie y su hija Maisie.

Me sonrió amablemente, haciéndome sospechar cuántas veces habría saludado así a pacientes.

—¿Doctora? —pregunté, escéptica sobre por qué Sergei tendría una doctora de guardia. Diablos, si podía permitirse un palacio como este, probablemente podía contratar a quien quisiera.

Asintió, acercándose mientras Sergei abandonaba la habitación sin decir nada más.

—Eh, espera —me dirigí a la puerta, frunciendo el ceño—. ¿Y si nos encierra aquí?

Claire sonrió levemente. —Entonces llamaría a mi prometido y le diría que su sobrino se está pasando de la raya.

—¿Sobrino? —negué con la cabeza. ¿Eran parientes? ¿Y esto solo era un favor familiar?

—Ahora no —aconsejó con calma y suavidad, sacando ya el estetoscopio que llevaba colgado al cuello—. ¿Qué le ha pasado?

—Nada —una risa histérica amenazó con brotar de mis labios. ¿Nada? Habían pasado tantas cosas esta noche que aún no había procesado nada—. Quiero decir, a ella no le ha pasado nada. Unos hombres nos siguieron mientras volvía a casa con ella.

—¿A estas horas? —preguntó mientras auscultaba los pulmones y corazón de Maisie.

—Acababa de salir del turno y tenía que recogerla de la canguro. Unos hombres enmascarados empezaron a seguirnos e intentaron agarrarme... o a ella... —me abracé—. ¿A las dos? No sé. No nos alcanzaron, hasta que apareció Sergei y... y... —La emoción me atragantó y no pude continuar.

—Y Sergei se aseguró de que esos hombres no os atraparan —concluyó ella, asumiendo el final con naturalidad.

—Sí. Un hombre le arrancó a Maisie de mis brazos y cayó un poco al suelo, pero Sergei se lanzó y la atrapó para protegerla y... —forcé otra deglución. Recordar todo lo ocurrido ya era duro. Hablarlo era peor.

—Y él la protegió —adivinó de nuevo, volviéndose hacia mí—. ¿Qué pasó aquí? —señaló mis manos.

Expliqué cómo me habían empujado al suelo. Como Maisie dormía y dejé la puerta del baño abierta por si hacía ruido, dejé que Claire examinara los pequeños rasguños en mis manos y rodillas después de limpiármelos.

En todo momento, no me interrogó. Ni siquiera tuve fuerzas para preguntarle dónde estaba. Quién era Sergei. Por qué estaba allí.

En cambio, me guió de vuelta a la habitación y me indicó dónde encontrar ropa limpia en los armarios, cómo llamar a una sirvienta si necesitaba comer o beber. Incluso me dio el número de Sergei, que yo no tenía.

—Sé cómo se siente —dijo al final, cuando las emociones y el caos del día me alcanzaron. Estaba a punto de desplomarme, exhausta—. Es confuso conocer a estos hombres y estar bajo su cuidado. Tienes preguntas —sonrió suavemente—. Es natural, pero por ahora, descansa. Descansa esta noche, y estoy segura de que Sergei

responderá mañana a lo que pueda —tomó mis manos y las apretó ligeramente—. Estás a salvo aquí. Puedes creerme.

La observé salir de la habitación y cerrar la puerta tras de sí.

Pero no sé quién es ninguno de vosotros. No tengo ni idea de qué pasa aquí.

—¿Cómo se supone que debo creerte? ¿O a él? —susurré en voz alta.

Sin más protección para mi hija y para mí, arrastré una silla y la coloqué frente a la puerta.

Solo entonces me rendí y me metí en la cama junto a mi hija. Acurrucándome contra su cuerpecito, cerré los ojos y rogué que al despertar por la mañana, todo volviera a estar claro.

13

SERGEI

Con lo tarde que me quedé anoche, habría agradecido poder dormir hasta tarde. Saber que Natalie y Maisie estaban en mi casa cambió esa preferencia. Me levanté temprano porque anticipé que ella lo haría. En cuanto se despertara, me buscaría para pedirme respuestas y una explicación sobre cómo me atreví a exigir que viniera a casa conmigo.

Decirle que era miembro de la Familia Orlov sería el tipo de noticia que reavivaría el miedo en sus ojos. Éramos poderosos, ricos y despiadados, tanto que la sociedad común sabía que era mejor no meterse con nosotros. Nuestro propio nombre sugería propensión y posibilidad de violencia, y ella reaccionaría como cualquier otro ciudadano común: con miedo, confusión y temor.

Antes de decidir cuánto explicarle, tenía que determinar qué quería hacer con ella. Mi curiosidad sobre ella aún no se había saciado. Mis instintos protectores solo se profundizaban, no disminuían. No había terminado con ella, pero también sentía que ni siquiera había empezado realmente algo con ella. No la había reclamado. Ella no me había invitado a salir. Manteníamos una distancia mutua y no teníamos prisa por empujar al otro hacia una relación u obligación.

Todavía había tiempo para echarme atrás, dejarla ir y no complicarle la vida por conocerme.

Esa decisión fue la que me hizo fruncir el ceño sobre mi café en el salón, cerca de los ventanales que ocupaban toda una pared de mi residencia, en lo alto sobre el resto de la ciudad.

¿La dejo ir?

¿Intento retenerla?

El ardiente deseo que se avivó aún más tras sus besos sugería que aún no podía marcharme.

Era demasiado pronto para saber qué hacer con ella, pero la forma en que intervine para salvarla sin dudarlo anoche fue el punto detonante que ahora me obligaría a actuar.

Tenía que decidir *algo*. Necesitaba un plan de acción sobre qué explicarle cuando despertara.

Primero, sin embargo, podía conseguir respuestas propias. Después de traerla aquí y pedirle a Claire que las examinara a ambas, le pedí a George que hiciera una búsqueda rápida sobre Natalie, solo para entender básicamente quién era. Dejar entrar a un desconocido en mi vida no era un error simple. Permitir que un extraño entrara en mi edificio, uno de los cinco que formaban la manzana que poseía la familia, sería una imprudencia que nunca me perdonaría. Así de cuidadosos debíamos ser sobre a quién permitíamos acercarse.

Cogí el móvil y abrí el hilo de mensajes con George. Sin duda había atendido mi petición poco después de hacerla. Solo hizo falta contactar con los especialistas informáticos que empleaba mi tío. Mientras sorbía mi café y forzaba a mi cerebro y cuerpo a despertarse más, tenía en mis manos el informe de varias búsquedas sobre Natalie.

Ojeando el material eficientemente, dejé que los detalles importantes calaran. El resto podía esperar. Quería saber todo sobre

ella, pero por ahora me centré en lo importante.

Sin familia: sus padres fallecieron años atrás en un accidente de coche. Sin hermanos ni otros parientes: nadie vendría a buscarla. Era originaria de un pueblo pequeño a las afueras de la ciudad, y había mantenido diversos trabajos básicos y comunes, todos a tiempo parcial. Poca formación universitaria. Anteriormente casada.

Arrugué el ceño al leer cómo Natalie Green se convirtió en la señora Hayes, resistiendo el destello de celos que surgió en mi interior, humeando con ascuas malignas de envidia que no tenían sentido.

Por supuesto, había tenido otro hombre en su vida. El padre de su hija. Estaba claro que Maisie no había llegado por concepción inmaculada.

No tenía derecho a molestarme porque Natalie hubiera tenido otro hombre antes, que tuviera un pasado y se hubiera enamorado para casarse con otro. Yo también tenía un pasado. Nunca me establecí con ninguna mujer. Joder, seguro que no era célibe, pero no era un donjuán como mi hermano. Roman se acostaba con más mujeres que cualquiera de nosotros. Evitaba darle a una mujer el título de *novia*, y hasta que Claire apareció e impactó en Mikhail, habría creído que nosotros cuatro—mi tío, mi hermano, mi primo y yo—estábamos destinados a ser solteros para siempre.

Sin embargo, el marido de Natalie había sido asesinado hacía poco más de un año, así que no había duda de que estaba disponible. No estaba engañando ni teniendo una aventura. Dudo que tuviera ese tipo de personalidad, en cualquier caso.

¿Es por eso que parece tan asustadiza? ¿Tan nerviosa? ¿Porque perdió a su marido y cría a su hija sola?

Mientras sorbía mi café y reflexionaba más sobre ello, recordé lo despistada que siempre parecía Natalie cuando los hombres le prestaban atención en el Diamond Mirage. Como si careciera de experiencia sobre cómo manejar que un hombre le hablara.

Excepto conmigo.

Conmigo también estaba nerviosa, especialmente al principio, pero se había abierto a confiar en mí para ayudarla como su novio falso.

Frustrado por las preguntas que daban vueltas en mi cabeza, dejé mi café y me pregunté si tenía paciencia para esperar a que se levantara y me buscara. No presionaría. No podía. Traerla aquí ya era un cambio muy grande, y probablemente me beneficiaría dejarle pensar que tenía algo de espacio.

No mucho después, salió de la habitación de invitados. La puerta se abrió y cerró con un clic suave, seguramente por su esfuerzo de no despertar a Maisie. Lo cual era inteligente. Hablar con Natalie sin los inocentes oídos de Maisie escuchando sería mejor.

Sus pasos eran ligeros y silenciosos. Pero no tardó en encontrarme en la penumbra del salón mientras el sol seguía saliendo para besar el horizonte.

La miré a los ojos cuando entró en el salón, todavía con la misma ropa que llevaba la noche anterior. Su "uniforme" de bar no debía de estar muy limpio ni ser cómodo, y esperaba que tras nuestra conversación se sintiera más tranquila para cambiarse.

La cautela en su mirada era de esperar. Las ojeras oscuras bajo sus ojos indicaban que probablemente no había dormido bien esa noche. Siempre parecía estresada, y me entristecía que se sintiera tan atrapada en su vida que tuviera que existir únicamente en modo supervivencia.

—¿Dormiste bien? —En cuanto las palabras salieron de mis labios, ella sonrió burlonamente.

Sacudí la cabeza. *Estúpido.* Evidentemente, no lo había hecho. —¿Lograste dormir algo? —pregunté en cambio.

—La verdad es que no.

Quería preguntarle por qué y cómo podía ayudarla. Traerla aquí era más seguro que dejar que se las arreglara en aquel edificio inseguro. Pero ella no había querido venir. Su protesta por mi actitud autoritaria sería lo primero que me echaría en cara.

—¿Durmió bien Maisie?

Asintió. —Siempre ha sido una dormilona. Temía que la violencia aleatoria de aquellos hombres siguiéndonos por la acera la hubiera desvelado. Pero ni siquiera se movió cuando Claire vino a vernos.

Dio un par de pasos más hacia mí y abrió la boca como si estuviera preparada para soltarme un aluvión de preguntas.

Me levanté, interrumpiéndola. Esta no sería una conversación corta y sencilla. Si había dormido tan poco como yo, necesitaría cafeína tanto como yo. Alzando la mano, señalé mi taza vacía. —¿Quieres tomar un café primero?

Sus ojos se iluminaron como si hubiera pronunciado la palabra mágica para insuflarle vida. —Sí, por favor —respondió, siguiéndome hasta la cocina. No pasó desapercibido que mantenía la distancia conmigo, poniendo la gran isla entre nosotros. Sin embargo, al sentarse, demostró que no podía esperar a tomar el café para interrogarme.

—Sergei... ¿quién *eres* tú? ¿Y por qué quieres que mi hija y yo estemos aquí?

Me ocupé en servirle una taza.

—¿De dónde sacaste la impresión de que puedes decirme cómo vivir mi vida y que tengo que obedecer *tus* órdenes?

Me quedé ensimismado, mirando el líquido oscuro.

—Agradezco que intervinieras para salvarnos anoche. Te debo todo lo que soy y todo lo que tengo por proteger a mi hija. Ella es todo lo que tengo en este mundo y lo único que importa.

Negué con la cabeza, volviéndome hacia ella para entregarle la taza. —No me debes nada.

Agarró la taza con ambas manos, como si necesitara un salvavidas, y bajó la mirada. Casi como si mi respuesta la hubiera decepcionado. Como si estuviera insultando su inteligencia.

—No necesito detalles para entender que tú y yo venimos de mundos distintos. Tú eres rico, con guardaespaldas, coches y un médico privado disponible. Y este lugar —miró a su alrededor, atónita—. Vas armado y manejas bien un arma. Anoche demostraste que sabes pelear y sobrevivir a la violencia callejera, que eres capaz de ejercer violencia tú mismo. *Yo* —se señaló a sí misma— solo tengo el objetivo de asegurar que mi hija tenga la vida más segura posible con todo lo que pueda gestionar.

—Puedo ayudarte con eso —quizá expresarlo como *ayuda* mitigaría el agravio de haberle ordenado que viniera conmigo.

—¿Pero *por qué*? —Frunció el ceño—. Sé que fue estúpido soltar que eras mi novio en el bar. Estaba desesperada—

Puse mi mano sobre la suya, esperando que el contacto físico la calmara. —Sigues estando desesperada, Natalie.

Ella retiró las manos de mi alcance.

Nunca se me había dado bien hablar. Solté un suspiro profundo. —Me horroriza pensar qué podría haber pasado anoche si no hubiera estado allí.

Se reclinó más, cruzando los brazos. —¿Por qué *estabas* allí? Tuviste que estar acechándome para saber dónde vivo.

Me encogí de hombros, admitiéndolo. —¿Preferirías que no hubiera aparecido?

Avergonzada, frunció el ceño. —No. Te lo agradezco. No sé qué habría hecho de otra manera —una risa débil escapó de sus labios—. Supongo que tienes razón. *Sigo* desesperada.

Me molestó su tono autocrítico. —Lo que quiero decir es que estás en una situación desesperada —eso sonaba mejor—. Tu edificio no es seguro. Esos hombres podrían seguirte fácilmente otra vez. Y sin nadie más en tu vida o en tu casa, es una situación desesperada.

—¿Cómo sabes...? —Se frotó la nuca—. ¿Por qué crees que no tengo a nadie más?

—No lo creo. Lo sé —me humedecí los labios y contuve una sonrisa —. Porque no hay maldita manera de que me hubieras besado como lo hiciste si tuvieras a alguien más satisfaciéndote.

Un dulce rubor le subió por las mejillas. Pero ahora no era momento para eso.

—Somos amigos —dije, esperando que eso no iniciara otra discusión —. Tengo los medios y el interés para cuidar de mis amigos. Por eso estás aquí y estarás aquí el tiempo que sea necesario.

Entornó los ojos. —¿Necesario? ¿Y quién de los dos determinará *eso*?

—Lo hablaremos —dije, poniéndome de pie y dejándolo abierto—. Mientras tanto... —incliné la barbilla hacia el lugar de donde venía. Los pasitos de Maisie resonaron en el suelo—. Siéntete como en casa mientras la mantienes a salvo.

Parpadeó, como si solo entonces se diera cuenta de que volvía a tener la última palabra.

—¿Mamá? —Maisie entró en la cocina, bostezando.

—Ahí estás —Natalie forzó una sonrisa y se volvió hacia su hija, abriendo los brazos para que se subiera a su regazo—. Buenos días.

Maisie respondió de igual forma mientras me miraba desde el regazo de su madre, con una apariencia preciosa y adorable. No la conocía. Ni siquiera sabía que existía, pero ser receptor de esa mirada confiada me golpeó fuerte en el pecho.

Ya sentía protección por Natalie, y ese instinto se profundizaba por esta niña. Sin embargo, las consecuencias de involucrarme demasiado no me preocupaban.

—Buenos días, señor —dijo con voz queda.

—Puedes llamarme Sergei —le dije mientras les daba la espalda y empezaba a prepararles el desayuno, necesitando algo que hacer para no observarlas y preguntarme qué estábamos comenzando aquí.

La amistad estaba bien. Pero cada vez que luchaba contra este deseo de estrechar a Natalie y besar el rastro de miedo y confusión en sus ojos, sabía que algo mucho más que simple amistad sería ideal.

14

NATALIE

Amigos, ¿eh?

No tenía suficientes amigos para saber si esto era normal. Fitz había sido mi principal amigo durante tanto tiempo que nunca desarrollé un círculo más allá de él. La duda en mi mente insinuaba que lo que Sergei estaba haciendo no era normal. Los amigos no se secuestraban prácticamente entre ellos solo para mantenerlos a salvo.

Los amigos tampoco se besaban y fingían ser novio y novia.

La parte racional de mi cerebro se impuso. Si Sergei quería llamarse mi amigo y el simple concepto de amistad era su motivo para permitir que mi hija y yo fuéramos invitadas en su lujoso ático, entonces sería una tonta no aceptar esa oferta.

Me sentía como una tonta a pesar de saber que aquí estaba segura. Los guardias del edificio parecían criminales, pero estaba segura. Desde que murió mi marido, luché por encontrar y construir mi independencia en este mundo grande y cruel que habitábamos. Sin embargo, depender de Sergei sería un paso atrás en ese esfuerzo. Depender de un hombre no parecía muy inteligente. Especialmente

cuando no tenía muchos detalles sobre quién era él y de dónde venía.

No escapó a mi atención que no usara su apellido con Maisie. Ella era pequeña, pero tenía costumbres formales de saludos educados. Sabía llamar a alguien señor o señora, pero él no había proporcionado su apellido.

Aunque ahora no tenía oportunidad de preguntar. Las explicaciones tendrían que esperar. Porque cuando empezó a prepararnos el desayuno de tortitas y huevos, me impresionó lo cómodo y relajado que podía estar un hombre fuerte y rico como él en la cocina. No podía evitar vivir el momento, viendo a este hombre sin camisa moverse sin torpeza alguna. Sus músculos se estiraban y contraían, toda su piel tensa se flexionaba mientras mostraba tatuajes y cicatrices. Me sentía incapaz de no admirar a este hombre misterioso, mi nuevo "amigo". Mi héroe obstinado que me arrancó de la situación solitaria en la que había estado demasiado tiempo.

Un hombre como él que podía permitirse un lugar así no tendría que mover un dedo. Sin embargo, era él quien estaba en la cocina, haciendo tortitas y huevos mientras Maisie y yo lo observábamos.

Culpable por ser invitada y no ayudar, me levanté y me uní a él para preparar la comida. Antes de que pudiera obsesionarme demasiado con lo natural que era moverse alrededor del otro y lo doméstico que se sentía —porque Fitz nunca había hecho nada en la cocina—, Maisie habló. Hizo preguntas sobre lo que había pasado la noche anterior, y le respondí lo mejor que pude. Le dije de la forma más simple que simplemente estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado y que esos hombres eran malos que querían causar problemas. Sin embargo, mientras hablaba, no podía quitarme de la cabeza el vago recuerdo de que los hombres parecían reconocer a Sergei.

Eso no puede ser. Él no los conocía.

Todo ocurrió en un borrón.

Pero quizás se conocían mutuamente. Si está en el negocio de la seguridad, tal vez.

Tuve claro decirle a mi hija que esos hombres no nos molestarían de nuevo. Me estremecí ante la idea de que ella los viera morir. Había intentado taparle la cara, y ella se había acurrucado contra mí como si no hubiera querido ver nada de eso.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —preguntó.

Sergei respondió—: El tiempo que ustedes quieran. —Me lanzó una mirada seria que me confundió. Como si me estuviera preguntando pasiva e indirectamente si quería estar aquí por algo más que una prueba temporal.

Después de comer, Maisie se quedó de pie ante las amplias ventanas con toda la ciudad debajo de nosotros. Yo empecé a fregar los platos mientras Sergei se quedaba con ella. Fue paciente, señalando los lugares emblemáticos y los edificios sobre los que ella preguntaba. Al verlo tan amable con ella, a pesar de que claramente no estaba acostumbrado a hablar con una niña, luché con la pregunta de por qué nos quería aquí.

Él no había sabido nada de ella, y supuse que simplemente estaba aceptando la sorpresa de que yo venía con un paquete. Pero no se inmutó, no dudó en hacernos sentir cómodas. Durante el resto del día, hizo todo lo posible para que nos sintiéramos como huéspedes en un hotel de lujo.

Hizo que nos trajeran ropa, y Maisie se lo pasó en grande probándose cosas nuevas. Antes de que pudiera sentirme intimidada por cómo Sergei podría haber adivinado mi talla o la de mi hija, Claire regresó. A la luz del día, parecía menos una doctora contratada y más un miembro de la familia. Supuse que era natural, sin embargo, porque estaba prometida con el tío de Sergei.

Maisie estaba toda sonrisas para la carismática doctora con acento británico. Una joven vino con Claire y sirvió como distracción

adicional. Anya era la futura hijastra de Claire y también una de las primas de Sergei. Habría sido inteligente indagar más sobre la dinámica familiar, pero ver a la adolescente animar a mi hija a disfrazarse con ella era un regalo demasiado bueno para dejarlo pasar. Con Claire y yo supervisando, hicieron el tonto con la ropa demasiado grande para llevar, superponiéndola como si estuvieran en un escenario con disfraces.

Anya se encariñó rápidamente con Maisie, y estaba claro que Claire le había pedido que ayudara con una niña en la propiedad. Tenían juguetes, libros para colorear y otros artilugios para mantener a Maisie ocupada.

Me sentí mimada. Cada vez que pensaba en todo lo que Sergei estaba haciendo por Maisie y por mí, detestaba que *yo* no estuviera haciendo esto por ella. Era mi trabajo alimentarla, vestirla y mantenerla. Sergei se había ido para darnos «tiempo de chicas» mientras él atendía sus asuntos, pero aún lo tenía en mente como la única fuente de cómo Maisie y yo estábamos viviendo este día de vacaciones lejos de la realidad.

Claire notó mi vacilación para aceptar todos los regalos. —¿Te apetece hablar? —me preguntó mientras tomábamos café en la cocina.

—¿Puedo hablar contigo sin que Sergei esté presente? —bromeé con ironía. Él se veía a sí mismo como mi jefe y no estaba segura de qué estaba «permitido» en su casa.

Ella sonrió. —Esto es solo una charla entre nosotras. Él puede ir a hacer sus negocios y yo puedo ver cómo estás. ¿Estás bien? Anoche tuvo que ser muy traumático.

Suspiré. *No tan traumático como la noche en que me dijeron que a Fitz le habían disparado y matado.* Asentí. Luego me encogí de hombros. —Estoy confundida. No entiendo por qué Sergei nos trajo aquí. Agradezco que nos salvara, pero él afirma que solo somos amigos. No puedo aceptar todo esto de un amigo.

—Está bien aceptar ayuda. Está bien reconocer que tú también necesitas ayuda.

Odiaba cuánta razón tenía. Había estado luchando durante demasiado tiempo en esta ciudad peligrosa como madre soltera. Hasta que Sergei entró en el Diamond Mirage aquella noche, ni siquiera había pensado que alguien querría ayudarme. O darme cuenta de lo mucho que me estaba ahogando bajo mis responsabilidades.

—Yo estuve en tu lugar antes —dijo Claire. Mientras disfrutábamos nuestros cafés, con Anya y Maisie coloreando en el salón y una película de Disney de fondo, Claire explicó cómo había conocido a Mikhail, el tío de Sergei. Ella había estado enfrentándose al peligro entonces, y Mikhail fue su héroe. Aunque no dio muchos detalles, pintó un cuadro de cómo encontró seguridad en esta familia. Me tranquilizó, pero aún quería más detalles.

Sin embargo, esa noche dormí profundamente.

Al día siguiente, encontré una nota de Sergei que decía que se había ido por trabajo y que si necesitaba algo, contactara con Claire, Anya, la ama de llaves o un mayordomo de los edificios.

—¿Mayordomo? —murmuré para mí con desdén. Jamás me acostumbraría a cómo vivía el otro lado de la humanidad.

Maisie y yo tuvimos un día relajado de descansar y pasar el rato en el apartamento. Hicimos comida juntas. Coloreamos. Le leí y ella vio una película. No recordaba la última vez que había tenido oportunidad de simplemente *estar* con ella, y lo atesoraría para siempre. Pero cuanto más se acercaba la hora de prepararme para el trabajo, más estresada me ponía.

Daria tendría que venir aquí para cuidar de Maisie, y yo no tenía una dirección que darle. También necesitaría tiempo para cruzar la ciudad.

No tuve mucho tiempo para preocuparme porque Sergei llegó a casa con bolsas de comida para llevar que olían delicioso.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó.

Asentí. —Sí, pero necesito darle instrucciones a mi niñera sobre cómo llegar aquí.

Él alzó las cejas mientras dejaba las bolsas en la encimera. —¿Para qué?

—Para cuidar a Maisie así puedo ir a trabajar. Le pagaré todas estas cosas, Sergei. Pero realmente necesito darme prisa para el trabajo. —Me mordí el labio, preocupada de que se sintiera insultado porque insinué que no podía cuidarla. —Sé que usted prioriza su seguridad. —Claramente lo hacía. De lo contrario, no se habría lanzado a interceptar una bala por ella. —Pero ella está más acostumbrada a Daria y se siente cómoda con ella. No puedo cargarle con cuidarla mientras estoy trabajando.

Él negó con la cabeza. —No va a trabajar—.

Eso sonaba a milagro. Odiaba trabajar en ese bar, pero tenía que hacerlo. La manera en que lo declaró así hizo que se me erizara el vello. Un calor me recorrió con la necesidad inminente de contraatacar. —¿Perdona?—

—No va a volver a ese bar—.

Me crucé de brazos. —¿Y quién es usted para decidir eso?—

Me miró fijamente mientras seguía sacando recipientes de las bolsas. Un destello de emoción bailaba en su mirada, como si le entusiasmara discutir conmigo. —Su amigo—.

Apreté los dientes. —No. Ningún hombre va a decirme qué hacer—.

—He visto cómo la tratan allí. Al dueño no le importa quién la acose. Es arriesgado. No es seguro. Y si eso significa que siempre vuelve a

casa tarde por la noche, cuando otros podrían asaltarla en la calle, no es sensato correr ese riesgo—.

No mentía. Luchaba con todo lo que había dicho.

—Como esos hombres saben ahora dónde vive, los que siguen vivos podrían volver para seguirla —añadió con calma—.

—Entonces, ¿cuáles son mis opciones? ¿Depender de usted cuando no tengo ni idea de quién es? ¿Quedarme aquí para siempre como invitada? Eso es absurdo—.

Me examinó lentamente, como si estuviera considerando *sus* opciones sobre mí. Me produjo la misma sensación de mariposas en el estómago que sentí cuando me besó.

—Tengo una vida. Una hija que mantener. Preocupaciones propias. No puede apropiarse de mi vida a su antojo—.

Negó con la cabeza. —Intervendré como considere oportuno —replicó—. Su mejor opción es relajarse aquí un tiempo hasta que las cosas se calmen. Tengo hombres investigando a esos matones que la siguieron aquella noche. Me aseguraré de que su casa vuelva a ser segura, pero estas cosas llevan tiempo—.

Era demasiado condenadamente dulce. Generoso. Pero autoritario y sin comprender mi perspectiva. —No puedo quedarme sin trabajo. Tengo facturas. Tengo que ganarme la vida—.

—Entonces le conseguiré otro trabajo en algún lugar mejor cuando llegue el momento. Tengo contactos. —Se encogió de hombros como si mi empleo no fuera problema—.

—Así que dice que mi mejor opción es arriesgarme con *usted*—.

Caminó lentamente alrededor de la encimera para enfrentarse a mí. —¿Sería tan malo? —Mientras me miraba desde arriba, bajando la voz, los centímetros que nos separaban planteaban una amenaza de intimidad que no estaba segura de poder manejar. Solo estábamos hablando—discutiendo—, pero la suave paciencia que mostraba

parecía una máscara que ocultaba un interés más brutal y hambriento que sentía por mí. —¿Es tan malo estar aquí?—

—Me siento comprada. —Tragué saliva con fuerza—. Secuestrada. —Me negaba a perder este enfado—. Necesito ser independiente. Desde que murió mi marido, he aprendido por las malas a mantenerme fuerte por mí misma—.

Puso sus manos en mis brazos y los frotó. Acariciando con los pulgares hacia arriba y hacia abajo, me instó a relajarme. —Es usted fuerte, Natalie. Es una de las primeras cosas que noté de usted en ese bar. No se rinde. Y no perderá su independencia por permitirme ayudarla—.

—¿Pero por qué? —Esa pregunta siempre volvía y me golpeaba con más fuerza—. ¿Por qué yo? ¿Por qué se preocupa por *mí*? —Detestando lo sumisa que me hacía sentir, me aparté y salí de su alcance—. ¿O es solo que le importa tener el control?—

—Mamá, tengo hambre —dijo Maisie al entrar en la habitación—. Hola, señor Sergei—.

—¿Hambre? —dijo, usándola como distracción—. Tengo comida china aquí—.

Ella sonrió radiante, corriendo hacia la encimera. —¡Mmm!—

Suspiré, observándole explicarle pacientemente qué contenían los recipientes. Ella no sabía los nombres correctos, así que preguntó si eran «fideos y pollito». Su actitud controladora, callada y seria hacia mí era un dolor de cabeza, pero estos destellos raros de ternura y paciencia hacia ella me molestaban más.

Así, era casi humano, no un dictador inalcanzable de mi vida.

Así, mostraba una naturaleza más amable, como si no solo le preocupara manipularme y prepararme para depender de él aquí.

Tiene que haber una trampa.

Sea lo que sea, lo descubriré.

15

SERGEI

Una vez que le reiteré a Natalie que la ayudaría a encontrar otro trabajo, pareció más dispuesta a ser una invitada prolongada en mi apartamento. Ese fue mi primer error—no darme cuenta de lo mucho que necesitaría sentir que contribuía y trabajaba. Su independencia no era una preferencia estilística. Cuanto más tiempo permanecía en mi casa, más me daba cuenta de que necesitaba sentir que podía valerse por sí misma.

Probablemente por lo dependiente que había sido de su marido cuando él vivía.

Todavía no había encontrado el momento adecuado para preguntarle sobre él, para indagar si había sido un proveedor dominante que le prohibía pensar por sí misma o encargarse de cualquier cosa. Por lo a menudo que a Natalie le gustaba cocinar y ordenar el apartamento, tenía la impresión de que era más feliz como una mujer tradicional, atendiendo a su hija y a la casa. Quizás no era su difunto esposo quien *la obligaba* a tener ese papel, sino uno hacia el que gravitaba naturalmente.

Decirle a Natalie que la ayudaría a encontrar otro trabajo después de perder el de camarera en el Diamond Mirage la tranquilizó. Noté el

cambio en su actitud, y fue entonces cuando empezó a abrazar plenamente la oportunidad de no hacer nada más que ser la madre de Maisie.

Y mi invitada.

Llamarla mi amiga parecía a la vez una mentira y una verdad. Estaba aquí porque me importaba, como amiga. Pero más que eso, quería la libertad de perseguir algo más. Algo que ambos parecíamos estar ignorando desde nuestro último beso en la acera. Una atracción persistente permanecía constante entre nosotros, pero no di un paso. No estaba tan asustadiza en mi casa. Lo que me frenaba era el regalo y la recompensa de verla relajarse de verdad.

Día tras día, estaba aquí para su hija. Jugando. Leyendo. Coloreando. Practicando escritura. Enseñándole a doblar toallas. Cómo mezclar ingredientes para hornear galletas.

Yo no estaba allí, merodeando todo el tiempo. Seguía teniendo mi trabajo como ejecutor de mi tío. A menudo fuera por reuniones o para ocuparme de quienes querían meterse con la Familia, podía contar con enviarle mensajes a Natalie para saber qué hacían. No era para controlar, sino por curiosidad.

Pasó una semana, y Natalie dejó de preguntar por su apartamento y cuándo podría marcharse. Que fuera con guardias a recoger juguetes y ropa para ella y Maisie casi parecía un paso hacia su instalación oficial, pero no era así. Maisie solo había querido "sus" cosas, las que le eran familiares.

Pasó la semana siguiente, y Natalie no preguntó tan a menudo si su edificio era seguro y si mis hombres habían averiguado algo sobre los tipos que la habían seguido.

Sinceramente, sí había encargado a George que se ocupara de ello. Estaba investigando por qué esos Popov la acosaban. No significaba nada, y era un caso de estar en el lugar equivocado en el momento

equivocado. Pero deliberadamente me mantuve impreciso y le di a Natalie la impresión de que aquí estaba más segura.

No podía dejarla ir.

No quería imaginármela fuera de mi casa. Más aún, me estaba acostumbrando demasiado al desorden y al ruido de una niña en mi ático también.

—Se está abriendo más de verdad —comentó Mikhail una vez cuando estábamos en su edificio, el que está justo al lado del mío. Tenía varios pisos más dedicados a su residencia, para que pareciera una mansión más que un rascacielos. La primera vez que traje a Natalie y Maisie aquí para cenar, ambas quedaron asombradas y maravilladas.

Lo miré, luego al resto en el salón. —¿Natalie? —adiviné. Tenía que estar hablando de ella. Desde aquella presentación inicial que medié entre mi tío y Natalie, se había relajado más. Decirle que podría volver a trabajar la calmó y probablemente la disuadió de sentirse como una caridad. Permitirle encargarse de las tareas domésticas como cocinar, limpiar y lavar la ropa también parecía darle un propósito. Natalie ya no actuaba como la invitada asustadiza, confundida y preocupada.

—Bueno, a ella también —dijo, señalando a su hija—. Me refería a Anya.

Volví a mirar y casi sonreí. La adolescente realmente había cambiado desde que conoció a Maisie. Sonreía más. Buscaba formas de entretener a la hija de Natalie. —Quizá eso no debería sorprender tanto —respondí—. Fue hija única toda su vida, alejada de su familia.

Mikhail asintió. —Si ha estado sola y esperando tener una familia o hermanos, entonces esto está saliendo bien.

Solté una risa burlona. —Claro. Como Claire ya está a mitad del embarazo, ¿verdad?

Sonrió, sin parecer el tío severo, diplomático y despiadado que también era mi jefe, sino un hombre de familia. —Hemos estado solos tanto tiempo. Parece que todo cambia muy rápido.

Tenía razón. Éramos solo nosotros, los hombres. Ahora él estaba comprometido y esperaba un hijo mientras se adaptaba a que su hija adolescente, de la que estaba alejado, viviera aquí. Yo tenía una «amiga» como invitada semipermanente con su hija.

Pero, ¿cómo iba a cerrar la brecha entre lo que Natalie y yo teníamos ahora y lo que podríamos llegar a tener?

Ella era una «amiga» según mi explicación de cómo me importaba salvarla y traerla aquí.

Yo fui su «novio» cuando necesitó un suplente para apartar a los hombres que la acosaban en ese bar.

Ahora... no tenía ni idea de cómo avanzar. Ya estaba preocupada por haber sido comprada. Seguía aferrándose a que la obligué a venir a mi casa aunque fuera por su bien.

Suspiré, observando a las mujeres hablar de la boda mientras Anya y Maisie jugaban y coloreaban. No había duda de que ambas se acostumbraban más a nosotros. Las estaba integrando poco a poco en la Familia Orlov.

El otro día, la oí preguntar a Claire y Anya qué hacíamos todos en el trabajo, y más o menos entendió que éramos miembros de una organización mafiosa. Aun así, no salió corriendo asustada.

Otra vez, cuando Roman le preguntó si quería unirse a todos en la piscina cubierta de su edificio para una fiesta de cumpleaños improvisada, la oí admitirle a mi hermano que era una forastera, una invitada que no pertenecía a celebraciones familiares.

¿Cómo hacer que sienta que puede pertenecer?

¿Cuándo podré preguntarle más sobre su pasado? Se cerrará en banda.

¿Por qué está tan decidida a mantener una línea entre nosotros?

Casi un mes había pasado y esta distancia no hablada entre nosotros, esta distinción de ella como forastera, seguía constante. Saber lo asustadiza que era y lo perdida que podía sentirse me disuadía de tomarla como deseaba. Como otros habrían hecho, sin importarles su reacción.

Al día siguiente, en mi despacho, George entró y cerró la puerta tras de sí.

Alcé la vista y arqueé las cejas en silencio. —¿Hubo algún incidente? —pregunté.

En otro intento de que Natalie se sintiera parte, la hice acompañar a Anya y Claire a la tienda de vestidos de novia. Maisie estaba emocionadísima. Parecía que la idea de adultos jugando a «disfrazarse» le divertía más que fingir ser princesa.

Antes de que George respondiera, mi primo entró en el despacho.

—Andre. Cuánto tiempo sin verte —bromeé. Lo veía cada día, pero últimamente, investigando cómo la familia Giovanni intenta entrometerse en nuestra distribución de drogas, había estado más ocupado de lo habitual.

Bajó la barbilla a modo de saludo, pareciendo tener prisa. —¿Se lo has dicho?

Cerré el portátil y me puse en pie. —¿Decirme qué? Ante el peor presagio, me encogí y me froté la nuca. —Joder. No me digáis que hubo que apartar a alguien otra vez. Natalie y Maisie apenas salían. Preferían la calidez de estar aquí con el otoño acercándose al invierno. Pero la única vez que salieron, un imbécil se acercó demasiado y los guardias tuvieron que repelerlo.

Había tenido mucho cuidado de no exponer a Maisie —ni a Natalie— a violencia directa. Ya vivieron más de lo debido aquella noche. Maisie ya había sido desarraigada, y aunque parecía feliz en mi ático

con su madre sin trabajar, temía que pensara que aquí también era peligroso.

—No exactamente —aclaró Andre—. Estaba consultando con mi equipo y parece que los Popov se están poniendo al día.

Entrecerré los ojos. —¿Poniéndose al día en qué?

—El cártel ha sido su objetivo estas semanas. Han estado invadiendo su territorio —dijo.

Me importaba un bledo. Niko Popov siempre había sido enemigo de la Familia Orlov. Siempre lo sería. No merecían ninguna compasión por mi parte, jamás. Pero *sí* me importaba saber qué estaba pasando ahí fuera. Debíamos estar siempre al tanto de las amenazas que circulaban, y nunca en el sentido de que el enemigo de nuestro enemigo fuera nuestro aliado. No teníamos ninguno. Los Orlov mandaban solos y desde la cima.

—Desde que esa actividad ha remitido, parece que Niko busca vengar que mataras a sus hombres.

Arqueé una ceja.

—¿La noche en que persiguieron a Natalie y Maisie?

Asintió.

—Se rumorea que está intensificando sus amenazas. Ojo por ojo y toda esa mierda. Mi padre está informado, pero quería decirte directamente que las amenazas mencionan a Maisie por su nombre.

—Joder —apreté los dientes y comencé a caminar de un lado a otro.

—Mi gente está vigilando la situación.

George se aclaró la garganta.

—Y estoy preparado para ajustar lo que sea necesario a la vista de estas noticias.

—Joder —lo repetí a sabiendas de lo inútil que era. Maldecir no resolvería nada. Tampoco lo haría la rabia. Pero eso lo resumía. Sabía perfectamente que intervenir para salvar a Natalie y Maisie aquella noche haría que los Popov —y cualquier otra familia criminal — las asociara con los nuestros. Esa misma situación vivimos cuando Mikhail se enamoró de Claire.

—Mi padre ha recalcado que yo dirigiré la respuesta a estas amenazas —añadió Andre.

—Ni hablar —le fulminé con la mirada.

Negó con la cabeza, sin inmutarse por la tensión que no pude ocultar en mi respuesta.

—Y tiene razón. Estás demasiado implicado, demasiado emocional protegiéndolas.

—¿Emocional? —me burlé. Lo decía como si estuviera histérico e irracional. Y no lo estaba. Sin embargo, no podía negar la sabiduría en la decisión de mi tío de que mi primo liderara la respuesta a las amenazas de los Popov. En ese momento, no lograba ver más allá de la rabia que me producía que apuntasen a esa niña inocente.

Proteger a Natalie y Maisie se había vuelto personal. Ya no era un deber. Ya no se trataba de mantener cerca a Natalie porque estaba en mi mente y sentía curiosidad. No era por quererla y asegurarme de no perder la oportunidad de tenerla.

Me importaban, maldita sea.

Demasiado.

Ahora se había convertido en una cuestión de supervivencia. De algún modo, a pesar de la reticencia de Natalie a estar aquí y a que tomara el control, se había convertido en familia.

No una amiga.

Ni siquiera una amante —y aún no habíamos follado.

La preocupación que sentía por ella no era superficial. Preocuparme por ella y desear su felicidad me llegaba directo al corazón.

—¿Estás seguro de querer tomártela tan en serio? —preguntó Andre.

Fruncí el ceño.

—¿Qué te hace pensar que no lo estoy?

Levantó una mano, como para contener mi mal genio.

—Mi padre me pidió que te pusiera contra las cuerdas y obtuviera una respuesta definitiva.

—Sí, joder, me tomo muy en serio mantenerla a salvo —rugí, agradecido de que las paredes fueran gruesas y no pudieran oírme fuera de esta habitación.

—¿En serio respecto a mantener a Natalie en tu vida? —insistió Andre—. ¿Como tu mujer?

Exhalé por la nariz, deseando poder rugir de frustración. La mera insinuación de que alguien quisiera hacer daño a Natalie o Maisie me ponía tenso y volátil.

No la había reclamado, ni sexualmente ni formalmente ni de ningún otro modo.

Ni siquiera había encontrado el momento de hablar del futuro y de lo que quería con ella, demasiado cuidadoso para ir despacio, para no asustarla o abrumarla.

—Porque si te tomas en serio quedártelas —a ambas— y hacer que Natalie sea una incorporación permanente a la familia, necesitamos más información sobre ella, sobre su pasado, antes de que pueda ser vista plenamente como familia —dijo Andre sin alzar la voz, exponiendo crudamente lo que yo ya sabía.

—Lo entiendo —espeté—. He querido abordar todo con calma. Con cuidado. Pero… —bajé la cabeza, molesto por el dolor en la espalda alta—. Pero entiendo su punto de vista.

Si el jefe de la organización Orlov iba a proteger a Natalie y Maisie de todo el peso de nuestros enemigos, algo más de lo que hice aquella noche en la calle, tenía todo el derecho a saber que eran personas que no nos traicionarían. Que se quedarían para siempre.

Mirando a mi primo directamente a los ojos, tragué saliva y admití la verdad.

—Me tomo en serio quedármela.

Solo necesito decírselo a ella *primero.*

16

NATALIE

—Parece que está dormida —dijo Daria en voz baja.

Sonreí al ver a Maisie dormida como un ángel. Daria también la observaba a través de nuestra videollamada de FaceTime. Como Maisie echaba de menos a su canguro y porque Daria también quería mantener el contacto con ella, habíamos organizado que Daria le leyera un cuento antes de dormir, aunque fuera de forma remota y por videollamada.

—Desde luego que sí —respondí, subiéndole un poco más las mantas antes de salir en silencio de la habitación. Hacía un par de semanas, Maisie había preguntado si el "otro" dormitorio podía ser solo su habitación. Todos sus juguetes estaban allí, y era más bien una segunda habitación de invitados que usábamos como su cuarto de juegos. Pero dijo que quería ser una niña mayor y no dormir más conmigo. Me dolió un poco, pero no tuve problema en dejar que decidiera. Solo la había tenido en la misma habitación y cama conmigo cuando Sergei nos trajo aquí porque me preocupaba que se asustara o se traumatizara en un lugar nuevo.

Este ático ya no nos resultaba *nuevo*. Se sentía tanto como nuestro hogar que tenía que pellizcarme para asegurarme de que no estaba

soñando.

—Parece tan mayor en esa cama ahora —comentó Daria. Mantuve la llamada mientras salía de la habitación, contenta de no haber perdido el contacto con mi antigua canguro y amiga.

—Así es —. La cama de matrimonio era un gran cambio respecto a la individual que tenía en el piso. No estaba segura de que quisiera volver a una más pequeña. Si es que tenía que hacerlo.

—Oye, no puedo hablar mucho —dijo ella.

—Muchísimas gracias por leerle.

—No te preocupes. La echo de menos. Y a ti también. Me alegra mantener el contacto —. Su sonrisa era auténtica.

En el fondo, sí me preocupaba. Daria contaba con el dinero de cuidar niños para llegar a fin de mes y yo ya no le pagaba por ese servicio.

—Tengo que estudiar, pero quería comentarte que el casero ha estado hablando de subarrendar tu piso —. Hizo una mueca para mostrar su opinión al respecto.

—Oh —. Fruncí el ceño, sin saber cómo interpretarlo. Cada vez me costaba más recordar que aquel piso pequeño y estrecho era *mío*. Que era el hogar que había proporcionado para Maisie y para mí. El ático de Sergei se sentía como nuestro hogar, decorado con los dibujos de Maisie colgados por todas partes y pequeños montones de juguetes esparcidos. Incluso había retomado mi antigua afición de tejer, y mi lana estaba en una bolsa en el salón, donde mi bufanda a medio hacer me esperaba.

—No creo que pueda hacerlo legalmente —añadió.

Me encogí de hombros y me dirigí a la cocina para prepararme la cena. Maisie había querido su cena habitual de nuggets de pollo y fideos, y había cenado antes. Yo aún no había preparado nada para mí. Y para Sergei, si no estaba demasiado ocupado trabajando toda

la noche. —Bueno, si lo intenta, estoy segura de que me enteraré —. Sergei me explicó que pagaría mi alquiler mientras no trabajara. También dijo que tenía un empleado bajo su supervisión que vigilaba y revisaba mi piso y el edificio.

Después de agradecerle a Daria la información, colgué y me centré en preparar la cena.

Leyendo entre líneas lo que me contaron Claire y Anya, y lo que dijeron otros hombres como Andre, Roman y Mikhail, sabía que el "trabajo" de Sergei estaba dentro de la mafia. La noche en que me di cuenta de que los Orlov eran una familia mafiosa, me quedé despierta y me senté en la cama mirando la pared. Sin embargo, el impacto se desvaneció porque, por muy instintivo que fuera asumir que cualquiera en la mafia tenía que ser inherentemente malo, yo estaba viva gracias a lo bueno que también podía ser.

Sergei *era* mi héroe.

Él *había* salvado a mi hija y a mí.

Día y noche, nos proveía y se aseguraba de que estuviera a salvo.

Suspiré mientras removía la olla de fideos que estaba preparando frescos para un plato de pollo que me encantaba. Depender de Sergei ya no se sentía como una amenaza. Aunque me sentía "mantenida" aquí, no podía imaginar renunciar a esta oportunidad.

Libre de preocuparme por horarios y conseguir suficientes horas para un buen sueldo, podía relajarme y simplemente estar aquí. No tenía que apañármelas para sobrevivir ni vivir con frugalidad. No tenía que sentirme culpable por no estar presente en la vida de Maisie.

Estaba aquí con ella, viéndola crecer y aprender. Era tan alegre, tan contenta. No me sentía un fracaso por no haberle proporcionado una vida fácil por mí misma. Solo podía deleitarme con la felicidad de verla tan contenta. La seguridad de mi hija lo era todo para mí, y

esperaba que Sergei entendiera lo agradecida que estaba por ser una madre presente.

Pero, ¿lo sabe él?

Sergei era difícil de leer, y con lo ocupado que estaba con el "trabajo" tan a menudo, era difícil encontrar la oportunidad de tener una conversación de adultos con él sin que Maisie lo oyera.

Durante este último mes, me había centrado tanto en respirar, en existir, y en disfrutar de esta oportunidad parecida a unas vacaciones para concentrarme en Maisie y estar ahí para ella.

El impacto y la confusión sobre aquella noche violenta se desvanecieron, y con mi conciencia de que Sergei pertenecía a la Mafia, me adapté a estar aquí como su invitada.

Quiero que sepa que le agradezco. Todo esto.

A mitad de preparar el plato, entró en la cocina, gimiendo de hambre. —Lo que sea que estés haciendo, me está volviendo loco—.

Le sonreí, echando un vistazo por encima del hombro mientras permanecía frente al fogón. —¿Quieres un poco?—

La mirada ardiente que me dedicó sugería que sí quería algo, desde luego. Acercándose para quedarse a mi lado, apoyó las manos en el borde de la encimera y me observó dar la vuelta al pollo en el wok sobre otro fuego. —Me encantaría cualquier cosa que puedas darme—.

¿Qué quieres decir exactamente con eso?

Me ardieron las mejillas, y no era por estar frente a la cocina. Si tuviera más experiencia coqueteando, si el deseo por este hombre no me provocara ese recordatorio punzante de culpa por seguir adelante tras la muerte de mi marido, se lo habría preguntado.

—¿Maisie se comerá eso? —preguntó. Una leve elevación de sus labios insinuaba una sonrisa—. Porque he aprendido lo exigente que

es—.

Sonreí. —Nunca sería lo bastante atrevida para probar esto. Al menos, aún no—. Volví a mirarle, emocionada de que su proximidad ya no me intimidara—. De todos modos, está dormida. Cenó antes y se acostó hace una hora—.

—¿Por qué comes tan tarde? —Parecía contento de quedarse allí observándome cocinar. El momento doméstico pesaba intensamente en mi mente, y me giré para encararle más—.

—No tenía hambre antes, y quería asegurarme de preparar algo para ti también—.

—No tienes que cocinar para mí—.

Sonreí.

—Me gusta hacerlo—.

Él sostuvo mi mirada y ese destello de calor hizo que mi sangre chisporroteara.

La tensión que acechaba bajo la superficie no había desaparecido. No importaba cuánto tiempo tardara en instalarme aquí y dejar de protestar porque él estaba tomando el control de mi vida, no podía sacudirme el deseo que me hacía sentir.

Parecía haber pasado tanto tiempo desde que Daria me recordó que Fitz querría que volviera a ser feliz. Que no le llorara eternamente. Parte de mi vacilación para ver a Sergei como alguien con quien seguir adelante era el enigma de quién era.

Sin embargo, ahora sabía quién era. Estaba más acostumbrada a él y había captado sus gestos y manías, sus preferencias y disgustos. Llamarnos compañeros de piso no hacía justicia a nuestro acuerdo. Y esta atracción hacia él era algo más que amistad.

—Me gusta jugar a las casitas aquí, Sergei, y aprecio poder hacerlo—.

Soltó una risa irónica antes de abrir la boca para que le ofreciera un poco de los fideos con salsa para probar.

—¿Y a ti? —pregunté. Una vez que la breve pregunta salió de mi boca, contuve la respiración. Tensa y esperando su respuesta mientras masticaba y tragaba, todo mientras mantenía su mirada fija en mí, me humedecí los labios y lamenté ser tan directa—.

—¿Que si me gusta que juegues a las casitas aquí? —preguntó—.

Asentí, bajando la mirada mientras él se acercaba más, quedándose detrás de mí frente al fogón.

—Sí —. Con mi espalda pegada a su pecho duro como una roca, deslizó sus manos por mis costados. Alcanzando frente a mí, encerrándome contra la cocina, encontró los mandos para apagar todos los fuegos—. Me he vuelto loco de ganas de jugar *contigo*—.

Escalofríos recorrieron mi piel. Dejándome caer contra él, cerré los ojos y me abandoné al calor y la seguridad de que me abrazara contra sí. Un brazo me rodeó el estómago hasta que me atrajo completamente hacia él. Con su mano libre, apartó mi cabello y me instó a inclinar la cabeza. Le di acceso a mi cuello, donde al instante presionó sus labios calientes. Besándome lentamente mientras me abrazaba, gruñó con un gemido sensual que le hacía más irresistible. Como si escuchar su necesidad por mí pudiera avivar aún más mi deseo.

—Quiero jugar contigo, Natalie —. Deslizó sus dedos más abajo hasta trazar la pulgada de piel expuesta por mi camisa levantada. Alzar mi brazo para acariciar su nuca y mantenerle cerca subió más mi blusa—. Quiero jugar y hacerte sentir tan bien que nunca pensarás en querer marcharte—.

En otras circunstancias, sus palabras podrían haber sido una amenaza. Una advertencia. Alguna clase de frase manipuladora y retorcida. Pero con lo cómoda que estaba con él y lo mucho que

estar aquí empezaba a confundir mi idea de hogar, solo podía sonreír y desear que hiciera realidad eso.

Que nunca tuviera que irme.

Que no volviera a mi vida mediocre de antes.

—No se me ha pasado por la cabeza, Sergei —. Al girarme para encararle más, él alzó su mirada ahumada y tormentosa para encontrarse con la mía. Nos separaban centímetros mientras me fulminaba con la mirada. Emociones turbulentas vibraron entre nosotros, pero lo único que pude aferrar fue el deseo. La necesidad. Toda esta lujuria que ya no podía negarme—.

—Ojalá esto fuera simplemente así —. Me humedecí los labios mientras él se inclinaba más cerca—. Ojalá tú y yo no estuviéramos jugando o fingiendo y yo no fuera una invitada aquí—.

La tensión aumentó mientras me observaba, abrazándome fuerte y casi impidiendo que me volviera por completo hacia él, como si necesitara este recordatorio de quién tenía el control.

—¿Qué otra opción hay? —preguntó, devolviéndome mis palabras anteriores—.

—¿Algo más como… esto? —pregunté en voz baja, alzando la mano para acercar mi boca a la suya. Le besé, suavemente, como una conjetura de lo que podría apetecerle. El calor de sus labios disparó una descarga de deseo hasta mi vientre, humedeciéndome, haciéndome anhelar. Solo con el contacto de este beso, ya estaba lista para jadear por él y suplicar—.

—No quiero jugar —me advirtió tras separarse—. Si estás preparada para *esta* opción conmigo, lo digo en serio.

Respondí con otro beso. Necesitada y desesperada, estiré los brazos lo más alto posible para ajustar mis labios a los suyos.

Gruñó ante la fuerza. Fue el único detonante que necesitaba para romper. Tirando de mí hasta ponerme frente a él, me sujetó la nuca

y me guió para alzar el rostro. Todo para separar mis labios y saborearme, devorarme.

Aferrándome a él y ahogándome bajo el hechizo del deseo, intenté permanecer en el instante. Pensar se volvió imposible. Sentirle era todo lo que podía hacer.

El calor intenso de sus besos. El roce suave de su lengua junto a la mía. Cada uno de esos gruñidos guturales, como si fuera un animal salvaje, no un hombre paciente.

—Llevo esperando—

Me interrumpió con otro beso voraz mientras me agarraba el culo. Sus dedos se clavaron, incitándome a saltar hacia él. Sosteniéndome, con su erección como un bulto firme que rozaba mi centro, me inmovilizó contra la pared.

—¿Esperándome a mí? —bromeó mientras chupaba mi piel y me dejaba frotar mis caderas contra él.

—A ti. —Tragué saliva, tan perdida en este hechizo de deseo que me enredaba con él—. A que me besaras otra vez.

Apartándome de la pared, reanudó los besos con más fuerza aún. Me llevó en brazos por el ático hasta su habitación. Entramos y dio una patada a la puerta antes de depositarme en la cama.

—Dime dónde —dijo, con lujuria brillándole en los ojos al dejarme sobre el colchón—. Dime dónde besarte ahora.

Sonreí, disfrutando de su faceta juguetona pero traviesa. Mientras tiraba de mi camisa, dejándome llevar por la emoción de ceder a un deseo tan prohibido, le vi quitarse la suya. Sus ojos estaban clavados en mí. Aquella mirada perversa suya era como un hierro candente en mi piel.

—Aquí. —Señalé mis pechos, realzados por este sujetador algo apretado.

No esperó para obedecer, inclinándose sobre mí en la cama y animándome a tumbarme. Su cuerpo cubrió el mío, todos aquellos músculos aplastándome contra el colchón. Inmovilizada bajo él, me sentí segura y *poseída*.

No importaba dónde me besara o tocara. Cada contacto me acercaba más a este delicioso deseo. Entre sus preguntas sobre dónde quería que me diera placer y sus sugerencias de más, me alejé de la realidad.

Libre de preocupaciones por estar acostada con un hombre que no era mi marido, me abandoné a sentir su lengua en mi boca, sobre mi pezón, y luego embistiendo dentro y fuera de mi coño. Los sonidos húmedos de mi excitación deberían haberme avergonzado. Fitz era un amante convencional, pero Sergei me sacudió hacia el éxtasis con su boca y dedos donde latía, ardía y goteaba por él.

Liberada del pánico sobre si debía empezar algo más que amistad con este peligroso hombre de la mafia, cedí a estar con él, experimentando la excitación desvergonzada de pasar los dedos por su erección larga y dura, luego abriendo bien las piernas para que me empalara con su grueso miembro antes incluso de bajar del subidón de mi primer orgasmo.

—Llevo esperando —gruñó mientras se inclinaba sobre mí, empujando sus caderas para hundir su polla dentro de mí.

—Ay, Dios. —Jadeé, apenas pudiendo respirar por el ardor del estiramiento.

Hizo una pausa, quedándose a medio camino mientras besaba mi mandíbula, acariciándome con los dedos como si planease grabarme a mí, y este momento, en su memoria para siempre.

—Llevo esperándote a ti —confesó—. Luchando con esta necesidad de hacerte mía, Natalie.

Abrí los ojos y enmarqué su rostro con una mano. —Entonces tómame —susurré, rogando que lo hiciera bien para mí... para

nosotros—. Por favor. Tómame, Sergei. Ya lo había hecho. Me había sacado de la situación desesperada como viuda agobiada y madre soltera. Había necesitado tanto a alguien tras mi pérdida, pero no fue hasta esta noche que pude ver con claridad que necesitaba a alguien como él.

Paciente.

Fuerte.

Obstinado.

Y tan sensual y sexy que pensar con claridad era una broma.

—Tómame, Sergei —supliqué en un susurro mientras se hundía más en mí—. Soy tuya…

Gruñó, silenciándome con un beso mientras continuábamos la explosión de lujuria y deseo que habíamos evitado demasiado tiempo. Una y otra vez, embestía su polla dentro de mí, deslizándose cubierta de mis fluidos y empujando hasta que su plenitud dentro de mí se sintió como el cielo.

Antes de que pudiera gritar demasiado fuerte, me besó de nuevo y ahogó mi reacción al llegar por fin. No esperó, no lo prolongó. Rápido y duro, me llevó a un orgasmo intenso, más largo que el primero que me había dado con su mano y boca.

Y mientras movía las caderas y se mecía dentro de mí, persiguiendo mi placer, él también llegó al clímax.

Agachó la cabeza mientras se tensaba por el esfuerzo, gruñendo con la mandíbula apretada. Sentí su fuerza. Manteniendo mi mano en él, aún enmarcando su rostro, percibí la tensión de su boca así fijada, como si temiera rugir de placer por algo que ninguno deberíamos haber resistido tanto tiempo.

Porque cuando me acurrucó en su abrazo, pasando sus grandes manos callosas sobre mí, suspiré y supe que esto solo podía contar como el principio.

Él lo había dicho. Iba en serio sobre quererme y tenerme. Ahora que habíamos cedido a la lujuria mutua, me sentía conmocionada e intimidada por lo increíblemente bueno que había sido.

Y por lo mucho que quería más.

17

SERGEI

Natalie no se quedó mucho tiempo en mi habitación. Después de que vino, y una vez recuperamos el aliento, me levanté para coger una toallita y limpiarla. Apenas había reaccionado, impasible mientras yacía con los ojos cerrados, una sombra de sonrisa curvando sus labios. Su cuerpo estaba relajado, y supe que lo había hecho bien al hacerla sentir bien. Era la definición de felicidad plena.

Fui a la ducha, y cuando volví del baño, ya se había ido.

Con Maisie en el piso, aunque estaba dormida cuando follé a Natalie, teníamos una situación complicada aquí. Maisie era muy joven, demasiado joven para ser consciente de lo que hacía con su madre. Más allá de esa inocencia, era una situación delicada de no querer que la niña pensara que iba a reemplazar a su padre. Ese no era mi objetivo.

Lo dije en serio cuando afirmé que quería quedarme con Natalie. Pero era imperativo que tomara las cosas con calma con ella. Dejarle espacio después de cruzar esa línea y tener sexo fue una decisión sabia.

Sin embargo, por la mañana, demasiado temprano para que nadie estuviera despierto aún, me la encontré en la cocina.

—¿No podías dormir? —adiviné.

Negó con la cabeza tras sobresaltarse un poco, sorprendida por mi aparición tan temprano en la habitación oscura mientras preparaba una taza de té caliente. —Pensaba demasiado para volver a dormirme —admitió.

Espero que no te estés arrepintiendo ya.

—Mmm —me acerqué a ella, llegando por detrás igual que la noche anterior. La comida sin tocar seguía en la encimera. Se giró hacia mí y la besé, abrazándola de manera suelta pero posesiva.

Se acurrucó contra mí, tan receptiva como la noche anterior.

—Me satisfizo bastante verte tan adormilada cuando me fui de la cama anoche.

Una sonrisa lenta y sensual le cruzó el rostro. —Me dejaste agotada —sin añadir nada más, me devolvió el beso. No tardé en estar duro y ella en jadear, respirando con fuerza mientras la dedeaba. De cero a cien, demostró que esta química que chispeaba entre nosotros estaba lejos de apagarse.

Descubrir cómo Natalie y yo haríamos funcionar esto llevaría tiempo. Pero mientras estábamos allí, solos en la cocina al amanecer, la incliné sobre la encimera y le mostré lo decidido que estaba a demostrarle que siempre la dejaría relajada y saciada.

Si no tenía cuidado, me engancharía.

Quizá ya lo esté.

Más tarde, mientras me reunía con mi tío para discutir las amenazas de seguridad que estaban haciendo los Popov, no dejaba de pensar en ella. Lo apretada que estaba cuando me envolvía. Sus dulces sonidos de placer y gemidos de necesidad que me dejaba oír cuando

se acercaba al orgasmo. Su costumbre de tocarme la cara con la mano, como si no pudiera evitar ese deseo de atraerme para un beso.

—¿Sergei?

Parpadeé, levanté la vista y me di cuenta de que mi tío me había preguntado algo. Andre estaba sentado a su lado, sonriendo con sorna.

—¿Qué decías?

Mikhail puso los ojos en blanco. Andre soltó una risita.

—Preguntaba si vas en serio con lo de tener a Natalie en tu vida —dijo Mikhail con tono sarcástico—. Pero no marquemos este día como aquel en que empiezo a hacer preguntas inútiles.

—Has tenido la cabeza en las nubes y pareces distraído desde que llegaste —se burló mi primo.

Me encogí de hombros, sin molestarme en confirmar ni negar lo que decía sobre lo poco que estaba prestando atención. —Sí, tío. Voy en serio con ella.

Quizá fuera una temeridad. Acababa de acostarme con ella la noche anterior. Todavía había obstáculos que superar. Solo podía afirmar este deseo constante de mantener a Natalie feliz y segura—y conmigo.

Mikhail asintió, sin molestarse en preguntar sobre el cuándo, por qué o cómo de mi declaración. Se sumergió y se concentró en todas las preguntas que quería hacer. Principalmente, quería saber más sobre los antecedentes de Natalie. Ya le había proporcionado lo que tenía sobre ella, toda la información que George había desenterrado para mí con la ayuda del especialista en informática.

—Comprende que si planea quedársela —dijo después de nuestra larga discusión—, siempre estará en *mayor* peligro.

Me aclaré la garganta y asentí. —Obviamente. Por eso no intenté que me vieran con ella antes de aquella noche en que los Popov la siguieron. No quería que nadie la considerara una prenda.

—Aquella noche lo cambió todo —comentó Andre.

Asentí y extendí las manos. —Así fue, pero no es que pudiera haber cambiado nada. Fue casualidad que estuviera cerca de su edificio.

—¿La estabas acechando? —preguntó Mikhail.

—Eso es una cuestión de semántica.

Él puso los ojos en blanco, sin importarle que pudiera haberla estado acechando. —Es cuestión de que alguien note tu interés en ella.

—Potencialmente —argumenté—. Nadie me vio acechándola. Demonios, fui a ese bar de mierda y cualquiera podría haberme visto hablando con ella allí. Sobre aquella noche. Habría reaccionado para salvarla sin importar quién estuviera mirando. No habría podido vivir conmigo mismo si me hubiera quedado de brazos cruzados y la hubieran lastimado.

—¿Entonces la reclamas oficialmente? —Mikhail alzó las cejas—. Ella va a estar atada a la lealtad que esperamos de todos en la familia.

Apuesto a que ella permanecería leal a *mí*. Todavía no había adivinado si llegaría al punto en que estaría bien con ser leal a una familia mafiosa y todo lo que representábamos. La violencia no era algo que ella alguna vez aceptaría. Pero eso no significaba que tuviera que hacerlo, tampoco. Claire había luchado con la fealdad de lo que enfrentábamos a veces, pero lo había resuelto con Mikhail.

—Me lo estoy tomando con calma con ella —respondí en su lugar. No comprometerme con una respuesta sólida me parecía un error cometido con mi tío, con mi jefe, pero era la verdad. Sin importar cómo Natalie y yo dejáramos progresar las cosas entre nosotros, tenía que ser un proceso gradual. No podía apresurarla ni manipularla.

Sin embargo, durante los siguientes días, estuve seguro de que teníamos dirección. Estábamos juntos en el apartamento no como amigos, sino como amantes que ocultaban mutuamente su interés cuando Maisie estaba cerca.

Los besos robados se convirtieron en nuestra «marca».

Las miradas y sonrisas secretas eran nuestra forma de hablar.

Los toques accidentales eran los detonantes que nos tenían desesperados por caer juntos en la cama cada noche. Y lo hacíamos. Una vez que Maisie se dormía, explorábamos esta creciente tensión sexual. La lógica de que rascarse una picazón la eliminaría no se aplicaba a nosotros. Cuanto más la follaba y le mostraba lo dulce que podía ser confiar en mí y someterse a mí, más intenso se volvía mi deseo por ella.

Se estaba metiendo bajo mi piel, cambiándome de un empleado frío y sereno de la Familia Orlov a un hombre que se doblegaría y movería montañas por otra oportunidad de complacerla.

—Date prisa —me susurró en la despensa. Me había instado a seguirla hasta aquí, para robar un rapidito mientras Maisie coloreaba en su habitación.

—Nunca quiero darme prisa —bromeé, deslizando mi dedo en su coño y acariciándola con firmeza. Ella cerró los ojos y cabalgó mi mano mientras me besaba.

¿Cómo puedo querer apresurar esto cuando tú me haces sentir tan vivo?

Sonreí mientras ella respiraba más agitada, ya tan mojada para mí, como siempre. Su cuerpo se estaba sintonizando conmigo. Excitada con solo una mirada. Caliente después de solo un beso.

Froté mi dedo sobre su clítoris mientras ella acariciaba mi polla con la mano dentro de mis pantalones. —Quiero tomarme mi tiempo y—

—¿Mami?

Me quedé helado. Natalie también. Hizo una mueca al quedarse inmóvil, y suspiré al oír la voz de Maisie fuera de las puertas cerradas de la despensa.

Maldición.

Esa niña me estaba conquistando. Era una pequeña inocente preciosa, tan educada y dulce. Pero joder, empezaba a ser una molestia, cortándome el rollo así.

Natalie puso morritos al sacar mi mano de sus pantalones. Lamer mis dedos la hizo torcer el gesto de decepción, pero después de que ella se arreglara la ropa y yo acomodara mi polla para que mi erección no fuera tan obvia, la besé rápidamente.

—Más tarde —susurré en su oído—. Lo resolveremos más tarde.

Me refería a mi erección. Y a que ella estuviera tan excitada. Resolveríamos cómo abordar eso en mi cama esta noche después de que Maisie se durmiera.

Después de que ella saliera de la despensa para responderle a Maisie, suspiré y me pregunté cuánto tiempo podría procrastinar llevar las cosas un paso más allá. ¿Cuánto tiempo necesitaba esperar para preguntarle a Natalie si podría ser una parte leal y fiel de la organización y familia Orlov?

Porque por mucho que quisiera verme como su hombre, no había forma de separarme de la identidad por la que era conocido. Yo era el Ejecutor Orlov. Permitir que cualquier mujer entrara en mi vida conllevaba riesgos y condiciones, pero aparté esas preocupaciones —una vez más— para pensarlas más tarde.

18

NATALIE

—Pareces feliz.

Sonreí a Anya y recé para no sonrojarme. Claro que parecía feliz. Sergei y yo robamos unos cuantos besos en el armario principal y descubrí la forma más rápida de hacer que se corriera. Estar de rodillas y chupársela era tan pecaminoso, pero me excitaba complacerlo. Hacer que se corriera. Él, sin embargo, decidió que se tomaría su tiempo y casi me haría rogar para que me dejara correrme mientras me comía, usando su lengua y sus dedos con tanta maestría que tuve que morder una almohada para no gritar.

¿Qué me estás haciendo, Sergei?

¿Tu objetivo es hacerme adicta?

—Estoy sorprendida.

Levanté las cejas hacia ella, alarmada. Estábamos viendo cómo Roman enseñaba a nadar a Maisie. Cuando me enteré por primera vez del túnel que conectaba los edificios de esta manzana, manteniendo cerca a los hombres de la Familia Orlov, me impresionó. También me chocó. Habíamos bajado por el túnel para llegar al edificio de Roman tantas veces que resultaba extraño

recordar cuando no sabía que estos hombres existían, que este túnel estaba aquí.

A veces me pillaba desprevenida lo mucho que había cambiado mi vida. El mes pasado, descubrí el placer de estar con Sergei como algo más que un amigo o un caso de caridad. El mes anterior, descubrí lo bueno que era no tener que trabajar y centrarme en ser madre.

Y *era* feliz. Anya lo notó, y no lo negaría. Todas mis necesidades estaban cubiertas. No me faltaba de nada. Sin embargo, esta felicidad me asustaba. Porque ya había estado en esta posición antes. Todas mis necesidades habían estado cubiertas antes de que mataran a Fitz. No me faltaba de nada cuando él estaba vivo y cuidaba de Maisie y de mí.

Entonces lo perdí. Mi mundo se hizo añicos. No había absolutamente nada que pudiera prometer que no volvería a pasar. En realidad, el miedo era más presente y real con Sergei. Era un hombre peligroso de la mafia y tenía muchos enemigos. Vivía en un mundo de peligro, y bien podría estar más expuesto a que lo mataran que Fitz aquella noche cualquiera en la que estuvo demasiado cerca de un crimen que no tenía que ver con él.

No me negaría esta felicidad que encontré haciéndome amiga de Sergei y confiando en él. Sin embargo, me aterraba pensar en perderlo, en perder esto.

—¿Te sorprende que sea feliz? —le pregunté a Anya, que estaba distraída viendo a Maisie.

—¡Bravo! ¡Lo has conseguido! —aplaudió, radiante de alegría.

Me uní y celebré el salto de Maisie al agua. No había estado prestando atención, enganchada a lo que Anya había dicho.

—Sí. Es que Sergei es tan serio. Callado —se encogió de hombros—. Me ha costado un tiempo conocer a todo el mundo desde que me

mudé a casa para vivir con mi padre, pero siempre me he preguntado por Sergei. Es más distante que Andre o Roman.

Asentí. —Creo que eso es lo que me atrae de él —confesé—. No es insistente. No es dominante —por lo general. Después de que mi marido muriera, quería centrarme en forjar mi propio camino y ser independiente. Si Sergei hubiera actuado de manera demasiado dominante demasiado pronto, no habría querido tener nada que ver con él.

Asintió y me dio una triste sonrisa. —Lo siento por tu pérdida.

Suspiré y se lo agradecí. —Lo siento por la tuya, también.

Arqueó una ceja. —¿Qué pérdida?

—Claire me dijo que perdiste a tu madre cuando eras joven.

Se burló. —No la *perdí*. Nunca la tuve. Se suicidó. Además, incluso si no lo hubiera hecho, dudo que alguna vez hubiera sido una madre para mí. Era demasiado egoísta y preocupada por sí misma como para ser madre. Nunca quiso casarse ni tener hijos.

—Vaya —abrí mucho los ojos, lamentando haber sacado ese tema.

—Perdona. Puedo ser franca al respecto. Por fin —continuó, contándome lo cínicos y parciales que eran los familiares de su madre en Rusia. Fue un traslado caótico venir aquí a vivir con su padre, del que estaba distanciada, pero encontraron la manera de conectar de verdad y ser una familia. Claire tuvo mucho que ver en ello.

—Pero tú no eres así. Eres una madre estupenda para Maisie —dijo Anya con una dulce sonrisa—. ¿Siempre has querido tener hijos?

Aunque Anya era solo una adolescente, no resultaba extraño hablar de esto con ella. Era lo bastante mayor como para haber reflexionado sobre su propia vida, sobre si querría casarse o formar una familia. —Siempre lo quise. Desde que era pequeña, soñaba con tener una familia numerosa. Jugaba a las casitas. Jugaba a "las

familias" —solté un suspiro feliz al recordarlo—. Algunas personas tienen esos ideales en mente y otras no. Y la vida, de todos modos, te lanza bolas curvas que lo cambian todo.

—Lo siento —meneó la cabeza con tristeza—. Debió de ser muy duro perder a tu marido.

—Lo fue —asentí—. Pero estoy aprendiendo a seguir adelante.

Le decía la verdad, pero esa misma noche, después de que Sergei me follara hasta hacerme perder el conocimiento, me pregunté si estaba mal seguir adelante de esta manera.

Intentaba no comparar a Sergei con el recuerdo de Fitz. Apenas había similitudes y tantas diferencias. Sergei era un amante dominante, que llevaba mis límites al extremo y nunca rehuía juguetes ni nada demasiado brusco. Fitz jamás se atrevió a explorar, un amante tradicional y gentil.

Pero está bien. No hay dos hombres iguales.

Me obsesionaba porque siempre había pensado que Fitz sería mi primero y mi último.

Sergei era un hombre peligroso que trabajaba con matones y criminales, acostumbrado a las armas. Fitz era ingeniero, pacifista, que se acobardaba ante los enfrentamientos.

Y eso está bien. Ambos son especiales para mí.

Reprendiéndome por dejar de compararlos y preocuparme si deshonraba la memoria de mi marido al seguir adelante con alguien tan drásticamente diferente, caí en mi otro hábito de mirar hacia adelante, sin detenerme en el pasado que no podía cambiar, sino en el futuro que aún estaba por escribir.

Podía verme aquí, viviendo con Sergei y dejando que él experimentara la alegría de ver cómo Maisie crecía feliz y protegida.

También podía imaginarme en un futuro cercano, como invitada en la boda de Claire y más tarde para conocer a su bebé.

Sin embargo, mientras fantaseaba con quedarme con Sergei y tener un futuro sólido junto a él, sabía que acechaban sombras. Tenían tantos enemigos, tantas amenazas. Aunque nunca me habían tocado aquí, sabía que estos hombres de la mafia eran peligrosos.

¿Y si Sergei acaba como Fitz?

Me estremecí al pensar en Sergei recibiendo un disparo o una puñalada de nuevo, como le había ocurrido hacía poco. Le había preguntado por las cicatrices recientes en su costado y me contó que Claire era la médica de urgencias cuando resultó herido.

¿O qué si Sergei se dedica al mismo "negocio" que aquellos hombres que mataron a Fitz?

Los mafiosos pertenecían a una clase aparte, pero en mi mente odiaba la mera posibilidad de que mi héroe, mi amante fuerte, pudiera no ser mejor que los matones callejeros y los narcos responsables de disparar a Fitz aquella noche.

¿Acaso no son todos iguales?

¿Criminales que operan bajo sus propias leyes?

¿Qué diferencia hay, al fin y al cabo?

Seguir adelante con un hombre tan parecido a los que se llevaron a mi difunto marido parecía un destino demasiado cruel e irónico para aceptarlo.

—Solo duérmete —me susurré a mí misma. Cerré los ojos deseando tener el valor suficiente para dormir con Sergei y quedarme en su cama. Su fuerte abrazo siempre me relajaba, pero ambos éramos demasiado conscientes de mantener nuestra relación en secreto para Maisie. Lo último que necesitaba era que nos encontrara juntos y se preguntara si Sergei era algo más que un amigo.

Quizá pueda hablar con Claire mañana.

Atrapada entre el deseo de ser feliz y la necesidad de ser cauta, anhelaba volver a hablar con Claire. Como yo, ella había sido una ciudadana normal y corriente, no nacida en este mundo mafioso como Anya. Me vendría bien escuchar la perspectiva de una mujer, las reflexiones de Claire sobre todo esto. Aunque Sergei aún no me había pedido que formalizáramos nada, sentía que necesitaba reflexionar las cosas antes de comprometerme con él o con cualquier cosa que pudiéramos ser.

Espera. No está aquí. Está fuera de la ciudad.

Arrugué el ceño sin abrir los ojos. Se había convertido en una aliada, en un confidente de una manera diferente a como lo había sido Daria. Pero volvería. Ansiaba hablar con ella y obtener otra perspectiva sobre cómo confiar más en dejar que mi corazón en curación se abriera al hombre que parecía dispuesto a sostenerlo y protegerlo.

Mientras me dormía, me di cuenta de que ansiaba muchas cosas ahora que me estaba integrando en esta familia.

19

SERGEI

Mi tío solicitó otra reunión conmigo, y no esperé para dirigirme a su despacho.

No perdió el tiempo con formalidades ni saludos. De pie frente a la ventana en esa habitación enorme, cruzó un brazo sobre el pecho y apoyó el codo en él para poder frotarse la mandíbula.

—Los Popov se están acercando a ella. A las dos.

Entrecerré los ojos, ya tenso. No necesitaba preguntar a quiénes. Solo me habría llamado aquí si se trataba de Natalie o Maisie.

—¿Han intentado entrar en la propiedad? —pregunté. No me habían informado de que nadie se atreviera a venir *aquí*, donde estábamos tan protegidos.

—No —dio la espalda a la ventana para mirarme—. He invertido demasiado en reforzar la seguridad aquí, en todos nuestros edificios, para que alguien vuelva a acercarse.

Sabía que lo había hecho. Yo había estado allí para ayudarle cuando unos hombres traspasaron los límites para llegar a Anya tras su llegada. Luego, cuando alguien irrumpió para intentar secuestrarla

de nuevo, había redoblado la seguridad. Lo mismo cuando Claire fue el objetivo. Con Claire embarazada, estaba casi obsesionado con la seguridad.

—Nadie ha venido aquí, pero es crucial que la mantengas aquí si quieres que siga viva —me miró fijamente a los ojos—. Corre el rumor de que Niko Popov ve una oportunidad para atacar por cómo mataste a sus hombres por ella.

Me encogí de hombros. —Ni en puta vida le voy a pedir disculpas.

—Lo que esto significa es que necesito que te decidas —suspiró, desplomándose en un sillón de cuero—. Si la reclamas, si va a estar protegida y con el vínculo que Claire tiene conmigo, necesito una confirmación definitiva sobre si Natalie es solo un rollo pasajero o algo serio.

Fruncí el ceño, odiando que esto le estresara. Decirle que quería ser paciente y dejar que se adaptara a estar conmigo sería estúpido.

—Porque si esto escala, y corremos el riesgo de una guerra, necesito tu palabra de que ella está dentro. Completamente. Y de que puede ser evaluada y de confianza, leal a nosotros pase lo que pase.

Me senté en otro sillón, agotado por la preocupación de presionar a Natalie demasiado pronto. Si tuviera que explicar que necesitaba su lealtad y fidelidad, que se mantuviera realmente a mi lado, podría asustarla.

Ella era un paquete inseparable con Maisie, igual que yo lo soy con toda la organización Orlov.

—Porque no puedo permitir que nos extendamos demasiado. Niko siempre está causándonos putos problemas. Luego está Giovanni —frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa con ellos?

—Roberto Giovanni está actuando como un puto imbécil, intentando interferir en nuestras rutas de drogas —se frotó la cara, cansado—.

He puesto a Andre en esa parte de las operaciones para intentar averiguar si estamos tratando con un topo que ha colocado. Mi punto es que necesito delegar fuerzas adecuadas donde se necesiten. Si Niko quiere enviar a sus idiotas tras Natalie, y ella es tan importante para ti, necesito saberlo.

—¿Ha estado enviando a alguien a buscarla? —pregunté. Sabía mejor que preguntarme por qué. No podía ser porque la hubieran visto en la calle y simplemente la desearan. Esos Popov acosaban, acechaban y violaban a innumerables mujeres. El interés de los Popov en ella era solo porque estaba cerca de mí. Querían golpear a mi familia, golpearme a mí, a través de ella. Eso era todo.

—A unos cuantos.

Tenía a George y a otro recluta vigilando su edificio, pero cuando Mikhail me habló de los espías específicos de los Popov que habían sido vistos buscando a Natalie en el Diamond Mirage, y también acechando a la niñera, Daria, dejé que la ira se apoderara de mí.

—Me encargaré de ellos, joder —gruñí.

Si Niko Popov quería causarnos un dolor de cabeza y hacernos preocupar de que Natalie o Maisie fueran secuestradas o heridas, también tenían que recibir mi furia.

Tras comprobar que Natalie y Maisie estaban bien, salí con George para localizar a los tres hombres que Mikhail había mencionado. Habían sido los más descarados con sus amenazas hasta ahora, y no tardé mucho en encontrarlos. De hecho, me lo pusieron fácil, pasando el rato en el mismo club de striptease y actuando como si el mundo estuviera en sus manos y nada pudiera hacerles daño.

Como los pillamos por sorpresa, no tuvieron oportunidad de oponer mucha resistencia. Los arrastramos fuera y los llevamos a un almacén para interrogarlos y luego eliminarlos.

George los condujo hasta el lugar mientras yo iba con el recluta, comprobando cómo le estaba entrenando George hasta el momento.

Al llegar, ansiaba matar a esos cabrones. Sería un mensaje de la hostia para toda la familia Popov, y después de que se dieran cuenta de que no estaba de broma, quizá buscarían a otro al que acosar.

George me apartó antes de que pudiera entrar en el almacén. Su expresión grave me preocupó. —¿Y ahora qué? —pregunté.

—Escucha —dijo, alzándome su móvil para que pudiera reproducir un vídeo que debía haber grabado durante el trayecto.

Al principio soltaron chorradas, fanfarroneando de que tenían más hombres con ellos y de que nos arrepentiríamos de haberlos capturado. Luego se jactaron de ser más duros, mejores, toda esa mierda de ego masculino. Pero fue la última parte la que me golpeó con fuerza.

—Apuesto a que Sergei ni siquiera sabe que mató al marido de esa zorra —dijo uno.

—Ah, sí. Me había olvidado de eso. ¿Tú sabes algo de eso, feo de mierda? ¿Eh? —se burló otro del conductor y probablemente de George—. ¿Sabías que Sergei se ha buscado a la jodida viuda de un perdedor al que mató?

Lo puse en pausa y entorné los ojos mirando a George. —¿Qué? ¿Qué demo—

—Sigue —dijo, instándome a dejar que la grabación continuara.

—Cierra la puta boca con esas mentiras —advirtió George, su voz sonando de fondo en la grabación.

—No son mentiras —replicó uno—. Sergei es quien mató al marido de esa zorra. Organizó el operativo en ese bloque y algunos civiles se acercaron demasiado para su propio bien. Fue hace más de un año.

—¿De qué demonios estás hablando? —exigió George.

—Sergei es el imbécil que montó ese operativo. Es quien entró en ese almacén donde el Cártel se disponía a empaquetar drogas. Y él es la razón por la que murieron algunos civiles fuera del edificio. El marido de esa mujer, Fitz algo, fue uno de los que quedaron atrapados en el fuego cruzado.

La sangre se me heló en las venas. Se hundió, acumulándose en mi estómago mientras rebobinaba la grabación y escuchaba a los Popov burlarse de este hecho que yo desconocía.

Sabía exactamente de qué operativo estaban hablando. Yo había estado a cargo de organizarlo. Mikhail quería enviar un mensaje al Cártel para que dejara de meterse con nuestro negocio de drogas. Siempre eran ellos, el Cártel queriendo echarnos o los Giovannis intentando competir con nosotros.

Yo había montado aquel operativo cerca del local del Cártel, y recordé cómo algunos civiles estaban fuera del edificio cuando estallaron los disparos.

¿Fitz?

Ese era el nombre del difunto marido de Natalie.

—¿Cómo es que no lo sabías…? —le dije a George negando con la cabeza, el mismo que se suponía debía buscar información sobre ella.

—Estaba ahí —se encogió—. En los primeros informes que te envié, el nombre aparecía. Hace tanto tiempo de aquel incidente que el apellido no me sonó.

Las ganas de golpear algo —o a alguien— me invadieron hasta hacerme vibrar de rabia.

Tenía razón. Aquella noche mortal fue hace mucho tiempo, tanto que el nombre no me habría llamado la atención.

—No me di cuenta. Y sabía que habían matado a su esposo, pero había tan poca información sobre él que no me hizo retroceder lo

suficiente como para… —George negó con la cabeza.

Apreté los labios y exhalé con fuerza por la nariz. Las consecuencias de lo que esto podría significar me sacudieron.

Yo había estado al mando de la violencia que mató al marido de Natalie.

Era culpa mía que se hubieran disparado aquellas armas. Organicé aquel operativo y fui partícipe, si no el perpetrador, de aquellas vidas inocentes que se llevaron. Mi objetivo era el Cártel. Mis balas iban destinadas a mis enemigos, nunca a los desconocidos que compartían esta ciudad con nosotros.

Estas cosas pasan. Los enfrentamientos violentos eran así de capaces de arruinar a otros.

Fitz fue uno de ellos.

Negué lentamente con la cabeza y miré fijamente a mi hombre de confianza. George no reaccionó. Está demasiado entrenado y endurecido para mostrar compasión o hacerme preguntas estúpidas. Observó y esperó, dándome tiempo y espacio para asimilarlo.

Yo era responsable de la muerte del marido de Natalie. Indirectamente, tuve parte de culpa en que ella fuera una camarera agobiada y luchadora que temía a los hombres y no podía asentarse plenamente en el mundo como madre soltera viuda.

Yo.

Nadie más.

Solo yo.

La culpa es mía.

—No puede saberlo —murmuré, sin estar seguro de si me lo decía a mí mismo o a George.

Mientras él me observaba con algo parecido a la preocupación, temí el día en que esta verdad saliera a la luz y asustara a Natalie hasta el punto de no quererme jamás en su vida.

20

NATALIE

Anya le mostró a Maisie otro patrón de notas, corrigiéndola suavemente sobre la ubicación del do central en el teclado del costoso instrumento.

Era adorable. Resultaba increíblemente enternecedor ver a Maisie tan dedicada e impaciente por aprender e impresionar. Conocía el abecedario y ya leía y escribía con notable soltura para una niña de cuatro años. Me dejó alucinada que también aprendiera el lenguaje musical.

Y yo nunca habría podido darte clases ni costearte esta experiencia por mi cuenta, cariño.

Sentada al fondo de la amplia estancia donde se ubicaba el piano de cola en el edificio de Mikhail, Claire y Anya, sonreía y disfrutaba del regalo de ver a Maisie brillar de orgullo bajo la tutela de Anya. Observé cómo fruncía el ceño concentrada, moviendo los labios para articular las letras de las teclas que quería.

Llevaban apenas un par de semanas con estas clases, y Maisie estaba enganchada.

Sintiendo la necesidad de moverme e inquieta porque Claire aún no había vuelto—sin oportunidad de hablar con ella a solas para recibir consejos sobre cómo iniciar y mantener una relación seria con un mafioso Orlov—, me levanté y les anuncié que saldría al balcón a tomar aire fresco.

Hacía frío, tan cerca de las fiestas que no sabía cuándo podría preguntarle a Sergei sobre comprar un árbol para su ático. Pero en este balcón, los calefactores cumplían su función. Había tumbonas y una mesa de bistró con taburetes listos para usarse, pero no quería sentarme.

Me apoyé en la barandilla, apoyando los brazos sobre la ornamentada labor de hierro forjado que convertía la simple barra de seguridad en una obra artística.

Suspiré, inhalando profundamente mientras el aire más fresco me helaba desde dentro. Resultaba vigorizante, dándome un chute de energía que me despejaba. No era tarde, pero aun así, como cada noche, me preguntaba cuándo volvería Sergei a casa, a mí.

A volver a casa con Maisie y conmigo.

Dios mío, Nat. No te adelantes.

Esta situación no era ni convencional ni tradicional, y haría bien en no idealizar románticamente todo lo ocurrido.

Podría muy bien decirme mañana que puedo irme a casa.

No. ¿Lo dices en serio? Eso no va a pasar.

No podíamos mantener las manos ni la boca alejados el uno del otro el tiempo suficiente para que ninguno deseara esa posibilidad.

En lugar de dejar que un juego de *y si...* ocupara mi mente, fruncí el ceño al oír a un par de guardias patrullando abajo. El camino era estrecho, probablemente más una ruta de servicio que un mirador, pero los hombres estaban allí, moviéndose como en una rutina para mantener seguro este edificio. Detrás de mí, las notas de Anya

tocando se mezclaban con las risas alegres de Maisie. Pero yo escuchaba a los hombres.

—Sergei cree que puede impresionarla saliendo ahí y matando a cualquiera que quiera hacerle daño.

¿Sergei? Agucé el oído. Nunca me acercaba a los guardias. Jamás hablaba con los muchos hombres que iban y venían, casi como parte del mobiliario. Ahora no pude resistirme a escuchar. Hablaban del hombre por el que temía estar cayendo. Hablaban también de *mí*.

—Estoy seguro de que a ella le impresiona —dijo el otro guardia—. Pero, demonios, no es como si pudiera chasquear los dedos y borrar que ella también lo odiaría.

¿Qué? ¿Borrar qué? ¿Por qué pensarían que yo podría odiar jamás a Sergei?

Había sido testaruda y defensiva cuando vine a vivir con él al principio, pero me había relajado. Había abierto los ojos.

—Y lo haría —dijo el otro—. Nunca lo perdonaría si descubriera que él fue quien provocó la muerte de su marido.

Contuve la respiración. Se me heló en los pulmones mientras apretaba los dedos con fuerza en la barandilla.

¿Qué?

¿Acabas de decir lo que creo que has dicho?

La conmoción me atravesó como un cuchillo, dejándome débil y desorientada. Los primeros síntomas de un ataque de pánico se extendieron sobre mí como una telaraña, nublando mi mente, haciendo que mis oídos zumbaran con el pulso ensordecedor, mi corazón ya acelerado por el impulso del miedo y la ira que se fusionaban en una mezcla repugnante.

Uno tosió y se aclaró la garganta. —Me pregunto si Sergei recuerda quién era ese hombre. Si el nombre de Fitz Hayes le suena de algo.

¡Estaban hablando de él! Estos guardias Orlov discutían sobre mi difunto marido. Nadie más. Solo él.

Pero insinuar que Sergei habría sabido de mi marido antes...

Sacudí la cabeza, deseando no estar escuchando esto. Justo cuando quería dar un gran salto de fe y confiar en que Sergei y yo podríamos tener una oportunidad de un futuro real juntos, como pareja o familia, en lugar de solo ser amantes, ¿algo así tenía que estallarme en la cara?

—Es una vergüenza —dijo un guardia—. Es una vergüenza cada vez que civiles están demasiado cerca del peligro. Cualquier vida inocente que se pierde antes de tiempo es un efecto secundario desafortunado. Pero, maldita sea, ¿podría esto ser más retorcido? ¿Que encuentre a la viuda de un hombre al que él causó la muerte como daño colateral? ¿Solo por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado? Una maldita vergüenza.

La sangre me bullía en las venas. ¿Sergei era responsable de la muerte de Fitz? La sola idea me sacudió tan fuerte que me sorprendía seguir de pie, aún aquí y respirando a través de la agonía del dolor y la ira.

—Oye. No es como si *él* lo hubiera matado —dijo el otro hombre.

—Bueno, podría haberlo hecho. Con todos los disparos en un enfrentamiento así, ¿quién podría empezar a adivinar qué bala mató o hirió a qué enemigo?

—Lo sé, pero aún así... —El otro hombre pareció perder su argumento.

—Sergei fue el encargado de organizar esa reunión con el Cártel esa noche. Pero no podía haber contado con que alguien estuviera demasiado cerca del edificio.

Eso no importaba.

No podía importar.

Lo único que importaba era que Fitz se había ido. Estaba muerto... por culpa del hombre al que quería pasar a amar después.

No.

Joder, no.

Retrocedí tambaleándome para alejarme de esta conversación, sacudí la cabeza y me obligué a respirar a través de todo. El dolor y la ira.

Sergei era un hombre peligroso, pero no había considerado que su poder y habilidad letales pudieran proyectarse sobre mí y mi vida, robándome al marido con el que pensé envejecer. Que él pudiera ser algo distinto a mi héroe, para ser mi enemigo.

—No —me susurré a mí misma, deseando que todo lo que había oído fuera falso.

Me topé con la puerta, temblando por la intensidad de mi ira.

—Jamás.

No podía imaginar un futuro con el hombre que me había arrebatado a mi marido.

No podía... soñar despierta con vivir con él y amarlo.

No puedo quedarme.

Maisie y yo teníamos que irnos ahora, ahora mismo, antes de que Sergei regresara y pudiera tergiversar esta historia de otra manera que me engañara para sacarme de esta ira que ardía y flameaba tan fuerte dentro de mi corazón.

He sido tan estúpida.

Sabía que era peligroso.

Sabía que tenía que haber una trampa.

Mientras las lágrimas se escapaban de mis ojos, lamenté no haber contado con una trampa como *esta*.

21

SERGEI

Natalie debería haber sido una desconocida cualquiera. Una mujer corriente con la que me crucé en aquel bar de pacotilla. No se suponía que hubiera un vínculo entre nosotros.

Nunca podría haber anticipado que estaba conectado con ella. Que estuve implicado en la muerte de su marido.

La muerte era algo que repartía constantemente. Pero la casualidad de que yo estuviera involucrado en la de su esposo era un detalle demasiado importante para ignorarlo.

O negarlo.

Entrecerré los ojos al mirar a George, que esperaba mi reacción plantado allí. —¿Cómo coño no salió esto en tu investigación inicial sobre ella? —volví a preguntar. Eso era lo que más me llamaba la atención, pero sabía que me aferraba a cualquier cosa para disipar este pavor. Era culpa mía. Él había redactado el informe de inteligencia y me lo había entregado, como había hecho con tantas peticiones mías. Corría de mi cuenta leerlo entero. No podía matar al mensajero.

No saber que yo estuve al mando de la operación que mató a Fitz Hayes era un error que no me podía permitir. Conocerlo todo de todos los que entran en nuestro círculo íntimo era esencial. Mi tío tenía prisa por profundizar en su pasado y probablemente entrevistarla formalmente antes de concederle el privilegio de protección que necesitaría si los Popov declaran la guerra. O usarla para atacarme, lo que siempre sería un ataque contra toda la familia.

—Salió. Salió en la investigación —contestó George—. Pero se pasó por alto.

Por mí.

Lo pasé por alto. Hojear el informe buscando solo los datos básicos fue un error. No había querido profundizar en su pasado porque me había aferrado a esa estúpida idea de que ella misma me lo contaría algún día.

Me pasé la mano por la cara. —¿Lo sabe alguien más? —Mi tío podría haber tenido acceso a esos informes. Si algún guardia hubiera sido informado, no se lo habrían contado a ella. Los guardias y el personal de la casa no le hablaban a menos que ella se dirigiera a ellos primero, por mi orden, porque no quería que se asustara ni se sintiera intimidada.

Pero si algún comentario sobre la inteligencia hubiera llegado a mi hermano o a mi primo, vaya, incluso a Anya o Claire, no quería preocuparme de que revelaran esta conexión.

—Otros miembros del equipo de seguridad recibieron el mismo informe de inteligencia resumido —dijo George.

—Joder —. Cualquiera de ellos podría haber leído lo suficiente como para ver la divulgación completa y darse cuenta de quién era su difunto esposo. Era una bomba de relojería peligrosa no saber si ella podría estar ajena a este vínculo.

Tenía que oírlo de mí. Esta verdad podía borrar todo el avance que habíamos logrado en su confianza hacia mí, y era crucial que lo oyera de mi boca.

—Ocúpate de esto —le ordené a George. Señalé el almacén para que se hiciera cargo. Pese a todo, podía contar con él para interrogar y matar a los Popov que habíamos encontrado, los que la habían estado acosando.

Asintió con la barbilla en señal de asentimiento.

—Tengo que decírselo. Evitarlo saldría mal. Lo sabía. Ser sincero sobre mi conexión con la muerte de su marido y hacerle ver lo sorprendido que estaba por esto ayudaría en mi causa. La causa de no querer lastimarla jamás.

Nunca lo haría.

Me alejé con paso firme, furioso conmigo mismo porque este incidente sería el principal obstáculo para cualquier futuro entre nosotros.

Pero, por otra parte, no era algo unilateral. Ella no hablaba de su difunto esposo. Yo tampoco preguntaba, porque me contuve por respeto. Por la necesidad de no presionarla ni abrumarla mientras la dejaba adaptarse a estar conmigo, de no estar tan asustada ni agotada.

Joder, si alguna vez le hubiera preguntado, quizás habría conectado los puntos antes.

Subí al coche y le dije al conductor que se diera prisa hacia mi edificio.

Aún así, no cambiaría nada. Si lo hubiera sabido y hablado con ella antes o ahora, no rebobinaría el tiempo mismo para hacer la situación diferente. Seguiría enfadada conmigo y me odiaría por esto.

Mientras cruzaba la ciudad, apreté los dientes y maldije este giro de los acontecimientos.

No iba a usar esto como billete de salida de mi vida.

Me condenaría si intentara convertir esta complicación en una razón para dejarme o acabar con lo que teníamos hasta ahora.

No puede.

La delgada línea entre presionarla demasiado y necesitar algún compromiso por su parte no era fácil de recorrer, pero ahora me vi obligado. Tenía que hacerle entender que no podía —ni iba a— dejarla marchar. Ni siquiera si yo era la causa de que estuviera soltera, sola y luchando para empezar.

Enfrentarme a ella de inmediato era lo único que podía hacer. En lugar de quedarme allí con los hombres y matar personalmente a quienes la habían amenazado, me apresuré a volver a casa para hablar con ella.

El viaje se me hizo interminable. Así de impaciente estaba por llegar a ella. El viaje también pasó demasiado rápido. Así de ansioso estaba por hablar con ella y conocer su reacción.

Cuando llegué, salí rápidamente del coche y me dirigí al ascensor para subir al ático. La presencia de varios hombres corriendo por el vestíbulo hacia el garaje me lo impidió.

—¿Qué está pasando? —exigí.

André estaba con ellos, con el rostro serio como si algo malo hubiera ocurrido.

Se me hizo un nudo en el estómago. Todos mis músculos se tensaron, preparándose para un golpe.

Los peores escenarios pasaron por mi cabeza, cada uno peor que el anterior.

¿Había entrado alguien? ¿Un ataque? ¿Había muerto alguien? ¿Disparado? ¿Herido?

Demasiadas personas estaban bajo mi responsabilidad. Desde mi tío hasta mi hermano, Claire y Anya, tenía que preocuparme por el bienestar de mi familia. Luego todas las personas que trabajaban para nosotros, cada guardia y soldado que había jurado dar su vida por nuestro éxito.

Pero, sobre todo en ese momento, temía que le hubiera pasado algo a las dos personas que se habían convertido en el centro de mi mundo, la fuente de toda mi felicidad.

Natalie y Maisie.

—Se ha ido —respondió André. Con gravedad y sin rodeos, contestó sin dudar. Me dio esa respuesta con la claridad que sabía que necesitaría y respetaría. Sin evasivas. Sin ocultar ni andarse con medias tintas—. Natalie y Maisie se han ido.

Contuve la respiración, esforzándome por superar el pánico que me invadía—. ¿Ida? —No necesitaba que me lo repitiera, pero tenía que oír esa palabra salir de mis labios para creérmelo del todo. Como si mover la boca para formar esa terrible palabra fuera una prueba física de que no era una especulación sino un hecho. Un hecho frío como el mármol que acabaría conmigo.

—¿Las han secuestrado? —Estaba al borde de estallar, corriendo hacia la puerta. No serviría de nada. Subir allí para confirmar que Natalie y su hija no estaban no haría nada. André no mentiría sobre esto. Mi primo nunca mentiría sobre algo así. La seriedad de su rostro tampoco era falsa. Pero tenía que tomar el mando. Reaccionar. Solucionarlo. Y ver la escena me daría más pistas. Mientras me centrara en moverme y hacer algo para encontrarlas y recuperarlas, podría apartar el creciente pánico y horror que se acumulaban en mi pecho.

André me siguió, como si se diera cuenta de que necesitaba su apoyo. Mientras se unía a mí, dio órdenes a los hombres para que continuaran la búsqueda. Que se dispersaran. Que salieran en equipos. Todas sus órdenes cayeron en oídos sordos mientras entraba en el ascensor y pulsaba el botón para subir.

—No las han secuestrado —dijo André cuando las puertas se cerraron—. Las imágenes de vigilancia de la salida lateral la muestran abrigando a Maisie y saliendo. Saliendo corriendo.

Parpadeé, aturdido de nuevo—. ¿Se ha ido?

Asintió—. Nadie estaba con ella. Nadie la perseguía. Nada de eso. Parecía que simplemente había querido irse con Maisie.

—No lo habría hecho. No sin... No así... —Exhalé un aliento áspero, apartando el dolor del pánico que me palpitaba en la cabeza.

—Llevaba una bolsa de tela y se fue —dijo, moviendo la cabeza casi con compasión.

—¿Por qué coño no la detuvo nadie?

—Los guardias patrullaban como siempre. Parece que esperó hasta que pasaron por esa puerta.

Porque sabía que lo harían.

Nunca había perdido ese sentido de querer saber siempre cómo escapar. Ese instinto de supervivencia no había desaparecido ni siquiera cuando estaba aquí, segura y protegida. Había sido un caso de tener un pie dentro y otro fuera en lo que respecta a confiar en mí y en este lugar.

—¿Por qué coño no me lo dijeron? —exigí, frotándome la cara de nuevo.

—Estaba a punto de llamarte en cuanto despaché a los hombres. Se fue hace solo media hora, según la hora de las imágenes de vigilancia. Cuando los guardias se dieron cuenta de que se había

escapado cuando no miraban, pedí a los equipos de seguridad que rastrearan quién estaba dónde y cuándo.

—¿Y? —Las puertas se abrieron y me apresuré a recorrer el ático. No había señales de lucha. Ninguna prueba de que la hubieran obligado a huir o a luchar por sobrevivir. El ático lucía como siempre, ordenadamente desordenado y como si viviera aquí una familia con un niño.

André no se quedó atrás, acompañándome mientras escudriñaba el salón.

—Y mostró que esperaba cerca del salón de baile mientras Anya le enseñaba a Maisie a tocar el piano. Natalie salió al balcón, solo para mirar. El ángulo de la cámara allí no era claro, pero parecía que algo la había alterado.

—¿Estaba sola en el balcón? ¿Nadie hablaba con ella? —pregunté. Algo tenía que haber pasado, maldita sea. Algo tuvo que motivarla para marcharse.

—Sí. Pero revisé todo lo que ocurría entonces, y un par de guardias patrullaban en la primera planta. Hablé con ellos, y parece que estaban comentando… —Bajó la mirada, mostrándose estresado y vacilante—. Hablaban de su marido y de cómo lo mataron como espectador en una operación que tú habías montado.

—¡Joder! —rugí, temblando por las ganas de estrangular algo. Era exactamente lo que George dijo. Justo lo que me temía que podía pasar. Durante dos meses, la verdad sobre mi conexión con Fitz Hayes estuvo oculta y enconándose. Ahora la puta noticia lo estaba echando todo a perder.

Las puertas del ascensor se abrieron lentamente, y me giré al unísono con Andre para ver quién subía.

Solo una persona podía entrar en mi ático sin avisarme mediante mensaje. No se necesitaban alertas para el jefe de toda esta manzana, de nuestro imperio.

Mikhail entró con paso firme, la cabeza alta y la mirada aguda de preocupación. —Me acaban de informar.

Andre asintió. —Tengo un equipo buscándolas.

Mi tío reconoció el informe de su hijo, pero fijó su mirada en mí. —¿Sabía usted que es responsable de la muerte de su marido?

Negué con la cabeza. —No. No lo sabía. Solo me enteré esta noche. —Sincero e intentando no entrar en pánico ni dejarme consumir por la rabia, les conté sobre la captura de los Popov que la habían amenazado y cómo habían soltado mierda durante el trayecto al almacén. Luego expliqué cómo George confirmó lo de Fitz Hayes en el informe de inteligencia que consiguió para mí cuando incorporé a Natalie a mi vida. Y cómo no lo había leído entero, solo hojeando los detalles más simples.

—¿Nunca habló de él? —preguntó Mikhail.

Sacudí la cabeza. —Le estaba dando tiempo para adaptarse y para que se abriera a mí por su cuenta. Para cuando quisiera hablar de su pasado. —Fue mi error esperar a que quisiera hablar de su pasado, pensando que lo haría cuando deseara compartir cómo imaginaba su futuro conmigo.

Se metió las manos en los bolsillos, tranquilo pero calculador. No gobernaba con emociones, sino pragmáticamente. —Quizá nunca hubiera llegado a ese punto.

Apreté los dientes, odiando el negativismo y pesimismo de sus palabras.

Como su hijo, me lo soltaba frío. Sin rodeos.

—No hay duda de que oyó a esos guardias —dijo Andre—. Y la noticia tuvo que impactarla tanto que se marchó.

—¿Y está seguro de que no sabía que intentaba convertir a la viuda de una de sus víctimas en su mujer? —preguntó Mikhail—. Porque

desde mi perspectiva, quizá lo sabía y quiso evitar el tema por miedo a asustarla.

Negué con la cabeza. —No. No lo sabía.

—Ahora sí —replicó él fríamente—. Ahora ella también lo sabe. Y ahora parece que lo sabe todo el puto mundo.

—Padre…

Mikhail alzó la mano para interrumpir a su hijo. —Lleva dos meses aquí como nuestra invitada. Ya está asociada a nosotros hasta el punto de que se la considerará parte del clan, Sergei. Independientemente de lo romántico o considerado que quisiera ser con ella, nada cambia esa realidad. Se ha ido. Escapó de nuestra protección. Los Popov, y ahora los malditos Giovanni, buscan cualquier forma de golpearnos. Si la acosan como buitres, es un lastre.

Evitando el terror de que resultara herida, negué. —No puede serlo. No sabe nada. No conoce secretos y ha estado supervisada mientras estuvo aquí.

—Pero ya ha estado aquí con nosotros —argumentó—. Ya está metida hasta este punto. Y con ella sola ahí fuera, furiosa porque mataste a su marido, solo puedo cuestionar su compromiso con ella y hasta dónde debemos llegar cuando esto podría desatar otra guerra.

—¡Estoy comprometido! —grité, necesitando desahogar de algún modo esta presión acumulada—. Comprometido a tenerla en mi vida. Comprometido a encontrarla y traerla de vuelta para hablar de la desafortunada conexión entre yo y su marido.

Arqueó una ceja. —¿Lo está?

—Basta —dijo Andre, negando—. Deja de dudar de él. Es obvio que le importa una mierda. Así que deja de interrogarlo y déjale centrarse en encontrarla.

Mi tío le lanzó una mirada fulminante. Solo Andre podía replicar así a su padre y salirse con la suya. Eran demasiado cercanos, más como mejores amigos que padre e hijo o jefe y empleado.

—Aunque vaya despacio con ella —o lo intente— y aunque no se apresure a designarla como su futura esposa como hiciste con Claire, es jodidamente obvio que le importa.

No me importaban simplemente Natalie y Maisie. Estaba obsesionado y decidido a encontrarlas *ahora*.

Antes de que ningún enemigo pudiera atreverse a tocarle un solo pelo.

22

NATALIE

—Mamá, ¿adónde vamos? —preguntó Maisie.

Apreté con fuerza la manita de Maisie mientras avanzábamos deprisa por la acera.

Un hombre que caminaba en la esquina del cruce me hizo retroceder al acercarse. El vagabundo no me miró a los ojos, pero no sabía si eso era bueno o malo. Al estar aquí en la calle, lejos de la vigilancia de los hombres de Orlov, me costaba discernir qué constituía una amenaza y qué no merecía preocupación.

Alternando la mirada entre el hombre que pasaba y mi hija, que se quejaba de estar fuera, la apremié a caminar aún más rápido. Mantenernos en movimiento era lo mejor. Resultaba más difícil sentirse atrapada y acosada cuando podía moverme y esquivar problemas. Correr por la acera era la única manera de intentar sofocar las emociones que querían dominarme.

Tras oír a los guardias de Orlov decir que Sergei era responsable de la muerte de mi difunto marido, no podía pensar con claridad. Dominada por el instinto de salir de aquel edificio, de huir de alguien tan peligroso y engañoso, agarré a mi hija y me fui.

El instinto, no la estrategia, me impulsaba hacia adelante. Pero no tenía ningún destino en mente. Ningún lugar se me ocurría. Solo sabía que no podía quedarme allí. No podía permitir que mi hija estuviera en casa de aquel hombre.

Lo único a lo que podía reaccionar era a la necesidad de salir antes de que él regresara. Por eso Maisie y yo caminábamos ahora por la acera, en esta fría noche urbana, sin mucho en qué apoyarnos. Le había dicho que íbamos a dar un paseo, convenciéndola para que cooperara diciéndole que era una sorpresa. El cambio de planes *sí que fue* una sorpresa. En vez de estar en su cama de "niña grande" durmiendo, estaba aquí fuera conmigo. Había metido algunas cosas en la bolsa de tela más grande que encontré y salí corriendo con ella.

Ni siquiera llevaba dinero encima, ya que Sergei nos proveía de todo. Dejé el móvil atrás, sin querer que Sergei o sus hombres me localizaran. Marcharme así había sido una decisión impulsiva, pero no veía otra alternativa.

—¿Mamá? —Sus deditos apretaron mi mano—. Mamá, ¿adónde vamos?

Su tono quejica estaba virando hacia la preocupación.

No lo sé.

No sé lo que estoy haciendo.

No sé adónde podemos ir.

Me había vuelto tan dependiente de Sergei que había dejado de pensar en dónde podría ir y quedarme. Lo único de lo que estaba segura era de que no podía estar en su ático fingiendo felicidad mientras sabía que el asesino de mi marido estaba allí, queriendo cuidar de mí.

—¿Vamos a ver a Daria? —preguntó Maisie.

La idea me había pasado por la cabeza, pero era demasiado arriesgado ir a ver a la antigua canguro de Maisie. No podíamos visitarla porque eso nos llevaría de vuelta al edificio donde vivíamos antes. El piso estaba prohibido ahora por aquellos hombres que nos seguían. No podía arriesgarme a arrastrar el peligro hasta Daria también.

Me sentía diez veces tonta por haber creído en Sergei. Me sentía una idiota colosal por haber expuesto a mi hija a su mundo peligroso. No podría perdonarme si también contaminara la vida de Daria con él.

—He pensado en visitarla —le dije a Maisie. Era una respuesta pésima. Una no-respuesta. Ciertamente había pensado en visitar a aquella joven tan dulce, pero no podía decirle sí o no ahora. No teníamos ningún sitio adonde ir donde pudiera confiar en que volveríamos a estar seguras.

—Mamá, ¿por qué no podemos volver a casa?

Cerré los ojos brevemente y me estremecí, aferrándome a su mano.

¿Casa?

¿Dónde está nuestra casa?

La última vez que sentí que tenía un *hogar* fue cuando su padre vivía. Cuando Fitz, Maisie y yo éramos una familia de tres, no había dudas sobre peligros o confianzas. La libertad de confiar en un hombre parecía un sueño imposible.

Porque había confiado en Sergei con la vida de mi hija. Con mi cuerpo mientras me enseñaba a amar de nuevo.

La vergüenza se mezclaba con la culpa. La ira recubría la frustración. Todas estas emociones giraban en una combinación caótica que ahora no tenía tiempo de abordar. En ese momento, debía poner distancia entre mi hija y yo, y Sergei.

Lo que importaba ahora, mientras me aferraba a la mano de mi hija, era resistir esta sensación de huida sin rumbo y concentrarme en

alejarnos y mantenernos lejos de toda la maldad perversa que Sergei representaba.

¿Qué esperabas?

En el primer instante en que supiste que estaba en la mafia, deberías haberte ido.

Fue culpa mía por ceder y desearle. Fue mi error usar la seguridad que nos brindaba como excusa para pasar por alto la clase de hombre que era.

Ahora lo sabía.

Era un asesino.

Era el asesino de mi marido.

—Quiero volver a casa con el señor Sergei —se quejó Maisie.

Mi corazón se quebró y dolió ante su voz triste. Pero mi cabeza dolía más al ver su confusión.

Es mi culpa que te hayas encariñado con él.

—Echo de menos a Anya —dijo.

Esa fue otra culpa más para mí. Me mordí la mejilla por dentro para evitar llorar o contestar.

Se detuvo de repente, tirando de mi mano. Volví sobre mis pasos para mirarla, molestándome el retraso para apresurarnos hacia ninguna parte en concreto. Ya era tan grande que no podía cargarla fácilmente. Yo era demasiado baja. Ella demasiado alta. Necesitaba su cooperación para caminar conmigo.

—Quiero ir a casa.

Suspiré. —Maisie, solo necesitamos un descanso de estar con Sergei.

Eso también me parecía una mentira. Ahora, sabiendo que él era responsable de la muerte de su padre, no estaba segura de si podría

volver a vernos en su casa. Nada parecía seguro. No tenía ni idea de adónde llevar a mi hija para mantenerla tan segura como lo estaba allí.

Quizás podría buscar a Rosa. Tal vez nos dejara quedarnos en su casa.

Maisie no cedía. Tiró de mi mano y me puso morritos. —Mami, no quiero estar aquí fuera.

—Cariño, solo tenemos que—

Sus ojos se abrieron de par en par por el miedo. Retrocedió, como si me temiera. —¡Mami, vámonos!

Era demasiado tarde. Su alarma fue demasiado brusca.

Me giré para ver qué la había asustado justo cuando un hombre corría hacia mí desde atrás. Tenía los brazos extendidos, intentando alcanzarme. A pesar del gran paso atrás que di, sus dedos encontraron dónde agarrarse y se cerraron alrededor de la tela de mi manga.

—¡No! —lo grité, experimentando un golpe tan drástico de déjà vu que chillé tan fuerte como pude. Agarré a Maisie con fuerza, la abracé y la protegí con mi cuerpo mientras el hombre me tiraba hacia atrás.

—¡No! ¡Que alguien nos ayude!

Mis gritos no importaron. Nadie me oyó. Si lo hicieron, no vinieron corriendo a ayudarme. Esta vez, Sergei no apareció mágicamente como lo había hecho la última vez que ocurrió este incidente.

Forcejeando para soltarme del agarre del hombre, me negué a aflojar los brazos que sujetaban a mi hija. No podíamos separarnos. No podían arrancármela. Dependía de mí, y de nadie más, mantenerla cerca y protegerla de estos matones callejeros.

Maisie gritaba y lloraba, presa del pánico y aferrándose a mí. El hombre resistió mis intentos inútiles de zafarme. Paté, di codazos, incluso mordí la mano de uno de ellos. Pero de nada nos sirvió. Porque en cuanto el primer hombre nos agarró, aparecieron otros. Todos hablaban con ese acento ruso arrastrado, recordándome demasiado claramente cuando Sergei había luchado contra aquellos hombres la otra vez.

Tenían que ser los mismos. Estos matones callejeros tenían que pertenecer al mismo grupo que me había atacado antes.

Una vez quedó claro que no podía luchar contra ellos, me centré en mantener a Maisie cerca. En tenerla en mis brazos, luego sobre mi regazo mientras nos obligaban a entrar en una furgoneta.

Maisie enterró su cara contra mí, apretándose en mi abrazo como si pudiera protegerse del horror de que nos arrancaran de la calle así.

Nos empujaron al espacio de carga y arrancaron rápidamente, sin hacer preguntas, sin decir ni una sola exigencia.

Nada. Nos llevaron como si fuera su trabajo, y no importaba cuántas veces les gritara que nos soltaran, que preguntara qué querían, y también que les amenazara con que no iban a salirse con la suya, o me ignoraban o se reían de mí.

—¿O qué, eh, zorra? —se burló uno. Se volvió para mirarme con una sonrisa burlona a través de la ventana que separaba la zona de carga de la cabina. —¿Soltarte o si no *qué*?

—¡O si no! —le grité, dejando que todos mis instintos protectores se alzaran y me mantuvieran furiosa. Mientras Maisie estuviera aquí y capturada conmigo, sería una fiera madre osa para defenderla.

—¿O si no tu novio vendrá a matarnos? —respondió, riéndose de mí —. ¿Es eso? ¿Si intentamos llevarte a ti y a tu mocosa, Sergei Orlov irá tras nosotros?

Apreté los labios, incapaz de entrar en eso.

Sergei lo había hecho. Había ido tras esos hombres antes para mantener a Maisie y a mí a salvo.

Pero me había ido. Había querido distancia de él, algo con lo que ahora luchaba. Había estado segura allí, pero ¿a qué costo para mi integridad y mi conciencia podría haberme quedado allí sabiendo que era el asesino de Fitz?

—Quizás ese sea su objetivo —dijo el conductor, riéndose con el otro —. Quizás mató a su marido porque la quería solo para él.

Contuve la respiración, furiosa de nuevo. Tapar los oídos de Maisie era todo lo que podía intentar para protegerla de esta violencia. La primera vez que los hombres hablaron y maldijeron, había puesto mis manos sobre sus oídos para resguardarla. Rogué que no oyera esa parte sobre su padre. Sobre el protector al que estaba apegada.

El conductor se rió más fuerte. —¿Sabes que no es material de novio, verdad, zorra?

—No es solo un soldado cualquiera. Estamos hablando de Sergei Orlov. El brazo derecho de Mikhail. Es uno de los hijos de puta más letales de toda Nueva York.

—Uno de los asesinos más mortíferos del maldito país —intervino el conductor.

No. No. Por favor, no. Parad de hablar. Parad de decir estas cosas...

Deseé poder cerrar los ojos y taparme los oídos. El concepto de que la ignorancia es felicidad no era una opción así, pero deseé poder desconectar de todo.

¿Cómo?

¿Cómo pude estar tan ciega?

¿Tan tonta?

Estaba en la mafia y yo, imprudentemente, lo había pasado por alto. Era un asesino, el que me había quitado a mi marido, y había salido

corriendo sin pensar, directa a las garras del enemigo.

Pero oír que era un asesino condecorado era demasiado para soportar.

¿Cómo pude ser tan estúpida?

Fitz era tan pacífico, tan cariñoso, tan tranquilo y tan pacifista. Pasar a desear un asesino en serie mortal y manipulador fue un salto tan brusco en mi realidad que odié lo ingenua que debí de ser todo este tiempo.

Sentada allí durante el resto del trayecto hasta que nos llevaron a una casa segura, dejé que mi odio hacia Sergei fuera la máscara contra este terror que casi me envolvía. Dejé que mi aversión hacia él me mantuviera alerta entre los hombres que nos empujaron a Maisie y a mí al suelo antes de cerrar la puerta con llave.

Si hubiera sido más inteligente, si no me hubiera sentido tan atraída por la ilusión de seguridad con él, no habría terminado en esta situación.

Ese era el pecado que nunca me perdonaría.

Mientras me sentaba con mi hija y la abrazaba fuerte, su pequeño cuerpo temblando de miedo, juré no repetir nunca, jamás, ese error.

No podría vivir conmigo misma si cedía y me rendía ante un opuesto tan violento de mi marido otra vez.

—Mami, tengo miedo.

La abracé con más fuerza y apoyé la barbilla en su cabeza. —Yo también —admití con una respuesta honesta y cruda—. Pero saldremos de aquí. Solo tenemos que mantenernos fuertes.

Asintió débilmente, su cara aplastada contra mí mientras lloraba suavemente.

Me mantendré fuerte.

Seré más inteligente.

Te mantendré a salvo, cariño, hasta que podamos huir de nuevo.

Solo podía esperar que esta vez pudiera guiarla para huir conmigo a un destino más seguro.

Que le den a Sergei. No volvería a confiar en él nunca más.

Ahora solo éramos mi hija y yo contra el mundo, sin importar lo solitario y peligroso que fuera.

23

SERGEI

No había tiempo que perder.

Natalie se había marchado hacía tan poco que no debería haber sido tan difícil localizarla como otras misiones de rescate.

Cuando le dije a mi tío que estaba decidido a encontrar a Natalie y Maisie, y que pretendía quedármelas, reconoció que podía usar todos los recursos de los Orlov disponibles para localizarla cuanto antes.

André ya estaba en ello. Había empezado a trabajar en ello mientras yo aún estaba fuera con George —quien había matado a los Popov y regresado para ayudar en la búsqueda de Natalie y Maisie—. Pero la ayuda de André me mantenía centrado, evitando que perdiera el control. Él y yo habíamos crecido juntos, con edades tan cercanas, y era más que un primo. Más que un compañero de los Orlov. A veces era mi confidente más cercano y mejor amigo. Su presencia en este momento tan duro me permitía contar con él como no podía hacer con nadie más. Estaría allí a mi lado para que pudiera encontrar a mi mujer.

Y también para encontrar a Maisie. Si me permitía imaginar a esa niña asustada o herida, esa rabia se apoderaría de mí.

Mantener la cabeza fría era mi mejor oportunidad para ayudarlas, y André era mi compañero para contenerme. Roman también. Mi hermano pequeño no dudó en intervenir y liderar otro grupo para buscarlas.

Primero revisamos su apartamento. Era obvio, pero ella no estaba allí. Roman siguió la pista de la niñera, localizándola cerca del campus para interrogarla sin asustarla.

André y yo salimos a la calle. Toda la noche, hasta que el alba se acercó, tiñimos la noche de sangre. Capturamos Popov e incluso capos de Roberto Giovanni, interrogamos a soldados y líderes. Actuamos sin piedad y los interrogamos sin compasión.

Nadie reconoció saber nada sobre Natalie, lo cual era mentira.

Nadie confesó saber nada sobre su captura, lo que también tenía que ser falso.

No podía tener ningún lugar donde esconderse tan bien. Ni siquiera con aquel camarero con el que había trabajado —lo comprobamos—.

Nadie señaló a ninguna organización criminal para culparla, y esa era la parte menos esperanzadora. Normalmente, alguien delataría a otro y sería una pista.

Pero finalmente tuvimos un golpe de suerte para dirigirnos hacia donde Natalie y Maisie estaban retenidas.

Uno de nuestros hombres que escuchaba la línea de despacho policial nos alertó sobre una llamada al 911. Una mujer mayor, una de esas entrometidas aburridas y solitarias amantes de los gatos que vivían cerca de Little Italy, había llamado preocupada por una mujer con una niña gritando en la acera. Desde su ventana, presenció cómo secuestraban a una mujer y una niña, y juró sobre su vida que unos hombres las metieron a la fuerza en una furgoneta. Como era una ávida espectadora de documentales de crímenes reales y fanática de misterios de asesinatos, supo apuntar la matrícula. Esta

condujo a la ubicación de un operativo Popov, y nos pusimos en camino hacia allí.

André y yo habíamos estado juntos toda la noche, pero ahora Roman se unió a nosotros en el SUV equipado.

—Podemos entrar primero por ti —sugirió mi hermano.

—Ni de coña lo haréis —estaba deseando ver a Natalie de nuevo. Viva. Ilesa. A Maisie también.

—No querrás que un error por descuido te cueste caro —dijo Roman.

Le fulminé con la mirada.

—Tiene razón —dijo André.

—Llevas así toda la noche —dijo Roman—. Estás al límite.

—Tú también. Has estado en esto toda la noche y estás igual de agotado.

Negó con la cabeza. —No. Yo soy el noctámbulo. Estoy bien.

—Estaré jodidamente bien cuando lleguemos y las recuperemos —espeté.

Esta vez André negó con la cabeza. —Tiene razón. Estás demasiado implicado. Piensas con el corazón, no con la cabeza. Tu tiempo de reacción no es el que debería.

Solté una risa débil. —Callaos de una puta vez. Entrad conmigo. Porque *nada* me impedirá ir a buscar a Natalie y Maisie y comprobar que están a salvo.

André y Roman intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —gruñí—. ¿Qué pasa?

—Puede que no quiera verte —dijo André sin rodeos—. Si oyó a esos guardias hablar de tu relación con la muerte de su marido, quizá no

te reciba como imaginas. Incluso si vas a salvarla, no te hagas ilusiones de que se alegre de verte.

No quería esa negatividad en mi mente, pero tenía razón. Claro que tenía jodida razón. En una situación de vida o muerte como esta, no podía temer eso.

—Puede odiarme todo lo que le dé la puta gana —dije mientras sacaba mi pistola de la funda cuando nos acercábamos al edificio—. Con tal de que esté viva para enfadarse conmigo. —Los miré directamente a los ojos, desafiándoles a que discutieran conmigo—. Preferiría que me odiara y estuviera viva a que estuviera muerta.

Tras esa última afirmación, salimos corriendo del SUV y asaltamos el edificio. Numerosos hombres nos acompañaron como refuerzo. Frenaron en seco en la acera y entraron en formación.

Tanta sangre cubría mis manos y manchaba mi traje por la violencia de la noche que habría sido inútil intentar distinguir de qué golpe provenía cada mancha.

No importaba.

Solo me concentré en eliminar cada obstáculo mientras nos adentrábamos en el edificio. Maté a todos los que vi con el disparo más directo posible para asegurarme de que permanecieran en el suelo y fuera de mi camino. No era momento ni lugar para preocuparse de que alguien se reincorporara y pusiera en peligro a quienes me importaban.

Andre y Roman no dudaron. Se unieron a mí en la despiadada búsqueda de la mujer que quería que fuera mía. De la niña a la que anhelaba ver sonriendo y riendo sin preocupación alguna.

Las encontramos encerradas en la habitación más interior del tercer piso. No había ventanas para que escaparan. Ni luces encendidas para que no estuvieran envueltas en sombras y temerosas.

—Liberadlas —ordené tras derribar la puerta de una patada y recorrer la habitación con mi pistola desenfundada.

Natalie rodeó a Maisie con sus brazos, acurrucándose juntas en el suelo desnudo.

Dos hombres se habían escondido allí con ellas y atacaron en cuanto irrumpimos.

Roman se lanzó hacia adelante para interceptarlos.

Andre retrocedió para disparar a más hombres en el pasillo que intentaban aproximarse sigilosamente y tendernos una emboscada.

Y yo actué como el brazo ejecutor para el que me habían entrenado.

Sin pausa, apunté y maté al hombre que giró su arma hacia Natalie. Cayó muerto.

El otro se abalanzó sobre mí gritando, y apreté el gatillo tres veces más, marcando un trío mortal en su frente.

La sangre salpicó hacia atrás por los impactos directos, pero ya no tenía remedio. En el silencio que siguió al estruendo de los disparos, contuve la respiración y escudriñé a Maisie y Natalie. La niña estaba sobre el regazo de su madre, impidiendo ver por completo a la mujer de curvas, pero al examinarlas a ambas, comencé a relajarme al comprobar que no mostraban cortes ni heridas. Ningún carmesí las manchaba.

Mi corazón aún no se había calmado. Estaba demasiado tenso, preparado para otro ataque. Hasta que las sacara de allí, permanecería alerta y dispuesto a matar.

Natalie levantó la cabeza, entrecerrando los ojos para ver a través de la neblina de polvo levantada por el alboroto. Cuando aquellos Popovs cayeron muertos, sus cuerpos levantaron una nube de partículas.

Roman encontró las luces y las encendió. Todos parpadeamos ante el resplandor, pero yo esperé a que Natalie me buscara. A que me viera.

Lo hizo, pero no fue con gratitud ni alivio brillando en sus ojos.

Mirándome con una intensidad miserable de odio, me traspasó con sus profundos orbes esmeralda de ira.

Tragué saliva con fuerza, deseando contra todo pronóstico que no fuera así. Que desafiara las expectativas que mi primo y mi hermano habían sembrado en mí.

Que estuviera feliz de verme.

Que corriera hacia mis brazos y me abrazara.

—Sergei —murmuró Andre, y sacudió la cabeza, como reconociendo lo mucho que luchaba contra esta frialdad de la mujer a la que quería amar y hacer mía.

Al oír mi nombre pronunciado en voz baja por él, Maisie se incorporó. Estiró el cuello y giró el cuerpo. Sin soltarse de su madre, se inclinó para mirar hacia atrás y localizarme.

—¡Señor Sergei! —lo gritó con sorpresa. Alegría. Alivio. Felicidad desbordada. Gruesas lágrimas le corrían por las mejillas mientras forcejeaba por escapar del abrazo materno.

Se puso de pie torpemente y corrió hacia mí, esquivando las manos extendidas de Natalie para retenerla. Sin pensarlo, me arrodillé sobre una rodilla para ponerme a su altura. Roman y Andre me flanquearon, asegurando la situación por si quedaba alguien en los pasillos que quisiera eliminarla a ella... o a mí.

Maisie no se detuvo hasta saltar a mis brazos.

No me había abrazado desde que nos conocimos.

Aunque hablábamos un poco y actuábamos como compañeros de piso o conmigo como casero cercano, nunca había mostrado interés

en abrazarme.

Hasta ahora.

No había experimentado la alegría de abrazarla y reconfortarla con ese simple gesto.

Pero ahora mismo, mientras me rodeaba con sus pequeños brazos y me aferraba con fuerza, mi corazón se hinchó de un amor nuevo, un cariño nunca sentido antes por ella al aceptarme incluso cuando su madre jamás volvería a hacerlo.

Natalie me fulminó con la mirada mientras observaba a Maisie abrazarme.

Lo siento.

No era momento de hablar de su difunto marido.

No era lugar para discutir la coincidencia de nuestra conexión que no había percibido antes.

Lo siento.

Ni siquiera se inmutó. Mirándome con tanto odio mientras su hija sollozaba y yo la estrechaba contra mí, Natalie demostró que no estaría ni de lejos tan contenta de verme.

Quizás nunca.

Y dolía más de lo que quería admitir.

24

NATALIE

Había perdido mi oportunidad de alejarme del hombre que había matado a mi marido.

Sergei apareció con Andre y Roman.

Disparando sin cesar.

Con expresiones feroces.

Los hombres que nos habían capturado yacían muertos en el suelo.

Una vez más, nos habían salvado. Lo cual era bueno. Que esos hombres estuvieran fuera de combate y ya no pudieran poner en peligro a mi hija ni a mí era una bendición del cielo. Un regalo. Un don que no daría por sentado.

Pero me parecía incorrecto sentir aprecio por Sergei.

Mientras él me fulminaba con la mirada y mi hija se aferraba a él, me negué a flaquear, a ser ingenua y verlo como el «bueno».

Lo era. Había matado a quienes nos habían capturado. Había acabado con la vida del hombre que me había abofeteado cuando intentó hacer daño a Maisie porque no dejaba de llorar.

Pero Sergei ya no era el héroe que una vez pareció encarnar.

Por un lado, no cabía duda de que se había arriesgado para salvarnos. Pero por otro, la oscura y siniestra verdad de que había matado a Fitz se cernía demasiado grande y ominosa como para ignorarla.

—¿Estás bien? —preguntó Roman.

Tragué saliva con fuerza, parpadeando y apartando la mirada de Maisie abrazando a Sergei. Dolía. Me partía el corazón que corriera hacia él y lo percibiera como un refugio seguro. Y me enfurecía aún más.

Roman era el hermano de Sergei, pero me alegraba que no se parecieran demasiado. Se agachó frente a mí, examinándome. Sin duda, su posición era intencionada, como si supiera que necesitaba no ver a Sergei o me enfadaría más.

Asentí débilmente, permitiendo que mi corazón latiera más lento con ese rostro «amable» frente a mí. Pero también era estúpido, ¿verdad? Roman era igual que Sergei. Por lo que podía suponer, quizás estuvo involucrado en lo ocurrido la noche en que murió Fitz. Si no, probablemente participaba en otras actividades criminales y asesinas.

—¿No te han hecho daño? —preguntó Andre, acercándose también.

Me levanté lentamente, haciendo una mueca por los dolores musculares. —No mucho.

—¿Qué significa eso? —exigió Sergei al ponerse de pie. Parecía intentar soltar a Maisie, pero ella lloró más fuerte y se aferró a él con más fuerza. Se levantó con ella en brazos, acomodándola.

Era difícil no verlo como una traición. Que mi hija buscara su consuelo en lugar del mío. Que pudiera ser engañada para ver al asesino de su padre como un buen tipo.

Apreté los labios y le fulminé con la mirada, negándome a responder.

Roman intervino de nuevo, rápido en captar el ambiente.

—¿Te han pegado? —preguntó mientras me guiaba para salir primero.

—Uno me dio una bofetada —murmuré—. No es nada.

—No es nada—

Andre se interpuso frente a Sergei mientras salíamos en fila. Roman me sacó fuera, y no pude oír lo que dijo, pero parecía que Andre le advertía que se callara.

Todos lo saben.

Tienen que saberlo todos.

Fruncí el ceño hacia Roman, sintiéndome tan estúpida por haber sido «capturada» de nuevo. Por verme obligada a irme con ellos otra vez. Ahora que me habían encontrado, se esperaría que volviera.

—Me fui porque me enteré de que Sergei—

Roman asintió. Alzó la mano para interrumpirme. —Quizás cuando Maisie no pueda oír —susurró.

Agradecí que fuera discreto sobre a qué se exponía. Pero todo estaba tan retorcido. Y al salir, negándome a mirar los cadáveres en el suelo, me costaba seguir adelante.

Los habían matado a todos.

Para rescatarnos.

Sergei mataría para salvarme.

Pero no justificaba perdonarlo por haber matado a Fitz.

—Me fui porque oí a los guardias hablar de mi difunto marido.

De nuevo, asintió, sin negarlo.

—Por lo que valga —dijo antes de mirar por encima del hombro a su hermano y primo con mi hija, unos pasos detrás de nosotros en las escaleras—, mis condolencias, Natalie.

Me burlé, incapaz incluso de procesar la ironía.

—No podía enfrentarme a él —dije, centrándome en el presente.

—Es comprensible —respondió.

—No sabía adónde ir, y esos hombres nos encontraron otra vez en la calle y nos secuestraron.

Dejó escapar un suspiro largo, asintiendo y escuchando. No esperaba que el más joven de los Orlov fuera un desahogo, pero me alegraba que sirviera de amortiguador entre su hermano y yo. No era el caso de Maisie. Se sentó en el regazo de Sergei durante todo el trayecto en coche lejos de allí.

La llevó hasta su habitación en el ático. Y la acostó en la cama. Ya no confiaba en él. No le haría daño. Lo *sabía*. Pero no podía mirarlo sin sentir esta ira. Sin esta preocupación.

—Natalie —dijo volviéndose hacia mí. La había seguido hasta su habitación.

Andre y Roman también.

—No —interrumpió Andre, acercándose a Sergei y guiándolo fuera de la habitación—. No lo hagas. Ahora no.

Mientras los hombres discutían, con Sergei insistiendo en que necesitaba hablar conmigo, Andre fue la voz de la razón. Le dijo que parara. Que me dejara descansar. Que se echara atrás y no presionara. Sus voces se fueron apagando en el pasillo, desvaneciéndose.

Miré a Maisie en la cama, durmiendo plácidamente.

Roman se aclaró la garganta suavemente. —¿Te gustaría quedarte aquí con ella? Puedo coger unas mantas para ti. Lo que... ayude.

Me volví hacia él y dejé escapar un profundo suspiro. Haber pasado toda la noche en vela y temer lo que querían aquellos hombres había alterado mi equilibrio. Estaba tan exhausta que odiar a Sergei era demasiado para soportar. —Gracias.

En cuanto volvió con almohadas y una manta, me metí en la cama y me acurruqué junto a mi hija.

Por la mañana, ya no estaba.

Me incorporé y me entró el pánico hasta que la oí hablar en la otra habitación. La puerta de su dormitorio estaba abierta, y su voz se oía claramente mientras Sergei desayunaba con ella. También oí la voz de Mikhail.

—¿Qué? —bromeó Mikhail—. ¿De verdad me estás diciendo que las tortitas de Sergei saben mejor que *las mías*?

Maisie se rió entre dientes.

Me incorporé un poco más y abracé mis rodillas ante la idea de que un jefe de la mafia estuviera haciendo algo tan dulce y cotidiano como preparar tortitas para mi hija. Esas contradicciones no tenían sentido.

Los mafiosos eran criminales. Mataban. Vivían con su propio sentido de la ley y el orden.

Sergei había causado la muerte de mi marido.

Pero también me había salvado.

Mikhail probablemente era culpable de muchos crímenes.

Sin embargo, estaba allí en la cocina haciendo tortitas para mi hija.

Suspiré, frotándome los ojos. Luchando por aceptar que el hombre que me había salvado era también el que me había arrebatado a mi marido, sufrí una angustia retorcida y un arrebato de furia abrasadora.

¿Cómo se suponía que iba a seguir adelante con esto?

¿Cómo esperaban que aceptara esto y perdonara?

¿Cómo voy a poder confiar nunca en mi propio juicio cuando se trata de él?

Sentada en la cama de Maisie, escuché mientras los hombres hablaban con ella. Estaban discutiendo los toppings para las tortitas. Luego parecía que Maisie mostraba un libro para colorear.

En ningún momento mencionaron a Fitz. Ni que me había llevado a Maisie para escapar anoche. Tampoco se mencionó ni una sola vez a hombres muertos o armas. Me di cuenta de que simplemente estaban allí para ella, distrayéndola, y odiaba que quisiera sentirme agradecida.

Aunque si no hubieras intentado marcharte anoche, nada de eso habría pasado.

Me estremecí, escondiendo la cabeza entre las rodillas mientras Maisie decía que iba a ver su película favorita.

—No parece traumatizada —comentó Mikhail cuando sonó que Maisie se había ido.

—No —respondió Sergei—, pero eso no significa que no lo esté ocultando.

—Cierto —Mikhail se aclaró la garganta, sonando exhausto—. Cuando Claire vuelva a la ciudad, podrá hablar también con ella, por si hay preocupación de que esté reprimiendo algo.

Fruncí el ceño, odiando que pareciera que otros decidían por mi hija sin mi opinión. Pero era Claire. Era demasiado dulce, y era doctora. Mikhail solo ofrecía ayuda, sin forzar nada.

—¿Cuáles son tus intenciones hacia ellas ahora? —le preguntó a Sergei—. Veo lo encariñado que estás con la niña. Veo cómo te acepta en su vida. Pero Natalie...

Entrecerré los ojos, escuchando y esperando la respuesta de Sergei.

—Creo que con el tiempo, se adaptará. Otra vez.

¿Qué cojones?

La ira me recorrió ante su respuesta autoritaria.

—¿Adaptarse a qué? —preguntó Mikhail—. ¿A quedarse aquí indefinidamente?

—Sí. Como mi mujer —respondió Sergei.

Se me quedó la boca abierta.

Mis mejillas ardieron con el rubor de la furia que volvía a apoderarse de mí.

¿Cómo se atreve?

¿Cómo cojones se atreve—

¿Qué?

¿Cómo demonios puede decir eso y pensar—

Apenas podía respirar de lo furiosa que estaba. Estaba *furibunda*, intentando asimilar que quería dar a entender que estaría en su casa para siempre. Que sería «su mujer». ¡Como si fuera a ser su esposa!

¿Solo porque me salvó? ¿Dos veces?

¿Por saldar una deuda?

Ojalá pudiera arrepentirme de haberme acercado a él. De haberle permitido tener una parte de mí. Pero no podía. No podía arrepentirme de eso más de lo que podía arrepentirme de que le hubiera importado salvarme.

¿Quedarme aquí y casarme con usted?

Apreté los dientes, clavando la mirada en la pared.

¡Creo que no!

Ni en el infierno querría confiar en el hombre que había matado a mi marido, y mucho menos hasta el punto de permitirle reemplazarlo.

25

SERGEI

Haber recuperado a Natalie y Maisie en mi hogar me reconfortaba. Ya no tenía que preguntarme si estaban ilesas o bien atendidas. Tampoco debía preocuparme de que Natalie estuviera desbordada. Veía con mis propios ojos que estaban seguras conmigo.

A diferencia de la primera vez que traje a Natalie aquí, se adaptó inmediatamente y siguió el ritmo sin problemas. No repetimos aquella prueba de su terquedad. No protestó porque quisiera tenerla en mi casa.

Era como si ahora lo esperara.

O había aceptado que yo esperaría que estuviera aquí.

No porque quisiera.

En absoluto.

Su frialdad e indiferencia hacia mí no cambiaron. Las cosas habían cambiado entre nosotros desde que huyó, y no parecía que quisiera volver jamás a la intimidad y amistad que habíamos construido y fomentado antes.

Era difícil albergar esperanzas de que recuperáramos aquello.

No hablamos sobre por qué se había ido. Tener una conversación sobre lo que le ocurrió a su marido seguía en mi lista de pendientes. Quería hablar con ella. Deseaba que estuviéramos en mejores términos.

Cada vez que hablaba con mi tío, mi primo o mi hermano sobre lo mucho que quería aclarar las cosas entre Natalie y yo, todos me aconsejaban esperar un poco más. Dejar que fuera ella quien viniera a mí cuando se sintiera cómoda.

Mi tío tenía un enfoque pasivo ante la situación.

—Déjala que hable con Claire —sugirió con suavidad.

Aunque me parecía que intentaba escurrir el bulto y dejarlo en manos de su prometida para sonsacar lo que Natalie pensaba, comprendía que probablemente ella se sintiera más cómoda hablando de sus preocupaciones y sentimientos con Claire antes siquiera de plantearse hablar conmigo.

Seguía siendo demasiado el enemigo en sus ojos, a pesar de haberle salvado la vida dos veces.

A pesar de que su hija me veía como fuente de seguridad y consuelo.

Hasta que Natalie se acercara a mí y me pidiera hablar sobre cómo murió su marido, me sentía obligado a darle espacio y permitirle readaptarse a estar aquí.

En general, parecía adaptarse bien. Se acercó más a Claire y Anya. Todos fuimos testigos de cómo su amistad se construía, crecía y se fortalecía.

Natalie retomó su papel de ama de casa, como le gustaba antes. Solo que sin mirarme a los ojos ni dirigirme la palabra.

Volvió a la cocina, cocinando, horneando y ordenando también el apartamento. Sus días los pasaba con su hija leyendo, coloreando y jugando, todas las actividades que hacían antes de que Natalie se llevara a Maisie y se marchara.

La grieta existente entre Natalie y yo no le impedía querer estar en compañía de los demás. Aun así, no presioné. Siguiendo el consejo de mis familiares, esperé y soporté su trato de desdén.

Lo aceptaría todo. Su silencio, su actitud, si es que alguna vez me mostraba alguna. Y sería paciente. Igual que lo había sido antes.

Sin embargo, no quería usar a Claire como intermediaria. Aunque demostró ser un recurso como enlace.

—No es difícil verlo desde su perspectiva —me dijo Claire una tarde —. Le arrebataron a su marido, en lo que ella asumió que fue violencia sin sentido.

No comenté que no fue sin sentido. Nada de lo que hacía para mi tío carecía de propósito. La operación que monté hacía más de un año tenía un objetivo. Organicé aquella operación contra el Cártel para proteger nuestro negocio y prosperidad. Para mí no fue sin sentido. —Sin embargo, estoy de acuerdo en que las muertes de su marido y los otros ciudadanos atrapados en el fuego cruzado fueron muertes sin sentido.

Y esas cosas no deberían ocurrir.

—No creo que Natalie te culpe directamente —dijo Claire.

—No puede —dijo Mikhail con sequedad. Ante la sonrisa burlona de Claire, se encogió de hombros—. No puede culparle por eso. No es como si él hubiera salido a buscar expresamente a su marido o lo hubiera cazado con la intención clara de matarlo.

Ella apretó los labios y exhaló por la nariz. —Sí, lo entiendo. Y creo que en el fondo, ella también lo comprende. Pero debes ser delicado y recordar que Natalie y yo no somos de vuestro mundo. Nos criaron

para ver cualquier crimen organizado y la violencia que conlleva como algo indeseable.

Querrás decir prejuiciosa.

—En el fondo —repitió Claire—, creo que ella entiende que su marido simplemente estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado y que es una tragedia.

—Lo sé —dije—. Estoy de acuerdo.

—Pero no es fácil renunciar a todo lo que conoces y en lo que crees. Recalibrar tu brújula moral no es sencillo —explicó—. Quizá solo necesite espacio y tiempo para crecer y adaptarse.

Crucé los brazos y suspiré. —¿Hasta el punto de que llegue a perdonarme?

Se encogió de hombros con una sonrisa amable. —Espero que sí. Aguanta su odio.

—Lo haré. Así lo he hecho. —Sacudí la cabeza, dispuesto a dejar la conversación—. Mientras ella viva y esté a mi alcance, conservaré la esperanza de que pueda verme bajo otra luz.

Mi hermano me encontró tarde esa noche, sentado en el patio bajo los calefactores mientras nevaba suavemente. Se sentó conmigo, preguntándome cómo estaba.

—Solo sé que si fuera tú, me costaría ser paciente —admitió.

Me encogí de un hombro. —Tú nunca eres paciente.

—Y tampoco me asiento nunca con una sola mujer. —Sonrió, siendo un ligón de corazón.

En ese aspecto, nunca lo entendería. —No me rendiré con ella.

—Eso veo —comentó.

—No es cuestión de querer o no. —Me pasé la mano por el cabello —. Soy incapaz de dejarla ir. Incluso cuando se muestra fría conmigo pero amable con todos los demás… —Sacudí la cabeza—. No puedo dejarla ir.

—Entonces no lo hagas. Tarde o temprano, ella, bueno, joder. No sé. ¿No podrías simplemente follártela para que supere toda esa obsesión?

Apoyé la cabeza en el respaldo de la silla y le lancé una mirada seca.

—Bromeo. Venga, es una broma. —Sonrió y rió, pero luego se serenó y suspiró—. Pero eso me dice claramente que ella es la elegida. Te importa por algo más que sexo.

¿Acaso no era obvio?

Natalie se había apoderado de mi corazón y no estaba de humor para permitir que lo hiciera pedazos. Si Claire tenía razón y necesitaba espacio y tiempo, podía concedérselo.

Pero mientras le daba la distancia que exigía, no tenía por qué quedarme de brazos cruzados. Tenía un par de ideas para descongelarla de nuevo —aunque solo fuera para que se animara a hablar conmigo.

—Oye, dijiste que hablaste con esa niñera aquella noche.

Asintió, mirándome. —¿Daria? Sí, lo hice.

—¿Y dijiste que comentó que estaba pasando apuros? —Debería haber sido imposible que aquella joven compartiera tanto, pero este era Roman. Tenía el encanto para que cualquiera se abriera con él. Pocas personas confían tan libremente o son tan crédulas como para contarle a un desconocido que tienen problemas económicos tras perder un trabajo extra. Parecía que Daria echaba de menos a Natalie y Maisie no solo porque le caían bien, sino porque necesitaba el dinero de la niñera. La matrícula universitaria era un tema delicado para ella.

—Ve a buscarla. Encárgate de sus deudas y la matrícula.

Arqueó las cejas. —¿En serio? ¿Qué, vas a intentar usar una buena acción para que Natalie deje de verte como un monstruo?

Negué con la cabeza. —No voy a manipularla.

Pero no estaba por encima de hacer todo lo posible para demostrarle a Natalie que no era un cabrón cruel y despiadado.

Haría lo que fuera para recuperar su favor. Porque cuanto más se extendía esta distancia entre nosotros, más anhelaba su calor y la echaba de menos.

26

NATALIE

Dos semanas después de volver al ático, estaba sentada con Claire en su edificio. Estábamos en el enorme salón de baile, viendo cómo Anya le enseñaba más a Maisie a tocar el piano. Una vez más, me divertía lo tonta que podía ser mi hija mientras seguía siendo una estudiante aplicada y prestaba atención. Se había encariñado tanto con la adolescente, y veía lo mucho que Anya también disfrutaba de su compañía.

Sin embargo, mientras estaba allí sentada, no podía olvidar la última vez que estuve allí y cómo había terminado aquella noche. Cada vez que entraba en esta enorme sala para las clases de piano de Maisie, recordaba cómo había salido al balcón y escuchado por casualidad la verdad sobre cómo habían matado a mi marido, y quién había apretado el gatillo.

Claire notó mi estado de ánimo. Y no se rió de mi recuerdo ni pensó que era estúpido después de que le conté en qué estaba pensando.

—Anya tiene el mismo problema. Con esta sala, de hecho. Sospecho que por eso siempre me preguntaba si la escucharía tocar, para no estar sola aquí. Creo que también por eso le encanta darle clases a Maisie aquí.

La miré, curiosa.

—Casi la disparan y la secuestraron en esta sala —señaló el enorme piano de cola—. Mijaíl tuvo que encargar una réplica del que recibió disparos mientras él la protegía.

No pude evitar mirar nerviosa a mi alrededor. Era un lugar enorme, cavernoso. *Hay muchas ventanas…*

—También añadió muchas medidas de seguridad adicionales —dijo, dándome palmaditas en la rodilla—. Pero es normal que un incidente traumático condicione un lugar —se encogió de hombros—. Si volviera a urgencias, también sentiría eso.

—Parece que dejar tu trabajo fue una bendición, entonces.

—Lo fue. Y también es normal soltar, ¿sabes? Sanar y crecer con nuestro pasado detrás de nosotras, sin que nos lastre.

Fruncí el ceño mientras observaba a Maisie y me maravillaba de que estuviéramos allí. —Quiero hacerlo —admití.

Sonrió suavemente. —Entonces quizás, la semana que viene, mi boda aquí pueda ser otro recuerdo más nuevo y alegre que tape el antiguo. Lo espero con ilusión. Todas lo hacemos.

No pude evitar sonreír con ella. Conocer a Claire había hecho esta nueva fase de mi vida mucho más fácil. Tampoco era un cariño unilateral. Me había confesado antes que deseaba haber estado aquí cuando escuché ese detalle sobre la muerte de mi difunto marido. Le molestaba no haber estado ahí para mí, porque yo sí lo estaba para ella. Como una forastera integrada en la familia, no tenía a nadie más que comprendiera completamente las dificultades que enfrentaba para encajar.

Yo sí.

Era otra persona "normal" introducida en este mundo violento que los Orlov gobernaban. Veía lo feliz que estaba de que yo viviera esta vida con ella.

—Será un día precioso —asentí. En lugar de pensar inmediatamente en mi boda con Fitz hacía tantos años, imaginé la suya. Cómo caminaría por el pasillo de esta sala hacia Mijaíl. Llevando ese vestido espectacular y su barriguita de embarazada. Los amigos y familiares rodeándolos tan cerca de Navidad.

Pero cuando mi mente se desvió hacia Serguéi, como siempre hacía, odié lo fácilmente que podía imaginar a *él* esperándome al final del pasillo a *mí*.

Solté un suspiro profundo y me desplomé en el asiento.

—¿Sigues sin hablar con Serguéi? —adivinó Claire.

Me asombraba lo bien que me leía. Realmente conectábamos como las mejores amigas.

Negué con la cabeza. —A estas alturas, ni siquiera estoy segura de saber qué decirle.

—Fácil. Le dices lo que sientes.

Eso no era fácil. Mis sentimientos eran tan contradictorios.

Estar aquí me recordaba lo afortunada que era. Viva y no capturada. Con mi hija en lugar de separadas. Libre para centrarme en ser su madre y no mantener un trabajo que no quería. Me cuidaban y protegían.

Quería odiar que el asesino de Fitz fuera el único hombre que hacía mi vida tan perfecta.

—Siento que debo guardarle rencor.

—¿Por qué? —preguntó.

Ya habíamos hablado mucho de esto. Le había explicado cómo murió Fitz. Ella me había explicado por qué ocurrió la violencia aquella noche —no necesariamente justificando la violencia de los Orlov, sino que Fitz no era una muerte ni un objetivo intencionado.

—Mi vida no se acabó porque la suya sí lo hiciera —lo sabía—. Pero ha sido una pérdida muy difícil de aceptar. Siento que tengo que odiarle —antes de que pudiera decir nada, levanté la mano y la interrumpí—. Entiendo que fue un accidente, en el sentido de que Serguéi solo estaba allí disparando por su trabajo y Fitz pasaba por allí.

—¿Y no es tan fácil odiarle cuando te está demostrando lo poco odiable que es? —preguntó.

Asentí, divertida con ironía. —¿Poco odiable? Eso no es una palabra.

—Debería serlo.

Suspiré. —Gracias por decir eso en vez de lo contrario. De lo "adorable" que es.

Arqueó una ceja. —Antes de que supieras su conexión con Fitz, antes de que *él* también lo supiera, ¿no podías imaginarte amándole?

Me estremecí, sintiéndome culpable por guardarle rencor. Ella, Mijaíl, Andréi y Román me habían asegurado que Serguéi no sabía nada sobre cómo había matado a mi marido.

—Sí —susurré—. Pero no sé cómo pasar por alto que fue él quien lo mató.

—Estoy segura de que cuando estés preparada para hablar con él, estará ahí. —Me frotó la espalda mientras la clase de piano terminaba.

Al día siguiente, tuve otro ejemplo de lo "poco odiable" que podía ser Serguéi.

Daria me llamó por videollamada llorando. Lágrimas de felicidad extrema.

—¡Se ha ido! ¡Todo se ha *ido*! —Sollozó y sonrió—. Todo desaparecido y pagado, Nat. —Radiante mientras recuperaba el

aliento por la emoción, me miró fijamente en la pantalla.

—¿Qué ha desaparecido?

—Lo han pagado *todo*. Hasta el último céntimo de mi matrícula. Todos esos viejos asuntos de cobros de deudas. Todo solucionado. Ese hombre vino a decírmelo en persona.

—¿Qué hombre? —Mi corazón latió más rápido ante sus noticias porque lo sabía. Podía adivinarlo.

—El que me preguntó dónde estabais Maisie y tú aquella noche que salisteis a pasear.

Salisteis a pasear.

Claro.

Eso fue lo que le dije que había hecho después de que Román fuera a interrogarla durante la búsqueda.

—¿Han pagado tu matrícula?

Asintió, contándome todo lo que Román le dijo. Seguiría dejando que Daria creyera que fue un malentendido lo que llevó a Román a hablar con ella la noche de mi fuga. No quería que supiera que vivía con el asesino de Fitz. No quería que supiera que estaba con un hombre del que necesitaría escapar.

Debió hacerlo para demostrar que se preocupa.

No le había pedido que hiciera esa buena acción.

Al día siguiente, George y otros soldados llegaron con mis pertenencias de mi casa. Aunque el piso seguía ahí, vacío y pagado por Serguéi, disponible, era demasiado consciente para pensar que debía salir de allí y volver a mi antigua vida. Sabía lo que sufriría si lo intentaba. Pondría en peligro a Maisie y a mí misma, arriesgándonos a que nos capturaran. Y arriesgaría a perturbar a mi hija, encariñada con este lugar y esta gente.

El simbolismo de mi piso importaba. Al permitirme conservarlo, aunque solo fuera nominalmente, como un espacio inútil donde no vivía, Serguéi no me obligaba literalmente a vivir allí sin otras opciones.

La llegada de mis cosas también importaba.

Maisie había hablado con Serguéi sobre una colección de figuritas de caballos que guardaba en una caja en su armario, y eso motivó el envío de nuestras posesiones. Serguéi interpretó que al mencionarlas estaba pidiendo lo que echaba de menos y le era familiar. Así que mandó a George y a los demás a buscar las cosas.

Ver mis objetos personales me conmovió. No era un puente completo entre mi vida anterior y esta nueva versión que fuera a ser. Pero me provocó una reacción sentimental.

Serguéi no necesitaba importarle. No tenía que esforzarse por honrar mi pasado así. Por respetar que tuve una vida antes que él.

Cuando vi mis fotos de boda enmarcadas en la caja, me pareció una señal de que Serguéi no intentaba borrar los recuerdos de Fitz. No hacía campaña para que olvidara al hombre que mató accidentalmente.

El gesto fue inesperado, y con su acto de bondad, resultaba mucho más difícil odiarle. Mucho más complicado resistirse a él.

Aún más duro era ver cómo Maisie seguía buscándole como fuente de consuelo y amistad. Le pedía que pintara con ella. Que jugara una partida después de cenar.

Y yo nunca se lo impedí. La culpa me asaltaba al recordar cómo había provocado nuestra captura. Ese fue mi error imprudente, mi culpa cuando era yo quien siempre debía protegerla.

Aunque resultaba profundamente irónico verla acercarse al hombre que mató a su padre, me esforcé por cambiar mi perspectiva. Que

no solo era el asesino de Fitz, sino también el hombre fuerte que protegía a mi niña.

—Señor Serguéi, le toca a usted —le dijo mientras jugaban al juego de mesa.

Me quedé junto a la ventana, dándoles espacio y tiempo para jugar. Al apartar la mirada del paisaje urbano y observarlos, le pillé mirándome fijamente. Ese mismo interés paciente, hambriento pero solemne ardía en sus ojos azules. Inquebrantable.

Me giré para apartar de nuevo la vista.

—Le toca, señor Serguéi —repitió Maisie.

Suspiré, desmoronándome al ver cómo se encariñaba cada vez más con él.

La vida no era blanco o negro cuando se trataba de él.

Esta persistente indecisión sobre cómo seguir el consejo de Claire y avanzar con él me corroía.

¿Cómo puedo perdonarte por haber participado en arrebatarme al hombre con quien creí envejecer? ¿Al padre pacífico y gentil de mi hija?

¿Cómo voy a odiarte para siempre cuando una vez insinuaste tanta esperanza para un nuevo amor?

27

SERGEI

Nada cambiaba. No importaba cuánto espacio le diera a Natalie, lo poco que intentara estorbarle.

Ella seguía distante y fría conmigo.

Donde antes éramos amantes, riendo y apresurándonos para robar besos y escapadas furtivas, ahora éramos compañeros de piso.

Donde antes podía hacerme perder el control con solo una mirada de deseo, ahora ocultaba que quisiera verme siquiera.

Aun así, me mantuve firme en mi propósito. La esperaría. Le mostraría toda la bondad que pudiera y conservaría la esperanza de que encontrara la manera de permitirnos volver a aquello que una vez exploramos.

Porque aunque ella se resistía a cualquier cosa más allá de ser compañeros de piso, estaba seguro de que me estaba demostrando con acciones. Le estaba diciendo con mi comportamiento que era más que un monstruo violento. Que había más en mí que el hecho de trabajar con violencia y ser el temible brazo ejecutor de los Orlov.

Le mostraba cuánto me importaba y seguiría importándome manteniéndola a salvo. Maisie y Natalie estaban protegidas bajo mi vigilancia, y no les faltaba de nada mientras vivían conmigo.

Mientras Natalie luchaba por perdonarme y acercarse a mí para hablar de su difunto marido, Maisie no tenía las mismas reticencias.

La niña nunca preguntó directamente por qué su madre y yo estábamos enfrentados. Supuse que Natalie tenía cuidado de no mostrar su antipatía hacia mí. Nunca me ignoraba demasiado en la mesa, respondiendo con el mínimo de palabras posible si le preguntaba algo sobre la comida o iniciaba una conversación trivial sin emoción. Si buscaba algo en el ático, ella respondía dónde estaba.

Así sospechaba que intentaba ser educada con la máxima distancia que podía permitirse sin que su hija se preocupara o se diera cuenta de que algo iba mal. Y esa era la parte más difícil de todo. Ver a Natalie en mi casa y en mi vida, pero tener que respetar su necesidad de no tener intimidad ni contacto. Ese amortiguador de antagonismo.

Maisie aún no había afinado su percepción para saber que su madre guardaba mucho rencor hacia mí, y yo no me atrevía a poner a prueba ese vínculo. Jamás pensé en usar a Maisie para llegar a Natalie. Si lo hiciera, estaría teñido de engaño. Cuando Natalie finalmente viniera a mí y aceptara que me importaba, quería que viniera por su propia voluntad. Que decidiera quererme de nuevo.

Eso no significaba descuidar a Maisie, sin embargo. Eso no significaba que tuviera que distanciarme de la niña. Apuesto a que no podría haberlo intentado, viendo cómo se abría a verme como un amigo, un pariente, y no un extraño al que llamara señor Sergei.

Se echó en mis brazos cuando la rescatamos, y jamás olvidaría ese momento.

Me pedía constantemente y con entusiasmo que pasara tiempo con ella, coloreando y jugando. Intentaba estar lo más disponible posible para darle oportunidades de conocerme mejor. Conocerla más a ella era un viaje gratificante que disfrutaba. Uno que nunca me había imaginado que me ilusionaría.

Los niños habían estado ausentes en nuestras vidas durante tanto tiempo. Los edificios que poseíamos eran para hombres, para negocios, y no para niñas pequeñas. Cuando Anya llegó, era una adolescente, y aún así fue un ajuste para todos nosotros.

Acostumbrarme a Maisie fue diferente, y reconocí lo mucho más plena y brillante que podría ser mi vida con ella aquí.

No tenía guía alguna sobre cómo asumir un papel parental. No tenía ningún modelo del que aprender. Mikhail había actuado como un padre para mí y para mi hermano, pero él tampoco supo nunca cómo ser una figura paterna. Había tenido que pasar gran parte de su vida aprendiendo a ser el jefe, y antes de lo que esperaba.

Descubrir cómo estar presente y apoyar a Maisie se sentía como un proceso de improvisar. Si ella quería verme como alguien en quien confiara, entonces aprendería a ser esa figura para ella. Si me buscaba para jugar o simplemente para hablar, la escucharía con atención y sería paciente.

Sin embargo, un par de días después de la boda de Mikhail y Claire, cuando Maisie me pidió jugar a su juego de mesa favorito, mencionó inesperadamente a su padre.

—Mi mamá se casó con mi papá en una iglesia pequeña.

No me inmuté. No mostré mi sorpresa. Si quería hablar de su padre, podía hacerlo. No eludiría el tema. Aunque tampoco le daría información que fuera demasiado joven para escuchar.

—Yo aún no había nacido, pero mamá me enseñó fotos.

Me echó un vistazo y le sonreí levemente.

—Me gusta mirar las fotos de ella con el vestido blanco grande —añadió.

Sonreí más ampliamente. —¿Como el vestido de Claire? La boda había sido un evento más íntimo, pero aún así había durado todo el día. Ver la felicidad de Claire por tener a Natalie como invitada nos demostró a todos lo mucho que se preocupaban mutuamente. Eran amigas, ayudándose de formas que no nos habíamos dado cuenta de que necesitaban. No me gustaba la idea de que Claire aún se sintiera como una forastera aquí, con mi tío, pero mientras no fuera la única mujer incorporada a la familia, podría encajar. Natalie, igualmente, no se había contenido en hacerse amiga de la mujer de mi tío. Y lo necesitaba. Parecía que no tenía un círculo de amistades y apoyo para empezar.

—Mmm-mmm —sonrió Maisie, probablemente recordando la boda de hacía solo unos días.

—Mi papá solo llevaba un traje —se encogió de hombros, como si el atuendo masculino para un evento formal no fuera nada que pudiera impresionarla.

—A veces lo echo de menos.

Maldición. Tragué saliva. —¿A tu padre?

Asintió, con la mirada en el tablero. —Sí. Murió.

—Lamento oír eso —le dije. Lo dije en serio.

—Era muy amable. Tenía una voz suave.

Estaba a punto de cumplir cinco años. Su memoria no estaría tan desarrollada, y con Fitz asesinado cuando ella probablemente solo tenía tres, imaginé que no había mucho a lo que aferrarse como recuerdo.

Pero era la primera vez que alguna de las dos tomaba la iniciativa de hablar sobre Fitz, y yo estaba todo oídos. Fui paciente, escuchando

los pensamientos e impresiones limitados de Maisie sobre su padre, que había muerto demasiado pronto para verla crecer.

No pregunté nada. No podía. Esto iba más de hacerle saber que podía hablar conmigo y confiarme sus recuerdos.

Pero cuando más o menos lo descartó, diciéndome que esperaba que estuviera en el cielo o en algún lugar feliz, me pregunté si su madre sería alguna vez capaz de pasar página.

¿Competiré siempre con su fantasma?

¿Perderé alguna vez la conexión de ser parte de su muerte?

No lo había matado a propósito.

No lo habría elegido como objetivo solo para tener a su esposa, incluso si lo hubiera conocido o me hubiera encontrado con él antes de esa fatídica noche en que lo mataron.

Porque era el amor de Natalie —puro, libre y entregado voluntariamente— lo que deseaba. Me había dado un atisbo de ello, una muestra de la felicidad de que pudiéramos tener una confianza y un amor sólidos.

Quería su perdón, sí, pero me preguntaba qué haría falta para que alguna vez me lo concediera.

¿Llevaré para siempre la culpa de estar ligado a su muerte?

Tenía que preguntarme qué haría falta para que ella abriera más los ojos y viera que no había nada que no haría para apoyarla y volver a hacerla feliz.

28

NATALIE

Poco después de la emoción de la boda de Mikhail y Claire, llegó la alegría de la mañana de Navidad.

Era la segunda festividad de Maisie sin su padre. La segunda vez que yo llevaba sola la época festiva. A medida que los días se acercaban al momento favorito del año para Maisie —porque probablemente era la estación favorita de todos los niños—, me preocupaba cómo se alteraría cualquier sentido de las tradiciones al vivir aquí en casa de Sergei.

Parte de mis preocupaciones sobre él era que pudiera intentar que Maisie olvidara a Fitz. Hasta ahora, sin embargo, no lo había hecho. No intentó borrar ningún recuerdo de mi difunto esposo cuando puse una foto familiar en la habitación de Maisie. Lo oí responder vagamente cuando Maisie hablaba de su padre. Sergei nunca intentó cortar el tema. Claro que no mencionó que sabía perfectamente cómo había muerto Fitz. En cambio, fue gentil y paciente, escuchando a mi hija mientras ella mencionaba algo sobre el hombre que probablemente no recordaba bien debido a su edad.

La mañana de Navidad, no tenía idea de cómo transcurrirían las fiestas. En Nochebuena, tarde, llegó a los hombres la noticia de que

alguien había bombardeado uno de los restaurantes más exitosos de los Orlov. Una noticia sobria, sin duda. Claire estaba alterada, demostrando que ella también seguía luchando por tolerar su violencia.

Esta vez no eran *ellos* atacando a otros, sino siendo víctimas. Me preocupaba que personas normales como Claire o yo hubieran resultado heridas, tal vez cenando en ese restaurante de lujo durante las fiestas. Y ni siquiera era un sitio de operaciones ilegales. No era un "ataque" ni una redada de drogas. Era un ataque a un negocio por lo demás "normal".

Por eso, Sergei se había ido, ocupándose del desastre con Mikhail, Andre y Roman, además de innumerables otros hombres de los Orlov.

En casa, Claire y Anya me ayudaron a mantener el ambiente festivo con Maisie. Un par de cocineros, personajes animados, también se unieron a la diversión de abrir regalos. Aunque Maisie estaba mimada con regalos de toda la familia, me alegraba haber usado *mi* dinero para sus regalos también. Eso aliviaba la molestia de dejar que Sergei pagara tanto.

Él me regaló un coche, que me costó aceptar. Por un lado, era demasiado, muy caro. Por otro, desafiaba la imagen de que debía odiarle. Regalarme un coche era como decir: *oye, aquí tienes un medio para huir de nuevo, si quieres*. Casi como si me estuviera provocando con mi voluntad y mi deseo renuente de quedarme.

Pero el día después de Navidad, mientras Maisie jugaba con sus cosas nuevas, Sergei volvió a casa y se acercó a mí.

—Tenemos que empezar a hacer las maletas.

Arqueé las cejas. Desde que me salvó la noche que me fui, apenas habíamos intercambiado palabras. Sabía que esperaba que yo fuera a él y mostrara interés en conversar, pero esto era distinto.

—¿Hacer las maletas?

Asintió e indicó que le siguiera a mi habitación, adonde me dirigía con una cesta de ropa sucia. Fruncí el ceño mientras ponía su mano en mi espalda baja y me guiaba allí, observando cómo cerraba la puerta.

—No quiero que Maisie lo oiga y se alarme.

Parpadeé, sabiendo que eso significaba que debía mantener la calma. Pero agradecí que tuviera cuidado con lo que ella oía o veía. Todos los Orlov eran así de cuidadosos.

—¿Qué ha pasado? —tragué saliva, odiando que se avecinara más peligro.

—Esta mañana enviaron una bomba al edificio de Mikhail. El equipo de seguridad la interceptó. Nadie ha resultado herido.

Mi mandíbula cayó mientras soltaba la cesta de ropa. Cayó sobre la cama y se inclinó.

Sin inmutarse, se inclinó y la enderezó.

Claire acababa de casarse. Estaba embarazada. Su vulnerabilidad me hacía ser sobreprotectora ante cualquier peligro cerca de ella. Y de Anya también. Tenía un futuro tan brillante por delante.

—Los Giovanni están intensificando sus amenazas —continuó—, y sería prudente tomar distancia durante un tiempo. Solo mientras Mikhail ordena implementar medidas de seguridad adicionales, concretamente con más cámaras en todas las propiedades de esta manzana.

Asentí vagamente, dispuesta a cualquier cosa para mantener a salvo a mis nuevos amigos. Cualquier cosa para mantener a salvo a Maisie y a mí también.

Y a ti.

No quería que este hombre muriera. No podía soportar la idea de perder a Sergei mientras dejaba que mi ira hacia él se desvanecía.

Sin embargo, una vocecilla persistente en el fondo de mi mente me recordaba que solo me sentía en peligro por su culpa. Estaba claro ahora que aquellos hombres de los Popov me habían atacado la segunda vez por mi relación con este implacable ejecutor. El primer susto en la calle no había sido más que casualidad. Pero ahora, siempre tendría que aceptar que estar cerca de esta familia implicaba más riesgos inherentes.

Hicimos las maletas y partimos hacia un lugar frente a la playa en el sur, otra propiedad de los Orlov. Maisie estaba entusiasmada con las vacaciones, más aún porque Anya vino a la villa con nosotras en lugar de ir con su padre y Claire. Ella pensó que así podrían tener una luna de miel, y yo estaba más que contenta de tener su ayuda con Maisie.

Me odiaba por querer estar agradecida a Sergei por su protección, pero no podía negar que el cambio de escenario —a un lugar tropical que nunca hubiera imaginado visitar por mi cuenta— parecía exactamente lo que necesitaba.

Nos instalamos y nos relajamos. Incluso Sergei parecía capaz de bajar la guardia, lejos del caos de Nueva York. Con esta perspectiva diferente, y el cambio de ubicación, sentí que podía vislumbrar mejor al hombre que era.

No al asesino.

Al verlo en la piscina privada o caminando en la playa sin camisa, podía sentir con más claridad el toque fantasma de su boca y sus manos en *mi* piel desnuda.

Y sin el recordatorio constante de que me había asfixiado y huido aquella noche, caí más y más bajo el hechizo que todavía me atraía hacia él.

En contra de toda razón, me acerqué a él una noche después de comprobar que Anya y Maisie estaban cómodas en el gran salón de la primera planta, profundamente dormidas mientras una película se

reproducía en silencio. Un día entero nadando y jugando en la playa nos había agotado a todos, pero yo estaba demasiado nerviosa para descansar.

Me dirigí al balcón donde a Sergei le gustaba contemplar el océano. Estaba allí, una masa sólida de músculos y poder letal, apoyando los antebrazos en la barandilla. La oscuridad se extendía más allá, y el ritmo del oleaje rompiendo en la orilla contribuía al ambiente de otro mundo que era otra señal de que no estábamos en Nueva York. Estábamos lejos de la violencia y del abismo que se abría entre nosotros.

Inclinó la cabeza hacia un lado pero no se volvió del todo hacia mí. Por supuesto, detectaría mi aproximación. No se le escapaba nada de su entorno.

—Estaba hablando con Claire antes —dije, buscando cualquier excusa para romper el hielo.

Se giró, enfrentándome completamente mientras apoyaba las caderas en la barandilla. —¿Sí?

Seguí acercándome, dudando de mí misma con cada paso pero odiando lo mucho que le echaba de menos.

—Dijo que Mikhail cree que podrían volver a casa mañana —añadí. Parecía que una semana fuera era tiempo suficiente.

Asintió. —Lo sé.

Me detuve a un brazo de distancia y asentí. *Vaya, claro que lo sabe.* —¿Entonces nosotros también nos iremos?

Se encogió de hombros y me echó un vistazo lento. —Si quieres.

—¿Quieres decir si Maisie quiere? —pregunté bromeando.

—Tú eres su madre. Es tu elección si quieres complacer sus deseos.

Arqueé las cejas. Había estado bajo la ilusión de que todo dependía de él. Pero al recordar la distancia que había puesto entre nosotros,

supe que estaba equivocada. No era *tan* autoritario. Si lo fuera, no me habría aguantado con mi frialdad durante las últimas semanas.

—Podemos quedarnos o irnos. Noto que ella parece estar disfrutando aquí. Anya también.

—Es diferente estar aquí.

—¿Estás disfrutando? —preguntó.

Era lo más que me había preguntado —directamente— en semanas. Quizás este cambio temporal de escenario lo estaba volviendo más audaz que la tranquila paciencia que había adoptado.

Suspiré. —Sí. Pero echo de menos—

—¿A tu marido? ¿Le echas de menos y me odiarás para siempre por su muerte?

Sacudí la cabeza. Luego asentí. Terminé con una mueca. —Siempre le echaré de menos. Es parte de mi pasado. Aunque odio que lleves una vida tan violenta, entiendo que su muerte fue una desafortunada casualidad aquella noche. —Me aclaré la garganta, que ya estaba obstruida por demasiada emoción.

No era la tristeza por la muerte de Fitz lo que me afectaba.

Era la enormidad de perdonar a este hombre.

Era la profundidad del dolor de corazón con el que luchaba al querer amar a este asesino.

No necesitaba oír nada más. Vio cómo luchaba por dar este paso y asumir mi reacción ante la horrible conexión entre los hombres de mi vida. Extendió la mano y enroscó los dedos alrededor de mi muñeca, manteniéndome cerca.

—Iba a decir que echo de menos cómo me ayudaste a seguir adelante.

Me aclaré la garganta, decidida a decir todo lo que tenía en el pecho. Contra toda lógica, dejé que me acercara más.

—Echo de menos…

¿Por qué tiene que ser tan difícil?

Me levantó la barbilla con suavidad, instándome a mirarle. En cuanto lo hice, en cuanto clavé la vista en sus ojos azul oscuro, exhalé un suspiro entrecortado.

—Te echo de menos —susurré, odiando cómo me rendía ante este hombre.

Sin mediar palabra, inclinó la cabeza hacia la mía y buscó mis labios. Besándome con ternura, me demostró lo innecesario que era echarlo de menos cuando estaba allí mismo. Se apartó para escudriñar mi rostro en busca de una señal sobre cómo proceder. Lo que vio le indicó que repitiera el gesto. De nuevo me besó, sustituyendo la delicadeza por una fuerza brutal. Un hambre desesperada.

Dios mío.

Ay, Dios mío.

Por favor.

Por favor, Sergei.

Luchando contra la oleada de emoción que amenazaba con desbordarme, me aferré a él y seguí su ritmo. Me besó, acunando mi rostro y rodeándome con sus brazos. Me agarró el culo, empujando mis caderas hacia las suyas para demostrar cuánto me había echado de menos también. Deslizó los labios hacia mis pechos, provocando mis pezones a través de la fina tela de mi camisón. Mientras me dejaba llevar por la emoción de su presencia física, demostrándome que ya no tenía que añorarle, dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos ante la presión creciente entre mis piernas.

—Solo tenías que pedírmelo —gruñó con voz ronca mientras bajaba mi camisón. Se prendió a mi pezón, arrancándome un grito de placer mientras me llevaba a la chaise longue más cercana.

Se tumbó conmigo, frotando mi entrada y untando mi excitación. —Solo tenías que decírmelo.

Asentí, echándome hacia atrás mientras él arremangaba mi camisón y lo subía más.

—Esperaría eternamente a que volvieras a mí, Natalie —Se inclinó, llevando su boca a mi coño y gimiendo como un animal famélico mientras se deleitaba conmigo. Su lengua. Sus dientes. Sus labios y la dulce, ardiente succión de su boca chupando mi clítoris. Era demasiado para resistir, y en segundos abandoné la lucha y restregué mi entrepierna contra su cara, dejándome llevar por el intenso orgasmo.

—Soy tuyo, Natalie —gruñó al dejar de lamerme y sorber mis fluidos —. Como quieras tenerme. Como me desees. Soy *tuyo*.

Abrí las piernas y extendí los brazos para atraerlo hacia mí. Se bajó los pantalones, y su polla larga y dura sobresalió. Apuntándome. Aquella gota de líquido preseminal en la punta se burlaba de mí, pero dudaba que pudiéramos aguantar más preliminares. Ya íbamos con prisa en este reencuentro bajo las estrellas tropicales que brillaban sobre nosotros.

Esta vez.

Esta vez podemos correr.

Pero la próxima podríamos ir despacio.

Teníamos el resto de nuestras vidas para esto, y me sentía segura con la certeza de que no lo perdería. Tampoco me perdería en el pasado, así que podía abrazarle.

Alineó su polla con mi entrada, y yo atraje su cabeza hacia la mía. Besarle me dio un sabor a mí misma y, como otras veces, solo sirvió

para avivar mi deseo. Aún sintiendo las oleadas de placer del primer clímax que me había regalado, gimí y me retorcí bajo él mientras me follaba.

Duro. Rápido. Sin duda.

Interrumpió el beso para mirarme a los ojos, como si quisiera grabarlo en la memoria.

—Te echaba de menos —dijo, respondiendo por fin a mi comentario —. Echaba de menos esto.

Asentí débilmente, ya tan cerca de otro orgasmo, y gemí ante la intensidad de la tensión que quería estallar.

—Correte para mí, Natalie. Vuelve a ser mía y corréte para mí.

—Quiero… —jadeé, respirando tan fuerte que pensar, y mucho menos hablar, resultaba difícil.

—Correte para mí —suplicó antes de besarme con fuerza.

Bajo el calor de su boca sobre la mía, su cuerpo grande y duro inmovilizándome contra el cojín, me rendí. Él también lo hizo, corriéndose conmigo mientras ahogaba mi grito de placer con sus labios sellados en un beso castigador y posesivo.

Su polla se agitó y tembló tan profundamente dentro de mí. El calor se disparó en mi interior e inundó mi vientre, que se contraía con la intensidad del orgasmo. Apretándolo mientras sacaba su gran polla y volvía a empujarla, sentí una satisfacción primal al ordeñarlo hasta dejarlo seco, demostrando lo que no llegué a decir.

Quería *a él*.

Ahora. Así. Drogándome con sexo ardiente. Dejándome relajada y somnolienta tras una buena follada dura.

Pero mientras yacíamos juntos, demasiado agotados y sin fuerzas para movernos mientras recuperábamos el aliento, comprendí que

era la simpleza de sus fuertes brazos envolviéndome lo que realmente calmaba la preocupación y ansiedad en mi mente.

Que Sergei me abrazara era todo lo que necesitaba.

Solo tenía que tener fe para arriesgarme a abrirle mi corazón de nuevo.

29

SERGEI

Como cuando Natalie y yo hicimos el amor por primera vez, ella no quiso quedarse después. Esperaba que se arrepintiera y se retirara, dada la cantidad de tiempo que había estado evitándome.

Y me esforcé por no tomármelo como algo personal.

Todavía se estaba adaptando.

Seguía siendo asustadiza, pero de un modo nuevo—asustadiza de *mí*.

Sin embargo, por la mañana, cuando la encontré mirando desde el balcón de su habitación, viendo a Maisie y Anya jugar en la arena de la playa, me dirigí hacia ella para tantear el terreno. Para ver cómo se sentía conmigo hoy. Si echarme de menos se convertiría en un tema recurrente entre nosotros.

—Buenos días —dije tras atravesar su habitación y encontrarla en el espacio exterior. Se apoyaba contra la media pared, mirando al horizonte.

Se volvió y me observó de arriba abajo. —Buenos días —respondió.

No detecté frialdad en su saludo, así que aproveché para quedarme a su lado y ver el amanecer.

—¿Dormiste bien? —pregunté, por falta de algo mejor que decir.

Estaba decidido a seguir avanzando. La noche anterior parecía más un sueño que realidad. Un producto de mi imaginación. Habíamos estado juntos en el calor del momento, así que ahora esto se sentía como una prueba.

¿Volvemos a que me odies?

¿O es otra cosa?

—No —dio media vuelta, enfrentándose a mí, y estiró la mano hacia mi polla. Sin previo aviso, sin preámbulos, deslizó su mano bajo mis pantalones y rodeó mi miembro con sus dedos. No estaba duro cuando salí aquí, pero al primer contacto de su mano, gruñí ante la oleada de deseo que me invadió. La súbita corriente de sangre que bajó para ponerme rígido y anhelando su cuerpo.

—No podía dejar de pensar en devolverte el favor que me hiciste anoche —admitió sin rodeos.

De nuevo, sin avisar, me bajó los pantalones. La media pared lo ocultaba todo. Nadie en la playa podía ver cómo se arrodillaba y tomaba la cabeza de mi polla entre sus cálidos labios.

—*Joder* —gruñí ante la inmediata oleada de lujuria y necesidad que provocó. Me agarré al borde de la pared para mantenerme firme. Mientras la veía chuparme con avidez, puse mi mano libre en su nuca. Empujándola más rápido—parecía que se mojaba más y gemía más fuerte cuando era exigente así. Metiéndome más en su boca—porque había confesado lo mucho que le excitaba cuando no podíamos saciarnos el uno del otro.

—No hace falta devolver favores —le dije, sacándomela justo antes de correrme en su garganta.

Hizo un mohín, mirándome con decepción. Saliva y mi líquido preseminal brillaban en sus labios. Respiró rápidamente mientras recuperaba el aliento. Con el pelo tan revuelto por mi mano en su cabeza, parecía salvaje.

Para mí.

Para esto.

—Porque voy a querer comerme ese coño dulce una y otra vez —agachándome para animarla a tumbarse, me arrastré sobre ella en el suelo de baldosas. Tirar de su falda resolvió el problema de que se escondiera de mí, y en segundos la estaba follando con mi lengua y saboreando cada gemido lascivo y jadeo que me regalaba.

—Nunca me cansaré de esto —le dije mientras ella se corría. Sus muslos temblaban mientras besaba su camino hacia arriba por su estómago. —Nunca me cansaré de ti.

Cerniéndome sobre ella, dejé que fuera ella la impaciente que alineara mi polla con su cuerpo.

—Fóllame, Sergei —suplicó. —Antes de que vuelva alguien. Por favor. Fóllame—

La silencié con un beso brusco e hice lo que deseaba.

Más tarde, cuando Maisie dormía la siesta y Anya había salido de compras, finalmente conseguí llevar a Natalie a la cama, donde pudimos repetir la pasión que se desbocaba. La afirmación de que la ausencia aviva el deseo parecía jodidamente cierta en nuestro caso. Las semanas que había guardado rencor contra mí y se había negado a ser algo más que una compañera de piso civilizada nos habían preparado para sufrir tanta tensión sexual.

Todo explotaba ahora.

Pero cuando la visité en mitad de la noche, una vez todos dormían, para follarla en la ducha porque allí la encontré, supe que esto no era solo sexo.

Me suplicó que me la follara. Y sí, el desahogo físico fue un excelente medio para que volviéramos a conectarnos, pero fue más que eso. Se sintió como mucho más.

No sabía decir si era porque la echaba de menos y veía un futuro con ella que ella quería retrasar o qué.

Te quiero.

Ese fue el hecho que me hizo enfocar. Era la revelación que guardé para mí. Al darme cuenta de que todo parecía más nítido, más brillante y de algún modo perfecto, dejé de negar lo obvio.

Amaba a Natalie Hayes.

Amaba a esta mujer fuerte, con todos sus defectos y su gran corazón.

Sin embargo, cuando salimos de la villa y volvimos a mi ático, pareció que la magia de estar fuera apagó su interés por mí. Aunque no se mostró tan fría y distante como antes, mantuvo cierta distancia y recelo hacia mí. Casi como si hubiera tenido un lapsus de juicio estando fuera de su rutina habitual, pero ahora que estábamos de vuelta en casa, recordó que no debía ponérmelo fácil.

Te esperaré.

Tendré paciencia, Natalie.

Porque lo digo en serio. Jamás me cansaré de ti.

Aunque estaba dispuesto a admitir que la amaba, a confesar lo mucho que significaba para mí, le daría espacio y tiempo hasta que estuviera preparada para aceptar esa verdad.

Volver a casa trajo otro obstáculo, otro impedimento para ser libre de cortejar a Natalie en mi propio terreno. Como tal, se esperaba que asistiera a reuniones y cumpliera con el estándar de poner de mi parte para proteger a la familia.

—Estoy hasta los cojones de que Niko Popov crea que puede joderme —refunfuñó Mikhail desde su despacho mientras me reunía con él, Andre y Roman, además de algunos otros.

—Que puede joderte —mi tío me lanzó una mirada severa—. Ni siquiera creo que les importara quién era Natalie cuando intentaron secuestrarla y traficarla a ella y a Maisie. Pero como has reclamado tus derechos sobre ella, está empeñado en atacar.

Negué con la cabeza. —No se va. Estará segura aquí.

Mientras los cazo a todos. Lo haría. No permitiría que nadie les hiciera daño.

—Y Giovanni se está convirtiendo en un incordio mayor —comentó Andre con ironía.

—¿Sigue espiando los movimientos de nuestros traficantes? —aventuró Roman.

Andre asintió y parecía dispuesto a responder cuando Mikhail, frustrado, golpeó el escritorio con el puño. Su hijo ni se inmutó, acostumbrado a sus infrecuentes arranques de irritación y a que golpeara algo en un arrebato.

—Una cosa es llamaros porque estoy harto de que las cosas se nos escapen de las manos —dijo—. Pero esto tiene que parar.

Andre se levantó, suspirando mientras se alisaba la camisa. —Seguiré con lo de Giovanni. No ganarán ni podrán competir con nosotros por mucho tiempo.

Tras marcharse, hablando por teléfono y dando órdenes a sus hombres, Roman me miró. —¿Y Natalie y Maisie? —preguntó.

—Podrías casarte con ella —propuso Mikhail—. Eso demostraría al mundo que es tuya y que cualquiera que la ataque pagará diez veces más.

Sacudí la cabeza, sobresaltado al pensar en tenerla otra vez bajo mí. —No me casaré con ella así.

—¿Qué, quieres que esté enamorada? —mi tío se burló—. A la mierda. Primero necesita seguir viva, ¿no?

Durante mucho tiempo, no le importó un carajo el amor o las emociones "blandas". Su primera esposa, de un matrimonio arreglado, lo odiaba y nunca estaba presente excepto para quedarse embarazada y dar a luz a Andre y Anya. Las opiniones de Mikhail sobre el amor estaban distorsionadas, pero desde que conoció y se casó con Claire, parecía que se arriesgaba a ser más blando. Más débil.

—Habrá tiempo para que te conozca y te quiera después, Sergei —se frotó la cara—. Pero ante la situación de que nuestros enemigos intenten usarla para distraernos, es mejor ir un paso por delante. Eliminar ese posible golpe. Cásate con ella, ámala cuando esté preparada para perdonarte. Si la ven como tu esposa, lo pensarán dos veces antes de intentar atacarla.

—Estoy... trabajando en ello —fue la mejor respuesta que se me ocurrió en ese momento.

Me negaba a presionarla, pero con su advertencia cruda, me pregunté si alguna vez estaría preparada para abrirse a mí y aceptarme como su marido. Especialmente con el historial de cómo maté al primero.

Roman se quedó para hablar con Mikhail sobre algo que supervisaba para él, y yo me retiré. En lugar de marcharme a ocuparme de asuntos, volví hacia mi edificio, deseoso de ver a Natalie. De comprobar cómo estaba Maisie.

Llegué a mi edificio y me di cuenta de que había estado ensimismado, soñando despierto con un futuro y siendo una familia con ellas durante todo el trayecto de vuelta.

Me estremeció pensar que pudiera ser tan vulnerable por amor, tan distraído, y juré no perder mi ventaja ni arriesgarme a perderlas antes de que pudiera empezar el resto de nuestras vidas.

¿Solo te permites disfrutar de algo físico conmigo, Natalie? ¿Como si fuera tu juguete sexual?

¿O alguna vez te casarías conmigo?

¿Y me amarías como yo te amo a ti?

30

NATALIE

Aunque había dejado la habitación de Sergei hacía horas, tarde por la noche después de ir a su encuentro para que me volviera loca con tres orgasmos antes de tener el suyo, me tentó la idea de buscarlo de nuevo en cuanto me desperté. La mañana amaneció tan silenciosa en mi habitación. La cama se sentía como un vasto mar de espacio, fría al tacto a mi lado. La soledad se coló en mí mientras parpadeaba y despertaba por completo.

Después de una noche tan apasionada de sexo intenso e intimidad con ese hombre rudo del que no podía saciarme y con el que no quería tener nada que ver, sentía que me faltaba algo... más.

Porque tienes demasiado miedo de algo más.

Estás demasiado nerviosa para confiar en él.

No, estaba demasiado nerviosa para confiar en mí misma. Me había involucrado con Sergei porque había puesto una zanahoria delante de mí —el encanto de la seguridad. Esa era una zanahoria que no podía resistir. Luego, una vez que cedimos, me tentó para desear más de sus perversos besos y toques sensuales. Me provocó a anhelar cada susurro ronco de alabanza y cada exigencia testaruda y autoritaria.

Tenía miedo de volver a involucrarme demasiado. De que por desearlo tanto, perdiera toda lógica y no fuera inteligente al quedarme aquí o al valorar sus acciones con sabiduría.

Pero no era que nos fuéramos. Me dio un coche. Todavía no había liberado mi apartamento. Aunque ambos detalles me parecían una broma. Con cada día que Maisie y yo vivíamos con él, más se encariñaba con él.

Y con cada día y noche que pasa, más deseo estar apegada a él.

No era solo el sexo. Físicamente, me completaba. Sentir que me llenaba y embestía dentro de mí me hacía sentir como la mujer más afortunada y satisfecha del mundo. Cada vez que nos uníamos, se aseguraba de que quedara completamente complacida.

Sin embargo, cada vez después de rendirnos el uno al otro, me quedaba la persistente sensación de desear que pudiéramos compartir más.

Mimos.

Conversaciones íntimas en la cama.

Cogernos de la mano.

Cuanto más volvía a dejar que fuera el dueño de mi cuerpo, más me preguntaba cómo sería abrazar todo lo que él podría ser.

Mi hombre. Mi protector. Mi héroe. Mi amante.

¿Mi marido?

Retrocediendo ante la aversión instantánea de tener que usar esa etiqueta con alguien que no era Fitz, suspiré y supe que necesitaba seguir adelante. Mirar hacia adelante de verdad.

No era solo a mí a quien estaba cambiando. Maisie también se veía afectada. No había forma de ocultar cuánto le gustaba, cuánto disfrutaba estar cerca de él.

Sergei podría ser su padre.

Tragué saliva para pasar el nudo emocional que se me atascó en la garganta. Pensarlo así sonaba demasiado cruel, como un desprecio de mal gusto a la memoria de Fitz, un insulto hacia él que considerara dejar que su asesino lo reemplazara.

No sería así. Me reprendí para no hacer que esto fuera sobre mí. Maisie necesitaba un padre. Necesitaba más apoyo que solo yo. Sería egoísta y mezquino de mi parte privarla de tener otro padre por mi incapacidad para perdonar, olvidar y seguir adelante completamente.

Sus pasos sonaron más cerca mientras se acercaba a mi habitación, el sonido llegaba claro por la pequeña rendija de mi puerta entreabierta. Para ser un hombre tan grande y fuerte, tenía una habilidad sigilosa para acercarse sin hacer mucho ruido. Me incorporé sobre las almohadas, observando cómo entraba y cerraba la puerta tras de sí.

Una sonrisa lenta y sensual le elevó los labios al verme.

Solo habían pasado unas horas, y ya me echaba de menos.

Yo también.

No solo por sentir su polla tan dentro de mí y estirarme hasta hacerme añicos. No solo por experimentar la magia de sus dedos y su boca en mi clítoris.

Echaba de menos *a él*.

Echaba de menos despertarme con un hombre y acurrucarme perezosamente.

Echaba de menos saber que mi hombre estaría allí para mí y que valoraría nuestro tiempo juntos.

Basta. Deja de proyectar en él lo que sentías con Fitz.

Sergei era un implacable y ocupado mafioso. No tenía tiempo para arrumacos ni para holgazanear conmigo.

—¿Qué te pasa?

Maldita sea. Era demasiado bueno leyéndome. O quizá yo era demasiado expresiva. Claire tenía esa misma habilidad para adivinar mis estados de ánimo y pensamientos.

—Supongo que me siento un poco sola —me encogí de hombros.

—Eso no puede ser —se unió a mí en la cama, metiéndose bajo las sábanas y dejándome sentir el calor de su cuerpo duro contra el mío —. No deberías haberte ido anoche si al final ibas a sentirte sola aquí.

Cerré los ojos mientras besaba mi cuello tras esa provocación. Sabía que ambos estábamos de acuerdo en ocultar nuestra relación delante de Maisie. No tenía ni idea de cómo —ni cuándo o si— decirle que podía dejar de llamarle "señor".

Aunque me estaba tocando sin perder tiempo para que jugueteáramos, optando por la vía fácil de la conexión física, percibí la preocupación sincera en su tono.

Le importaba.

No le gustaba la idea de que me sintiera sola.

No creía que hubiera dejado de importarle en ningún momento. Quizá desde la primera vez que lo vi en el Diamond Mirage.

Le importo porque no es el villano.

Le importo porque quiere lo mejor para mí, no para él.

Le importo porque...

Inspiré temblorosamente.

Le importo porque es exactamente el tipo de hombre al que quiero amar.

El tipo de hombre que podría amarme.

El hombre al que sí *amo.*

Pensarlo para mis adentros era una cosa. Pero confesarlo en voz alta era un reto completamente distinto.

No podía. No ahora. Todavía no. No sabía cómo admitir que amaba a este hombre. Juré no perdonar jamás al asesino de mi marido. No quería pasar por alto la implicación de Sergei en la muerte de Fitz. Pero las contradicciones sobre quién era me carcomían.

Podía ser tan controlador y dominante como amante, asegurándose de que siempre estuviera cuidada.

No malvado ni deseándome daño como un asesino despiadado.

No es tierno ni delicado.

No como Fitz.

Nunca tuve que preguntarme qué esperar de mi difunto marido, pero arriesgarme con mis sentimientos por Sergei era como estar atrapada en una montaña rusa, sin forma de saber qué pasaría después.

Basta.

Deja de compararlo con Fitz.

Deja de buscar lo que tenías antes.

Pasa página.

No te tortures comparándolos.

—¿Mamá?

La voz de Maisie sonó desde fuera de la puerta de mi dormitorio.

Sergei se quedó paralizado, sus dedos y labios deteniéndose.

—¿Mamá? Ya no puedo dormir.

Gimió levemente, demasiado bajo para que ella lo oyera. Entonces, antes de que pudiera abrir la puerta y encontrarnos juntos en la cama, se incorporó sobre mí, me besó la frente y se escabulló para esconderse en mi cuarto de baño.

Me quedé tumbada, dejando que mi corazón se calmara tras los preliminares que había iniciado. Nunca importaba cuánto jugueteáramos ni lo que hiciera. Tenía la habilidad única de acelerar mi corazón y humedecer mi coño.

Tras aclararme la garganta, la llamé. —Vale, yo también estoy despierta, cariño.

Pestañeé, intentando disipar la decepción de no poder hacer venir a Sergei conmigo.

Y cuando Maisie abrió la puerta y me sonrió, suspiré con un secreto alivio de que me libraba de tener que pensar en ese momento. Me salvaba de luchar contra el deseo y el amor por el hombre que estaba convencida de que no debía querer.

No quiero jugar. Ni conmigo ni con él.

—Ven aquí —le dije a Maisie con suavidad, dejando que se subiera a la cama para acurrucarse conmigo.

Al verla acercarse, supe que debía estar segura de mis acciones e intenciones también en lo que a ella respectaba. Si no podía desprenderme de esta culpa por querer al asesino de Fitz, no estaba preparada para empezar a introducir la idea de que pudiéramos ser una familia con el hombre peligroso pero amoroso escondido en mi baño.

Hablar con Maisie la fue adormeciendo, y mientras acariciaba su pelo, se durmió en un instante. Me aclaré la garganta suavemente y Sergei salió del baño.

Nos sonrió en la cama mientras se acercaba para besar la coronilla de Maisie y luego la mía. El cariño y el amor brillaban en sus tormentosos ojos azules, pero cuando salió de la habitación, no pude evitar pensar que su leve sonrisa parecía forzada.

Como si anticipara que jamás podríamos ser una familia.

31

SERGEI

Se acercaba el Año Nuevo, y me resultaba difícil no ver el cambio de un año a otro con optimismo.

—No tienes que venir —dijo Roman mientras discutíamos los planes para la última noche del año.

Normalmente, nos reuníamos todos en la propiedad cerca de Times Square para celebrarlo. Esta vez, las cosas eran diferentes. Claire estaba embarazada. Mikhail se había casado. Y yo tenía a Natalie y Maisie en casa. Era fácil ver que seguíamos siendo la misma vieja Familia Orlov, una organización llena de hombres fuertes, pero también nos estábamos volviendo más familiares, si eso tenía sentido.

—Dejaré que Natalie decida —le dije a mi hermano.

Hasta entonces estábamos indecisos sobre asistir a la fiesta. Maisie estaba emocionadísima por participar en la gran caída de la bola—sin tener que verla por televisión. Ella y Anya ya planeaban sus vestidos.

Natalie parecía ansiosa por la oportunidad de vivir algo nuevo. No era muy de fiestas, más bien tímida y hogareña, algo que me

encantaba de ella. Pero tenía la corazonada de que la tentaba hacer algo diferente. Me había contado que Fitz siempre tenía sus tradiciones, pequeñas cosas que hacían en casa como la cena especial y los juegos. Quizás sus ganas de arreglarse y salir conmigo eran un esfuerzo consciente por romper con el pasado.

Le había dicho que dependía de ella. Estaría encantado de quedarme en casa con ella y Maisie mientras mi familia salía. Sin embargo, no quería que pensara que me entrometía en sus viejas tradiciones navideñas.

—Deberíamos ir —dijo antes de humedecerse los labios—. Probablemente sea más seguro estar todos juntos que separados, ¿verdad?

Asentí, pero mi mirada descendió hacia sus nalgas mientras empezaba a ponerse el vestido.

—¿Sergei?

Cerré de una patada la puerta de su habitación y me acerqué a ella.

—¡Sergei! —soltó una risita, negando con la cabeza ante mi reflejo en el espejo.

Ya estaba sacándomela, avanzando hacia ella y bajándole las bragas y el vestido hasta las rodillas—. ¿Qué tal una rapidita? La última del año.

Ella suspiró, arqueando la espalda y empujando su culo hacia mí—. ¿Eso significa que no querrás rapiditas el próximo año?

Voy a quererlo todo.

Cada día de cada año.

Sin embargo, las palabras se quedaron en mi garganta, y cumplí mi promesa de velocidad, follándola fuerte y rápido por detrás mientras ambos nos mirábamos en el espejo.

Llegamos solo veinte minutos tarde a la fiesta, y esa coincidencia fue el principio del fin.

Tras aparcar en la entrada privada, ayudé a Natalie a salir.

Nos quedamos de pie, pero la mantuve cerca para susurrarle al oído.

—Empezaremos con la primera rapidita del año en cuanto caiga la bola.

Ella sonrió pícaramente, volviéndose para ver cómo George ayudaba a Maisie a salir del coche.

—Porque verte con este cacharrito... —toqué el borde de la manga corta de su vestido plateado, ceñido y seductor—. Joder, Natalie. *Joder*. *Joder*.

—Encantada —respondió en un susurro, poniéndose de puntillas en la muestra de afecto pública más atrevida que nos habíamos permitido hasta entonces.

Pero cuando Maisie salió del coche, sonriendo como una princesa y observando los edificios de Times Square que nos rodeaban, tuve que prestarle atención.

—Solo hasta medianoche —le recordé juguetonamente—. Luego, a la cama.

—¡Como la Cenicienta en el baile! —asintió alegremente.

Sin embargo, no llegamos a medianoche.

Ni siquiera entramos en el edificio.

Explotó una bomba de humo, luego otra y otra, todas rodando bajo los coches y sumiéndonos en una confusa neblina.

—¡Mami! —gritó asustada por la nubosidad.

—¡Maisie! Maisie, ¿dónde estás? —chilló Natalie de inmediato, con voz llena de pánico. Me agarraba la mano, con los dedos como una

tenaza mientras yo la arrastraba hacia mí mientras luchábamos por encontrarnos.

Guardias y soldados gritaban órdenes de tirarse al suelo. Natalie y yo llamábamos a Maisie. Roman, Andre y Mikhail ya estaban arriba con Claire y Anya.

—Protegedla. ¡Protegedla ahora! —ordené mientras mantenía a Natalie cerca.

Se oyeron disparos mezclados con el alboroto. Natalie y Maisie gritaron. Pero, limitados a tientas para volver al coche, nos separamos. Un guardia roció la nube con agua del edificio, dispersando parte de la bruma.

No necesitaba verlo todo para saber que el miedo que me desgarraba el corazón era justificado.

—¡Sergei!

Giré la cabeza hacia uno de los soldados recién reclutados.

—George está con ella. ¡Se la han llevado al este!

—¡Joder! —Retrocedí apresuradamente hasta chocar con alguien.

—¿Sergei?

Era Roman. Debían de haber sido alertados.

Parpadeando rápidamente y esforzándome por ver, empujé a Natalie hacia él y agarré mi pistola—. Vete. Métela dentro y mantenla a salvo. Voy tras ellos.

No esperé. No podía. Juré por mi vida que mantendría a salvo a esa preciosa niña, no solo por su madre sino por mí mismo. Amaba a ambas, madre e hija, contando los días hasta que estallaría y preguntaría si podíamos ser una familia completa.

Nada me impediría correr hacia donde se habían llevado a Maisie. Dos soldados salieron disparados conmigo, sus pies golpeando el

asfalto al unísono mientras comenzábamos la cacería.

Registrando el callejón, llegamos demasiado tarde para salvarla. Corrimos por el estrecho camino, viendo a los Popov a lo lejos intentando separar a George de ella. Lo habían capturado con ella, a punta de pistola, pero antes de que pudieran meterlos en el todoterreno y marcharse, él luchó como un demonio para que la soltaran.

No pensé. No necesitaba hacerlo. Confiando en el instinto de protegerla a ella y a mi mano derecha, levanté mi arma y disparé. Los dos soldados conmigo hicieron lo mismo. Abatimos a algunos Popov, pero eran demasiado rápidos. Había demasiados.

Vi cómo golpeaban a George con tanta fuerza que salió despedido contra el lateral del coche. Maisie gritó, viéndome a lo lejos y tendiéndome la mano pidiendo ayuda.

Apreté los dientes, disparando a los neumáticos para impedir que aceleraran. A los hombres que intentaban empujarlos al coche. Pero llegamos demasiado tarde. Eran demasiado rápidos.

Los conductores pisaron a fondo, escapando con chirridos de neumáticos antes incluso de cerrar la puerta trasera. Esta se abatió violentamente hasta cerrarse cuando el todoterreno tomó una curva cerrada.

—¡Joder! —Corrí hacia los hombres que habíamos disparado. Todos eran escoria Popov. Y todos estaban muertos. O lo estarían.

El soldado a mi derecha ordenó que trajeran un coche para perseguir el todoterreno. El de mi izquierda les preguntó adónde la llevaban. Pero no importaba. Estaban muertos, moribundos o eran demasiado estúpidos.

Los maté a todos sin piedad.

George tendría el móvil encendido.

Podía rastrearlo.

No *perdería* a Maisie.

Pero cuando llegó el coche y nos apiñamos dentro, desesperé ante lo inútil de esta persecución.

El tráfico estaba colapsado por el cierre de calles por la bola de fin de año.

Habían tirado el móvil de George por la ventanilla, acabando con el modo fácil de seguirlo.

Y por muy rápido que condujéramos y siguiéramos al todoterreno que los transportaba, nos engañaron con un vehículo señuelo que apareció y nos hizo seguir al equivocado demasiado tiempo.

La habían secuestrado. En una noche ajetreada, cuando yo estaba tan estúpidamente distraído pensando en el futuro, se habían llevado a la niña que consideraba mía.

Solo contesté al tío, que exigía novedades sobre dónde estábamos y si la habíamos encontrado.

—Los estamos cazando, jefe —respondió el conductor por el manos libres.

Yo estaba demasiado inmerso en una rabia furiosa para hablar. Ni siquiera para pensar con claridad. Como un mantra palpitante en mi cerebro, la necesidad de encontrar a Maisie y salvarla me mantenía alerta y listo para masacrar a cualquiera que se interpusiera.

—Tenemos a Natalie aquí, Sergei. La tenemos —dijo él.

Sabía que sí. Pero odiaba que tuviera que sufrir esta pesadilla.

—Desatad el puto infierno —ordenó, la ira clara en su tono tenso—. Desatad el puto infierno y matadlos a todos para recuperarla.

Asentí aunque no pudiera verme. Entrecerrando los ojos y dejando que la rabia sanguinaria me convirtiera en monstruo, no en hombre, sabía que lo haría. No necesitaba su bendición. No esperaba su

permiso. No me cuestionaría pese a no haber reclamado oficialmente a Natalie o a su hija. No llamaba para debatir.

Todos sabían que la amaba.

Sospechaba que Natalie también lo sabía, pero estaba demasiado asustada para admitirlo o aceptarlo.

Pero lo haría. Y le demostraría una vez más que incendiaría este puto mundo por ella y su hija solo para mantenerlas a salvo.

—Lo haré —le juré a mi tío, incapaz de respirar por la furia candente que me consumía.

Pase lo que pase, nadie se saldría con la suya tras arrebatarme lo que era mío.

Maisie era la niña que llamaría mi hija.

Natalie era la mujer con la que me casaría.

Tendríamos un año nuevo de bondad que recibir.

Tan pronto como rastreara esta ciudad y la devolviera a su angustiada madre.

32

NATALIE

Las explosiones estallaban en rápida sucesión. Fuera, en este lujoso ático, los vítores estallaban en un rugido. Las celebraciones continuaban mientras la bola del Times Square descendía, anunciando un nuevo año.

El reloj había dado la medianoche y toda la ciudad reaccionaba con júbilo.

Yo no.

Me sentaba entumecida y temblorosa en el sofá. Atrapada en un estado de pánico y terror, dejé que mi cuerpo se apagase.

Solo podía cerrar los ojos y temblar, con el corazón hecho añicos mientras suplicaba que no fuese verdad.

Se habían llevado a Maisie. A mi hija la habían arrebatado.

Allí estaba, con su bonito vestido navideño, sonriéndome emocionada un instante. Y al siguiente, desaparecida.

—Tráeme otra manta —ordenó Claire con calma, un sólido pilar de consuelo en esta crisis. Esto era lo que hacía, para lo que estaba entrenada como exmédica de urgencias.

No se había apartado de mi lado ni un momento, y no sabía si podría soportarlo si lo hacía. Agachada junto a mí, permanecía sentada con el brazo rodeándome.

Sentí que el sofá cedía y se elevaba al desplazarse el cojín. Anya había estado a mi otro lado en este espacio festivo del ático. Aunque no decía mucho, también estaba allí para mí. Se levantó para traer otra manta, casi como si estuviese deseando tener algo que hacer.

Yo no. Odiaba la angustia de saber que no podía hacer nada para ayudar a mi preciosa hija ahora.

La manta no se pedía porque tuviese frío. Estaba tan aturdida por el shock y el miedo que ni siquiera habría registrado si lo tenía. Flotaba en una densa niebla de horror que me impedía comprender qué hacía, sentía o pensaba.

Me habían traído aquí arriba y me desplomé en el sofá, intentando asimilar que la peor pesadilla de cualquier padre había ocurrido.

Se ha ido.

Solo un pensamiento rebotaba en mi cerebro, como una bala que golpeaba mi cráneo haciéndolo doler.

Se ha ido.

Se han llevado a mi niña.

Maisie ha desaparecido.

Hasta que eso cambiase, no podía reaccionar a nada. No podía reconocer nada más de lo que sentía, veía u oía.

Era incapaz de hacer otra cosa que no fuese enroscarme sobre mí misma y sollozar. Llorar y entrar en pánico mientras un segundo se convertía en otro. Mientras los minutos pasaban lentamente con mi hija aún en custodia de sus secuestradores.

—¿Cómo está? —preguntó Mikhail. Reconocí su voz. Estaba allí, paceando y ordenando a su organización de asesinos y espías que

recuperasen a mi hija. No para festejar y celebrar con su nueva esposa, sino como comandante de la operación.

Claire negó con la cabeza—. Está en shock.

—¿Necesita algo para eso? —preguntó.

Claire colocó la manta sobre mi espalda. Ya tenía una fina colcha sobre el regazo. No se apartó, acariciándome la espalda con su mano.

La presión era reconfortante, recordándome que no estaba sola en mi momento más oscuro. No me habían abandonado. Todos me protegían y me mantenían informada mientras trabajaban para recuperar a Maisie. Claire estaba allí para mí, pero no podía sentir más conexión con la realidad que esa.

Con esa realidad de que mi niña había desaparecido.

Así, sin más, me la habían arrebatado.

—Necesita que encuentren y traigan de vuelta a su hija —dijo Claire secamente.

—Me refería médicamente —replicó Mikhail—. ¿Hay algo que puedas hacer por ella médicamente?

—Un sedante, pero no creo que sea buena idea.

Negué con la cabeza, vagamente capaz de dar mi opinión—. No... nada de drogas. —Mi voz apenas funcionaba, tan ronca y áspera por los gritos y el llanto.

Mikhail se agachó para ponerse a mi altura—. La recuperaremos, Natalie. Nunca fanfarroneo ni hago promesas vacías que no puedo cumplir. *La* recuperaremos. Aguanta, ¿vale? —Me dio una palmadita en la rodilla. Parecía un gesto débil de compasión, pero este era un jefe mafioso. Un líder rudo de criminales.

—He estado en tu lugar —miraba a Anya con tristeza—. Sé que todo lo que diga, cualquier cosa que te digan, no importará. Pero es

verdad. Saldremos de esta, y recuperaremos a Maisie.

Sollocé, asintiendo, pero no estaba segura de si estaba aceptando la esperanza que quería que sintiese o si le creía. No descansaría hasta volver a ver a Maisie con mis propios ojos.

Me habían traído aquí arriba en cuanto Sergei salió disparado en dirección a los hombres que se la habían llevado.

No había esperado. Ni lo dudó ni un instante.

Salió corriendo, apresurándose para recuperarla.

Con ese recuerdo borroso reproduciéndose en mi mente, sabía que Mikhail no fanfarroneaba. Tenía a su letal ejecutor en el caso.

Todo había ocurrido tan rápido, en una bruma de miedo y shock, que no había podido reaccionar de otra forma que gritando por mi hija. En aquella niebla de humo que llenó el aire tan repentinamente, me había agarrado a Sergei para mantenerme en tierra. Él también me sujetó la mano, manteniéndome cerca. Pero extendí los brazos y palpé el aire buscándola en vano.

Una vez comprendí que la habían secuestrado, solo pude llorar y entrar en pánico, suplicando a cualquiera que me escuchara que me la devolviera.

La mitad del pánico era cómo me paralizaba el miedo. No quería estar más confundida e incapaz de pensar o sentir. —Nada de drogas, por favor—. No quería perder el ya débil control que tenía sobre la realidad. Esta presión asfixiante del terror ya era bastante difícil de sobrellevar.

—Odio no poder hacer nada— admití entre lágrimas mientras Mikhail se ponía de pie.

Lo único que servía era llorar y entrar en pánico porque mi peor pesadilla se había hecho realidad.

Lo único que podía hacer era rezar para que Sergei la encontrara. Que la salvara por mí.

—Le he fallado—.

Claire me abrazó con más fuerza. Anya volvió a sentarse y también me frotó la espalda. Ambas estaban tan angustiadas y allí presentes para consolarme. Pero nada me consolaría excepto ver a Sergei entrar en la habitación con mi hija ilesa en sus fuertes brazos.

—No es cierto— replicó Claire. —No le has fallado a nadie—.

—Se supone que debo mantenerla a salvo. Se supone que debo protegerla siempre—. Llorando con más fuerza otra vez, temía haber defraudado a mi preciosa niña de una manera tan imperdonable.

—Y lo haces. Lo harás. Natalie, esos hombres aparecieron y sorprendieron a todos. Nadie podría haber predicho el futuro ni previsto que eso ocurriera— dijo Anya.

Eso apenas me calmó. Seguía luchando con la culpa de haber permitido que Maisie entrara en este mundo de violencia, crimen, drama y planes mortales. Todas esas políticas mafiosas. Las normas y leyes que se imponen y gobiernan como les parece.

Porque si no hubiera permitido que formara parte de su mundo, si me hubiera esforzado más en escapar...

No.

Basta ya.

No puedes seguir pensando eso. Viste lo mucho más peligroso que es ahí fuera por tu cuenta.

Nunca habría podido mantener a Maisie tan segura contando solo conmigo misma.

Sin embargo, fue la asociación con los Orlov lo que nos convirtió a Maisie y a mí en un objetivo.

Sacudí la cabeza, luchando contra esos pensamientos porque tampoco era cierto. A Fitz lo mataron cuando tuvo un desafortunado roce con esta gente también, y eso era una amenaza inherente para nuestra familia de igual modo, cuando no tenía ni idea de quiénes eran Sergei o los Orlov.

El mundo nunca iba a ser completamente seguro. Era imposible, y era esa dura lección de la paternidad que no quería reconocer ahora.

Sin importar lo que hiciera nadie, el mundo siempre sería arriesgado.

Pero al estar aquí y finalmente abrir los ojos y arriesgarme a amar a Sergei y a su familia, quería tener más fe en que él la salvaría. La encontraría y la recuperaría para poder protegerla mejor la próxima vez.

Mikhail siguió caminando por la habitación mientras todos esperábamos. Estaba al teléfono, dando órdenes a sus hombres y recibiendo informes de los que estaban en la calle. Otros también trabajaban en ello, al teléfono para coordinar o saliendo corriendo a buscar en otros lugares.

Sergei no había vuelto ni una vez. Roman se había ido con él, y Andre estaba abajo trabajando también en este incidente.

Arrojada a la versión de control de daños de los Orlov, fui testigo de cómo no perdían ni un segundo en buscarla.

Pero aún no era suficiente.

Sergei seguía sin volver. Maisie seguía desaparecida, capturada por los hombres de los Popov—eso quedó claro por lo que Mikhail dijo a sus soldados más cercanos. Parecía que la Familia Popov se estaba vengando de los Orlov porque creían que eran responsables de la captura de una de las esposas del jefe. Pero no era algo que Mikhail hubiera ordenado. Fue obra del Cártel, otra organización criminal, pero a los Popov no les importó verificar su información.

—Van a pagar por esto, joder. Cien veces van a pagar, joder—. Mikhail despotricaba y se mantenía ocupado, entre bastidores, quedándose con nosotros en este ático hasta que nos llevaron de vuelta al edificio.

No podía imaginar separarme de Claire y Anya. Tener que ir al apartamento de Sergei y esperar allí sola noticias. Y no lo hice. Todos nos reunimos en el edificio de Mikhail para esperar noticias mientras las primeras horas de la mañana avanzaban hacia el año nuevo.

Por fin, Sergei llamó para informarse con su tío. Solo oír su voz en el altavoz me impulsó a hablar con él.

—Por favor, Sergei. Por favor, encuéntrala— supliqué.

—Lo haré, Natalie. No pararé hasta poder traerla a casa contigo—.

Simplemente oír su promesa me calmó un poco. No descansaría tranquila hasta tenerla de nuevo en mis brazos, donde pudiera ver y sentir con mis propios ojos si le habían hecho algún daño.

—Es bueno que George esté con ella— dijo Claire mientras escuchábamos a Mikhail y a los otros hombres en la habitación momentos después. Me miró, mostrando la misma preocupación en sus ojos que yo temía que nunca perdería. —Él se quedará con ella y la protegerá. Es mejor que no esté sola—.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Le debería eterno agradecimiento a ese hombre por quedarse con ella y poder protegerla. Estos hombres de los Orlov eran leales hasta su último aliento.

Fue ese concepto lo que evitó que me derrumbara por completo.

Sergei nunca se rendiría buscándola y salvándola.

Nunca renunciaría a su promesa de mantener siempre a mi hija y a mí seguras y felices.

Porque nos amaba.

Sergei podría haber sido la causa de las partes más duras de mi vida. Cosas como la muerte de Fitz y el secuestro de Maisie siempre me perseguirían. Pero sabía que Sergei también era la fuente de la mayor seguridad y amor.

El brazo ejecutor más temible y letal de la ciudad no se detendría ante nada para traerla a casa.

Por favor, Sergei. Encuéntrala y tráela de vuelta con nosotros.

Cerré los ojos y deseé que volviera a casa conmigo sana y salva.

33

SERGEI

El coche se inclinó bruscamente hacia la izquierda y dejé que mi cuerpo se balanceara con el movimiento. Agarrándome hasta que el vehículo se enderezó en la carretera resbaladiza, me giré para ver a Roman en el asiento trasero. Al estirar el cuello y girar, un dolor agudo me atravesó el costado.

Haciendo una mueca de dolor e ignorando la punzada que aún sentía cuando me excedía, busqué la mirada de mi hermano.

—¿Qué ha dicho?—

Frunció el ceño hacia mí, aún escuchando los informes que recibía de nuestro tío, de Andre y de otros incontables hombres en esta peligrosa misión de rescate que ninguno de nosotros había previsto para esta noche.

La mayoría de las veces, el peligro estaba planeado. Era algo esperado. Esta vez no.

Roman iba atrás con otro soldado, ambos haciendo de pantalla para guiarnos hacia el próximo lugar donde buscar a Maisie. Los Popov tenían muchos escondites, y con la precisión con que habían arrebatado a Maisie en aquel edificio, quedaba demostrado que

habían planeado esto con antelación. No fue un capricho. Fue una estrategia calculada para secuestrar a esa dulce niña justo debajo de nuestras narices.

—¿Estás bien? —preguntó Roman.

Sacudí la cabeza. No era una respuesta negativa. No estaba de humor para perder el tiempo contestando nada sobre cómo me encontraba. Mi comodidad no importaba. Cómo me sentía era un concepto irrelevante.

Lo que importaba era lo frenética y angustiada que estaba Natalie. Cuando había hablado por última vez con mi tío —claramente en manos libres para que ella pudiera intervenir desde el fondo—, me había suplicado con ese tono desesperado y con el corazón roto que indicaba que había pasado las últimas horas llorando desconsoladamente e imaginando lo peor.

Lo que importaba más era que encontrara a Maisie *ahora*. Cuanto más tiempo estuviera cautiva en manos de los Popov, más riesgo corría de que la trasladaran de nuevo, se la llevaran, la hirieran, la mataran—

No. No puede estar muerta. No podían haberlo—

—Sergei —dijo Roman de nuevo, más severo, sacándome de mis horribles temores.

Debí de haber hecho una mueca ante las ideas que nunca quise tener en la cabeza.

—Estoy bien.

No lo estaba. No estaría bien hasta que encontrara a Maisie. Hasta que la llevara de vuelta con Natalie. Eso no sería el final. La niña podría estar asustada, traumatizada y experimentar horrores indecibles por los flashbacks de lo que estaba pasando. Y yo estaría allí. Me quedaría y la consolaría como ella quisiera, ya fuera abrazándola, coloreando o cualquier otra cosa.

No había nada que no hiciera para hacerla feliz.

Y no había nada que me impidiera demostrarle a Natalie cuánto la amaba, tanto a ella como a su hija.

El dolor en mi costado no era nada que pudiera frenarme, de todos modos. Simplemente tenía que vigilarlo en la próxima pelea.

Desde que comenzamos esta persecución, habíamos estado luchando, buscando y exigiendo respuestas. De una persecución en coche a alta velocidad a otra. De un tiroteo sangriento al siguiente. Y después de un episodio de lucha cuerpo a cuerpo a otros más, mientras rastreábamos a todos los miembros de los Popov que podíamos encontrar, estábamos lejos de rendirnos.

Yo nunca lo haría.

Roman no parecía convencido, frunciendo el ceño hacia mí mientras el SUV se balanceaba y se movía con la siguiente curva. El soldado a su lado gritó una nueva ubicación al conductor.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté a mi hermano de nuevo. Nuestro tío sería el líder de toda la misión, trabajando a distancia como un titiritero, enviando hombres como considerara oportuno para alinearnos mejor como un equipo cohesionado. Tanta gente se unió, arrasando a su paso por la ciudad en esta noche que solía ser festiva.

—Pensaban que estaban tomando represalias porque habían secuestrado y violado a la esposa de uno de sus supervisores.

Arqueé las cejas. —¿Qué?— La idea de que los Popov hubieran tomado a una inocente como Maisie en el sentido de aplicar un ojo por ojo encendió otro fuego de rabia pura dentro de mí.

—Sí. Ha recibido palabra de y hacia el propio Niko Popov —dijo Roman refiriéndose a nuestro tío. Como jefe, podía —y lo haría— ir hasta la cima y exigir respuestas—. —El Cartel había sufrido la toma de una de sus mujeres, y Niko asumió que fue cosa nuestra.

Gruñí, negando con la cabeza. Nunca dudaríamos en contraatacar a nuestros enemigos con la máxima fuerza posible, pero aquel incidente no fue culpa nuestra.

—Ordenó a sus hombres que tomaran a Natalie, y si no podían atraparla a ella, que tomaran a Maisie.

No quería preguntar por qué. O con qué propósito. No la habían arrebatado para hornear galletas y tener una maldita cita de juegos con ella.

Solo podía aferrarme a la esperanza de que George siguiera vivo para defenderla. De que no los hubieran separado.

El soldado al lado de mi hermano levantó la mano. Todavía estaba al teléfono, probablemente con otro espía o soldado en la calle. —Están allí. Tengo confirmación visual.

Asintiendo una vez, me volví hacia adelante y me preparé para terminar con esto. Para acabar esta lucha a través del infierno durante toda la noche y la mañana para llegar hasta esa niña.

Nos habíamos arriesgado entre disparos, entre cuchillos, contra puñetazos y patadas, y entre las ráfagas de adrenalina de las velocidades mortales al perseguir sus vehículos. Todos habíamos salido raspados, nos habían disparado, cortado y magullado por todas partes. Nuestro SUV tenía más de unos cuantos abollones por las frenadas bruscas y los choques.

Pero no nos rendíamos.

Yo no podía. Salvar a Maisie y mostrarle a Natalie que nunca quise que tuviera miedo o que tuviera que luchar sola sería mi redención definitiva.

Le había quitado la vida a su marido.

Pero protegería la de ella y la de su hija con todo lo que era para compensarlo.

El conductor frenó en seco y todos nos vimos impulsados hacia adelante por el brusco corte de nuestro impulso. Aprovechando la parada, no nos demoramos. Ni un segundo se perdió mientras forzábamos las puertas y corríamos hacia la unidad de almacenamiento baja situada junto al río. Cerca de los muelles, estaba claro que querían transportar a Maisie aún más lejos, con un medio de viaje que no pudiera rastrearse ni registrarse fácilmente.

Que les den.

No la llevarás a ninguna parte.

Roman y yo encabezamos el ataque. Soldados y guardias se alinearon tras nosotros, apresurándose a pesar de nuestras heridas y la fatiga que amenazaba con derribarnos tras lo largo y duro que había sido luchar y buscar durante toda la noche.

Los detalles se fundían en un frenesí de excesiva velocidad, demasiados disparos y toda la locura de un esprint total.

Disparamos contra todos los que se interponían, masacrando a los Popov sin comprobar quiénes eran ni si alguno era un líder de alto rango. Cada uno de ellos merecía una muerte despiadada llena de sufrimiento.

—Por aquí —dijo uno de los hombres, acelerando el paso para cargar por otro pasillo perpendicular al nuestro. Estaba organizado como un laberinto, con demasiadas filas y corredores de cápsulas y contenedores de almacenamiento que impedían una línea de visión clara hacia el interior del edificio.

Avanché rápidamente, confiando en la dirección.

En la siguiente carrera, al doblar un par de contenedores apilados, patiné hasta detenerme ante la amenaza que tenía delante.

Varios hombres me bloqueaban el paso hacia ellos.

Maisie estaba allí, con la boca cubierta por una sucia mordaza. Suciedad y mugre cubrían su rostro mientras me miraba. Regueros

de lágrimas trazaban líneas limpias allí donde la humedad había limpiado la porquería. Pero eran sus ojos, tan asustados y vulnerables, enrojecidos por el llanto y muy abiertos al verme.

George la mantenía sobre su regazo, protegiéndola con sus brazos alrededor de ella. Pero estaba sentado de lado, como si favoreciera heridas recibidas. Mientras ella parecía ilesa a primera vista, mi mano derecha parecía haberse ofrecido como saco de boxeo para protegerla.

La había encontrado.

Pero eso significaba que esos cabrones me habían encontrado a un alcance demasiado corto para escapar. Varias armas apuntaban a mi cabeza, pero no me detuve. Sin bajar mi pistola, me acerqué al de aspecto más cruel de todos, un jefe de nivel medio que llevábamos tiempo vigilando.

—Fue un error, Sergei —razonó con un gruñido torcido—. Niko me lo dijo. Calculamos mal—

Disparé, dándole en el pecho solo para asegurarme de que viviría cada segundo desangrándose hasta morir.

—¡Fue un error! —rugió mientras todos sus hombres alzaban las armas y volvían a apuntarme.

—¡Suéltela! —rugí.

—No hasta que negociemos—

Volví a dispararle, esta vez en la cabeza.

Quizá tenía órdenes de buscar algún compromiso absurdo para que entregara a Maisie y a George. No iba a escucharlo. Admitió que fue un error, así que podía pagarlo con su vida.

Sin embargo, al matarlo, desencadené que todos perdieran la cordura y la paciencia. Todos empezaron a disparar a la vez. Roman

gritó a los hombres que aseguraran la habitación, pero yo solo me moví impulsado por proteger a esa niña.

Avanzando en picado mientras los Popov entraban en el espacio, intercepté dos balas destinadas a ellos. Me atravesaron la piel al volar por el aire. Apreté los dientes, soportando los dos impactos de dolor antes de que llegaran más. Al aterrizar contra George y el suelo, gruñí por el impacto de mi cuerpo golpeando con fuerza, y también en los lugares donde me habían disparado.

Demasiado experimentado para no saber qué hacer, George anticipó mi maniobra. Rodó, amortiguando casi la mitad de mi cuerpo al desplomarme sobre él y Maisie. Pero también se movió para seguir protegiéndola, leal hasta el final y usándose como escudo.

Yo hice lo mismo, extendiendo mis brazos para cubrirlos a ambos.

Respirando bajo la agonía del agotamiento y esperando a que cesaran las punzadas inflamatorias mientras mi piel reaccionaba a los disparos, me quedé quieto mientras continuaba el tiroteo. Hasta que cesó.

El humo llenaba el aire. Las respiraciones agitadas sonaban claramente en el silencio ensordecedor tras el tiroteo.

Y entonces habló mi hermano.

—Sergei. ¡Sergei! —Agarró mi espalda, apresurándose a revisarme.

Gruñí, levantándome para comprobar el estado de los que tenía debajo. Haciendo una mueca por la dificultad para moverme, me incliné sobre ellos y les insté a responder.

George gimió, incorporándose más. Al soltar sus brazos de Maisie, ella se giró y se retorció para verme.

Estaba viva.

La había encontrado.

Estaba aquí.

La tenía.

El alivio me inundó con una oleada tan eufórica que podría haberme desplomado contra la pared y perdido el conocimiento. La dicha tendría que esperar. Sabía que Maisie estaba encontrada y viva, pero Natalie no.

Alcancé a quitarle la mordaza de su pequeño rostro y usé un cuchillo para cortarla.

No se inmutó ante la hoja. No se acobardó.

Temblando y llorando suavemente, me miró como si fuera el héroe que nunca imaginó que la respaldaría.

—¡Sergei! —Lo gritó inmediatamente al quitarle la mordaza. Roman se apresuró a cortar las cuerdas de sus muñecas. Y cuando pudo alzar sus pequeños brazos, se abalanzó sobre mí y me atrapó en un abrazo tirante.

Apreté mi mano ensangrentada sobre su espalda y la estreché contra mí. Solo entonces cerré los ojos y respiré hondo. Un suspiro de alivio y alegría por haberla salvado.

Con los sonidos de los hombres a mi alrededor, comprobando cuántos habían sido alcanzados y quién necesitaba ayuda para salir, suspiré y me pregunté si alguna vez podría soltar a esta chica de mis brazos de nuevo.

—Te han dado —dijo George, gimiendo de dolor mientras Roman y otro hombre lo ayudaban a incorporarse.

Me burlé, abriendo los ojos para examinar bien su aspecto—. Tú tampoco te ves muy guapo.

El sarcasmo y el humor negro quizá fueran de mal gusto, pero a menudo era lo que nos hacía sobrellevar este infierno que llamamos vida.

Él rió entre dientes al extender yo mi mano hacia la suya.

La agarró y la apretó con fuerza una vez. Como un apretón de manos. Algo. No necesitábamos palabras rebuscadas para expresar la gratitud y el alivio compartidos. Ya encontraría cómo agradecerle, un millón de veces, por mantener a Maisie a salvo. Diablos, podría retirarse y no tener que luchar nunca más, pero dudaba que quisiera ese estilo de vida ocioso.

Podríamos discutirlo más tarde.

Ahora mismo, mientras apretaba los dientes para soportar el dolor, me levanté lentamente sosteniendo a Maisie, listo para llevarla a casa con su madre.

34

NATALIE

Andre irrumpió en la habitación.

Me puse tensa, incapaz de evitar estremecerme y sobresaltarme ante su entrada repentina. Después de estar tan tensa y ansiosa durante tanto tiempo, temí que me diera un infarto o me desmayara del estrés. Más que la noche en que me enteré de la muerte de Fitz, sufrí un pánico interminable. Mi cordura pendía de un hilo, y no soportaba más sorpresas, como su llegada inesperada.

Mikhail se giró para enfrentarse a él.

No se había relajado ni un segundo desde que todos vimos cómo Maisie desaparecía en manos del enemigo.

Mi mirada iba de uno a otro. Claire también se puso tensa, suspendida por la expectativa de noticias.

—¿Los han cogido? —preguntó Mikhail. Su rostro estaba sombrío, serio, pero sus ojos brillaban con esperanza.

Andre asintió—. Ya vienen de camino. —Su garganta trabajaba con fuerza para tragar, como si hubiera estado hablando y gritando toda

la mañana. Mirándome a mí, exhaló un largo suspiro—. Sergei la ha encontrado, Natalie. Maisie está viva. Está a salvo.

Me dejé caer de lado, abrazando a Claire con fuerza. Un alivio abrumador me invadió, mareándome con lo opuesto al peligro y miedo a los que había sucumbido.

—Está viva —repitió Andre.

—Gracias. Gracias, gracias, gracias. —Balbuceando y sollozando de nuevo, esta vez con la fuerza abrumadora de la gratitud, me sequé la cara.

—Sergei la trae a casa. George también. Están heridos —dijo, cruzando la habitación a toda prisa para llegar hasta Claire—. Necesitarán tu ayuda.

Me levanté con Claire, ansiosa por moverme, estirarme. Por ayudar. Por hacer cualquier cosa para darles la bienvenida.

En cuanto viera a mi hija, me centraría en ella, pero quería hacer todo lo posible por ayudar a estos valientes héroes al regresar.

—¿Está Maisie herida? —pregunté mientras todos nos apresurábamos hacia una planta baja del edificio. Mikhail había pagado para reformar toda la planta para Claire. Se suponía que la usaría como consulta privada, incluso como espacio de trabajo para un servicio de telemedicina porque, en el fondo, nunca dejaría de ser médica. Con equipos de última generación, ahora tenía una clínica completa para ayudar a los hombres Orlov en su recuperación. Algunos reclutas de la familia estaban estudiando para ser enfermeros y técnicos que asistieran a Claire. Varias hijas y esposas de los hombres estaban más que dispuestas a aceptar la beca y la cobertura completa de matrícula para iniciar un centro de urgencias privado —por ahora no oficial—.

—No —Andre iba el primero, impaciente por asegurarse de que estábamos listas para curarlos—. Roman dijo que Maisie parecía ilesa. No es fácil saberlo.

—¿Por qué? —preguntó Claire—. ¿Hay preocupación por una hemorragia interna?

—Joder si lo sé, no soy médico. Roman tampoco. Maisie no suelta a Sergei ni un momento. Él la lleva en brazos en el coche y está herido, así que no es fácil distinguir de quién es la sangre. Pero George estaba consciente y lúcido cuando los encontraron. Ha estado contando lo que pasó, y parece que les impidió que le pusieran ni un dedo encima, aparte de taparle la boca.

La ira y el dolor se mezclaban, pero me negué a hundirme de nuevo en el abismo de emociones que me consumían. Tenía que estar *activa*. Tenía que ser fuerte y valiente para ayudar a Maisie a recuperarse. Para estar ahí y asistir a Sergei como pudiera.

Le debía la vida.

Sí, se la debía. Mientras seguía las instrucciones de Claire, que nos dirigía a mí y a Anya, además de a un par de hombres, para preparar las camillas y camas para que examinara a todos sus pacientes entrantes, me estremecía la firme convicción de que le debía la vida a Sergei. Mi más profundo agradecimiento. Por salvarme dos veces. Por salvar a mi hija, ya tres veces.

Sería una estupidez llevar la cuenta, pero el compromiso de este hombre por amarnos y protegernos empezaba a borrar y disminuir la pena y la ira que sentía por la muerte de Fitz y cómo había resultado estar conectada con Sergei y sus hombres.

Anya y yo recorrimos la clínica a toda prisa, cogiendo todo lo que Claire nos dijo que recogiéramos y preparáramos. Parecía que le preocupaba sobre todo la posibilidad de tener que suturar a los hombres y detener hemorragias, porque cogimos paquetes esterilizados de herramientas y material para esos fines.

No tenía tiempo para preocuparme de que alguien se desangrara. No podía detenerme ni un segundo para visualizar las heridas.

Suspensa en la alegría y la impaciencia de su regreso, apenas podía pensar con claridad.

Entre el pánico y el caos, perdí la noción de lo rápido que pasaba el tiempo desde que Andre nos dijo que todos volvían. Cuando levanté la vista al sonido de la puerta abriéndose, ya estaban allí.

Ella estaba aquí.

Maisie había llegado a casa.

Mikhail había salido a las puertas del garaje para ayudarles a sacar a todos. Entró en la habitación, llevando a mi hija en brazos y buscándome con expresión grave.

—¡Maisie! —Dejé caer los paquetes de gasas que estaba sacando del armario para Claire y corrí hacia mi hija.

—¡Mamá! —Se giró en los brazos de Mikhail y me tendió los brazos —. ¡Mamá!

La cogí de él cuando se detuvo.

—Adelante. Tómala. —No dudó en entregármela. En lugar de quedarse para asegurarse de que estaba bien, dio media vuelta y echó a correr para ayudar a los demás.

Nuestro reencuentro fue caótico, ambas llorando. No dejaba de decir mi nombre, sollozando de alivio mientras sus lágrimas mojaban mi camisa.

—Está bien, Maisie. Te tengo. Todo irá bien, mi niña —cerré los ojos y respiré hondo, conteniendo las ganas de derrumbarme, llorar a moco tendido y no volver a soltarla jamás—. Estás en casa. Estoy justo aquí y estamos en casa.

Aferrándola contra mí, sostuve su pequeño cuerpo con todas mis fuerzas. Apoyando su cabeza en mi pecho, apoyé mi otra mano en su espalda y la dejé llorar hasta desahogarse. No podía empezar a

entender lo que pasaba por su mente, pero haría lo que había jurado. Estaría aquí para consolarla y calmarla.

Me invadió un alivio que casi me hizo temblar, necesitando sentarme por lo débiles que estaban mis rodillas. Pero no podía irme. No mientras veía a André ayudando a Román a cojear hacia la clínica. Los guardias entraron en fila, todos con diversas heridas pero caminando sin ayuda. Todos entraron, pero no vi rastro de Serguéi ni de George.

Aunque tenía a mi hija a salvo en mis brazos otra vez, no podría descansar hasta ver al otro amor de mi vida. Un amor distinto al que siempre sentiría por ella. Un amor tan fuerte que ningún otro hombre podría igualar jamás. El amor que no podía negar hacia el protector fuerte que tuve la suerte de encontrar.

Los hombres heridos de los Orlov entraron y rechazaron los intentos de Claire y Anya de triarles. Todos insistieron en dejar espacio, afirmando que George y Serguéi necesitaban más ayuda.

Cuatro hombres trajeron a George en camilla. Estaba vivo. Consciente. Lo vi escudriñar la habitación buscando a Maisie. Verla en mis brazos pareció ser todo lo que necesitaba para recostarse y apoyar la cabeza en la camilla.

Entonces Mijaíl y André entraron, uniéndose a un par de soldados de traje mientras traían a Serguéi.

Dios mío.

Oh, no. Por favor, no. No—

Aspiré hondo, impactada por lo destrozado que se veía. Tanta sangre cubría su cuerpo. Su rostro estaba devastado bajo el carmesí, mostrando cortes e hinchazones. Parecía haber pasado por el infierno para rescatar a Maisie.

Ay, Serguéi.

Tienes que vivir.

Tienes que sobrevivir.

Mi corazón se encogió al verlo sufrir, sintiendo la punzada cruel de saber que lo habían herido.

—¡Mami, no quiero que se muera!

Maisie gritó, y la abracé más fuerte mientras la calmaba.

—¡No quiero que se muera!

Multitarea, Claire ordenó a un guardia que ayudara a Anya a limpiar la sangre y encontrar las heridas de George para comprimir la hemorragia. —Contened la sangre —ordenó, moviendo las manos mientras evaluaba a Serguéi. Pero también se fijó en mí mientras examinaba rápidamente a su paciente. No se había olvidado de nuestra paciente más pequeña. Apartando la vista de Serguéi sin dejar de trabajar, sopló para apartarse el pelo de la cara—. Nat. ¿Está herida?

Me moví hacia un lado y subí a Maisie a una encimera contra la pared. No me dejaba soltarla del todo mientras se aferraba a mí, pero la tranquilicé y la animé a dejarse revisar. —Solo necesito comprobar que no sangras ni estás herida —me permitió un pequeño espacio para examinarla. No se veían cortes. Su vestido estaba intacto, sin desgarros ni cortes de cuchillo.

—¿Te hicieron daño? ¿Esos hombres te hicieron daño, mi niña? Enséñame dónde.

Ella negó con la cabeza, mirando fijamente a Serguéi detrás de mí mientras Claire lo evaluaba en la mesa.

Todavía no se había movido.

—No, mamá. George los detuvo —dijo, apartando la mirada de Sergei para mirar a George en la otra mesa—. No dejó que me hicieran daño.

Exhalé aliviada y, volviéndome hacia Claire, negué con la cabeza—. No. No creo que esté herida.

Asintió con la cabeza una vez y volvió a prestar toda su atención a Sergei, ayudando al guardia que estaba usando como aprendiz para auscultarle el corazón y los pulmones y conectarle el monitor para tomarle las constantes vitales.

—No quiero que se muera, mamá —sollozó Maisie.

La levanté del mostrador y la abracé fuerte, asegurándome de ponerme de espaldas a la mesa. Bloqueando su vista del hombre que yacía desangrándose, le acaricié la nuca y la calmé con suaves sonidos. No sabía lo que decía. No sabía qué podría decir. Solo podía murmurarle y consolarla mientras me mecía casi como cuando era un bebé.

—Recuerda que Claire es médica —le dije suavemente—. Es una buena médica. Antes trabajaba en el hospital.

—¡Pero dijeron que se estaba muriendo!

Roman se incorporó un poco en su cama, negando con la cabeza al oírla. Había tanta gente hablando y, con Claire dando órdenes a gritos, era un caos. Pero él la había oído—. No, Maisie. No se va a morir. Claire le está ayudando.

Maisie no le creyó—. Te oí. Te oí decir en el coche que se estaba muriendo. Se está desangrando demasiado rápido.

Clavé la mirada en Roman, temiendo que fuera cierto. Él me miró a los ojos y negó con la cabeza.

No podía distinguir si negaba lo que ella había dicho o si simplemente deseaba que no fuera cierto.

No podía ser cierto.

Que Sergei casi muriera por ella removió algo visceral en mí. Algo permanente.

No.

No puedes morirte.

Mientras lo miraba fijamente y Claire se apresuraba a descubrir su piel llena de cortes y heridas, tragué saliva y juré que simplemente no podía ser cierto.

No pude soportar la idea de perder a mi primer amor cuando Fitz murió.

Tampoco podía soportar la posibilidad de perder a mi nuevo amor. Sergei. Quería que fuera mi último amor, mi hombre con el que envejecer mientras veíamos a Maisie vivir su vida.

Cualquier rastro de odio se evaporó mientras observaba a Claire fruncir el ceño al ver las constantes vitales en el panel.

Mi rencor menguó ante este amor del que no podía esconderme.

Esta muestra de sacrificio supremo, con Sergei siendo tan desinteresado al arriesgar su vida por la de mi hija.

Por favor, Sergei.

Tienes que vivir.

Te quiero.

Sin darme cuenta de que había dejado escapar un grito ahogado, con los ojos llenos de lágrimas y con ganas de llorar de nuevo, parpadeé al ver que Mikahil se acercaba a mí. Andre se apresuraba a ayudar a Claire mientras ella ordenaba a alguien que le pasara algo más.

—Quizá sería mejor esperar en la otra habitación —me dijo el jefe. Su expresión seria estaba llena de compasión, pero también de la lógica que solo un líder al mando podría mostrar.

Bajó la barbilla, haciendo un gesto hacia Maisie, que seguía llorando.

La idea de ahorrarle más trauma era inteligente. Le estaba agradecida por esa consideración, pero mientras dejaba que me guiara fuera de la habitación, cargando con mi hija lejos de la escena de la operación y los primeros auxilios, recé para que esta no fuera la última vez que viera al hombre que amaba. Al hombre con el que quería pasar el resto de mi vida.

35

SERGEI

La fatiga me aplastaba. Sentía que podría dormir otra hora. Otro día. Una semana.

No recordaba la última vez que había sentido un cansancio así, que me llegaba hasta los huesos.

A pesar de desplomarme durante el trayecto después de sacar a Maisie de manos de los Popov, recordaba todo lo que había pasado hasta el momento en que no pude mantenerme despierto.

Las horas de buscarla frenéticamente. Toda la angustia de enfrentarme a tantos enemigos. Y la preocupación constante de defraudar a Natalie.

No lo hice. No defraudé a nadie. Lo logré y encontré a Maisie justo a tiempo. Llegué y detuve una bala antes de que la alcanzara. Y nunca, jamás olvidaría la dulzura de su abrazo. Aquella dicha del alivio después de cortarle la mordaza en aquel asqueroso almacén del puerto, donde me abrazó como si no quisiera soltarme nunca.

Tumbado boca arriba, respiraba tranquilo sabiendo que estaba en buenas manos ahora. Probablemente estaba en la clínica privada que Claire gestionaba en el edificio de mi tío. No en un hospital

donde Claire había intervenido antes para evitar que los Popov me buscaran mientras estaba inconsciente para la operación. El olor a antiséptico me escocía en la nariz, siendo la mayor pista de que me habían cosido.

Salvado y reparado.

Vivo y en pie para luchar otro día.

Al abrir los ojos lentamente, observé quién me atendía con toques suaves en la piel.

Mi corazón se hinchó y aceleró al ver a Natalie sentada junto a la cama. Con aspecto sereno y paciente, mantenía la mirada baja mientras se concentraba en aplicar una pomada sobre un gran rasguño en mi antebrazo. No era la peor de mis heridas. Lo que Claire hubiera hecho con las dos balas que recibí—una en la pierna y otra en el costado—había funcionado. O me había dado algún analgésico decente para mitigar el dolor.

Maravillado ante cómo Natalie podía estar tan absorta en sus pensamientos mientras cuidaba del enrojecimiento de mi brazo, me quedé tumbado observándola.

La estudié, admirando su gran corazón por atenderme así.

Agradeciendo su dulzura al ser tan delicada y desearme una buena recuperación.

Lo hice por ti.

Salvar a Maisie nunca había sido objeto de debate.

No era solo cuestión de asegurar que esta madre nunca perdiera a su hija.

Hice esto por nosotros.

Porque esa niña tan preciosa cada día se parecía más a una hija mía.

Todo lo que hago y por lo que lucharé es para demostrarte que quiero ser un hombre digno de tu amor.

Con todos los altibajos que habíamos enfrentado, eso nunca cambiaría. Aparte de mi lealtad para servir a mi tío y a la Familia, Natalie siempre sería mi propósito. Mi razón.

Levantó un poco la cabeza, apartándose la cortina de pelo largo y oscuro. Cuando encontró mi mirada, contuvo la respiración. —Sergei.

Intenté sonreír lo mejor que pude con la hinchazón de mi mejilla.

—Estás despierto —dijo, sonriendo mientras le brillaban lágrimas en sus ojos verdes. Alzó la mano para acariciarme la cara, con la preocupación tan clara en su rostro. Le temblaban los dedos al posar su delicado tacto sobre mi piel, y cerré los ojos ante el calor de su gesto.

—Siento como si pudiera dormir otra semana —respondí con ironía.

—Pues duerme —suspiró feliz, conteniendo las lágrimas.

Dormir era una causa perdida ahora. Estaba completamente despierto y lleno de esperanza por la ternura en su mirada. Temía haberla perdido. Había empezado a preguntarme si volvería a mirarme así alguna vez. A mirarme con amor.

—Luego —dije, levantando la mano para posarla sobre la suya.

Motivado por ese atisbo de amor en sus ojos, atesoré este raro momento de tranquilidad. Para disfrutar de esta intimidad, como si nada más existiera en el mundo salvo nosotros. Ella y yo. Juntos.

Abrió la boca para decir algo, pero la puerta se abrió tras ella.

—Maisie, espera. Sergei podría estar... —Claire entró corriendo, persiguiendo a la niña—. Descansando —terminó innecesariamente, sonriéndome al darse cuenta de que tenía los ojos abiertos.

Natalie se giró, volviéndose y extendiendo el brazo para coger a su hija cuando esta saltó sobre la cama. —Maisie, para. ¡Con cuidado!

Pero no las oyó. Trepó junto a mí, esforzándose por subir lo suficiente para abrazarme. Sus brazos se enroscaron alrededor de mi cuello y, al aferrarse a mí, empezó a llorar.

—Por favor, no te mueras —suplicó.

Exhalé con fuerza, golpeado por la angustia en su súplica que apenas podía soportar.

La idea de que se preocupara así por mí.

El concepto de que me valorara en su vida.

Desconsolada y llorando, se quedó quieta justo donde estaba.

—No quiero que te mueras —repitió, enterrando su cara contra mí. Encontré la mirada de Natalie mientras abrazaba a Maisie, manteniéndola segura en mis brazos mientras su pequeño cuerpo temblaba por el llanto.

—Te quiero —sollozó—. Tampoco quiero que tú te mueras.

Que me dijera que me quería fue un momento tan conmovedor, un verdadero punto de inflexión en su aceptación de que yo tuviera un papel en su vida.

—Yo también te quiero, Maisie —. Apoyé la mejilla en lo alto de su cabeza a pesar de los dolores que recorrieron mi cuerpo al moverme tanto.

Claire, sin embargo, siempre la doctora, notó mi incomodidad—. Maisie, Sergei no se está muriendo.

—¡No quiero que se muera! —gimió Maisie.

—No me voy a morir —le acaricié la espalda.

—Se va a recuperar perfectamente —dijo Claire, acercándose a la cama para animarla suavemente a que se bajara de mí—. Pero para recuperarse, necesita descansar. Y darle oportunidad a sus heridas de sanar.

Como si solo ahora se diera cuenta de que podía hacerme daño al trepar a la cama y presionar donde me habían cosido, se apartó.

No quería que se sintiera rechazada en absoluto. Simplemente me moví un poco, haciendo espacio para que se recostara contra mí.

—No me voy a morir, Maisie.

Algún día, en un futuro lejano, claro. Nadie era inmortal. Pero odiaba que estuviera tan estresada por mi muerte ahora.

Al vislumbrar a Natalie, vi cómo esto también la afectaba. Parecía más cerca de las lágrimas nuevamente, más ansiosa. Si estaba pensando en la misma línea que yo, y lo que Claire probablemente también pensaba, tenía que estar entristecida y alarmada por cómo Maisie temía que se repitiera tener a otro hombre en su vida muerto.

Ya había perdido a su padre. Fitz perdió la vida por *mi* culpa, en realidad. Pero el hecho de que estuviera paralelizando las situaciones, comparando cómo murió su padre y cómo no quería que yo también muriera, demostraba la importancia que yo tenía en su vida.

Mantuve mi brazo alrededor de Maisie mientras se acurrucaba a mi lado. Con mi mano libre, encontré los dedos de Natalie y los entrelacé con los míos.

—No me estoy muriendo, Maisie —dije de nuevo, comprendiendo que quizás necesitara oírlo una y otra vez para que se le quedara grabado.

Claire asintió, vigilándonos. Frunció el ceño, quizás preocupada por el trauma que la estaba afectando. Apuesto a que tendría una sólida

recomendación para terapia si pudiéramos seguir ese camino para ella, especialmente siendo tan joven.

—Me están cuidando. Claire me ha cosido.

—¿Puedo ver? —preguntó, secándose las lágrimas de los ojos.

Fui paciente, mostrándole el lugar en mi pantorrilla y en mi costado, cerca de las costillas, donde Claire me había curado. Ella aprovechó para inspeccionar las heridas también, reconfirmándole a la niña que me encontraba bien. Cansado, pero bien. Sin signos de hinchazón o inflamación. Mostró cómo nada parecía infectado, y empezó a sonar más como una charla científica. Cuando acercó el monitor de signos vitales y señaló los números, tranquilizó aún más —y clínicamente— a Maisie de que no estaba a las puertas de la muerte.

—Haré todo lo posible por estar en tu vida para siempre —le dije.

Significando cada palabra, besé lo alto de su cabeza.

Maisie asintió, apretándose contra mí mientras yo hablaba con paciencia y calma para calmarla de su pánico. Que teníamos mucha gente que nos ayudaría a mantenernos a salvo. Cómo todos los miembros de mi familia la cuidarían. Natalie también intervino, hablando de cómo George se estaba recuperando en otra habitación. Me alegró saber que mi mano derecha evolucionaba bien.

—Creo que se ha dormido —dijo Claire en voz baja.

Anya también había entrado en la habitación para visitarme, y la adolescente se acercó a Maisie mientras dormitaba a mi lado—. Sé que ha dormido un poco —. La tomó en brazos—. Pero apuesto a que aún está agotada por todo.

Natalie bostezó, como si le dieran la señal.

Claire salió de la habitación llevando a Maisie. Se detuvo al pasar junto a Natalie, poniéndole una mano en el hombro—. Tú también deberías descansar —. Me miró con una sonrisa—. Los dos lo necesitáis.

De nuevo solos, tomé la mano de Natalie—. Todavía no puedo descansar.

Ella suspiró, clavándome una mirada tan profunda y vulnerable de confianza.

—No hasta que pueda decirte que rezo para que encuentres en tu corazón perdonarme, Natalie. Por el papel que tuve en su muerte. Por haberte puesto en peligro alguna vez. Ruego por tu perdón y tu amor, y espero que puedas elegirme.

Ella sonrió suavemente, apretando mis dedos.

—Quiero creer que podrías elegir un futuro de amor conmigo, sin aferrarte a tu ira hacia mí ni a la pena de extrañar a tu marido.

Ella inspiró temblorosamente, sosteniendo mi mirada con lágrimas en los ojos.

Besé el dorso de su mano—. Ruego que puedas elegir luchar por *nosotros*.

36

NATALIE

Negué con la cabeza. —No puedo enfadarme contigo, Sergei.

Me partía el corazón que aún sintiera que tenía que justificarse ante mí. Pero la culpa era mía. Todo dependía de mí que él estuviera preocupado por si podríamos seguir juntos.

Porque había estado demasiado tiempo atrapada en mi duelo. Equivocada por la intensidad de mi deseo hacia él y confundida sobre cómo mi pasado afectaría menos mi visión del futuro, había hecho un desastre terrible.

—¿Cómo voy a enfadarme contigo si te amo? —pregunté, subiendo a la cama para ocupar el lugar que mi hija acababa de dejar.

Sonrió lentamente, permitiéndome acercarme. —Estás de broma, ¿verdad? Porque no es posible que hayas estado aquí todos estos meses sin ver cómo Mikhail y Claire discuten y—

Sonreí, apartando con un parpadeo las lágrimas de felicidad que me escocían los ojos. Cerrándolos mientras acercaba mi rostro al suyo, suspiré anticipando la perfección que me recorría cada vez que nos besábamos.

Gimió levemente bajo la presión de mis labios sobre los suyos, aceptando mis palabras y mi amor como una declaración conjunta de amor.

Cuando levantó la mano para sostener mi nuca y guiarme hacia un ángulo más profundo para saborearme de verdad, hizo una mueca de dolor y recordó demasiado tarde lo adolorido que estaba ese lado de su cuerpo.

Me eché hacia atrás, bajándole el brazo. —Discutir no es enfadarse el uno con el otro. Eso es solo reñir.

—Mmm —apoyó la cabeza en la almohada, mirándome como si fuera su mundo entero.

—Te quiero —dije de nuevo, por si estaba yendo demasiado lejos en su intento de aligerar el ambiente—. Te quiero y no pienso parar nunca.

—Menos mal —masculló con voz ronca, tirando de mí hacia él para otro beso hambriento. Chillé sorprendida, algo asombrada de que tuviera tanta fuerza cuando había perdido tanta sangre recientemente que Claire tuvo que hacerle una transfusión. Había estado inconsciente tanto tiempo. Ella enumeró una larga lista de heridas y puntos de sutura. Aun así, tenía fuerzas para atraerme y dejarme sin aliento y necesitada mientras su boca poseía la mía.

Con cuidado de no poner todo mi peso sobre él y evitando tocar las zonas operadas, apoyé las manos en el colchón del cabecero elevado de la cama de hospital.

—No lo hagas —advirtió con avidez, mirándome con intenso deseo en los ojos mientras me instaba a montarlo—. No te atrevas a negarme un beso, actuando como si tuvieras que ser delicada conmigo.

Me reí cuando me atrajo para otro beso, suspirando ante la perfección de este hombre dominándome.

—Apenas pesas nada. No vas a hacerme daño —murmuró, extendiendo la mano sobre mi nalga y animándome a frotarme contra él.

—Pero creo que sí lo hice —respondí, sobresaltándome de este impulso de intimidad que parecía empeñado en tener—. Te hice daño, Sergei.

Suspiró, dejándome retroceder para que pudiéramos mirarnos cara a cara. Negó lentamente con la cabeza mientras recuperaba el aliento. —No lo hiciste, Natalie. No te culpo por cómo reaccionaste.

—No, Sergei. No —le enmarqué el rostro, pasando el pulgar por su labio inferior—. Estaba dolida, confundida y conmocionada. Pero no fue justo para ninguno de los dos que me retirara y guardara este rencor contra ti durante tanto tiempo.

—Quería darte tiempo y espacio.

Me incliné para besarlo de nuevo. —Me di cuenta. Y te respeté más por ello.

—Desde que te conocí, entendí que necesitabas resolver las cosas por ti misma. Sin presiones.

Porque me habría asustado.

En retrospectiva, no podía imaginar no haber arriesgado nada por él.

—No debería haber dejado que llegara tan lejos. No debería haberme quedado tan estancada en el pasado que no pudiera avanzar. No tengo derecho a enfadarme contigo cuando fue un accidente. Lo entiendo. De verdad.

Él no había planeado matar a mi marido intencionadamente.

—Estaba enfadada con el mundo, enfadada porque habían matado a Fitz tan joven. Pero cuando comprendí que eres más que el hombre fuerte que lleva pistola, supe que estaba muy mal tratarte como al enemigo.

Deslizó los dedos por mi costado, asintiendo. —Y no te culpo por tener esa rabia. Habría sentido lo mismo en tu lugar.

—Y no quiero quedarme atrapada en este bucle de duelo. O de pena. O de soledad. No puedo convencerme de que algo bueno saldría de alejarte. Anhelo lo completo que me haces sentir. Atesoro cada vez que te veo actuar como padre con Maisie.

—Nunca volverás a estar sola.

Esta vez, dejé que me atrapara completamente para un beso más largo, profundo y tierno.

Nunca volvería a sentirme sola gracias a él.

—Te quiero, Natalie —susurró contra mis labios.

Los pitidos aumentaron de volumen de nuevo y me reí al separarme por su movimiento.

—Vale, ya está bien de esto —dijo mientras estiraba el brazo para arrancar el enchufe de los cables que lo conectaban al panel que monitorizaba sus constantes vitales.

Su pulso se aceleraba cada vez que nos besábamos.

—Una parte de mí siempre echará de menos a Fitz. Una parte de mí siempre lamentará la pérdida que sufrí cuando lo mataron. Pero esas partes no conforman todo lo que soy —lo besé de nuevo y saboreé el empuje experimental de sus caderas contra las mías—. Soy *tuya*, Sergei. Mi amor por ti no borrará mi pasado. En cambio, mi amor por ti puede y decidirá nuestro futuro.

Gruñó contra mi beso, sujetándome contra él hasta quedar completamente unidos. Con cada pequeño empuje suyo, me tentaba abrir más las piernas, presionar un poco más su erección.

No estaba fingiendo. Cada palabra que le dije era cierta. Sin embargo, con los lazos emocionales que establecimos entre

nosotros, la necesidad física que nos unía ardía tan intensa e impaciente como siempre.

—¿Qué esperas para… —parecía demasiado perdido en sus pensamientos mientras me besaba con más fuerza y me subía la falda— …el futuro inmediato?

Sonreí contra sus labios. —¿Me estás preguntando qué quiero ahora mismo?

Gimió cuando deslicé mi mano entre nosotros para acariciar su polla. —Sí.

—Bueno, como has desconectado ese aparato para que no pite… —aparté la bata de hospital para dejar al descubierto su polla.

—No sé qué hice para merecerte —dijo con voz ronca, moviéndose en la cama para hacerme sitio.

Al ver que hacía una mueca de dolor, me detuve y puse mi mano en su hombro. —Para. No te muevas. Déjame a mí.

Para mi sorpresa, obedeció. Permaneció quieto mientras me incorporaba lo suficiente para quitarme las bragas. Con la falda, tenía fácil acceso para alinear su polla larga y gruesa con mi entrada, ya resbaladiza y húmeda, desesperada por él.

—Déjame amarte —le dije mientras me hundía, tomando cada centímetro de su rigidez profundamente en mi coño.

Me mordí el labio.

Él gimió suavemente.

Una vez acomodada, lo besé y estremecí ante el ardor del estiramiento. Me llenaba tan bien. Me rellenaba hasta sentirme completa.

—Déjame hacerte el amor.

Él apretó mis nalgas mientras me levantaba lentamente para cabalgarlo. —No. Haremos el amor juntos.

Asentí, ya demasiado cerca del orgasmo. Mi coño palpitaba por él.

Tras los altibajos de las últimas veinticuatro horas, aún funcionaba con las últimas fuerzas, tan agotada y exhausta. Seguía procesando el miedo y el alivio que me invadían, tan desconcertada y conmocionada por haber llegado a ese punto aterrador de casi perder a mi hija *y* al hombre que amaba.

Pero no lo perdí.

Estábamos todos aquí, a salvo.

Y yo estaba justo aquí, follando con mi hombre y disfrutando cada segundo del placer que le daba. Cada segundo del placer que él me devolvía por aceptarme y tener la paciencia de quererme como pudiera tenerme.

—Te quiero, Natalie —gruñó cuando estuve a punto de estallar.

Se sentía demasiado bien. Tan grueso mientras masajeaba mis paredes internas que se apretaban alrededor de él. Me tentaba a rendirme. Lista para explotar y dejar que esta tensión se evaporara entre nosotros.

—Yo también te quiero. Muchísimo, Sergei —lo besé para ahogar mis gemidos, sabiendo que al deslizarme de nuevo sobre él, rozando con la fricción perfecta mi clítoris tan ajustado contra la base de su polla, llegaría al clímax.

Y lo hice. Con fuerza. Demasiado pronto, pero en esta clínica con la puerta sin cerrar, tendría que planear tomarme mi tiempo con él más tarde.

La próxima vez.

Porque había dado un salto de fe al decirle que lo amaba, habría tantas *próximas veces* como quisiéramos.

Él gruñó, sin separar su boca de la mía mientras chupaba mis labios y me seguía. Quedándose quieto y tensándose mientras aseguraba que su polla estuviera encajada dentro de mí lo más profundamente posible, se esforzó por no empujarme más alto mientras disparaba su semen en mi vientre.

Sin embargo, al inhalar tras correrse, hizo una mueca de dolor y supe que estábamos desobedeciendo gravemente las órdenes del médico. No estábamos descansando. Se tensaba y probablemente usaba músculos que no debería mientras cabalgaba su orgasmo.

Pero bajo su firme sujeción, atrapándome en su regazo como si no pudiera soportar separarse de mí, me quedé quieta y sonreí. Con su polla enterrada tan profundamente en mi coño, que aún se contraía y palpitaba con olas de placer, suspiré y conté con descansar con él. Justo aquí. Así exactamente.

Encontrar una nueva versión de paz y amor había parecido imposible durante tanto tiempo. Sin embargo, en sus brazos mientras bajábamos del subidón de hacer el amor, supe que por fin lo había encontrado.

Porque te encontré a ti.

—Nunca dejaré de quererte —susurró antes de besarme la sien.

Suspiré y me acurruqué contra él. —Y yo siempre te querré.

La ira no tenía cabida entre nosotros. Solo esta dichosa satisfacción y sólida confianza que me hacía saber que movería montañas para mantenerme feliz y segura. Él solo incendiaría el mundo para asegurarse de que pudiéramos avanzar juntos. Nunca más separados ni distanciados.

—¿Debería dejarte descansar ahora? —pregunté cuando parecía que ya estaba a punto de dormirse.

—Quédate justo donde estás —dijo sin abrir los ojos, moviéndose para salir de mí sin dejarme bajar de la cama.

Sonreí y cerré los ojos, descansando contra su costado y sabiendo que podía rendirme a la necesidad de dormir, segura de que al despertar su rostro masculino sería lo primero que vería.

37

SERGEI

Claire no me dio la lata por no descansar. Probablemente no sentía que fuera su lugar comentar sobre lo que debería o no debería hacer durante mi recuperación.

Esforzarme demasiado mientras hacía el amor con Natalie probablemente no fue una gran idea para dejar que mi cuerpo se curara por completo. Pero fuimos cuidadosos. O más bien, ella fue cuidadosa conmigo.

—Déjame a mí.

Ese se convirtió en el estribillo que Natalie me decía cada vez que quería follar. Fuerte y rápido o lento y suave, se aseguraba de vigilar cualquier señal de incomodidad por mi parte. Incluso cuando yo tenía cuidado de ocultar cualquier punzada de dolor que sentía, ella me lo reprochaba y me advertía que no me tomara en serio mi recuperación.

—Quiero que estés sano y vuelvas a la normalidad lo antes posible —le regañó.

—¿Así que puedo follarte como quiero? —pregunté con una sonrisa.

Su rubor posterior valió la pena.

Nunca había tenido a una mujer que me cuidara así. Que me mimara, por falta de un término mejor. Antes de ir al Diamond Mirage, había estado deseando tener a alguien especial en mi vida. Alguien a quien le importara una mierda de *mí*.

Ahora, sabía lo bueno que podía ser.

Como todavía me estaba recuperando de la pelea y de los dos disparos que recibí, ella era la jefa del apartamento. Ya se encargaba de convertirlo en un hogar de verdad, manteniéndolo limpio y ocupándose de todas las comidas. Pero ahora también era mi guardiana, regañándome si me esforzaba demasiado.

—Déjame a mí —lo decía cada vez que se montaba en mí, quizá encontrando emoción en estar encima para que no me hiciera daño en el costado.

Sentía que por fin estaba viendo más de ella, quién era realmente, cuando admitió lo mucho que le encantaba estar conmigo. Las aventuras sexuales que quería probar. Aparentemente, todo era una diferencia drástica respecto a su difunto marido. Parecía ser un tipo más simple, nada atrevido ni pervertido en la cama. No quería sustituirlo. No quería competir. Y no tenía que hacerlo. Cuando le dije que no le echaría en cara sus recuerdos y que me alegraba de que pudiéramos ser nosotros mismos juntos, ella fue más feliz.

Me molestaba que se hubiera preocupado por compararnos. Su difunto marido siempre sería parte de su pasado. Y yo estaba decidido a ser siempre parte de su futuro. Eso era todo lo que me importaba.

Dimos los primeros pasos para empezar eso como familia haciendo que se mudara a mi habitación conmigo.

Maisie estaba confundida al principio. —¿Entonces traerás también la cama de mamá aquí?

Sonreí porque en ese momento le estaba dando la espalda, en la cocina.

Nop. Se quedará en mi cama.

—No. Dejaré esa cama en la otra habitación —respondió Natalie.

Maisie frunció el ceño. —¿Vas a tener pijamadas con él hasta que se recupere más? ¿Para asegurarte de que no está herido?

Natalie negó con la cabeza y me miró. Aunque no estaba demasiado asustada, su expresión de *¿qué digo?* me hizo reír.

—¿Te parecería bien si tu mamá y yo estuviéramos juntos? —le pregunté, sin estar seguro de si usaba las palabras correctas o lo que tenía más sentido para una niña de casi cinco años.

—¿Como novio y novia? —preguntó, arrugando la cara como si estuviera más confundida.

Claro. Novio y novia. Por ahora.

Natalie asintió, extendiendo su mano hacia mí. La cogí y me acerqué a ella hasta rodearle el estómago con el brazo y abrazarla mientras ambos mirábamos a Maisie juntos. Era la primera vez que hacíamos un movimiento así de contacto físico delante de ella.

—¡Sí! —Maisie sonrió y enseguida volvió a colorear. Como si fuera un trato cerrado.

—¿Te parece bien que Sergei sea mi novio? —preguntó Natalie, quizá sorprendida por lo bien que se adaptó, así de repente.

Maisie asintió, levantando la mirada para ponerle a su madre una expresión de *obvio* como si fuera ella la lenta. —Pensaba que ya lo eras—.

Me moría de ganas de reírme.

—Te mira como si te amara—. Maisie me sonrió antes de volverse hacia Natalie de nuevo. —Y tú siempre sonríes más cuando él se

ríe—.

Bueno, eso lo resumía con claridad.

Con la «bendición» y aprobación de Maisie, Natalie se mudó a mi habitación. Fue liberador no tener que ocultar mi afecto por ella. Nos besábamos. Nos cogíamos de la mano. Nos acurrucábamos en el sofá. Todas las cosas normales que una pareja normal enamorada puede hacer delante de una niña sin temor a traumatizarla de por vida.

Natalie parecía más preocupada por cómo reaccionaría Maisie, y yo entendía su perspectiva. Pensaba en que Maisie podría echar más de menos a su padre.

Pero ese no era el caso. Maisie ya era muy abierta conmigo, me decía que me quería y casi todas las noches me pedía que le leyera cuentos antes de dormir. Pequeñas cosas así me hacían sentir cada vez más cómodo como presencia permanente en su infancia, incluso con las tareas mundanas y cotidianas sin importancia. Todo me parecía nuevo mientras me sumergía en la novedad de ser algo así como un padre.

Por primera vez en mi vida, mis pensamientos giraban en torno a planificar una familia propia. En cada momento de calma, cuando mi mente vagaba, pensaba en ella. En hacer que Natalie fuera por fin mi esposa. En adoptar a Maisie y llamarla oficialmente mi hija. En intentar tener un hermanito para que Maisie creciera con un hermano o hermana. O ambos.

Mi tío dejó de preguntarme si reclamaría a Natalie como mi mujer. Ahora se daba por sentado. Como Natalie y yo habíamos hablado y ella había superado sus mayores problemas conmigo, ya no tenía que estar tan estresado ni ser tan consciente de ir demasiado rápido.

Habíamos avanzado despacio. Le había dado tiempo y espacio hasta que pudo decirme que ya no quería ninguna de las dos cosas, lista

para seguir adelante conmigo.

Contemplar el futuro era una actitud mucho más placentera que los negocios.

Sin embargo, aún me incluían en las reuniones de la Familia. Siempre sería así. Aunque estaba de «baja laboral» y en recuperación, asistía a cada encuentro.

—Los Popov no se atreverán a jodernos otra vez —declaró Mikhail con expresión sombría de fastidio—. Ni por asomo—.

—No después de ese «error» —coincidió Andre—.

—Niko Popov siempre será un problema —dijo Mikhail—, pero no son ellos quienes nos deben preocupar ahora—.

No quería grandes preocupaciones entre manos. No cuando me centraba tanto en Natalie y Maisie y en convertirnos en familia.

—Lo que más me inquieta son los rumores sobre que los Giovanni nos espían —dijo mi tío—.

—¿Cuándo no nos espían? —murmuró Roman, poniendo los ojos en blanco—.

Algunas cosas jamás cambian. Sin importar quién fuera o qué ocurriera, un enemigo nos daría dolores de cabeza. Pero no era tan egoísta desear un período de paz, ¿verdad? ¿Pedirle matrimonio a Natalie, casarme con ella y adoptar oficialmente a Maisie?

—He delegado la mayor parte de ese trabajo —dijo Andre—.

Roman asintió. —¿Puedo ayudar?—

Andre se encogió de hombros. —Solo mantén los oídos abiertos a más rumores. Han estado espiando. También ha habido susurros sobre un topo—.

Roman frunció el ceño. —¿Un topo aquí? ¿Uno de los nuestros?—

Andre negó con la cabeza. —No. Alguien de su familia. Todavía no lo sé. No es cuestión de fiarse de un solo informante. Estoy en ello—.

Roman y yo acordamos seguir atentos a cualquier cosa que nos ayudara contra los Giovanni en la competencia de drogas.

—¿Y los rumores sobre la red de tráfico? —preguntó Mikhail—. ¿Es lío del cártel o de otro?—

George se aclaró la garganta; participaba en la reunión desde que se le ofreció ser más bien un teniente bajo mi supervisión, por haber arriesgado tanto para proteger a Maisie. —He oído que algún político o pez gordo está implicado en el nuevo acuerdo de tráfico—.

Lo discutimos un poco más, concluyendo que necesitábamos más información antes de planear un ataque u operación.

Las noticias de espías siempre molestan. Las redes de tráfico siempre preparan el terreno para más problemas porque, sin importar quién respalde cada parte, se expanden hasta quedar fuera de control.

Confíaba en que la vida seguiría su curso habitual con el flujo y reflujo de violencia y problemas propios de nuestras vías de ingresos menos legales.

El trabajo siempre estaría ahí.

Pero solo había un momento para fantasear y planear cómo casarme con la mujer de mis sueños, y desechaba la culpa por estar distraído mientras dedicaba mi tiempo libre a dar los primeros pasos para hacerlo realidad.

38

NATALIE

Nunca me había dado cuenta de que los niños de cinco años podían gritar *tan* fuerte —dijo Claire en la fiesta de cumpleaños de Maisie unas semanas después.

Sonreí y asentí—. Nunca me había dado cuenta de que mi vida podría ser tan caótica y desordenada —admití.

Ella alzó las cejas, casi pareciendo preocupada—. ¿Caótica? ¿Te refieres al bombardeo en los muelles anoche?

Me encogí mientras negaba con la cabeza y la corregí—. No. Quiero decir, eso sí que me asustó un poco.

Ella suspiró, dejando caer los hombros mientras apoyaba la mano en su gran barriga. Durante el último mes, realmente había engordado. Y en los últimos días, juraba que el bebé había bajado. La fecha prevista para el parto era dentro de una semana, pero me preguntaba si este pequeño llegaría antes de lo esperado.

—Le dije a Mikhail que más le valía esperar que hubiera algo de paz cuando dé a luz a este bebé —hizo una mueca—. Porque no estaré disponible para curar a nadie tan rápido.

—O para nada —bromeé—. Esos primeros días son brutales. Estarás completamente volcada con el bebé.

—Mikhail también.

Observé a Anya poner cara de dolor al reventar otro globo mientras intentaba sin éxito hacer un animal con él—. Anya también.

Claire sonrió suavemente—. Espero que esto no sea un caso de impronta o algo así.

—¿Como los patitos que siguen a la mamá pato?

Asintió—. Al principio era tan descarada, tan combativa, como si no quisiera tener nada que ver conmigo. Con el tiempo, nos acercamos. Solo me preocupa que diga que quiere estudiar medicina algún día solo por mí.

Me reí levemente—. Eso sería un halago, Claire. No una preocupación. Significa que está impresionada y quiere ser una tía dura como tú.

—¿Yo? ¿Una tía dura entre todos ellos? —hizo un gesto hacia los hombres Orlov que se turnaban para intentar montar los juguetes de Maisie. Ninguno usaba manual de instrucciones, y sabía que se arrepentirían.

—Sí, tú. Eres una mamá dura —solté una risita débil—. O casi mamá. Y estás a punto de reventar.

—Vale, pero ese comentario sobre el caos. ¿Qué querías decir?

Sospechaba que siempre se preocuparía por cómo me estaba adaptando a estar en esta familia y con estos hombres de la mafia. Empezando tan asustada, nerviosa e ingenua, demostré que incluso yo podía adaptarme y cambiar.

—¿No era por el bombardeo? —comprobó—. Porque es duro. Es duro capear el temporal y saber que la violencia siempre será parte de nuestras vidas. Incluso si no nos afecta personalmente.

—No. No ese tipo de caos. Y sé lo que quieres decir. Toda la violencia nunca cesará. Es que aquí es tan desordenado —agité la mano hacia el ático invadido de papel de regalo. Todavía me zumbaban los oídos por el grito de alegría de Maisie al abrir la caja con el caballo de peluche que llevaba tanto tiempo deseando.

—A veces cuesta creer que esta sea mi vida.

—¿Con Sergei? —preguntó.

—Sí. Y con todos aquí. Antes me sentía tan sola. Y ahora es imposible tener un momento para mí.

Ella se rió suavemente.

—Antes vivía al día, trabajando como una esclava tantas horas solo para poder poner comida en la mesa y pagar el alquiler. El alquiler era un término de mi pasado ahora, desde que le dije al casero que no volvería.

—Me rodea tanto que nunca pensé que podría soñar con tener, y no solo cosas materiales.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que Sergei no estaba cerca y al alcance del oído, comprobando que su tío, hermano y primo no estaban lo bastante cerca para oír nuestra charla de chicas.

—¿Qué? —Claire se animó, mirando alrededor—. ¿Estás pensando en casarte con él y nunca pensaste que volverías a casarte?

Bueno, eso también, más o menos. No es que fuera a volver a casarme, sino si él estaba preparado para el matrimonio.

Como si estuviera esperando la señal, Sergei alzó la mirada y me buscó, sonriendo con esa sonrisa lenta y secreta que le gustaba reservar solo para mí.

Me mordí el labio. —No saben leer los labios, ¿verdad?

Ella levantó un vaso de agua. —Por si acaso.

Me abracé con un brazo y apoyé el codo en él para poder taparme parcialmente la boca con la mano. —Quiero decir…

Ella alzó las cejas, todavía bebiendo.

—Es un accesorio, Claire —le reprendí juguetonamente—. No te lo bebas de un trago. No tienes espacio para tanta agua.

Ella sonrió y simplemente bajó el vaso. —Venga. ¿Qué? ¿Qué te tiene tan… rara hoy?

—No se lo digas a Sergei. Todavía. Ni a nadie hasta que lo sepa.

Ella frunció el ceño.

Me humedecí los labios para susurrar. —Mi regla se ha retrasado un poco, y…

Sus ojos se abrieron como platos y me agarró el antebrazo. —¡Dios mío!

—¿Dios mío qué? —preguntó Mikhail. Estaba al otro extremo de la habitación, pero siempre pendiente de su mujer—. ¿Se te ha roto aguas? ¿Va a nacer el bebé ya?

Ella suspiró y bajó la cabeza. —No. Te lo he dicho. Te avisaré directamente e inmediatamente.

Él levantó las manos en un gesto de tregua a medias mientras volvía a montar uno de los juguetes de Maisie.

—Repito, los primeros embarazos pueden tardar mucho —le sermoneó, usando un tono que insinuaba que él había estado siendo precavido y preguntando bastante ya.

Andre resopló. —No es como si fuera la primera vez que tienes un hijo.

—Es la primera vez que podré estar presente —replicó Mikhail.

Claire me giró para que la mirara. —¿Cuánto retraso? —articuló en silencio, haciendo bocina con una mano alrededor de los labios.

Me encogí de hombros. —Lo suficiente como para hacerme preguntas.

Ella sonrió y me abrazó. —¡Ay, qué emocionante!

—No hay nada oficial todavía —susurré mientras nos abrazábamos.

Literalmente. No había nada oficial entre Sergei y yo. Claire preguntó por el matrimonio, y yo seguía preguntándome si ese paso sería el siguiente para nosotros. Porque si estaba embarazada, él debía saberlo.

Resultaba difícil contener la emoción de volver a ser madre. De traer un hermano o una hermana al mundo para que Maisie creciera con él. Ya estaba completamente entregada a que Claire tuviera un bebé pronto. Tenía grandes planes para mimarlo o mimarla.

Sin embargo, los nervios me contenían. Si me hacía una prueba para ver si estaba embarazada y se lo decía a Sergei, siempre me preguntaría si solo me pediría matrimonio por el bebé. No por amor.

Eso son tonterías.

Sabes que te quiere.

—¡Sigue siendo emocionantísimo! —dijo Claire. Se puso rígida, abrazándome con torpeza.

—Eh. Creo que ahora mismo está pasando algo más emocionante, sin embargo. —Me eché hacia atrás, sujetándole los brazos—. O te has bebido demasiada agua y te has meado en los pantalones o…

—¡Está *pasando*! —anunció Mikhail, saltando por encima de las cajas de juguetes como si fueran vallas mientras corría hacia nosotras.

—… o se te han roto aguas.

Ambas miramos hacia abajo, al charco de líquido en el suelo. Más humedad manchaba sus pantalones de premamá.

—Retiro lo dicho —declaró, con tono práctico.

—Decías que todavía no pasaba nada —exclamó Mikhail, tomándole la mano.

—¡Y no pasa! No tengo contracciones. No de verdad.

Entrecerré los ojos. —Un momento. Eres médico y tienes una enciclopedia de conocimientos médicos en la cabeza, pero nunca has estado embarazada antes.

—Son solo contracciones de Braxton Hicks —dijo ella.

—¿Porque ya las has vivido para saberlo? ¿Cuánto tiempo llevas con ellas?

Ella hizo una mueca.

—Claire… —la regañé.

—Da igual. Suficiente. *Si* fueran las auténticas.

—Ay, ahora sí que lo vas a saber —la guié hacia la puerta con Mikhail. Ya me había pedido que la acompañara al hospital, desesperada por tener a alguien no relacionado con su última experiencia hospitalaria. Estaba encantada de ser un rostro nuevo y amable para ayudarla en el parto.

Sergei me hizo un gesto de despedida mientras sostenía a Maisie. Ellos se entretendrían hasta que naciera el bebé.

Y cuarenta horas después, el dulce niñito decidió *por fin* hacer su aparición. Owen era un niño sano y robusto con unos pulmones que rivalizarían con los de Maisie.

Participar en el parto de Claire y ayudar tanto a ella como a Mikhail a superar el proceso fue un regalo que atesoraría. Anya también estaba allí, y entre las dos hicimos todo lo posible para asegurarnos

de que Claire no «enloqueciera» sin epidural, ya que la primera no funcionó y no pudieron ponerle otra.

Me llevaron a casa, ansiosa por ver a mi bebé. Y a mi hombre. A veces, realmente me impactaba lo loco que era que una vez viera a Sergei como el enemigo. Era mío. Mi amante. Y quizá el padre de mi próximo bebé.

Apoyando la mano en mi vientre, suspiré y me pregunté tantos "y sis" que apenas podía seguirles la pista.

Sea lo que sea que deparara el futuro, Sergei me apoyaría y me guiaría a través de todo. Igual que yo esperaba poder ofrecerle siempre la misma confianza y amor que merecía.

39

SERGEI

Después de que naciera Owen, nada parecía ensombrecer nuestros días. Claire llevaba bien el posparto. Mikhail era un padre cariñoso. Andre sonreía sin parar ante su nuevo medio hermano. Anya era muy maternal como hermana mayor.

Cuando Mikhail y Claire se casaron, era imposible no percibir el sentimiento de familia en la habitación. No *la* Familia. Sino esta cercanía. Lazos de sangre. Buena voluntad y todos llevándose bien.

Un bebé parecía hacer feliz a todo el mundo. Y también suscitaba especulaciones sobre quién podría tener el próximo bebé.

La noche después de que Owen llegara a casa, Mikhail celebró con nosotros tres: Andre, Roman y yo.

—¿Quién sigue? —preguntó Mikhail en broma antes de dar una calada a su puro.

—¿Yo? —sonreí con complicidad.

Andre arqueó las cejas. —¿Tú? ¿Natalie está embarazada?

Negué con la cabeza. Que yo supiera, no lo estaba. Pero con la frecuencia con la que me la llevaba a la cama y sin usar protección,

imaginaba que era solo cuestión de tiempo.

—Me refería a mí. Con Maisie. He iniciado los trámites para adoptarla oficialmente.

Me felicitaron, coincidiendo en que parecía poco más que un formalismo. Evidentemente, ella me veía como un padre.

—Pero no puedo finalizar ese proceso hasta que Natalie y yo estemos casados —añadí.

—¿Cuándo? ¿No "si"? —Mikhail se rió de nuevo, meneando la cabeza.

El año pasado, cuando se debatía hasta qué punto protegeríamos a Natalie y Maisie, mi tío me había presionado sobre si la reclamaría como mía. Para integrarla plenamente en los vínculos Orlov.

—Sí, cuándo —asentí y me dirigí a él directamente—. Pienso casarme con ella.

—¿Y a quién le sorprende realmente oír eso? —bromeó Roman.

—Bien —decidió Mikhail—. Bien por ti. Ya era hora.

—Quería darle tiempo. Después del secuestro de Maisie y de conseguir que se mudara a mi habitación y todo eso.

—Y así, la presión para que empecemos a formar familias quedará en pausa —bromeó Andre, golpeando levemente el dorso de su mano en el pecho de Roman.

—Oh, no me mires a mí —mi hermano negó con la cabeza—. Todavía no he terminado.

—¿Terminado qué? —preguntó Mikhail—. ¿Follarte a toda la ciudad?

—¿Al estado? —bromeó Andre.

—¿Al país? —añadí yo.

Se rió de todo. —Pero en serio, me alegro por ti —me dijo con sinceridad.

—Te has tomado tu tiempo —comentó Andre.

Tuve que tomarme mi tiempo, sin embargo, para no asustarla. Y fui recompensado por mi paciencia porque sabía que nunca dudaría del amor que Natalie y yo compartíamos ahora.

—Quiero que entiendas que mi lealtad a la familia —a ti— nunca cambiará —le dije a mi tío—. No importa adónde me lleve la vida, incluso al matrimonio, la adopción y formar mi propia familia, siempre puedes contar conmigo.

Suspiró antes de acercarse para abrazarme y darme palmadas en la espalda. —No necesitas darme un discurso. *Sé* que eres leal y siempre lo serás. Pero no sería un líder justo ni un jefe medianamente decente si no enfatizara que tu felicidad con tu mujer y tu hijo o hijos debe ser lo primero. Trabajas para mí. Pero vives para ellos.

Sonreí, dándole palmadas en la espalda a modo de respuesta. —Gracias por tu bendición.

—¿Eso es lo que era? ¿Pedirme permiso? —bromeó.

—Entonces, ¿cuándo será? —preguntó Roman.

—¿Ya estás pensando en colarte en su boda y ligar con quien puedas? —bromeó Andre.

—Primero tengo que pedírselo a ella —dije, deseando que llegara ese momento.

La noche siguiente, cuando Natalie estaba en casa de Claire cuidando un rato al bebé, me senté con Maisie en la mesa. Había pedido chocolates calientes antes de ver una película, y accedí.

También era un buen momento para conocer su opinión sobre el asunto.

—Maisie, ¿te gustó la boda de Claire y Mikhail?

—Mmm-hmm. Y la tarta estaba riquísima.

—¿Qué te parecería que tu mamá y yo nos casáramos?

El silencio reinó.

Dejó caer su cuchara en una taza, salpicando parte del chocolate caliente. Su boca se abrió al unísono con la caída de la cuchara.

Oh, mierda.

No estaba seguro de haberla dejado tan estupefacta antes. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, desorbitados mientras me miraba fijamente.

—¿Maisie?—

—¿Puedo tener un vestido bonito?—

Me relajé, respirando con más alivio. *Oh, gracias a Dios.* No la había asustado.

—¿Un vestido bonito? Claro. ¿No es eso lo que las niñas bonitas llevan a las bodas?—

—Sí. A menos que sean princesas. Ellas pueden llevar vestidos bonitos siempre—.

—Puedes ponerte un vestido bonito cuando quieras—.

Se lamió los labios, sonriendo. —¿Habrá muchísimas, muchísimas y muchísimas flores?—

—Todas las que podamos tener—.

Suspiro feliz. —¿Será en el gran salón de baile?—

—Donde queramos—.

Golpeteó su barbilla. —¿Puedo ayudar a probar las tartas antes, como hice con Claire y Mikhail?—

Asentí, preocupándome un poco de que se centrara en lo que yo consideraba detalles menores mientras pasaba por alto el importante. El hecho de que quería casarme con su madre. Y ser su padre.

—Podemos hacer lo que quieras. Lo que tu mamá quiera—.

—¿De verdad?— Sus ojos brillaron con más emoción.

¿Qué tienes en mente, pequeña?

—De verdad—.

Sonrió, dando un sorbo a su chocolate.

El silencio se extendió otro momento, lo suficiente para que empezara a preocuparme de que no lo estuviera asimilando.

—¿Entonces tú y mamá estaríais enamorados y seríais marido y mujer?—

Asentí, aliviado. Lo había entendido. —Sí. De hecho, ya estamos enamorados—.

—Bien—. Dio otro sorbo, con espuma en el labio superior y luciendo adorable. —¿Eso significa que serías mi papá?—

—¿Te gustaría eso?— pregunté.

Asintió. —Ya pienso que eres mi papá—.

Me aclaré la garganta. —Pero está bien que sigas recordando a tu padre. Lo sabes, ¿verdad?—

—Sí. Pero casi no me acuerdo de él. Yo era pequeña como Owen, y los bebés como él no recuerdan mucho. Ni siquiera saben que tienen dedos en los pies o manos todavía—.

Contuve una risa. —Es cierto—.

—Cada noche, cuando me acuesto, rezo y doy las gracias de que Mamá es mi mamá y de que tú eres mi papá—.

Sonreí, asombrado de que una personita tan pequeña pudiera tener tanto poder sobre mí.

—¿Cuándo te casarías con Mamá?— preguntó.

—Cuando decidamos una fecha—.

—¿Será en verano?—

Me encogí de hombros, notando que volvía a los detalles menores. O lo que yo consideraba menores.

—¿Podré arreglarme el pelo en la peluquería otra vez?—

—Claro—.

—¿Y tú llevarás uno de esos esmóquines?— Entrecerró los ojos.

—¿Te parece aceptable?—

Asintió. —Ajá. Eso es lo que llevan los chicos. ¡Espera!—

Arqueé las cejas.

—¿Puedo empezar a llamarte papá ya? ¿O solo cuando te cases con Mamá?—

—Lo que te haga más feliz. Espero que tras casarme con tu mamá, seamos una familia completa—.

Frunció el ceño. —¿Cómo?—

—Bueno, quiero firmar unos papeles que significarán que te he adoptado. Que legalmente serás mi hija—.

Al instante irradió alegría, dejando claro que estos conceptos la superaban.

—Eso significa que serás Maisie Orlov—.

—¿No Hayes? ¿Como Mamá?—

—Cuando tu mamá y yo nos casemos, si ella quiere casarse conmigo—

—Oh, se casará contigo—. Asintió como una experta afirmándolo.

—Cuando nos casemos, ella será la señora Orlov—.

Tras soltar un suspiro de ensueño y sonreír, se animó. —¿Por qué no podemos hacerlo ya?—

Me reí con su inocencia e impaciencia. —Quería hablar primero contigo. Asegurarme de que para ti está bien—.

Se levantó. —Claro que está bien. Te quiero y quiero a Mamá—. Levantó las manos y se encogió de hombros. —Tiene sentido—.

Sí, Maisie. Desde luego que sí.

Amar a Natalie tenía sentido.

Querer a Maisie también.

Se sentía bien.

—Entonces, ¿cuándo podemos tener la boda?— preguntó de nuevo, con más emoción, como si fuera un hecho consumado.

—Primero tengo que preguntarle a tu mamá—.

Las puertas se deslizaron justo al decirlo.

Natalie entró en el apartamento, dirigiéndose directa hacia mí con un papel en la mano. —¿Preguntarme qué?—

—¿Te casarías—

Me abalancé para abrazar a Maisie, sentándola en mi rodilla mientras tapaba su boca con la mano.

Natalie se paralizó en su paso, mirándome fijamente.

Adiós a la escapada romántica a París para proponer matrimonio…

Suspiré mientras ella sonreía lentamente.

Maisie apartó mi mano. —Quiere saber si te casarías con él, Mamá—.

Natalie sonrió, conteniendo la risa. —¿Ah, sí?—

Asentí. —Aún no domina el fino arte de guardar secretos, ¿verdad?—

—No —respondió ella, mordiéndose el labio para hacer esa sonrisa aún más sexy—. Y además le falta filtro.

—Me he dado cuenta.

—¿Esto significa… que *sí* te casarás con él? —preguntó Maisie, sin inmutarse por lo que decíamos, si es que lo había entendido.

Natalie se acercó a mí, sentándose en mi otra rodilla y rodeándome los hombros con su brazo. Se acomodó, sonrió a su hija y luego me miró—. Me encantaría casarme contigo, Sergei —dijo, colocando sus dedos bajo mi barbilla para levantarla y acercarse a besarme con ternura.

Sonreí bajo sus labios, rodeándole la espalda con mi brazo para mantenerla cerca.

Al separarnos, ambos suspiramos al unísono.

—¿Pronto? —insistió Maisie.

Los dos nos reímos.

—No he tenido ocasión de darle el anillo todavía.

—¿Es bonito? ¿Es de diamantes? ¿Cómo es?

Indiqué con la cabeza hacia mi habitación—: Mira en el primer cajón a la derecha del armario más grande y tráelo.

Ella jadeó sorprendida, sonriendo mientras salía corriendo.

—Había planeado todo esto. París. Una villita. Fuegos artificiales…

Natalie rió suavemente y me besó de nuevo, con más pasión que la primera vez—: No necesito nada lujoso, Sergei. Solo te necesito a ti.

Música para mis oídos.

Maisie regresó trotando, corriendo tan rápido con esos calcetines cálidos y peludos que tanto le gustaban que casi tropieza.

—¡Cuidado! —gritamos Natalie y yo al unísono cuando su pie se enganchó en la alfombra y cayó hacia adelante. Evitó darse de bruces o hacerse daño, pero la cajita del anillo salió volando.

Mantuve a Natalie junto a mí mientras me inclinaba para atrapar la caja.

—Qué suerte.

Sonreí—: Lo sé.

Ella se sonrojó ligeramente, resultándome encantador que aún pudiera ser tan tímida.

Seguía sentado en la sillita baja de la mesa infantil de Maisie cuando ella regresó. Se acomodó haciéndose hueco en mi otro muslo, frente a su madre.

—¡Quiero verlo! —apretó las manos y yo reí.

—Maisie, ten paciencia —la reprendió Natalie suavemente, conteniendo la risa.

—¿Quieres ser mi esposa, Natalie? —le pregunté de nuevo para oficializar el momento, combinando la pregunta con el gesto de abrir la cajita del anillo.

No supe quién jadeó más fuerte, si madre o hija. Lo único que importaba era que Natalie asintió y tendió la mano—: No veo la hora de ser tu esposa, Sergei.

Nos besamos otra vez y luego deslicé el anillo de diamantes en su dedo, comprobando que encajaba a la perfección.

—¡Ahora tengo mamá y papá! —exclamó Maisie abrazándonos a ambos.

—Así será —dijo Natalie tras nuestro abrazo. Se inclinó para recoger el papel que había sostenido y caído al suelo—. Porque parece que ya tenías planes para oficializarlo —añadió mostrándome la lista impresa del proceso de adopción.

—Papá va a adoptarme y seremos una familia de verdad —explicó Maisie antes de levantarse para bailotear por el salón.

Sonreí—: Esperaba adoptarla.

Ella suspiró mientras me acariciaba la cara y se acurrucaba para besarme de nuevo, apoyándose completamente en mí—: Yo también lo esperaba. Pero incluso si no la adoptaras ni la reconocieras oficialmente como tu hija… —volvió a morderse el labio, burlándose de mí.

Arrugué la frente cuando tomó mi mano y la posó sobre su vientre.

—…tengo el presentimiento de que igual serías papá.

Cayó en su sitio. Lo comprendí y la atraje para otro beso.

—¿De verdad? —pregunté al separarnos.

Ella se encogió de hombros y luego asintió—: Iba a hacerme una prueba esta noche. Creo que sí.

—¿*De verdad*?

Me besó de nuevo, divertida por mi tono.

Feliz.

Emocionado.

Atónito.

En el séptimo cielo y tan entusiasmado.

—No es que hayamos descuidado el proceso de fabricación.

Reí, abrazándola fuerte, sintiéndome tan afortunado que jamás daría por sentado ni un segundo de su amor—: Entonces quizá deberíamos seguir el razonamiento de Maisie y celebrar esta boda cuanto antes.

Resopló entre risas mientras la veíamos bailar y celebrar con el entusiasmo único de un niño—: ¿Cuál es su razón para casarnos pronto?

—Llevar un vestido bonito, probar la tarta, que le hagan el pelo y tener muchas flores.

—Es mi dulce princesa.

—Y tú mi dulce futura mamá —bromeé antes de besarla otra vez.

—Quizá. Me haré la prueba esta noche —arqueó una ceja—. Pero sea cual sea el resultado, quizá podamos mantener esto lejos de Maisie un tiempo.

Asentí, dispuesto a aceptar lo que quisiera.

Siempre lo haría. Era lo mínimo que podía hacer por el amor que me daba.

40

NATALIE

Seis semanas después…

Claire sonrió cuando Mijaíl volvió a nuestra mesa en el enorme salón de baile. Parecía que le habían salido algunas canas más en la última semana, pero dudaba que fuera por el estrés de organizar esta boda.

Más que nada, probablemente tenía que ver con que Owen estaba en plena fase de lactancia intensiva y atravesaba una etapa de irritabilidad en la que no dormía bien.

Suspiró al sentarse, extendiendo las manos hacia su esposa para que le pasara a su hijo. No hacían falta palabras.

Owen protestó un poco pero se calmó con un chupete.

—¿Necesitas ir a la oficina? —preguntó Claire.

Negó con la cabeza. —No. André se está ocupando.

Ajá. —¿Más problemas con esos… tipos?

Serguéi sonrió con sorna, pendiente de Maisie cerca de la mesa de postres mientras nos escuchaba. Me cogió la mano, posesivo y

protector incluso cuando no había ninguna amenaza presente. Nunca quise conocer muchos detalles, pero me interesaba y me implicaba en la vida de mi prometido.

No. Borra eso.

Sonreí, corrigiéndome mentalmente.

Desde hacía una hora, cuando Serguéi y yo intercambiamos nuestros votos en esta sala dorada, él era mi esposo.

Ni mi enemigo, ni mi amante.

Mi hombre. Por siempre jamás.

—Sí. *Esos* tipos —confirmó Mijaíl con ironía—. Los inútiles pedazos de mier—

—Vale, vale. Estamos en una boda —Claire se aclaró la garganta—. Hay niños presentes.

—No creo que Owen lo entienda —dijo Serguéi.

—Maisie podría volver aquí en cualquier momento —dije yo.

Claire asintió. —Y todos sabemos lo mucho que está empezando a repetir como un loro.

Sonreí, contenta de que todos hubieran estado de acuerdo conmigo en no decirle a mi hija que estaba embarazada. No quería ocultárselo mucho tiempo, pero deseaba disfrutar de algo de paz mientras pudiera.

Maisie no solo estaba en la fase de repetir todo lo que oía. También tenía una curiosidad de hacer un millón de preguntas por minuto.

Pero eso era bueno.

Verla crecer y superar la callada que tenía antes, en aquellos primeros meses después de la muerte de Fitz, tenía que ser una buena señal. Se sentía cómoda expresándose libremente. No me

preocupaba que el secuestro la hubiera traumatizado o afectado. Actuaba como una niña normal y despreocupada.

Antes de que empezara a notársele, le diríamos que pronto tendría un hermanito o hermanita. Pero por ahora, era prudente mantener la noticia entre los adultos.

—¿Esto significa que tenemos que posponer nuestra luna de miel? —pregunté a Mijaíl, mirando a Serguéi.

—No. Como he dicho, André se ocupa de casi todo —respondió.

—Ni hablar —dijo Claire—. Disfrutad de esas vacaciones. —Frunció el ceño a su marido—. ¿Puedes prescindir de Serguéi una semana o así, verdad?

Asintió, frotando la espalda de Owen mientras este protestaba más. —Lo juro, es adicto a ti.

—A mi leche —replicó Claire con sequedad.

Mijaíl se levantó, sin rendirse con el bebé inquieto. Mientras nos sentábamos y disfrutábamos de la tarta, él rebotaba para calmar al niño. —No, no hay necesidad de cancelar ni posponer la luna de miel. Disfrutadla.

—Creo que Maisie está más ilusionada que nosotros —admitió Serguéi. Frunció el ceño—. ¿Seguro que queréis cuidarla con Owen tan opuesto al concepto de paz y tranquilidad?

—Y de dormir —añadió Claire con una sonrisa sarcástica—. Sí, está bien. Me parece adorable lo emocionada que está por estar con nosotros.

—Anya también —añadió Mijaíl—. Oye, hablando de… —Buscó a su hija, que había demostrado ser eficaz calmando a Owen.

Le reconocí el mérito. Para el resto del mundo era el gran jefe mafioso, pero aquí, con su familia, era tan dulce que siempre se

ofrecía voluntario para ocuparse de su hijo y que Claire no tuviera que hacerlo *todo* el tiempo.

—Está allí —dije, señalando hacia donde Anya y Daria charlaban cerca de la pista de baile.

Cuando pensé en quién quería invitar a la boda, ella fue la única persona que me vino a la mente. Resultó que estaba estresada por problemas en el departamento de la carrera que estudiaba. Admitió que quería dedicarse a la enfermería, y me alegré mucho de facilitar que se reuniera con Claire para hablar de su carrera con nosotras. Ahora teníamos a Daria viviendo en el edificio como enfermera en prácticas, cursando las mismas asignaturas online que Anya empezaba.

Mikhail miró a su hijo dormido y suspiró con una sonrisa agradecida. —Mira eso.

—Lo digo en serio, Mikhail —dije—. Si no es factible ir a París ahora, lo entiendo.

Negó con la cabeza. —No pasa nada. Id y disfrutad.

Entendía perfectamente que Sergei siempre tendría sus obligaciones con la Familia. Y no me interpondría en ese camino de lealtad.

—¿No quieres ir? —me preguntó Sergei, como si hubiera intuido que estaba teniendo dudas.

—No, no. Claro que quiero.

—¿No te preocupa dejar a Maisie tanto tiempo? —preguntó.

Sacudí la cabeza. —¿Cómo podría preocuparme? —Señalé cómo Anya y Daria sostenían las manos de Maisie mientras bailaban en círculo.

Nunca tendría que preocuparme por la seguridad y felicidad de mi hija aquí. Como si fuera una señal, George se acercó e intentó bailar con ellas también, haciendo reír a todas con sus movimientos torpes.

No había querido ascender, manteniendo el honor de ser uno de los guardaespaldas oficiales de Maisie cuando salía de la propiedad.

—Pero unas vacaciones en casa tampoco estarían mal —dije.

La idea de refugiarnos en el apartamento con mi marido una semana sonaba a gloria. Solo nosotros dos. Relajándonos y asentándonos como matrimonio antes de que la vida se volviera aún más ajetreada con un bebé en camino.

Sergei se inclinó y me besó la mejilla. La fricción de su barba corta me hizo cosquillas, como siempre, y sonreí más ampliamente.

—Lo que quieras, Esposa. Lo haré realidad.

—¿Crees que podrías hacer realidad un baile, Esposo? —pregunté dulcemente.

—¿Unos tres segundos antes de que Maisie quiera colarse para bailar entre nosotros? —bromeó.

Claire se puso de pie, sonriendo. —Oh, yo puedo distraerla unos minutos para que el fotógrafo os haga una buena foto.

Nos dirigimos a la pista de baile y vi que Claire ni siquiera necesitaba intervenir. Anya llevó a Maisie al piano, y mi hija se sentó pacientemente a mirar mientras Anya tocaba, uniéndose de inmediato al pequeño cuarteto de cuerda del evento.

—¿Crees que sentirá celos del bebé? —le pregunté mientras me guiaba por la pista.

—Nah. Necesitará adaptarse, pero no creo que tenga tanta hambre de atención como para competir por ella.

Sonreí, apoyando la cabeza en su pecho. —No, no la tiene. Nos tiene a los dos.

Besó mi coronilla y cerré los ojos ante el calor que crecía en mi corazón. La absoluta y completa alegría allí se expandía hasta casi sentirse opresiva, desbordándose.

—Nos tiene a más que solo a nosotros —dijo Sergei.

Tenía razón. Maisie y yo teníamos a toda la Familia Orlov respaldándonos. Nos habían aceptado. Me habían ayudado a adaptarme y encontrar mi camino sin controlarme en cada paso del trayecto.

Claire y Anya eran amigas auténticas que valoraba cada día.

Mikhail, Roman y Andre eran hombres maravillosos, siempre dispuestos a intervenir y ayudar cuando fuera necesario.

Todos tenían sus trabajos. Todos los negocios e intereses, legales o no. La tarea de mantener su legado y poder intactos y fuertes era un trabajo continuo. Pero al final de cada día, sabía que podía confiar en todos ellos.

Confiaba en que mantendrían a salvo a mi familia, incluido mi marido.

—¿Eres feliz? —me preguntó Sergei de repente mientras bailábamos con la música suave.

Levanté la cabeza, estirando el cuello para mirarle y sonreír. —¿Todavía tienes que preguntarlo?

—Quiero asegurarme.

—Soy más que feliz —le dije antes de tirar de él hacia abajo para besarlo.

—¿Sin arrepentimientos?

Negué con la cabeza. —Ninguno. ¿Y tú?

—Ni uno solo. Supe en el instante en que te vi que no podría sacarte de mi mente. Me alegro de que te quedaras. De que no pudiera evitar sentir curiosidad por ti.

Me encantaba oír su confesión sobre cómo me deseó cuando intentaba ser la camarera más amateur del mundo en el Diamond

Mirage.

—Yo también me alegro de haberme quedado —dije, trazando con el dedo la solapa de su chaqueta de esmoquin—. Me siento honrada y bendecida de poder ocupar un lugar a tu lado. Como tu esposa. Como madre de tus hijos.

Nunca olvidaría de dónde venía ni a quién pertenecí antes. Fitz siempre sería parte de mi pasado, pero por fin era libre de permitirme la gracia de dejar el pasado donde estaba.

No me identificaba como viuda.

Era una mujer casada.

Una futura madre.

Por haber elegido amar a este hombre peligroso y ferozmente protector, tenía por delante una vida de aventuras mientras aprendía a ser la mejor esposa posible para él y la mejor madre para nuestros hijos.

Enmarcó mi rostro, deslumbrándome con el fuego en sus ojos azul oscuro. —Te quiero, Natalie, y siempre te querré.

Cerré los ojos, saboreando la dicha de sus labios sobre los míos, sellando el significado tras los votos que hoy habíamos compartido.

—Y yo siempre te querré a ti —respondí antes de besarlo otra vez. Simplemente porque podía.

TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

El Imperio Orlov Serie

Su Salvación Reluctante || La Viuda del Sicario

Reclamada para Navidad Serie

Navidad con el diablo irlandés || El Bebé Navideño de la Mafia || La Reclamación Navideña del Mafioso

El Sindicato Ivanov Serie

La Cautiva de la Bratva || El Acuerdo Brutal || El Tránsfuga Enemigo || La herencia disputada

Eruditos Pecadores Serie

Devoción Cruel || Tentación Imprudente || Entrega Malvada

Su Bebé Secreto de San Valentín